

La segunda victoria



West, Morris

Produced by calibre 0.6.27

La segunda victoria

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

La segunda victoria

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Morris West
La segunda victoria

OceanofPDF.com

La muerte de cada hombre me disminuye, estoy involucrado en la Humanidad.
JOHN DONNE Devotions

A Paul Brickhilt

CAPÍTULO PRIMERO

Dejando atrás las tierras bajas, treparon por el angosto camino que se enrollaba osado alrededor de los altos flancos de la montaña. Abajo quedaba la caída abrupta al río, que corría tumultuoso y fuerte bajo la marquesina de hielo y las ramas desnudas de los alisos. Arriba, la parte alta del faldeo, con sus ringleras de pinos negros, y más allá, la nieve clara hasta la cumbre y el cielo azul del mediodía.

El jeep patinó peligrosamente en la superficie congelada y el sargento Willis evitó la caída con un viraje violento. Se detuvieron, bajaron y levantaron las ruedas con el gato para colocarles cadenas. Mientras Willis las ajustaba, con gruñidos y maldiciones contra el frío, el comandante Mark Hanlon avanzó hasta el centro del camino y miró hacia la parte alta del monte.

Vio, en línea recta, un espacio ancho entre los pinos. Los troncos oscuros se alzaban a cada lado como pilares en la nave de una iglesia antigua, y su perspectiva decreciente le obligó a dirigir su mirada hacia delante, hacia más arriba, hasta la línea aguda donde se juntaba el cielo con la garganta de la cordillera. Bajo los árboles, las agujas caídas manchaban de pardo la nieve, pero, alejándose, el resplandor blanco sólo era interrumpido por el gris de los afloramientos rocosos y éstos como tubos de órgano del Grauglockner distante.

Entonces descubrió al esquiador.

Era un muñeco negro, diminuto, en la cima del monte, con la cabeza contra el cielo azul y los pies en la nieve blanca. Hanlon sacó del estuche que colgaba de su cuello los anteojos y los enfocó en la figura inmóvil.

Un momento después el muñeco principió a moverse, primero con lentitud, impulsándose con los bastones, y acumulando luego velocidad al llegar al declive más pronunciado. Frente al primer afloramiento frenó, girando bruscamente, y de los labios de Hanlon escapó un silbido de admiración. Los anteojos le mostraban el loco torbellino de nieve y el ángulo precario del cuerpo del esquiador, que volvió a enderezarse y se dirigió montaña abajo en un largo schuss diagonal, directamente hacia el

claro entre los pinos. La velocidad con que llegó a ese punto no podía ser inferior a cien kilómetros por hora.

La exclamación de sorpresa de Hanlon atrajo a su lado a Willis y ambos contemplaron la descendente carrera suicida por el flanco deslumbrador de la montaña. Ante las corcovas no se detenía ni viraba; las saltaba al vuelo, como un pájaro espectral, arrastrando los bastones como puntas de alas para equilibrar su aterrizaje.

Los dos hombres lo observaban, sin aliento, esperando la caída que lo precipitaría dando botes y destrozándose cuesta abajo. Pero no cayó. Siguió adelante, más y más ligero, hasta que el gris de su uniforme, los distintivos verdes del regimiento Alpenjäger, el fusil que colgaba entre sus omoplatos y el brillo del bruñido cinturón para la pistola se hicieron visibles.

Hanlon bajó un momento los anteojos y miró a Willis con sorpresa. Hacía varios meses que la guerra había terminado. Se decía que todas las unidades austríacas estaban desarmadas y dispersas.

Las Fuerzas de Ocupación establecían su autoridad en todos los rincones del país. ¿Qué estaba haciendo ése, armado y con uniforme de combate, en su loca carrera montaña abajo?

Hanlon usó de nuevo los anteojos. El esquiador se acercaba al final de su recorrido. Rápido como el viento, lo verían trasponer el claro y terminar más allá de la barrera de pinos. Un momento después lo perdieron de vista y siguieron mirando a través de la columnata de troncos, en espera de la caída y los ayes. Pero no se oyó otro sonido que el fragor del río, y el murmullo débil del viento en las ramas.

Pasaron quizá treinta segundos antes de que reapareciera el esquiador, deslizándose tranquilamente por el declive transversal detrás del bosquecillo. Llevaba ambos bastones en una mano y con la otra arrastraba el fusil. En el punto focal de esa larga perspectiva de árboles se detuvo, hundió los bastones en el suelo y observó a los dos hombres. Un rayo de sol le dio en el rostro revelando sus mandíbulas flacas y hundidas, negruzcas por la barba naciente, y la marca roja de una cicatriz fresca que le atravesaba la mejilla desde el ojo hasta el mentón.

Hanlon levantó una mano y le gritó en alemán:

—Grüss Gott! ¡Baje aquí un momento! Queremos hablarle.

Antes de que salieran de su boca las palabras vio alzarse el fusil, con la rapidez que lo hace un trampero, que en un solo movimiento realiza la

oscilación y apunta. Dando un alarido se echó contra Willis para hacerlo caer, pero antes de tocar el suelo resonó el disparo, y mientras Hanlon rodaba hacia la protección del jeep vio que otras balas astillaban el hielo junto a su rostro y oyó atronar los ecos alrededor del valle.

Arrancó la pistola de su estuche y retrocedió con cautela hasta refugiarse tras de la carrocería.

Los ecos seguían resonando de un cerro a otro, pero el claro estaba desierto y el sargento Willis yacía en el camino con una bala en la cabeza. Cuando Hanlon se inclinó para mirarlo, comprobó que estaba muerto y que la sangre ya se había congelado en su mejilla y sobre el hielo debajo de su cuerpo.

Pasado un rato se incorporó, terminó de colocar las cadenas, bajó el gato y arrastró el cuerpo de Willis hasta el interior del jeep. En seguida ocupó el asiento del volante, puso el motor en marcha y condujo, muy lentamente, subiendo por el camino de la montaña hacia Bad Quellenberg.

Bad Quellenberg -así cuenta la leyenda- fue fundada por un santo ermitaño llamado san Julián, que vivió en las montañas con los ciervos, los osos, las águilas y los faisanes dorados por compañeros. Parece que era un hombre manso, una especie de san Francisco gótico, cuya vida fue una protesta contra la violencia de sus tiempos. Cuando un venado era desgarrado por un lobo, Julián golpeaba la roca y hacía brotar un chorro de agua caliente, medicina perenne para el hombre y la bestia.

Los historiadores maltratan un poco las leyendas. Allí existieron hombres en la Edad de Bronce.

Los romanos comerciaron con sal por los caminos montañosos desde Salzburgo, y explotaron oro en los altos portezuelos de Naasfeld. Allí estuvieron los godos y los vándalos y los ávaros, y todos ellos, por salud, agrado o aseo, se bañaron en las aguas calientes que dieron su nombre a la ciudad:

Montaña de las Vertientes.

También fue allá Martín Lutero, pero no hay pruebas de que se bañara. Parece que la mayor parte del tiempo se mantuvo oculto en las cabañas de troncos de las fincas más altas, donde acudían a pastar los gamos en el duro tiempo invernal.

Un labrador esforzado construyó una posada y una oficina de correos en el cuello de la garganta, donde los viajeros llegados de Carintia podían

cambiar sus cabalgaduras, comer asados de ciervo y pellizcarle el trasero a las muchachas campesinas antes de atravesar hasta las agitadas tierras de Salzburgo, donde Wolf Dietrich mantenía su asiento en su fortaleza de piedra con un báculo en una mano y una espada desnuda en la otra.

Después, mucho después, construyeron una iglesia y una escuela regentada por monjes, y comenzó a alinearse una ciudad dispersa, escalonada en las márgenes del torrente que escapaba de la montaña y que bajaba rebotando por el cañón que se ensanchaba hacia las tierras bajas. La posada se convirtió en hotel, y acudieron vieneses y salzburgueses sagaces a construir hospederías y tiendas y jardines en terrazas y chozas de baño alimentadas por las tibias fuentes minerales del corazón de la montaña.

Las construcciones se extendieron en un enorme anfiteatro de terrazas que rodean la garganta del valle, empequeñecido por los picachos del Grauglockner y el Gamsberg.

Más tarde, aun abrieron un túnel que atravesaba a montaña para establecer un empalme ferroviario con Klagenfurt y Villach y Trieste y Belgrado y Atenas. Con el ferrocarril llegaron Baedeker y Thomas Cook, de modo que Bad Quellenberg floreció rápidamente como un prado de gencianas bajo la áurea lluvia del turismo.

Los turistas acudían en verano a darse baños, a sentarse en la terraza para el Kaffeeeklatsch, a caminar bajo los pinos de las avenidas, a flirtear en las tardes mientras las orquestas tocaban valeses de Strauss y los grupos artísticos campesinos llegaban para bailar al son de las cítaras el Schuhplatter, aportando colorido local. Iban en invierno para esquiar, y entre las dos estaciones, para cazar, de modo que los hoteleros engordaron, los campesinos se enriquecieron y los leñadores se veían en aprietos para abastecer a los aserraderos de pinos en cantidad suficiente para mantenerse a ritmo con la edificación.

En lo alto de los montes se levantó una planta hidroeléctrica para iluminar la ciudad y electrificar el ferrocarril. Cuando Austria fue anexionada y formó parte de la Gran Alemania, las cabezas del Partido pasaban allí sus vacaciones, y los grupos juveniles marchaban cantando por los valles, y el Reichsmarschall Göring llegó, resplandeciente como un pavo real, para asolearse y darse baños.

Después vino la guerra, primero con Inglaterra y más tarde con Rusia, y los jóvenes de Quellenberg se enrolaron en regimientos Alpenjäger y

partieron al frente oriental. A medida que pasaron los años creció el bosquecillo de tablas recordatorias en el cementerio de san Julián. Los hoteles se convirtieron en Lazarets para los heridos, y las tiendas se cerraron una tras otra, pues no había qué vender y nadie tenía dinero con qué comprar.

Los trenes corrían erráticamente porque Villach fue bombardeada, y también lo fueron Klagenfurt y los empalmes en Salzburgo y Schawarsch. Cuando corrían, los vagones se llenaban de hombres macilentos, amargados, devueltos de Udine y de Grecia. Los carros planos transportaban vehículos y cañones maltrechos, que eran inútiles porque no había combustible para hacerlos funcionar ni balas para las cámaras. Llegó por fin un día en que anunció la Radio que Alemania capitulaba. Los quellenbergueses se reunieron en las calles y los heridos se sentaron en sus camas en los grandes hoteles y a todos los labios asomó la misma interrogación de temor: ¿Y ahora, qué?

Nadie se apresuró a contestarla porque Bad Quellenberg era un lugar pequeño, una ciudad termal, un sanatorio desprovisto de importancia militar y económica. Aguardaron, pues, atontados y tímidos, un mes, dos meses, hasta que llegó un destacamento de tropas del Cuartel General de Ocupación de Klagenfurt. El capitán era un muchacho con los cabellos de color de la estopa, bigote recortado y ojos fríos. Se presentó con su cometido al Bürgermeister.

El «Hotel Sonnblick», el más grande de Quellenberg, sería evacuado inmediatamente y preparado como cuartel general para el Comandante de las Fuerzas de Ocupación en el distrito de Quellenberg. El Comandante llegaría dentro de cuarenta y ocho horas. Correspondía al Bürgermeister preocuparse de que los preparativos se completaran en ese tiempo.

Las últimas doncellas salían a empujones por los corredores, la primero guardia se apostaba junto a la entrada, cuando el comandante Hanlon subía por el portezuelo con un muerto a su lado.

El Bürgermeister Max Holzinger, de pie ante el ventanal de su sala de estar, contemplaba el valle nevado por encima de las copas de los pinos.

Raras veces dejaba de agraderle la perspectiva: las praderas anchas con el río serpenteando como un reptil negro entre los alisos desnudos; las bodegas de troncos agazapadas bajo los techos cubiertos de nieve; las líneas delgadas de los cercos; el villorrio campesino acurrucado alrededor del

chapitel de la vieja iglesia; los pinos marchando como lanceros por los flancos de las montañas; los altos portezuelos que se elevaban como baluartes contra el mundo exterior; los desfiladeros con sus traidoras neblinas y embudos de aire. Ningún ruido de fusilería llegó a espantar a las águilas que anidaban en los picachos. Sin duda hubo muertos en Rusia, en Rumania, en Hungría, en Creta. Su propio hijo había desaparecido con ellos.

Pero su muerte fue algo lejano. La majestad sobrepujante de las montañas disminuía su tragedia.

Los jefes del Partido iban allí para reposar y divertirse. Los heridos llegaban a restablecerse... y olvidar, si lo podían. Hasta el fin el control de la Prensa y la Radio estuvo en manos del Reichsminister Göbbels, de manera que los pogroms, las cámaras de tortura y los campos de concentración se convirtieron en leyendas mohosas, y la cuenta de muertos, derrotas y ciudades destruidas les llegó como viajeros, como historias, terribles pero remotas.

La vida en el valle prosiguió de acuerdo con los antiguos moldes. Pasaba el invierno y reverdecían los prados y el ganado lustroso pastaba a media altura entre el valle y las cumbres. Los campesinos seguían llevando al mercado leche, carne y huevos. Los convalecientes paseaban a la luz tamizada de las avenidas, y hacían el amor sobre el césped a las muchachas hambrientas. Desde los deslizaderos de troncos llegaba el ruido alegre de las hachas, marcando el compás a la música, del agua corriente. El final del verano traía consigo la siega, y las mujeres con sus abigarrados trajes tirolese volteaban el heno en gavillas y lo colgaban a secar en los postes, fragante como manzanas.

Y cuando los primeros fríos volvían a los montes, hacían bajar al rebaño, adornado con guirnaldas de las últimas flores, y a la mejor lechera la coronaban con un aderezo floral, agitando en triunfo sus campanillas. ¡Campanas! También ellas formaban parte de la vida del valle, una parte de su paz; cencerros de vacas que sonaban apagados pero musicales en los pastizales encumbrados; campanitas de trineos en invierno; el ángelus que flotaba desde la torre de la iglesia por la mañana, el mediodía y la tarde; campanillas de plata cuando el padre Albertus llevaba el cuerpo de Cristo para la bendición de las cosechas; el tañido lento y ominoso que doblaba a

muerto y que fue más y más frecuente a medida que se aproximó el término de la guerra.

Las montañas cogían sus notas lanzándolas de un lado a otro y tejiendo una urdimbre de sonidos que era como el dechado de la fe antigua, familiar, repetido, amenazante y zalamero, a veces ignorado pero nunca olvidado del todo.

En una ocasión llegaron órdenes del Partido de silenciar las campanas y entregarlas como donativo a los fabricantes de armas, pero el padre Albertus se opuso como se había opuesto a muchas otras imposiciones, triunfando al final. La victoria era pequeña si se la comparaba con la gran transacción en que él y otros consintieron. Pero se alegraba de haberla ganado, porque las campanas ayudaron a mantener, casi hasta el fin, la pequeña ilusión de paz en el valle.

Ahora no quedaban ilusiones. Los baluartes se habían roto, los conquistadores entraban. Un muchacho rubio con un puñado de tropas ocupaban el hotel que albergara al Reichsmarschall Göring, y un hombre anónimo con un título amenazador trepaba en su jeep por el camino para ser el nuevo gobernador de las montañas.

El Bürgermeister Max Holzinger se preguntó cómo debería saludarla y en qué forma le contestaría. Sabía una cosa cierta: tenía que mantener su dignidad, porque la dignidad es la última posesión de los conquistados.

Lo habían conquistado anteriormente y comprendía su importancia.

Combatió en la primera guerra en un regimiento de caballería de Carintia y todavía caminaba con una pierna rígida por la bala que le destrozó la rodilla. Sabía lo que significaba para un hombre poder hablar sólo de las batallas que ha perdido, y conocía la supervivencia sin gloria de un derrotado. *Vae victis!* Solamente los triunfadores son absueltos por la Historia.

Sabía mejor que nadie que esta vez sería peor que la primera. Se alzaban ahora espectros acusadores. Los vivos salían a gatas de los sótanos y de los campos de concentración. Ya se estaban reuniendo los jueces, enjutos e inmisericordes. Hombres que, como él, cerraron demasiado tiempo los ojos esperanzados, serían incluidos como cómplices en el sumario. Comieron los frutos de la conquista; ahora se hartarían con el polvo de la derrota.

Miró a través del valle blanco y deseó que hubiera pasado el día.

Holzinger era de mediana estatura, tenía los cabellos negros a pesar de sus cincuenta años, y un rostro magiar delgado e inteligente, herencia de su madre que fue una Harsanvi de Buda antes de unirse a Gerhardt Holzinger de San Veit, en el Glan. Se casó con una niña hamburguesa alta, rubia, de abultados senos, y el hijo que tuvieron murió en el primer ataque a Creta. También les nació una hija, morena, grácil y vivaz. La llamaron Irmtraud, porque las valquirias estaban de moda, pero el nombre calzaba mal con su inquieta belleza gitana. Tenía veintiséis años, estaba madura para el matrimonio, pero los hombres con quienes hubiera podido casarse habían muerto o estaban prisioneros o vagaban perdidos y sin jefe por el país.

Holzinger se volvió de la ventana y vio a las dos sentadas en sus sillas, observándolo.

Su mujer bordaba plácidamente, pero le temblaban las manos y sus ojos iban y venían de él a la labor. Ya tenía los cabellos entrecanos y le había engrosado la cintura, pero sus huesos eran fuertes y firme su cuerpo a pesar de los años y las penas. Se agitó en él un deseo vago y pesaroso al recordar su común juventud y al interrogarse sobre su futuro.

Irmtraud estaba echada en un sillón de hondo asiento fumando un cigarrillo. Vestía ropa de esquí, que acentuaba la longitud y esbeltez de sus piernas, su vientre plano y la turgencia de sus senos juveniles. Sus labios gruesos se contraían en una sonrisa maliciosa y la expresión de sus ojos oscuros era entre hostil y burlona.

Holzinger caviló sobre la forma de explicar a los jóvenes cosas tales como derrota, desesperación, alevosía y desencanto.

Las miró de frente, separando un poco las piernas para aliviar su cojera. Habló con tranquilidad, juntando las frases cuidadosamente, como si temiera que interpretaran mal lo que él quería decirles.

—Estimo que ustedes deben comprender nuestra situación.

La voz plácida de su mujer lo tranquilizó:

—Tengo seguridad de que la comprendemos, Max. Él movió la cabeza.

—Temo que sea peor de lo que piensas, Liesl. Su hija se incorporó súbitamente acusando en la voz una curiosidad aguda: —¿Cuánto peor?

—Como miembro del Partido, seguramente perderé mi empleo. Nuestro dinero y nuestra propiedad pueden ser confiscados.

—Du lieber Gott! — los labios de Liesl temblaron mientras se inclinaba rápidamente sobre el bastidor para ocultar sus lágrimas.

—Pero, ¿pueden hacer eso? — preguntó Traudl, con voz firme pero airada.

—Pueden hacer lo que quieran, hija -repuso él parcamente-. Debemos dar gracias a Dios de que tengamos ingleses y no rusos. Los ingleses respetan la ley y los derechos del súbdito. Creo que más que nosotros. Sin embargo... -se movió inquieto-, he tomado ciertas precauciones. Hice que Kunzli extendiera una escritura de donación convirtiendo a Liesl en propietaria de esta casa. Tiene fecha anterior a 1938. Espero que soporte una investigación, a menos que Kunzli decida chantajearme, como puede hacerlo. Temo que si lo exigen, haya que entregar el resto. — ¿Qué nos sucedería entonces? — preguntó ella fríamente, como si se tratara de una simple cuestión doméstica.

—Sobreviviremos, querida -sonrió Max, con fina ironía-. Suceda lo que quiera, no moriremos de hambre. Yo puedo conseguir todavía un empleo para barrer la nieve de los hoteles o para rpiar los paseos. Nos guardaremos el orgullo en el bolsillo y...

Sonó agudo y repentino el teléfono y Holzinger se apresuró a la mesa y levantó el auricular. Las mujeres lo observaban tensas y con los ojos dilatados.

—Habla Holzinger... ¿Sí?

Lo vieron palidecer mientras por el auricular graznaba una voz, y ellas estiraban sus cuellos para captar las palabras, sin poder entenderlas. — ¿Cuándo...? ¿Dónde...? ¡Dios del cielo! Sí, si. Iré inmediatamente... Auf Wiedersehn.

Bajó el auricular y se volvió a mirarlas. Tenía el rostro grisáceo y asomaban a sus sienes gotitas de sudor. Su mujer saltó de la silla para acercársele, pero él rechazó con un ademán. — ¿Qué pasa, Max? ¿Qué ha sucedido?

—Lo peor, Liesl, lo peor que podía ocurrir -se pasó una mano cansada por la frente-. Ha llegado el Comandante de Ocupación. En el camino de subida su chófer fue muerto de un balazo por un esquiador de uniforme austríaco. Tengo orden de presentarme a él inmediatamente.

Sin decir más giró sobre sus talones y salió de la sala. Los ojos asustados de las mujeres lo siguieron. Cuando cerró la puerta se miraron y Liesl Holzinger escondió la cara entre las manos y lloró. Su hija se le acercó

y se arrodilló frente a ella, alisándole el pelo y tranquilizándola con palabras cariñosas y suaves de su infancia olvidada.

Después de un rato Liesl cesó en su llanto y levantó la cabeza. La joven le secó las lágrimas con un pañuelo de encaje, y su madre alargó los brazos y le cogió los hombros con sus manos ansiosas.

Habló en voz baja y amarga, con una expresión extraña en los ojos.

—Dos veces en mi vida he visto suceder esto, Traudl. Dos veces los hombres de este país y del mío han combatido y han perdido la guerra. Se llevaron a nuestros maridos y a nuestros hermanos y los dejaron morir en las playas y en las estepas. Los que quedaron volvieron a su hogar cojeando, como tu padre, para acostarse con nosotras y engendrar nuevos hijos para un nuevo sacrificio. Nos construyeron casas para destruirlas de nuevo. Plantamos jardines para que los pisotearan nuevos ejércitos. Ahora estamos demasiado viejos para procrear y creo que demasiado cansados para seguir construyendo. — ¡No, Muftí!

Traudl se desprendió de las manos convulsas dando un paso atrás.

—Sí -continuó Liesl apasionada e insistente-. ¡Sí! Ellos dejan la confusión y quieren que nosotros la ordenemos. Ellos destruyen y esperan que nosotros reparemos. Pero no nos dan voz en las decisiones. Es un mundo de hombres, mientras hay victorias. Pero en la derrota es de la mujer, porque lo mejor entre los hombres ha muerto... Los labios que tú habrías podido besar están fríos.

Los brazos que pudieran estrecharte yacen bajo la nieve. Los cuerpos que te hubieran dado calor fueron devorados por lobos. Sólo quedan los mutilados y los viejos para darte hijos que no amarás nunca, porque en su concepción faltará amor. Los fuertes, que habrían podido tratar con los conquistadores, ya no están. Los buenos, que habrían establecido una nueva fe, se han perdido. Sólo quedas tú, y los millones de mujeres como tú... ¿Te asusto, Traudl?

—No -los labios de la muchacha se curvaron en una sonrisa irónica-. Usted no me asusta.

Todos los hombres quieren lo mismo. Corresponde a la mujer obtener el mejor precio. Yo lo haré tan bien como la mayoría.

Liesl Holzinger la miró con momentánea sorpresa. Después sonrió y asintió lentamente.

—Me alegro. Eso te lo hará más fácil... y también a nosotros.

Con un gesto extraño, tímido y sensual alargó los brazos y dejó descansar un momento sus manos en los senos turgentes de la joven; en seguida las deslizó pausadamente sobre su vientre plano y sus caderas delgadas como las de un muchacho.

—La mujer es la que triunfa al final -continuó- porque tiene la más fuerte de todas las armas.

Los conquistadores llegan como reyes y terminan como niños, desnudos en tus brazos, con sus labios oprimidos contra tu pecho. Son jóvenes y están solos y tienen miedo porque son extranjeros y el hogar está lejos. La vida que te traen la roban a sus propias mujeres, y ésta es tu venganza por todo lo que has perdido, por la locura de tus hombres que obedecieron a las trompetas mientras tú llorabas, sola, en un lecho frío. ¿Puedes comprenderlo?

La joven asintió lentamente, con los ojos dilatados de asombro por la elocuencia desusada de su madre y una agitación vaga producida por el contacto de sus manos.

—Sí, comprendo. Pero... pero... -¿Pero qué, hija? — ¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Por qué lo siente?

El rostro tenso de Liesl Holzinger se relajó con el espectro de una sonrisa. Sus ojos parecieron mirar más allá de su hija, más allá del valle y de las cumbres, hacia atrás, en un tiempo distante, en un país remoto. Estrechó contra sí a la joven recostando en su pecho la cabeza oscura.

Después, lisa y llanamente, le dio su respuesta.

Cuando Holzinger subió los peldaños de la entrada del «Hotel Sonnblick», se adelantaron dos guardias y le cerraron el paso cruzando sus bayonetas. Estaban sumidos hasta las orejas en sus abrigo, llevaban guantes y balaclavas, pero el frío contraía sus rostros y dejaban inexpresivos sus ojos. A pesar de que él se identificó en un inglés conciso aunque vacilante, lo dejaron en medio del viento mientras uno de los soldados iba en busca del sargento de guardia.

Éste lo sometió a un interrogatorio prolongado y al lo dejó pasar. Cuando atravesaban el vestíbulo hacia el ascensor, vio a Franz Mayer, el administrador, y al viejo Wilhelm, el portero, que lo atisbaban por entre las palmas plantadas en maceteros. Los saludó con la cabeza y volvieron a su refugio como conejos. Holzinger sonrió con frialdad a sus espaldas en retirada.

Helmut, el pequeño ascensorista, le dirigió un tímido «Grüss Gott», y Holzinger le despeinó afectuosamente el cabello mientras subían al quinto piso donde -lo recordaba con ironía- los departamentos estuvieron siempre reservados para los dignatarios visitantes.

A pesar de la escasez de combustible, la calefacción central estaba abierta al máximo y flores de invernadero llenaban las grandes urnas de piedra. Mayer era un buen administrador. Entendía los refinamientos del servicio.

El sargento lo condujo rápidamente por el corredor alfombrado y se detuvo ante el departamento que, no hacía aún doce meses, había ocupado el Reichsmarschall Göring. Presionó el timbre y una voz apagada dijo: «¡Entre!» El sargento abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar. En seguida la cerró, se cuadró y anunció al visitante.

–El alcalde, mi comandante. Dice que usted lo ha citado.

–Gracias, Jennings. Puede retirarse.

–A sus órdenes, mi comandante.

Nuevo saludo, la puerta volvió a abrirse y cerrarse, y el Bürgermeister Max Holzinger se encontró frente a la Fuerza de Ocupación.

El comandante estaba sentado ante un gran escritorio Buhl, con la espalda vuelta a la ventana, de modo que las sombras acentuaban la red de líneas alrededor de sus ojos pardos y las arrugas en las comisuras de su boca grande y contraída. Tenía la frente alta, la nariz larga, y vetas grises en sus cabellos desordenados. A pesar de las canas y las arrugas, Holzinger no le atribuyó más de treinta años.

Llevaba uniforme nuevo de campaña y camisa almidonada. Estaba recién rasurado. Las coronas de comandante relucían en sus hombros, y sus manos largas y expresivas descansaban sobre un archivador de cartulina.

De pie junto a él estaba el capitán rubio que había llegado con el destacamento de avanzada.

Holzinger hizo sonar los tacones y se inclinó con tiesura aguardando la jugada inicial.

–Me llamo Hanlon, Comandante de Ocupación para este distrito. Usted, según entiendo, es el Bürgermeister Max Holzinger. Le ruego tome asiento.

Su voz era tersa y autoritaria. El alemán fluía, fácil y puro, con entonación vienesa. Holzinger se sorprendió pero mantuvo el rostro estudiadamente estólido y tomó asiento. Dejó los guantes y el sombrero en

una esquina del escritorio y quedó a la expectativa. Hanlon abrió el archivador de cartulina y desplegó unas hojas. El tono de su pregunta fue ceremonioso: -¿Usted conoce los términos del Armisticio y la posición de las Fuerzas de Ocupación?

-Aún no he sido informado.

-Muy bien. Primero: Austria está ocupada por unidades de cuatro ejércitos aliados: inglés, francés, norteamericano y ruso. Bad Quellenberg se encuentra en la zona británica de ocupación.

-Afortunadamente para nosotros -murmuró Holzinger con sequedad.

Hanlon dejó pasar el comentario y continuó en el mismo tono indiferente.

-Las fuerzas de ocupación, su alojamiento, alimentación, transporte y mantenimiento general están a cargo del Gobierno austríaco a través de las autoridades locales. El representante de la Fuerza de Ocupación tiene derecho a requisar las propiedades o abastecimientos que estime conveniente o necesario de tiempo en tiempo. Puede reclutar mano de obra local y fijar salarios equitativos. Se exige a las administraciones locales y a las unidades de Policía local que cooperen para mantener el orden e investigar o perseguir a los presuntos criminales de guerra. ¿Me explico claramente?

-Muy bien. Usted habla en perfecto alemán.

-Gracias -Hanlon no sonrió. Mantuvo fríos los ojos y el tono impersonal-. El representante de la Fuerza de Ocupación, por su parte, hará todo lo posible por restaurar y mantener el orden; por ayudar en la reconstrucción de las industrias locales y en la repatriación y reemplazo de las tropas licenciadas, que no sean presuntos criminales de guerra; todo esto sujeto a las directrices que pueda recibir de tiempo en tiempo del Oficial General que manda el Área de Ocupación... -Cerró la carpeta y se inclinó sobre el escritorio, escudriñando con sus ojos pardos el rostro impassible del Bürgermeister-. Le enviaré una copia de los documentos. Necesita un par de horas para leerlos con detención. Pero todos se reducen a esto: es un pacto que puede cumplirse de dos modos. Juegue limpio con nosotros y se beneficiará. Obstrúyanos y se verá en dificultades.

-Hay algo que usted olvida, comandante -Holzinger habló con tranquilidad pero claramente, preocupado de su dignidad y del respeto debido a los nuevos amos de la comarca. - ¿Qué cosa?

–Se me ha dicho que los antiguos miembros del Partido no pueden ser elegidos para desempeñar cargos públicos; hay que despedirlos y remplazamos por personal que no sea nazi. Yo he sido por largo tiempo miembro del Partido. Por lo tanto, creo que debo presentarle mi renuncia.

Una sonrisa helada crispó las comisuras de la boca de Hanlon e hizo asomar un destello a sus ojos pardos. Dijo con suficiencia:

–El comandante local queda temporalmente libre en estas materias. Me propongo ejercitar esta independencia y pedirle que continúe en sus funciones, por ahora. – ¿Y si me negara?

–Se perjudicaría y perjudicaría a su pueblo.

–En ese caso, no me queda otra alternativa que continuar.

–Estaba seguro de que lo comprendería -dijo suavemente Hanlon-. Ahora... -cerró el archivador de cartulina y se apoyó en el respaldo de la silla. Sus ojos volvieron a la expresión ceñuda y sus labios se comprimieron como una trampa. Su voz acusó ira y glacial amargura-.

Comenzamos nuestra cooperación con un asesinato...

Holzinger asintió con gravedad.

–Estoy informado. Yo... yo le pido que me crea cuando le digo que me avergüenzo y lo deploro profundamente.

–Le creo -repuso Hanlon con sequedad-. Lo interpreto como que puedo contar con toda su cooperación para dar caza a este hombre y llevarlo ante la justicia.

–Puede contar con ella. Si me proporciona una descripción completa del individuo y me indica el sitio exacto del crimen, hablaré inmediatamente con la Policía y ordenaré que se efectúe un registro de la ciudad, las aldeas y las fincas montañosas. – ¡Bien! – Hanlon asintió con vigor y continuó:- El capitán Johnson le dará una descripción completa, que yo acabo de dictarle. El punto en el camino está marcado claramente en el mapa que también le dará. Ya he telefoneado desde aquí a la Policía y le he pedido que investigue inmediatamente al distrito. No ha caído nieve. Las huellas de los esquís tienen que estar acusadas con toda claridad. El hombre es de Quellenberg, de modo que no será difícil obligarlo a salir a campo abierto. Tiene el rostro marcado con cicatrices. Es muy notorio. – ¿Cómo sabe usted que es de Quellenberg? – preguntó vivamente sorprendido Holzinger.

–Vi sus distintivos. Son los del regimiento de Quellenberg que, de acuerdo con el parte oficial, fue destruido casi totalmente en Ucrania. Es un

esquiador eximio e hizo el trayecto como si lo conociera desde niño. Es de aquí..., no cabe duda.

–Usted es un oficial eficiente -dijo Max Holzinger con admiración involuntaria.

–Celebro que lo comprenda. Espero que usted también se lo haga entender a la Policía. Quiero que me informen dos veces por día, con referencias completas en el mapa. Si es preciso se reclutará cazadores y leñadores locales para que ayuden en la búsqueda. Necesito que se encuentre a este hombre y le doy para ello cuarenta y ocho horas.

–Me esforzaré al máximo.

–Usted se presentará aquí todas las mañanas a las 9.30 horas para que conversemos sobre los asuntos de la ciudad y planifiquemos las operaciones de reconstrucción. – ¿Hay algo más?

–Sí. Quiero que el cura párroco concorra aquí está tarde, a la hora que le convenga. – ¿El... el párroco? – Holzinger procuró reprimir su curiosidad, pero se le escapó la pregunta.

Hanlon asintió.

–Sí. El sargento Willis era católico. No tenemos capellán. Quiero que lo entierren de acuerdo con los ritos de la Iglesia... Y otra cosa... -se interrumpió y pareció vacilar sobre la orden siguiente. Holzinger le insinuó con suavidad:

–Estoy a sus órdenes, comandante.

–Necesitamos un ataúd -dijo Hanlon con fría deliberación-. Tiene que ser entregado en este hotel a las 20 horas de esta tarde. Necesitamos personas que lleven el ataúd, seis, que sean ciudadanos importantes de Quellenberg. Todas las tiendas y negocios cerrarán mañana, y se exigirá a todos los habitantes que formen fila en las calles desde este hotel hasta la iglesia. La comitiva saldrá del hotel a las 9 horas y el ataúd será trasladado a la iglesia para la misa de réquiem. El sepelio tendrá lugar después en el cementerio de San Julián. Preocúpese de que haya un sepulturero listo para las ceremonias finales. Eso es todo, por el momento.

Cada palabra fue un golpe en la mejilla y, la despedida, el desprecio final. Holzinger permaneció de pie mirando a la Fuerza de Ocupación. En vano se esforzó por dominar el temblor de su voz.

–Estaremos ahí, comandante, como usted lo quiere. De todos modos habríamos estado, sin que nos lo pidiera. Usted acaba de llegar. No se puede

esperar que comprenda que el funeral de un soldado es un acontecimiento para nosotros. La mayoría de nuestros muchachos murieron muy lejos y no sabemos dónde los enterraron..., ni siquiera si están enterrados. Simpatizamos con los soldados..., con todos, pobres diablos... y nos agrada pensar que descansan en tierra amiga y bajo el son de las campanas. Ahí estaremos, comandante. ¡Todos nosotros!

Saludó y se dio vuelta, y Mark Hanlon lo vio cojear, tieso y con la espalda erguida, hasta la puerta. Entonces golpeó la mesa con el puño y lanzó un juramento amargo. – ¡Que Dios lo condene! ¡Que Dios condene y reviente a todos!

El capitán rubio lo miró con leve ironía. Tenía veintitrés años, era demasiado joven para odiar, y no bastante maduro para la compasión o las lágrimas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Karl Adalbert Fischer era el jefe de Policía en Bad Quellenberg. Rechoncho de figura, su pequeña cabeza resultaba incongruente para su tronco abarilado. Tenía las piernas cortas, el cuello largo y los ojos brillantes que, como los de un pájaro, mantenía sin pestañear. Cuando recorría las calles con su capa larga y su sombrero cuadrado de picos parecía un pato benévolo.

Su humor era excelente y le gustaban el schnapps y las rollizas muchachas campesinas. Llenaba sus funciones con afable ineficacia, que despertaba el afecto de los quellenbergueses y lo había mantenido cómodamente en su cargo durante quince años. Resistió a una docena de purgas bajo la administración de la Gran Alemania y contaba con su sagacidad y experiencia para continuar a salvo hasta la jubilación. Ahora no sentía tal seguridad.

Cuando Max Holzinger entró en su oficina, se estaba calentando las nalgas contra la estufa, bebía schnapps y mordía una tortilla mantecosa. Agitó vagamente una mano murmurando:

–Grüss Gott, Herr Bürgermeister Sírvese un trago. Venga a calentarse.

Holzinger lanzó su sombrero sobre la mesa atestada y se quitó los guantes. Se sirvió un vaso del quemante licor blanco y se lo bebió de un sorbo. El pequeño policía lo observaba con ojos astutos, estimativos. Se sonrió y le dijo:

–Algo le preocupa, amigo. Deduzco que se ha entrevistado con el inglés.

–Hemos conversado -repuso secamente Holzinger-. Me dijo que se había puesto en contacto con usted. – ¡Oh, sí! Estuvimos en contacto -se rió cloqueando y se atragantó con el licor-. Al principio creí que se trataba de una broma. Habla como un vienés.

–No es broma. Está resuelto a actuar.

–Lo sé. Le di seguridad de nuestra entera cooperación y de nuestro sincero deseo de ayudarlo.

Holzinger alzó la vista bruscamente.

–No le subestime, Karl. Es astuto y eficiente. Sabe lo que quiere y nada lo detendrá para obtenerlo. Este... este muerto es un mal comienzo para nosotros.

–Muy malo -Fischer dejó el vaso y se enjugó la boca con el dorso de la mano-. He despachado a mis muchachos para situar las huellas. Espero que lleguen allá antes de que oscurezca. – ¿Antes de que oscurezca? – Holzinger lo miró desconcertado-. Estamos apenas en mitad del día. El sitio no dista ni diez millas.

–El auto es viejo -dijo Fischer caviloso-. Los neumáticos están gastados. La dirección es defectuosa. Los caminos están congelados. Si ocurriera un accidente, los muchachos tendrían que caminar... y la Fuerza de Ocupación se vería obligada a proporcionarnos un coche nuevo. ¡Bien que nos vendría! Además -inclinó la grotesca cabeza y olfateó el aire-, esta tarde nevará. Si la nevada principia temprano, las huellas se borrarán. – ¡No! – exclamó Holzinger boquiabierto, entre airado y divertido-. Esto es serio, Karl. No podemos jugar.

–No estoy jugando -dijo Karl Adalbert Fischer. – ¿Qué cosa entonces? Esto es un asesinato. Nosotros dos somos responsables ante el Comandante de Ocupación.

Fischer sacó un cigarrillo de una caja de piel y lo golpeó contra la uña del pulgar mientras reflexionaba. Mantuvo los ojos inexpresivos y entornados. Dijo sombríamente:

–En los últimos años ha habido muchos asesinatos, Max. En cierto modo también hemos sido responsables de éstos. No veo por qué tengan que colgar a un loco infeliz por todos ellos.

–Mató a un inglés.

—Hace dos meses le pagaban por hacerlo, y lo habrían fusilado si no lo hacía. Es posible que ignore que ha terminado la guerra...

—El tribunal consideraría eso como... -¡Qué tribunal ni qué ocho cuartos! — Fischer alzó violentamente la cabeza balanceándola furioso en su largo cuello-. Los jueces se sientan con el hedor de los campos de concentración y del crematorio en las narices y nos apilan a todos como torturadores y sádicos. No los culpo por ello. Pero no les entregaré la cabeza de este muchacho en una bandeja. Mire... -se dio vuelta hacia la pared más alejada en la que todavía colgaba un mapa de los campos de batalla de Europa, erizado con banderitas de colores. Las banderitas iban cayéndose y el mapa tenía manchas de vino y residuos de café lanzados en la última desesperada reunión anterior al Armisticio.

Era típico de Fischer no haber pensado en arrancarlo. Ahora se hallaba junto a él, siguiendo las líneas con su dedo romo, mientras el Bürgermeister lo estudiaba con asombro creciente.

—Le mostraré de dónde vino y qué le sucedió en el trayecto. Partió de aquí, de la Ucrania, en Mukachevo, que era el hospital militar para nuestros quellenbergueses. Era médico, ¿sabe usted?, joven, con poca experiencia. Pero ninguno de nuestros muchachos era viejo, ¿no es así? Pronto adquirió toda la experiencia necesaria; amputaciones, heridas en el vientre, congelación y tifus, y todas las cosas malditas que llegaron cuando los Russkis principiaron a hacernos retroceder en toda la línea. Cuando el regimiento quedó aislado, siguió trabajando noche y día, sin drogas, sin anestésicos, hasta que cayó de bruces en la sangre de un muerto. Probablemente eso le salvó la vida, porque cuando los cosacos se abrieron paso, cruzaron por el Lazarett con sus bayonetas caladas, gritando y cantando. Así se ganó la herida en la cara. Si hubiera estado despierto, la habría tenido en las tripas. Cuando volvió en sí, se encontró entre muertos, y cuando gritó, nadie le oyó, porque los cosacos habían avanzado mucho, caía nieve y el viento la arrastraba por las estepas. Le colgaba la mejilla abierta, pero el frío detuvo la hemorragia y él buscó en las ruinas hasta encontrar un espejo de mano e hilo quirúrgico para cosérsela. En seguida registró los bolsillos a los muertos para descubrir restos de alimentos y cigarrillos. Despojó de sus prendas de lana a los que las tenían y se hizo un cojín con ropa interior ensangrentada. Cogió después un fusil, una bayoneta y una pistola de un muerto y partió tratando de volver a su casa. ¿Sabe

usted cuánto tardó? – la mano de Fischer apuntó acusadora a su amigo-: ¡Doce meses! Dos veces lo atraparon y dos veces escapó. Caminó de Mukachevo a Budapest, lo que equivale a recorrer la mitad de Hungría. Los Russkis rodearon la ciudad en una semana; entonces retrocedió hacia el Este y llegó a Salonta, en Rumania. En seguida se dirigió al Sur, a Yugoslavia, y torció otra vez al Norte, hacia Carintia. Mató a tres hombres.

Cazaba su comida como un animal. Dormía con prostitutas y seducía a las campesinas para que lo alimentaran y escondieran. En Yugoslavia los Chetniks lo cogieron y torturaron, para que nunca pudiera alternar con una mujer. Después se rieron en su cara y lo soltaron para que muriera.

Sobrevivió por un milagro. Le cicatrizaron las heridas pero el rostro se le convirtió en una máscara de Krampus. Y, como todos los perseguidos y hambrientos, se trastornó un poco. Detrás de cada árbol veía enemigos. Todos sus sueños se poblaban de monstruos..., siguen poblándose, aunque hace un mes está en su hogar. Despierta en la noche dando alaridos. La casa le parece una prisión y a veces sale, con su fusil y su pistola, a rondar las montañas. Han tratado de desarmarlo, pero aúlla como lobo acorralado. Últimamente creyeron que estaba mejorando. Las pesadillas eran más escasas, los vagabundeos menos frecuentes... Y entonces, sucedió esto...

–Usted habla... -dijo lentamente Holzinger- como si lo conociera.

–Así es -repuso Karl Adalbert Fischer-. Es el hijo de mi hermana. – ¡Santo Dios! – ¿Ve usted ahora por qué no puedo permitir que lo cojan?

–Lo veo. Lo que no veo es cómo podrá usted mantenerlo a salvo. La Ocupación puede durar muchos años.

La cómica cabeza asintió con hosquedad.

–Lo mantendré. Lo cambiaré de valle en valle, de finca en finca, y haré que el inglés explore cada montaña menos la precisa. Lo mantendré por diez años, si es necesario... Y Hanlon nunca lo tendrá al alcance de su puntería.

–No podrá guardar un secreto como ése, Karl. La gente habla..., nuestro pueblo más que todos.

Llegará a oídos de Hanlon, y entonces será a usted a quien coja.

El rostro del pequeño policía volvió a relajarse con su sonrisa bienhumorada. Se sirvió otro schnapps y lo paladeó lentamente. En seguida atravesó la sala hasta un archivador de acero que había en un rincón, le quitó el cierre y sacó de él una gran carpeta encuadernada en piel. Cuando

la abrió sobre la mesa, Holzinger vio que cada página estaba cubierta con menuda caligrafía gótica. – ¿Qué es esto? – ¿Esto? – dijo Fischer con una mueca sardónica-. Éste es el secreto de que un tipo que no sirve para nada como yo haya conservado un empleo como éste durante quince años... sin tener jamás un punto negro en su contra. Los registros de mi oficina tienen un atraso de seis meses, pero éste lo he escrito cada tarde durante todo ese tiempo. – ¿De qué se trata? – el desconcierto de Holzinger era visible. – ¡Historiales, Herr Bürgermeister! Mis informaciones privadas sobre cada hombre, mujer y niño en Quellenberg y en el valle. Hechos, murmuraciones, sospechas, adivinanzas. Cosas que he oído en la cama. Susurros captados en funerales. Todo está aquí. Todo es mío. La mayor parte no la he usado nunca. Pero aquí está para el día en que la necesite. – ¿También me tiene ahí? – la risa de Holzinger acusó inquietud.

–Usted y su mujer y su hija... y su hijo, que en paz descanse. Usted está en buena compañía.

Tiene la página que sigue a la del padre Albertus. – ¿También está Kunzli? – ¡Kunzli! – Fischer escupió despectivamente en el cesto de los papeles-. Sobre éste tengo un largo capítulo. ¿Por qué me lo pregunta?

–Puedo pedirle un día que lo use -dijo suavemente Holzinger.

Fischer hizo un gesto negativo enfático.

–Ni siquiera por usted, Herr Bürgermeister. En ese libro hay el trabajo de una vida. Nunca lo he usado para difamar, y espero no hacerlo. Pero me propongo sacarle provecho... de un modo u otro.

–Ya lo está aprovechando, Karl. – ¿Lo estoy? – Fischer irguió la cabeza como un pájaro inquieto, listo para volar al más leve asomo de peligro.

–Sí. Vea usted, ya he olvidado todo sobre el hijo de su hermana. Hasta donde llegan mis informaciones, murió en Russland. – ¡Bien! – la palabra escapó con una exhalación honda y satisfecha mientras Fischer se inclinaba sobre la mesa para servir dos vasos de schnapps-. Estaba seguro de que usted comprendería, Max... y si tiene cualquier dificultad con Kunzli, hágamelo saber.

–Lo haré -dijo tranquilamente Holzinger-. Prost!

–Prost!

Alzaron los vasos y bebieron, de pie ante el mapa desplegado donde el vino parecía sangre derramada y se marchitaban las banderitas en ebria derrota.

—Lo merecemos -dijo Holzinger con amargura-. Merecemos todo lo que nos sucede: los gobernantes que tenemos, los hijos que se mueren, la mujer que nos traiciona. Perdimos la guerra.

Tenemos otra vez el yugo al cuello, y seguimos conspirando unos contra otros. Que Dios condene nuestras almas miserables.

Empinó el vaso, recogió el sombrero y los guantes y partió a concertar con el padre Albertus las disposiciones para el funeral.

Abrió la puerta de la casa parroquial una viuda con mejillas de manzana y lengua acre. Dijo que el padre no estaba allí. Había bajado al cementerio a palear nieve como cualquier labriego. Antes que Holzinger pudiera detenerla se lanzó a parlotear en dialecto, deplorando las locuras del clero y los fardos que traspasaba a sus hombros anchurosos. — ¡Se matará, eso es lo que sucederá! Y está harto viejo para saber lo que hace. Si cae con neumonía, ¿quién lo va a cuidar? ¡Yo! Dios sabe que es duro de manejar cuando está bien. Come como un pajarito, agua el vino hasta dejarlo con gusto a lavado de platos, duerme a lo más dos horas. No me importaría si me dejara dormir. Estoy dos pisos más abajo pero lo siento caminar de un lado a otro, murmurando y rezando. A veces se disciplina y ensangrienta las camisas. Y soy yo la que tiene que lavarlas. Basta mirarlo para... -¡Muy bien! ¡Muy bien! No es asunto mío -la paciencia de Holzinger se iba agotando. Le sobraban preocupaciones propias para cargar con los chismes comarcanos sobre las peculiaridades ascéticas de un viejo sacerdote. Se dio vuelta bruscamente y el ama de llaves cerró la puerta con estrépito y se marchó a su cocina mascullando contra los funcionarios que se daban importancia y contra las mujeres de su casa que no eran lo que debían ser.

Los quellenbergueses no habían aprobado nunca a la hamburguesa rubia de voz profunda, y las aventuras de la hija eran el tema de las conversaciones sostenidas alrededor de la estufa en las casas de las fincas.

Holzinger se subió el cuello de piel hasta cubrirse las orejas, hundió las manos en los bolsillos y se dirigió con la cabeza gacha y los ojos bajos hacia el hielo sólido del camino. A su paso los ociosos de la ciudad se quitaban el sombrero deseándole «Grüsses», pero él no veía ni oía, y ellos se alejaban turbados, porque en tiempos normales Holzinger era bien educado y nunca omitía dar respuesta a un saludo.

Al llegar a la pared alta que separaba el cementerio de San Julián y el camino, les salió al encuentro una niña rubia que le ofreció un ramo de

rosas de nieve implorándole con vocecita atiplada:

–Schneerosen, Herr Bürgermeister! Para los pobres.

Se sobresaltó ante la súbita aparición, pero había tanta inocencia en la carita resplandeciente, que forzó una sonrisa y buscó en su bolsillo unas monedas para dárselas.

Ella le hizo una reverencia, se las agradeció gentilmente, le metió las rosas en la mano y se alejó saltando hacia el valle. Holzinger miró los pequeños botones de hojas cerosas, pensando qué diablos haría con ellos.

Cuando entró en el cementerio vio el viejo crucifijo de madera que se alzaba entre el bosque de tablas recordatorias. Obedeciendo a un movimiento instintivo dejó las flores a los pies de Cristo, se persignó con torpeza y se alejó sintiéndose levemente culpable, como un chicuelo sorprendido ante el frasco de mermelada.

Después vio al padre Albertus.

Estaba picando el hielo de los peldaños de piedra gris de la entrada y amontonándolo detrás de uno de los contrafuertes. Con su melena blanca y sus espaldas encorvadas, la capa raída y las botas gruesas, se parecía a cualquiera de los labradores ancianos de los cerros. Pero cuando se enderezó al ruido de pisadas y se volvió a saludar a Holzinger, fue otro hombre.

Lo primero que llamaba la atención en él era la transparencia extraordinaria de su rostro. Era como si ardiera en su interior una lámpara que consumía lentamente la carne, dejando sólo la osamenta aquilina y la piel envejecida, traslúcida, estirada para recubrirla.

En seguida sus ojos, azules como la flor del maíz, límpidos como los de un niño cuando quiere compartir un secreto con alguien que ama. Su boca era firme, pero sus comisuras se levantaban en una sonrisa que desmentía las líneas dolientes que se ahondaban en sus mejillas. Su voz resonaba como la de una campana.

Sólo después se reparaba en sus manos.

Las tenía anudadas y torcidas como las garras de un gavián, con los nudillos gruesos y anquilosados, de tal manera que sólo podía mover los pulgares y los índices.

Poco después del Anschluss, cuando era rector del Noviciado jesuita en Graz, lo llevaron a Mauthausen para aplicarle un «tratamiento correctivo». Uno de los carceleros era ex alumno suyo e ideó la delicada venganza de

quebrarle un dedo cada semana, y de atormentarlo con la idea de que al final tendría que sacrificar también los dedos consagrados y nunca podría volver a celebrar misa.

El padre Albertus creía en la oración... y en Mauthausen no quedaba otra cosa sino orar. Antes de que transcurrieran seis semanas, el cardenal de Viena hizo que lo dejaran libre y le ofreció prudentemente, por medio de sus superiores, la alternativa de expulsión de Austria o designación como cura párroco en las montañas.

Por eso se hallaba ahora en el cementerio de San Julián, apoyado en su pala como un labriego y escuchando el relato quejumbroso de Holzinger sobre su entrevista con Mark Hanlon. Lo oyó en silencio hasta el fin, sus fatigados ojos se nublaron con suave pesar y dijo lentamente:

—Usted debe comprender, Max, que para cualquiera de nosotros es difícil comportarse bien en una situación como ésta.

Ésa era otra de las características del anciano. Nunca decía lo que se esperaba. Jamás desperdiciaba palabras en preludios corteses. No tenía tiempo para nada que no fuera la verdad.

—Más difícil para nosotros que para él -replicó Holzinger con acritud.

—No. El poder es como el ropaje nuevo del rey: una ilusión que deja desnudo al hombre ante la risa y las espadas. — ¿Usted irá a verlo?

—Sí.

—Trate de explicarle que aunque yo ordene a la gente que asista al funeral, no puedo garantizar una concurrencia completa. No puedo forzar a mis colegas a llevar el ataúd.

—Olvide su vanidad, Herr Bürgermeister -el padre Albertus sonrió con leve ironía-. Olvide que se trata de una orden de la Fuerza de Ocupación. Conviértala en una petición personal emanada de usted, en una sugerencia en que la cortesía y la caridad se hallan comprometidas. Nuestra gente comprende esas cosas... casi siempre.

—Es dar a Hanlon una victoria fácil. — ¿Hanlon...? — el nombre le causó una sorpresa súbita-. Ése no es un apellido inglés, ¿verdad?

—Lo ignoro. No estoy familiarizado con el idioma. ¿Por qué?

El padre Albertus se encogió de hombros.

—Fue una idea pasajera. Un recuerdo momentáneo. No tiene importancia.

—A propósito -Holzinger paseó su mirada por el cementerio, por las antiguas lápidas en las tumbas de familia, por el bosquecillo de tablas de pino que constituían los recordatorios del regimiento que no tuvo sepultura-, ¿dónde enterraremos a ese hombre?

—Allí -el padre Albertus indicó el gran crucifijo que emergía de los recordatorios-. A los pies de Cristo. — ¡Entre nuestros muchachos! — protestó alarmado Holzinger-. Al pueblo no le gustará.

—Todos formamos una familia en el vientre y en la tumba -le amonestó el anciano con severidad-. Todos somos hermanos en Cristo. Cuanto antes lo comprenda el pueblo, tanto más pronto llegará a la paz.

Holzinger bajó la vista a las manos nudosas y quebradas del sacerdote y supo que no podía contradecirlo.

El comandante Mark Hanlon, instalado en su sala en el piso más alto del «Hotel Sonnblick», discutía el futuro con el capitán Johnson. Un mozo de chaqueta blanca terminaba de retirar los restos del almuerzo, y ellos se repantigaron en los amplios sillones, para beberse el café y saborear un licor austríaco dulce y fuerte. Relajados con el vino y la comida, atenuada ya la primera impresión de extrañeza del lugar, empezaban a sentirse más en confianza.

Johnson sacó su cigarrera, la ofreció a Hanlon y encendió los dos cigarrillos. Fumaron un rato en silencio, contemplando las espirales azules que subían soñolientas hasta el cielo artesonado.

Johnson hizo una mueca infantil y murmuró:

—Esto es vida, Mark. Pueden darme una buena dosis.

—La tendrá, Johnny -dijo Hanlon con buen humor-. Estaremos aquí largo tiempo. ¿Están acomodados los muchachos?

—Sí. Los alojé en el primero y segundo piso, y a los suboficiales en la planta baja. Las comidas serán servidas en el comedor principal y el Stürberl servirá de casino. Los suboficiales pueden usar el bar para cócteles. El salón de baile será convertido en teatro; la sala y el escritorio no serán modificadas. Pensé que usted quedaría satisfecho con lo que tenemos aquí arriba. Hay sitio para un regimiento. Hanlon asintió pensativo y aspiró el humo.

—En una semana comenzarán a aburrirse. Necesitaremos alguna distracción. Vea si Mayer puede desenterrarnos algunos músicos. Yo escribiré a Klagenfurt pidiendo una proyectora y un suministro regular de

películas. Es probable que usted pueda descubrir un profesor de esquí para los que quieran aprender. Es mejor que cerremos las cantinas a las once. Las luces se apagarán a las doce. Todos los soldados tienen que estar recogidos a esa hora. – ¿Y qué me dice sobre la orden de no fraternizar?

–Es inoperante, Johnny. Tendrán que suspenderla tarde o temprano. Temprano, probablemente.

Entretanto...

Se interrumpió y estudió los trazos dorados del cielo. Johnson apuntó con curiosidad: -¿Entretanto?

–No queremos tener un puñado de sirvientas embarazadas en el hotel, de manera que fabricaremos reglamentos propios. Todas las cantinas y Stüberls de la ciudad quedan excluidas para las tropas. Si los soldados quieren salir con muchachas a pasear o esquiar está bien. Si los reciben en casa de familia, conforme. Pero nada de fraternizar en público ni de traer mujeres aquí, salvo que organicemos una fiesta oficial..., lo que no sucederá por algún tiempo. – ¿No está abarcando demasiado, Mark? No me interprete mal -corrigió apresuradamente Johnson-. Creo que usted tiene razón. Pero ¿qué opinarán sobre ello en el Cuartel General?

–No pienso decírselo -declaró escuetamente Hanlon-. Corre de su cuenta y de los suboficiales hacer entrar en razón a las tropas y vigilar para que no abusen de sus privilegios... ni de las muchachas. Si hay molestias usaré la cuchilla, sin misericordia.

–Lo considero justo -asintió Johnson-. Los manejaré con rienda corta por una o dos semanas; después la aflojaré poco a poco. Creo que así será mejor.

–Es asunto suyo, Johnny. Yo tengo las manos llenas.

Sus ojos se empañaron y su boca se fijó en una línea torva. Johnson lo observó con vaga inquietud. – ¿Hay algo que le preocupe, Mark?

Hanlon se incorporó violentamente y caminó hasta la ventana. Ahí permaneció mirando las nubes grises que salían del desfiladero e iban cubriendo las cumbres blancas de Grauglockner. Dijo con aire ausente:

–Nevará muy pronto.

–Ésa no es contestación a mi pregunta.

–Usted sabe que sí -Hanlon se dio la vuelta para mirarlo-. Todas las huellas se borrarán en veinte minutos. La Policía volverá diciendo que no pudo descubrir rastro alguno del hombre que mató a Willis.

–Usted lo esperaba, ¿verdad?

–Lo esperaba, pero no estoy obligado a sentirme feliz por ello.

–Willis murió -dijo Johnson, con la crueldad inconsciente de la juventud-. Usted no puede hacerlo revivir. Lo mataron después del toque del pito, lo que convierte un acto de guerra en crimen. Usted ha puesto en marcha la maquinaria para coger al criminal. No veo el motivo de tomarlo tan en serio. Es una parte de nuestra tarea. Enterraremos decentemente a Willis y lo olvidaremos..., porque es imposible recordarlo más que al millón que murió en los últimos años.

Vamos, sírvase otro trago.

Empujó la botella y la copa sobre la mesa pulida hacia Hanlon. Le sorprendió un tanto ver que éste volvía de la ventana y se preparaba una dosis doble. Hanlon frunció un ojo al subalterno, alzó la copa y brindó: - ¡Por el Nuevo Orden! Prost!

–No hay orden nuevo -dijo alegremente Johnson- porque los hombres son siempre iguales y las muchachas siempre diferentes. Pero ésa no es una razón para malgastar el licor. Prost!

Sonó el teléfono, Hanlon tomó el auricular y el sargento de guardia le dijo que el padre Albertus aguardaba para verlo.

–Reténgalo tres minutos; en seguida tráigalo.

Dejó el auricular y se volvió ágilmente a Johnson. – ¡Un visitante, Johnny! Viene el párroco. Limpiemos este desorden y presentémonos en forma respetable. – ¿La clientela no mira nunca al través? – Johnson estaba repleto de comida y vino y se sentía más que de tamaño natural. Hanlon le dio una mirada rápida y le dijo con acritud: - ¡Si lo hacen, la culpa es de ellos! ¡Muévase, Johnny! Vacíe los ceniceros y esconda ese licor.

Se afanaron por la habitación como un par de camareras, y cuando el padre Albertus fue introducido unos minutos más tarde, Hanlon estaba sentado ante el escritorio, Buhl y Johnson se mantenían a su lado de pie, como si fueran símbolos de la Fuerza de Ocupación.

El sargento se hizo a un lado y el anciano sacerdote atravesó lentamente la ancha alfombra y se detuvo frente al escritorio. Tendió la mano y dijo: - ¡Grüss Gott, comandante!

Johnson se sobresaltó al oír su voz profunda, vibrante como una campana. Hanlon se quedó mirándolo de hito en hito, con los ojos dilatados y la boca abierta, como si viera un aparecido. No hizo movimiento alguno

para estrecharle la mano; se incorporó lentamente, con la vista fija en el austero rostro luminoso y en las canas sedeñas que lo enmarcaban. Su respuesta fue un murmullo de asombro. – ¡Dios santo! ¡No!

Johnson y el sargento lo miraron, admirados. Él les dijo con un gesto imperioso:

–Háganme el favor de retirarse. ¡Los dos!

Vacilaron un momento, luego saludaron correctamente y se fueron. Sólo cuando la puerta se cerró tras ellos, Hanlon cogió la mano del sacerdote. Al sentir los dedos tiesos y quebrados los contempló con horrorizada sorpresa y volvió a mirar los ojos sonrientes.

–El nombre no me significó nada cuando lo oí, padre. ¡Todavía me resisto a creer que es usted! – ¡Hermano Mark! El león inquieto. Yo recordé el nombre cuando me lo dijo Holzinger. Has cambiado, hijo mío.

–Usted también, padre. ¿Quiere sentarse?

Salió de detrás del escritorio y llevó un sillón al anciano. Le ofreció un cigarrillo y bebida, pero el padre Albertus rehusó. Hanlon colocó otra silla frente a él, como si le avergonzara ocupar el asiento de los poderosos en presencia del sabio y estropeado anciano.

–Dios nos conduce por extraños caminos, hijo -los ojos mansos estudiaron cada línea del rostro de Hanlon-. Llego para doblar la rodilla ante César y encuentro a mi antiguo novicio sentado bajo las águilas.

–Me sentía más cómodo en su sala de conferencias -replicó secamente Hanlon.

El sacerdote sonrió moviendo la cabeza.

–Entonces también te faltaba sosiego. El hábito religioso no te quedaba cómodo -levantó la vista hacia las coronas que brillaban en las charreteras-. ¿Éste te molesta menos?

–Me sienta mejor, padre. No me hicieron para monje.

–A menudo me lo he preguntado. Nos dejaste con pena. ¿Eres feliz ahora?

–Soy más viejo -Hanlon eludió cuidadosamente la respuesta-. Ahora no me siento infeliz -miró las manos torcidas que atenazaban como garras los brazos del sillón-. Hábleme de usted. ¿Qué le sucedió a sus manos?

–Mauthausen -replicó brevemente el padre Albertus-. Un pobre hombre pensó que torturándome podía aliviar el tormento de su propia conciencia. Fue estudiante mío, antes de que me hicieran Maestro de Novicios. Mi falla

con él debe haber sido muy grave. Considero que esto es la penitencia. –
¡Esto es una casa de locos! – la voz de Hanlon fue suave y
sorprendentemente amarga-. ¿Qué le ocurrió a esa gente para que pudiera
hacer cosas como ésta... tortura lenta, asesinato público? En otros tiempos,
cuando yo estaba en Graz con usted, no era así. Era mansa, gemütlich, llena
de Schmalz, con un budín de grasa. ¿Qué pasó?

–Nada -repuso con gravedad el padre Albertus-. Nada más que el
florecimiento del mal que ya estaba en nuestros corazones. Nada que no
pueda sucederte a ti también, hijo mío.

–No le entiendo. – Hanlon, resentido, alzó bruscamente la cabeza.

–Creo que sí. Viviste largo tiempo entre nosotros. Nos amaste lo
suficiente para aprender el lenguaje como nuestros propios hijos. A menos
que me engañe, por eso volviste... porque deseabas vernos de nuevo, acaso
ayudarnos. ¿Es o no verdad?

–Más verdadero de lo que usted cree. Necesité seis meses para preparar
el terreno y conseguir este nombramiento, padre. Después de la confusión
sangrienta de la guerra, parecía una oportunidad de edificar en vez de
destruir -alargó las manos en irónica excusa-. Usted me enseñó mejor de lo
que piensa, padre Maestro de Novicios. Usted le quitó el sabor a muchos
besos y el aroma al mejor vino. Me dejó esta comezón por reformar el
mundo..., pero nunca me enseñó el arte de vivir cómodamente en él. Eso
tuve que aprenderlo solo. Pero... tiene razón. Deseaba volver. Quería
ayudar. Amaba a esta gente.

–Hasta que uno de ellos asesinó a tu amigo.

–Así es.

–Uno no es todos.

–Pero todos ocultarán al uno, ¿no es verdad?

–No los culpes demasiado por eso. Han perdido a casi todos sus
jóvenes. En el valle muchas niñas no tendrán nunca marido. ¿Puedes
reprocharles que traten de salvar aún a ese mutilado?

–De esa manera no lo salvarán. ¿No lo comprenden? Existe la ley...

–La ley ha sido por largo tiempo una burla en Europa, Mark. Tú
deberías comprenderlo.

–Ahora hay una ley nueva.

El anciano sonrió con ligera burla y movió la cabeza.

–La ley del conquistador. Es sospechosa desde la partida.

–Lo sé tan bien como usted. Pero ¿no ve usted que al menos tienen que ensayarla? De otro modo no hay esperanza de volver a comenzar. Usted, más que todos, debería sentir respeto por la ley, padre.

–Lo siento, hijo, pero nunca he creído que el verdugo era su mejor intérprete. – ¡Yo no soy un verdugo, Dios santo! – la voz de Hanlon se endureció de ira-. Estoy aquí para que se haga justicia. Y recuerdo bastante de mi vida en Austria para templarla con la misericordia.

–No puedes garantizar ni la justicia ni la misericordia -le replicó secamente el padre Albertus-. Eres un hombre sometido a la autoridad... como el centurión. Puedes arrestar a ese individuo. Puedes procesarlo. Pero no puedes defender su causa ni modificar el código por el cual lo juzgarán. – ¡Evíteme la dialéctica, padre! – explotó Hanlon con impaciencia-. Éste es un problema práctico. Se ha cometido un crimen. Si el pueblo no coopera para llevar al asesino a la justicia se les considerará cómplices. Se encontrarán en oposición a la única autoridad que puede ayudarlos a volver a la vida normal. No habrá paz para ellos mientras no encontremos a este hombre. – ¿Y ese amor que traes, Mark? ¿Dónde se manifiesta?

–Prescindimos de él -repuso fríamente Hanlon-, porque el amor unilateral es amargo y estéril. Administramos justicia. Gobernamos de acuerdo con los estatutos. Es probable que a la larga sea más sabio. – ¿Estás seguro de poder prescindir de él?

–Estoy seguro, padre. Tengo que estarlo.

El anciano se levantó y se envolvió en su capa. Ahora tenía sombríos los ojos y parecía que el fuego se hubiera apagado detrás de su rostro tenso. Dijo con voz queda:

–El Bürgermeister me hizo saber lo que quieres. He dispuesto el réquiem y el funeral. Pensé que tal vez querías ayudar a misa. Sería... sería como en los antiguos tiempos.

Algo de frialdad se derritió en los ojos de Mark Hanlon al mirar a su mentor de blancos cabellos y ver cuán viejo, cansado y frágil estaba. Vaciló un momento y repuso con bastante bondad:

–Es preferible que no, padre. Hace mucho tiempo que no frecuento los sacramentos. Debo considerar también un aspecto político. En Bad Quellenberg hay católicos y luteranos. La Fuerza de Ocupación no puede identificarse demasiado ni con unos ni con otros. Asistiré a la misa y al entierro. Es lo más que puedo hacer.

El sacerdote lo miró largo rato fijamente; después se enderezó y le dijo con voz firme y profunda:

—Me preguntaste qué convertía esto en una casa de locos, hijo mío. Tú mismo me has dado la respuesta. Demasiada política y muy poco amor.

Esta vez no le tendió la mano; se inclinó con tiesura y se dio vuelta para salir.

—Servus, comandante.

—Auf Wiedersehn, padre -contestó Mark Hanlon sin inmutarse.

CAPÍTULO TERCERO

En el punto más alto del paseo escénico que rodeaba a Bad Quellenberg construyeron una casa.

Abatieron cierta extensión de pinos y los aserraron para elaborar madera; nivelaron el claro detrás de un muro de contención de roca de la montaña, y en la amplia meseta artificial se alzó un edificio de piedra y madera, de tres pisos, cuyas ventanas miraban a la ciudad y al abismo del valle.

Una franja de pinos la recataba del camino, y una puerta de reja con cerradura electrificada la defendía de visitantes fortuitos. Seguía a los pinos un extenso prado de césped, que en primavera se cuajaba de flores y de arbustos en pleno brote. Una terraza pavimentada acogía el sol en verano e invierno, y los cerros le tamizaban los vientos que bajaban de los desfiladeros.

El lugar tenía el nombre, bastante convencional, de Walhalla, pero los pobladores locales le asignaban otro: das Spinnenhaus, la Casa de la Maña. Una plancha de bronce en el montante de la puerta indicaba a su propietario como: Doktor Sepp Kunzli, Abogado.

Nadie, a primera vista, se parecía menos a una araña que ese profesional acicalado y pulcro. Su pelo oscuro liso y su tez aceitunada hacían recordar a los romanos acuartelados siglos atrás en el Danubio. La gracia disciplinada de sus movimientos le daba un aspecto más joven que sus cuarenta y cinco años.

Los ojos eran sus delatores. Los tenía oscuros y muertos como los de un insecto. Veían desde todos los ángulos, desde una multitud de facetas. Pero no tenían luz; no acusaban el menor indicio de las ideas que bullían tras ellos. Eran los ojos de una araña, calculadores, voraces, implacables.

La verdad sobre Sepp Kunzli era sencilla pero sobrecogedora; estaba muerto hacía mucho tiempo. La mayoría de los hombres mueren lentamente, bajo las pequeñas crucifixiones diarias del vivir. Bastante agradecidos, se someten a la drogada decadencia final de la ancianidad y el olvido.

Algunos, los afortunados, alcanzan un florecimiento más pleno del espíritu, y su vida física se extingue de este modo, expurgada.

Sepp Kunzli murió, súbita y desesperadamente, un día esplendoroso de verano; y el hombre que después caminó en sus zapatos era un espectro helado con un cerebro activo y un trozo de hielo donde debía tener el corazón.

A mediados del decenio 1930-39, era un abogado joven, de porvenir brillante en Viena. Pasó de la Universidad a la oficina de su padre, antigua firma hereditaria, con relaciones en Baviera, Hungría, Suiza y todas las provincias austríacas. La tierra cambiaba rápidamente de manos; los perspicaces liquidaban sus activos y depositaban fondos en el extranjero, de manera que la clientela acudió en número creciente a la oficina sombría y barroca, inmediata a la Ringstrasse.

Conoció a una joven judía, hija de uno de los banqueros de menor importancia; se casaron y ella aportó una pingüe dote. No tuvieron hijos, pero fueron extraordinariamente felices en la última primavera que precedió al Anschluss.

Una semana después que las últimas unidades alemanas entraron en Viena, Sepp Kunzli llegó a su casa y encontró a su mujer con la cabeza metida en el horno de gas y una notita patética arrugada en la mano:

Te he amado demasiado para convertirme en una carga para ti.
Perdóname.

Otro hombre se habría disparado un balazo o habría perdido la razón o se habría lanzado a una campaña desesperada de odio y venganza. Kunzli no hizo nada de eso. Enterró en privado a su esposa, vendió su casa, se instaló en un departamento para solteros en otro barrio y siguió adelante con sus negocios dedicándoles una concentración fría que escandalizó a su familia y alejó a sus amigos.

Cerró las cuentas de antiguos clientes y comenzó a construir cuentas nuevas, de personajes destacados del Partido, de miembros de la nueva Administración, de capitalistas alemanes.

Por cuenta de ellos compró y vendió propiedades. Los aconsejaba sobre sus inversiones en el país y les encontraba puertas de escape para sus transacciones en el exterior. Se convirtió en el confidente de sus secretos conyugales y en el intermediario de sus divorcios diplomáticos. Cuando lo instaban a incorporarse al Partido declaraba que podía servirlos mejor manteniéndose ajeno a él.

Pero hizo cuantiosos aportes a sus fondos y viajó sin trabas fuera del país con un pasaporte especialmente respaldado.

Por último, rompió con la firma de su padre y se llevó sus clientes. Dejó Viena y se instaló en Bad Quellenberg. También llegaron ellos luego que les señaló las ventajas de tener un representante tan cerca de las fronteras con Italia, Yugoslavia y Suiza, tan lejos de las sucias intrigas de la capital.

Lo que no les dijo fue que ése era el paso final para salir del mundo que odiaba, la jugada inicial en una campaña fría para explotar a los hombres que habían matado a su esposa apagando el último chispazo de amor que él poseía.

No le produjo alegría. Era incapaz de sentirla. Sólo le quedaba la pasión glacial del ajedrecista cuando barre los peones del tablero y avanza implacablemente hacia el jaque mate final e insípido.

Cuando negociaba en Suiza por cuenta de sus clientes, les cargaba comisiones exorbitantes. Si bien emitía nuevos reglamentos contra los negocios en el exterior, les abría cuentas de tapadera bajo su propio nombre, usando las garantías de ellos como prenda de sus negocios privados e invocando la influencia de altos funcionarios para preservar su inmunidad. Chantajeaba sutilmente a los tímidos. Alentaba a los osados a cometer excesos que los endeudaban más y más con él. Siempre estaba listo para garantizar una hipoteca o para recoger un pagaré. Una esposa derrochadora podía contar con él para obtener un préstamo, sin que nunca se mostrara demasiado ávido por cobrarse.

Atendía con magnificencia a los personajes del régimen que iban a Bad Quellenberg. Si el deber los obligaba a regresar, seducía a sus esposas, sus hijas y sus queridas con una pasión calculada que primero las dejaba perplejas y después extrañamente asustadas.

Su juego, en Bad Quellenberg mismo, fue idéntico, fácil y discreto. Mantenía embargos sobre los mejores sitios para edificación, pagarés contra

los principales hoteles. Tenía en el bolsillo a los contratistas y los consejeros seguían la línea de conducta que él les trazaba.

La tela que se tejía en la Casa de la Araña se extendía cada vez más intrincada con el paso de los años, fijando sus hilos en los puntos más inverosímiles. Existía en Zürich un tal John Winter para el que obtuvo una presentación por medio de un discreto banquero suizo. Siempre que iba a Suiza se reunían, previa cita, en la oficina particular del banquero y Kunzli les proporcionaba informes que cubrían, desde los movimientos de las tropas, hasta las indiscreciones recientes de la esposa de un Reichsminister. Siempre rehusó cobrar por estas informaciones, presentándose como un patriota en cuyo corazón prevalecían los intereses de su país. El más prolijo escrutinio efectuado en Londres no pudo descubrir falla alguna en sus informes, ni sugerencias de doble juego en el donante. Kunzli quedó clasificado como un agente seguro, como un hombre que sería recordado en días posteriores.

Era su jugada más atrevida, pero sin ella no podría triunfar. ¿Qué ganaría arruinando a un enemigo si era arrastrado en su caída? Ahora parecía que el juego traía su compensación. Los Aliados habían ganado la guerra. Los asesinos de su esposa llegaban, por turno, a su fin apropiado.

Con el miedo y la codicia de ellos había labrado una fortuna. Las moscas se debatían por fin en la tela y la araña podía descansar, sonreírse y devorarlas pausadamente...

Esa tarde de invierno, mientras las primeras nieves se depositaban en los cerros y en los pinos negros, se hallaba, pues, en su estudio, cavilando sobre la forma más diplomática de acercarse a la Fuerza de Ocupación.

La idea de que Holzinger fuera llamado como un botones, que a Fischer lo zurraran para activarlo y que hasta la Iglesia fuera amonestada, le provocó una sonrisa glacial.

Mayer le había telefoneado desde el «Sonnblick» una serie de comentarios sobre sus entradas y salidas. Mayer era un hombre útil, admirablemente situado para transmitirle al oído datos sobre el mercado de valores. Kunzli le había dado el cargo, recuperando diez veces su sueldo en chismes de alcoba e indiscreciones en la sala de conferencias.

El nuevo comandante era hasta cierto punto un enigma. Hablaba en perfecto alemán. Actuaba como un hombre que tiene plena conciencia de sí

mismo. Tendría que acercársele con cuidado. La tónica sería cooperación en términos de igualdad. La ocasión se le presentaría en breve.

El crimen constituía ya el tema de la ciudad. Holzinger y Fischer se hallaban en una encrucijada.

Si cogían al muchacho, la población querría estrangularlo. Si lo dejaban escapar, se malquistarían con la nueva autoridad. Sería interesante saber si los ingleses deseaban su captura o si preferían olvidar el asunto después de un intervalo decente. Los ingleses son sutiles: profesan gran respeto a la ley, pero tienen un talento peculiar para interpretarla a su conveniencia.

Se preguntó si ya tendría nombre el asesino, y si pertenecía a los cerros o a la ciudad. Esas cosas también eran importantes. Si provenía de una familia antigua, los campesinos lo esconderían durante años, eludiendo las investigaciones con terquedad animal testaruda. Si era de la ciudad, de la población inmigrante de Salzburgo, Viena o Graz, podrían sentirse mejor abandonándolo a su suerte para evitarse molestias. El instinto de tribu seguía fuerte en los valles de las tierras altas.

Una cosa era cierta. Pasara lo que pasara, Sepp Kunzli obtendría provecho. Los dos lados necesitarían un mediador. Ambos pagarían sus expertos servicios en su moneda respectiva.

Rumiaba esa idea placentera cuando se abrió la puerta y entró su sobrina.

Vestía a la usanza montañesa, pantalones de esquí, botas gruesas y un gran abrigo con cuello de piel. Llevaba el pelo rubio trenzado y envuelto como una diadema, y el verde sombrero tirolés inclinado en un ángulo garboso sobre su cara reluciente de muñeca de porcelana.

Cruzó con rapidez la habitación y dio a su tío un beso leve en la frente. Él no respondió al gesto y sin inmutarse le preguntó: -¿Sales?

-Sí. Voy primero al hospital. Tengo una hora de terapia con los amputados. - ¿Progresan?

No le interesaba la respuesta; su interrogación tenía la urbanidad impersonal y helada que consideraba necesaria para mantener relaciones cómodas. - Algunos lo hacen bastante bien. El joven Dietrich principia hoy con sus bastones. Y Heinzl Reitlinger puede encender un cigarrillo con su mano artificial. Estoy orgullosa de ellos.

-Me alegro.

–Yo... he pensado. Tío... -tartamudeó y la voz se le quebró. – ¿Qué has pensado, Anna?

–Si a usted le molestaría que yo invitara a unos pocos a la casa alguna tarde. La ambulancia los traería y...

–Lo siento, querida. He gastado mucho dinero para proporcionarles entretenimientos en la ciudad. No veo la razón de que invadan mi intimidad.

–Como usted quiera, tío.

–Si tuvo una desilusión, no dio señales de ella. Su voz siguió tranquila como la de Kunzli,, pero siempre cálida y amistosa-. No me espere para el té. – ¿Por qué no?

–Me llamó el padre Albertus. Tenemos ensayo de coro esta tarde. Mañana entierran al soldado inglés. Cantaremos el réquiem.

Por primera vez asomó una chispa de interés a los ojos oscuros y muertos de Kunzli. Dijo, con sarcasmo esbozado:

–A nuestros muchachos no les cantan réquiems. Me pregunto por qué.

–Quizá porque no hay muchos.

Kunzli alzó la vista rápidamente, pero en el rostro de Anna sólo vio la inocencia franca y desconcertante que había llevado consigo a su casa y contra la cual se embotaban todas sus ironías... Al principio la había molestado. La interpretaba como la inocencia cuidada que usan los niños con las personas que les desagradan. Ensayó acicates para que la dejara, hasta que un día ella, mera colegiala desgarrada de largas piernas, se le enfrentó y le dijo con suma gentileza: «No sea cruel conmigo, tío; sólo conseguirá lastimarse y hacerme desgraciada. Entonces no podríamos vivir juntos, ¿no es así?»

Ésa fue su primera capitulación ante una inocencia en la que no creía. Ahora volvió a rendirse.

Se encogió de hombros y dijo:

–No te atrases para la comida.

–Estaré a tiempo. Auf Wiedersehn, tío.

–Auf Wiedersehn, Anna.

Ella le pasó suavemente una mano por los cabellos y se marchó. Sepp Kunzli preguntó, por milésima vez, qué locura lo había impulsado a incorporarla a su vida.

Anna era hija de su hermano, pero desde que saliera de Viena no la había visto ni tenido noticias suyas hasta un día en que se presentó a su puerta, asustada y con los ojos enrojecidos, en compañía de una musculosa labradora del Burgenland.

La burgenlandesa tenía mala opinión de Sepp y estaba resuelta a que se hiciera justicia a su polluela.

En grosero y tosco dialecto expuso que el padre de Anna había muerto, alcanzado por los proyectiles sobre Inglaterra, y que su madre estaba escupiendo los pulmones en un sanatorio de Viena y probablemente fallecería en pocas semanas. Los viejos se habían ido y Sepp era el último pariente vivo. ¿Cumpliría o no con su deber? En nombre de los siete santas,

*

¿cómo podría vivir en ese barracón de casa mientras su propia sangre quedaba abandonada? A ella no le importaba: sería feliz llevándose a la chica y criándola en el Burgenland. Pensándolo bien, era probable que estuviera mejor en una familia con temor de Dios. Pero Arma tenía derechos, ¿verdad? Y si el feine Mann no quería cuidarla, tendría que avergonzarse de sí mismo.

Diez minutos de ese tratamiento derrotaron a Sepp Kunzli. Recibió en su casa a la chica desmañada de Quince años, y la traspasó a su ama de llaves procurando olvidarla. Tanto el ama de llaves como Anna se sintieron felices de ayudarlo a olvidar. Cuando murió la madre fue el ama de llaves quien aquietó su llanto, mientras Kunzli viajaba a Suiza, sin acordarse de la solitaria adolescente que rondaba la gran casa con su pena.

El ama de llaves le compraba la ropa y la animaba a juntarse con otras chicas, y ella fue quien sugirió al padre Albertus que la incorporara al coro y a las Congregaciones de la Iglesia y a la Policlínica.

Un día, Kunzli se dio cuenta, con sobresalto, de que tenía una mujer en su casa, una mujer joven y hermosa, que le profesaba un afecto curioso y tolerante y observaba con mirada crítica sus estudiadas locuras. Ya no pudo continuar ignorándola ni quiso prescindir de ella. Le era tan familiar como un mueble, e igualmente reconfortante.

Cuando ella le propuso, con toda sencillez, que le asignara una pequeña renta para evitar las demandas repetidas para comprar ropas y accesorios femeninos, él aceptó sin discutir y duplicó la cantidad que ella sugería. Estaba dispuesto hasta a elogiar su sentido común. Ella le compraba

pequeños obsequios inútiles en su cumpleaños y en las fiestas, y él se veía forzado a corresponder sus atenciones. Nunca la había besado ni la había estrechado en sus brazos, pero ella no le manifestaba resentimiento por su falta de afecto. El humor punzante de Kunzli la dejaba inmune. Si condenaba sus seducciones guardaba silencio, y los pavoneos galantes de sus huéspedes masculinos se estrellaban contra sus defensas. En un mundo enloquecido parecía estar compenetrada del equilibrio primaveral del Edén. Pero Sepp Kunzli había perdido su Paraíso hacía ya tanto tiempo, que carecía de la agudeza mental para reconocerlo.

La niña estaba allí. Probablemente se quedaría allí hasta que algún hombre la pidiera en matrimonio, y cuanto antes sucediera, mejor sería. Entretanto ella le recordaba que las chicas crecen y los ricos envejecen, y que la venganza y el dinero son los triunfos más ruines y despreciables de todos.

Cortó su divagación el toque agudo del teléfono. Levantó el auricular y oyó una voz

*

Así en el original [Nota del escaneador]. desconocida. – ¿Doktor Kunzli?

–Con él habla.

–Aquí habla Mark Hanlon, Comandante de Ocupación. – ¡Mi estimado comandante Hanlon! ¡Qué amabilidad de su parte! Yo aguardaba a que se instalara para presentarle mis respetos. Lo sabía muy ocupado y...

–He tenido noticias tuyas de Klagenfurt -le interrumpió bruscamente Hanlon-. Me agradecería verlo cuanto antes.

–Por cierto, comandante, ¿quiere comer conmigo esta noche? Le puedo enviar el auto...

–Lo siento, pero no puedo. Me gustaría verlo en mi oficina alrededor de las cinco de la tarde. ¿Le sería posible?

–El plazo es algo corto, pero...

–Gracias, Doktor, lo esperaré. Auf Wiedersehn.

–Auf Wiedersehn, comandante -dijo Kunzli, pero la comunicación ya estaba cortada. Colocó lentamente el auricular en su soporte y se echó atrás en la silla, apoyando la barbilla en la mano y contemplando los copos de nieve silenciosos y volteantes y la niebla gris que se acumulaba en el valle.

Mientras pasaba el primer día de su comandancia, se ennegrecía el humor de Hanlon. La visita del padre Albertus revivió memorias que prefería dejar enterradas, y le puso ante situaciones, personales y públicas, que auguraban nuevos problemas en su tarea de por sí compleja. La actitud de las autoridades locales ya se iba definiendo como una resistencia pasiva, y el capitán Johnson se revelaba como un cínico amable, apto para el mando pero demasiado joven para ser un apoyo moral o un consejero útil para su jefe.

Más pronto de lo que imaginara, Mark Hanlon iba llegando a la conclusión de que los viajes sentimentales son siempre un error, y que los viejos amores, como los besos antiguos, deben desvanecerse amablemente en el arcón de los recuerdos. El amor es algo compartido. Exige igualdad, confesión de necesidad recíproca. Cuando uno besa y otro presenta la mejilla, el amor muere rápidamente de hambre. Ya lo había descubierto en su vida privada. Ahora se lo estaban imponiendo en su vida pública. Para dormir cómodo, tendría que hacerlo solo, con bayonetas a la puerta y la espada de su investidura en la mano. Y si acudían las que hablan el lenguaje del amor para ofrecerle algo más que la fría moneda del tributo, tendría que desconfiar. Si alternaba con ellas sería en el comercio de la casa de prostitución: dinero pagado contra valor recibido. ¡Y pústulas para el descuido que eligiera mal su compañera de lecho!

Lo que explica que Karl Adalbert Fischer fuera mal recibido y experimentara el borde áspero de la lengua del comandante cuando acudió a darle su primer informe. Hanlon lo dejó parado, como un subalterno, frente al escritorio y le interrogó con fría precisión. – ¿Dice usted que el coche se estropeó?

–Eso es, comandante. Usted sabe que los caminos están congelados. Los neumáticos son viejos y la dirección siempre ha sido defectuosa. Una llanta se reventó, patinó el auto saliéndose del camino y cayó por el terraplén. Fue una suerte que mis hombres no se mataran.

–Es raro que esto sucediera a sólo diez kilómetros de la ciudad.

Fischer se encogió de hombros y alargó las manos con ademán de impotencia. – ¿Quién puede predecir dónde sucederá un accidente? La conducta de mis hombres fue ejemplar. Uno de ellos volvió a informarme. Los otros dos siguieron a pie hasta el lugar del crimen.

Cuando llegaron allá la nieve caía espesa. Todas las huellas estaban borradas. Las preguntas que hicieron en las fincas cercanas no revelaron nada.

–Muy conveniente.

–Si el comandante insinúa... -Fischer enrojeció y sacudió la cabeza con ridícula indignación. – ¡Ahórreselo! – le interrumpió secamente Hanlon-. ¿Cómo se propone trabajar sin automóvil?

–No se puede.

–Use su coche particular. Autorícese gastos de gasolina y reparaciones, y yo le daré a uno de mis hombres para que lo conduzca. Habla alemán y podrá ayudarle en su búsqueda.

Fischer tragó saliva y tartamudeó turbado:

–Agradeceremos... agradeceremos toda la ayuda que usted pueda prestarnos.

–Estoy seguro de ello. Usted enviará rápidamente patrullas de esquiadores a interrogar a los campesinos más lejanos. Tengo cuatro buenos esquiadores entre mis soldados. Asignaré uno a cada grupo. – ¡Patrullas de esquiadores! – los ojos de Fischer se dilataron de sorpresa-. ¿Sabe el comandante de cuántos hombres dispongo? ¡De seis! Tengo que mantener orden en la ciudad, y usted me pide que registre las montañas y los valles con patrullas de esquiadores.

–Hay cuatro guías alpinos y por lo menos diez guardabosques desocupados en invierno.

Aprovéchelos para formar sus patrullas. Se presentarán aquí todas las mañanas a recibir órdenes. No me gustaría que circulara información previa en las áreas por investigar. – ¡Comandante, no he venido a recibir insultos! Tengo que pedirle que...

Hanlon prosiguió con el mismo sarcasmo tranquilo:

–Usted debe tener, en los registros de la ciudad, una lista con los nombres de los que formaban el regimiento de Quellenberg. También debe tener otra lista de las bajas que indique los muertos y los desaparecidos, y de los que ya han sido repatriados. Eliminando a los muertos, que constituyen la mayoría, tendremos una primera lista de familias que pueden saber algo sobre el soldado con la cicatriz. ¿Capta el sentido de lo que le digo, Fischer? – ¡No! – replicó el pequeño policía con ira súbita-. No puedo trabajar con un hombre que desconfía de mí.

Hanlon se apoyó en el respaldo de la silla y lo miró con burla sardónica. – ¡Se equivoca, amigo mío!; yo confío en que usted retardará esta búsqueda por todos los medios posibles. Y no crea que lo culpo. Es probable que en su lugar yo hiciera otro tanto. Espero convencerle de que cometería un grave error -se enderezó de nuevo y abrió la carpeta que tenía delante. Su tono fue engañosamente manso-. Tengo autoridad para despedirlo, Fischer; las bases son: asociación con el Partido, incompetencia, o resistencia a cooperar. Podría aún fabricar un caso y hacerle detener para que lo investiguen los que se ocupan de crímenes de guerra. Su sueldo cesaría. Usted perdería todo derecho a retiro. Su nombre circularía en una lista negra en las otras áreas de Ocupación. Le costaría mucho encontrar otro empleo, ni siquiera como barredor nieve. – ¿Por qué quiere mantenerme, entonces?

–Soy un individuo práctico. – Hanlon sonrió con superioridad-. Creo que una ciudad funciona mejor con sus administradores normales. Este lugar tiene una historia bastante limpia. Si se mantiene limpia, todos se beneficiarán. Habrá más posibilidad de conseguir raciones de alimento y carbón, y penicilina para el hospital. Podríamos presentar en Klagenfurt un buen caso para que la conviertan en área de reposo para las tropas de Ocupación, lo que produciría rentas a la ciudad y sería la reiniciación del antiguo comercio de turismo. Podríamos convertirla en una pieza de exposición, Fischer, en un modelo para el resto de Austria... si cooperamos.

–Usted quiere decir, si le entrego un soldado austríaco para que lo ahorquen.

–Expréselo así si quiere. – ¿De qué otro modo podría hacerlo, comandante?

–Hay dos maneras -dijo Hanlon con deliberación-. Usted puede llamarlo un reconocimiento de la ley común, un reconocimiento de que el asesinato es un crimen y merece castigo para proteger a la comunidad. Usted no puede cambiar ese principio porque el azar ha querido que la víctima lleve uniforme británico. Si eso le sabe mal, ensaye esto -citó un versículo de la antigua Biblia alemana-: «Es conveniente que un hombre muera por el pueblo.»

–Ya han muerto demasiados hombres «por el pueblo» -dijo Fischer con sorprendente amargura-. ¡El pueblo! ¡La nación! ¡La Gran Alemania! Millones murieron por ellos. Y usted exige otra víctima todavía.

—Yo no quiero víctimas -dijo tranquilamente Hanlon-. Estoy tratando de señalarle que usted no puede vivir en dos mundos. Si quiere vivir conforme a la ley tiene que aceptar los códigos. Si quiere vivir en la jungla puede hacerlo, pero pagando un precio. Es usted quien debe resolverlo. — ¿Ha matado usted alguna vez a un hombre, comandante?

La pregunta le cogió de sorpresa. Miró de hito en hito al pequeño policía, que se mantenía erguido e impasible, con una dignidad nueva y extraña. Vaciló un momento y le respondió:

—Sí. He matado a varios en cinco años de guerra.

—Entonces ¿por qué habla como Dios todopoderoso en el Día del Juicio?

Hanlon dio un puñetazo en la mesa, que hizo saltar el tintero y caer los papeles en desorden al suelo. — ¡Porque tengo que hacerlo! ¡Porque alguien tiene que asumir el papel de Dios en este caos del diablo!

—Denos una oportunidad y lo haremos nosotros. Una sonrisa lenta asomó al rostro de pájaro del pequeño policía. Después de todo, el comandante era humano. Tenía su provisión de ira y los hombres airados son propensos a la indiscreción. Se sorprendió, pues, cuando Hanlon, sonriéndole de nuevo, le lanzó de vuelta el argumento.

—Estoy seguro de que ustedes pueden organizarse, Fischer, pero no voy a colocar mi cabeza en el cadalso por errores de ustedes. De manera que, o trabajamos juntos, o usted parte custodiado a Klagenfurt en el tren de la noche. ¿Qué elige?

—Cooperaré -dijo Karl Adalbert Fischer. Incluyó el cuello largo, hundiéndose los hombros y permaneció con la vista baja como un hombre que se despoja de la última brizna de honor. En realidad burbujeaba de satisfacción. El inglés tenía miedo, la tarea le quedaba grande. Aceptaría una transacción, aunque no estuviera preparado para admitirlo. Las bruscas palabras siguientes de Hanlon destrozaron la fugaz ilusión. — ¡Bien! Dígame ahora cómo se llama el hombre y dónde vive.

Alzó la cabeza grotesca y se quedó boquiabierto.

—No... no le entiendo.

—Me parece que sí. Usted no habría arriesgado su empleo por un desconocido. De una vez por todas, Fischer, ¿cómo se llama?

—Usted se equivoca, comandante -replicó Fischer con tesa dignidad-. No conozco al hombre. Si lo conociera ya lo tendría usted en su poder.

–Acepto su palabra -dijo alegremente Hanlon-. Pero si descubro que está mintiendo lo acusaré como cómplice. Ahora vamos al grano.

En los treinta minutos siguientes instruyó al policía sobre los detalles estratégicos de la cacería de un hombre en las montañas. Cuando terminó, Fischer sudaba bajo la ropa preguntándose cuál estaba en mayor peligro, si el cuello de su sobrino o el propio.

Después, Hanlon lo despidió y telefoneó a la Casa de la Araña para citar a Kunzli.

Éste llegó, como hombre adinerado, en coche propio conducido por un chófer de uniforme.

Cuidó los preámbulos de su entrada al Cuartel General. Se apeó el chófer y parlamentó con la guardia, de manera que cuando el Herr Doktor bajó no lo mantuvieron aguardando al frío como a los otros, sino que lo introdujeron ceremoniosamente y lo hicieron subir sin demora.

Los soldados que reposaban observaron curiosos su figura acicalada, el sobrio sombrero negro, el abrigo con alto cuello de astracán, los guantes de piel, el bastón elegante. Mayer y el portero se inclinaron reverentes a su paso, pero él sólo les dirigió un leve saludo.

Con sorpresa de Johnson y el sargento, Hanlon se puso de pie para recibirlo, le estrechó una mano, lo instaló en un asiento cómodo y le ofreció cigarrillos.

Kunzli aceptó las atenciones con gentileza y cálido contento interior. Al parecer, sus temores carecían de base. La perentoria llamada telefónica no era sino la brusquedad de un hombre ocupado.

Hanlon poseía atractivo e inteligencia. No sería muy difícil establecer un entendimiento.

La primera jugada fue alentadora. Hanlon abrió su carpeta y retiró una carta que desplegó y dejó frente a él sobre el escritorio. Le dijo cordialmente:

–Me han enviado una carta de Klagenfurt, Herr Doktor. Llegó de Zürich vía Londres.

–Me interesaría conocer su contenido.

–Es muy breve. Dice: «Conocemos al Doktor Sepp Kunzli, de Bad Quellenberg, como un agente de confianza desde 1943. Recomendamos que le otorguen las inmunidades acostumbradas en tales casos y sugerimos que sus servicios pueden tener cierto valor para el comandante local.»

Está firmada por John Winter, teniente coronel, Agregado Militar Británico, Ginebra, Suiza.

—Me halaga. También estoy agradecido. Los ingleses son hombres de palabra.

—Nos gusta recordar a los amigos -dijo de paso Hanlon-. En este momento necesitamos algo de ayuda. Quiero saber si usted tiene interés en cooperar.

—Naturalmente, Herr comandante. Hasta donde yo pueda. Estos tiempos son difíciles... para todos.

Sus labios sonreían, pero los ojos gris pizarra estaban vacíos de expresión y las manos descansaban flojas e inertes en los brazos de la butaca.

—Bien. Dígame, Herr Doktor, ¿cómo estima usted la fuerza y la importancia política del Partido Nazi en Bad Quellenberg?

—Numéricamente fuerte, pero sin importancia alguna, entonces o ahora - fue la respuesta fluida y segura-. Aquí vinieron personajes importantes, se discutieron problemas importantes, pero los miembros locales eran pequeños funcionarios, gauleiters, policías, maestros de escuela cuyos ascensos dependían de buenos antecedentes en el Partido. El resto... - Kunzli se encogió expresivamente de hombros-, usted sabe cómo son estos montañeses, aislacionistas, igualmente intolerantes para los extranjeros y para los funcionarios. El Partido no penetró nunca bajo las superficies de sus vidas.

Hanlon asintió. La respuesta era concisa e inteligente. Calzaba con las informaciones que tenía, con la propia experiencia de su juventud. — ¿Hubo cualquier tipo de persecución contra los judíos o contra elementos opositores?

—Ninguna que pudiera caer en el campo de sus investigaciones, comandante. No hubo crímenes de violencia. No hubo arrestos nocturnos. Esta provincia es predominantemente católica y el Partido la manejó con mayor discreción de lo que acostumbraba. Hubo discriminación. En los primeros días se produjo un éxodo de judíos. Pero la violencia y el terror no fueron más que una triste leyenda en el valle.

—Para ser un hombre con historia trágica, usted es muy ecuánime, Herr Doktor.

Kunzli se encogió de hombros y sus labios acusaron un rictus melancólico.

—Con nuevas mentiras no revivirán los muertos. Las nuevas persecuciones no borrarán el recuerdo de las antiguas. ¿Qué es este pueblo? Un grupo de campesinos encerrados en sí mismos y en sus pequeños problemas. Podemos ser generosos con ellos, comandante.

El tácito «nosotros» fue cuidadosamente colocado, prolijamente sincronizado. Sugería identidad de intereses sin la presunción de declararla. El inglés tenía gusto y talento para sutilezas de ese tipo.

Hanlon sonrió con aire ausente y pasó a otra pregunta.

—Usted, por supuesto, nunca fue miembro del Partido.

—Nunca. — ¿Pero realizó negocios considerables con sus miembros... y por cuenta de ellos?

Kunzli sintió un temor vago e incierto, como si un cuchillo lo pinchara cerca del corazón, pero mantuvo los ojos vacíos y el rostro inalterable mientras improvisaba una respuesta.

—Soy un profesional, comandante. Si de la Religión o la Política hiciera una condición para mis servicios me habría muerto de hambre hace tiempo... como le sucedería a cualquier hombre de negocios en el mundo.

—Yo me refería a otra cosa -murmuró Hanlon excusándose-. Agregado a la carta de Suiza hay un memorándum que indica la amplitud de sus intereses, especialmente en transacciones de propiedades y bonos por cuenta de miembros prominentes del Partido.

—Ése es el pan de cada abogado.

—Sugieren que también hubo mermelada... y mucha.

—Obtuve utilidades apreciables... sí. Habrían sido mayores si lo hubiera podido. Fue una parte de mi venganza contra ellos por lo que hicieron de mi vida.

—Nos alegramos del éxito de nuestros amigos -Hanlon rió inofensivamente-, pero se presenta una cuestión: ¿qué parte de esas propiedades fue expropiada primitivamente, digamos, de víctimas en campos de concentración, y cuánto de ellas puede investigarse y devolverse a sus dueños, o a sus herederos? ¡Conque de eso se trataba! Los cuchillos pinchaban más de cerca. Y detrás de los ojos de araña, funcionaba un cerebro cauteloso como máquina calculadora, balanceando diferencias,

pesando los riesgos contra las utilidades aludidas. Vaciló un momento y repuso con fluida franqueza:

—Desde luego puedo decirle que en una u otra etapa muchas posesiones expropiadas pasaron por mis manos. ¿Cuántas? No pude adivinarlo. Muchas me llegaron de tercera o cuarta mano. Para hacer una lista exacta se necesitaría meses de investigación..., posiblemente años. — ¿Pero usted nos ayudaría en esa búsqueda?

—Naturalmente. — ¿Nos facilitará sus registros privados?

—Por supuesto. — ¿Incluso los que tiene en Bancos suizos?

—Ciertamente. Pero tendría que ir yo en persona a retirarlos de las diversas cajas fuertes. Están bajo diferentes nombres; el procedimiento es demasiado engorroso para hacerlo por correo.

—Yo le arreglaré sus documentos para salir -dijo Hanlon gentilmente agradecido-. Y mientras esté fuera, ¿pueden principiar nuestros asesores con las escrituras que tiene aquí?

—Dudo que las comprendan -una ligera irritación coloreó el tono de Kunzli-. Recuerde, comandante, que yo llevaba un negocio arriesgado y, como su gracioso Mr. Pepys, mantenía muchos de mis registros en una clave que sólo yo puedo descifrar.

—En ese caso haré que sus documentos de viaje sólo sean válidos por siete días. Me imagino que usted deseará regresar lo antes posible.

—Evidentemente. — ¿Cuál es la primera fecha en que puede partir?

—Depende de usted, comandante -dijo Kunzli en tono cortante-. Necesitaré, por supuesto, una lista específica de instrucciones. En seguida tendré que comparar esa lista con mis archivos de aquí, para ver qué material de Suiza se requiere...

—Mañana le enviaré las instrucciones. ¿Digamos una semana a partir de mañana?

Hanlon volvió las hojas de su agenda y aguardó, con el lápiz colocado para confirmar la fecha.

—Una semana es suficiente.

—Bien -hizo en la agenda una anotación rápida-. Sus documentos de salida estarán listos el día en que usted salga de viaje. Se los enviaré.

—Como guste, comandante.

—Entonces no necesito detenerlo más tiempo, Herr Doktor. Gracias por haber venido. Auf Wiedersehn.

Se puso en pie y le tendió la mano. Kunzli se la estrechó con desgana y dio media vuelta. Tenía la espalda recta y el rostro compuesto, pero tras los ajos metálicos se iba formando una idea amarga.

Por primera vez en muchos años había errado en su apreciación del mercado. Era cuestión de tiempo para que desfondara totalmente. ¡Mejor era que principiara vender, y vender rápido!

CAPÍTULO CUARTO

Después que Sepp Kunzli se retiró, Hanlon se puso ropa de esquí y salió solo a recorrer la ciudad. Iba a terminar su primer día en Bad Quellenberg y necesitaba tiempo y retraimiento para meditar en la experiencia.

La nieve espesa llenaba la atmósfera como si fuera plumas sopladas, suavizando los contornos ásperos, decorando los árboles helados, revistiendo la ciudad desde el camino hasta los techos, amortiguando las pisadas de los que volvían a sus casas. De los desfiladeros del Sur llegaban remolinos de niebla que caía como gallardetes desgarrados sobre los pinos ocultando las montañas.

Se vislumbraban luces amarillas alrededor del anfiteatro de edificios, y el crepúsculo se ennegrecía dando paso a la noche.

El camino bajaba desde la entrada del «Sonnblick», sorteando construcciones de importancia decreciente, hacia el centro de la ciudad vieja, donde la cascada corría bajo el camino, como un torrente silencioso canalizado en hielo, que se retorció fantásticamente desde las fisuras agudas hasta el fondo del valle.

Hanlon salió de la puerta iluminada y el frío le golpeó como un cuchillo; se subió el capuchón de la parka y descendió ágilmente el declive. Oyó detrás un repique helado de campanas y se apartó para observar el paso de un trineo campesino cargado de leña y conducido por un viejo con patillas a lo Bismarck y un sombrero verde con la copa alta. El caballo apoyaba torpemente sus grandes cascos y su aliento producía pequeñas rachas de nubes entre los copos revoloteantes. Hanlon siguió la música argentina de los arneses camino abajo.

Los primeros edificios que dejó atrás eran altos y oscuros; tenían los postigos cerrados y los balcones cubiertos con bastidores de madera para protegerlos de la nieve, las puertas con la llave echada y la nieve apilada muy alto en los peldaños desiertos.

Éstos eran los grandes hoteles, orgullo de la ciudad, fuente de sus entradas en los tiempos de bonanza económica. Ahora eran elefantes blancos que se devoraban a sí mismos, mientras se iban acumulando los intereses de sus hipotecas, la nieve estropeaba los tejados, el agua se congelaba en las cañerías, y el frío húmedo del invierno se filtraba por sus corredores.

«Así es -pensó Hanlon sombríamente-, como mueren las ciudades, y también los imperios.

No por cataclismos esporádicos: guerra, terremotos, incendios o inundaciones, sino por la retracción lenta de la vida, desde los miembros, hacia el pequeño corazón palpitante, cuyos ventrículos son el mercado, las tiendas, la cervecería, la iglesia. Después de un tiempo el corazón también se detiene, porque cuando los miembros se mueren el cuerpo queda inerte e inútil, y la vida es una repetición estéril de pulsaciones, energía perdida, movimiento que no lleva a parte alguna.»

Recordó entonces que ése era el objetivo de su venida: inyectar nueva vida en el corazón declinante, impulsar a la sangre para que circulara de nuevo hasta las extremidades yertas, para darles calor y movimiento y dirección nueva. Había malgastado, en cambio, un día entero en una exhibición cínica de fuerza, como si con el miedo fuera posible volver a la vida a un moribundo, en vez de estimularlo lentamente a desearla, y a pelear después por ella.

Pensando en la muerte, recordó al sargento Willis, a quien estaban encajonando en su pequeño ataúd de pino para enterrarlo al día siguiente en el cementerio de San Julián. Hombre sin importancia mientras vivió, su muerte lo había hecho importante para muchos. Soltero, sin parientes, podría haber fallecido de una trombosis coronaria y salir del tiempo sin rozar siquiera la superficie. Pero como lo mataron un poco después de la temporada legal, toda una ciudad yacía bajo la amenaza de una interdicción tan pavorosa como las que imponían los Papas antiguos a las, ciudades infieles. Y él, Mark Hanlon, que como novicio imberbe se había sentado a los pies del padre Albertus, era la Eminencia siniestra que clavaría la condena en las puertas cerradas de la iglesia y dispensaría una justicia rigurosa en vez de una misericordia vivificante.

Pero las interdicciones habían pasado de moda. Hasta la Iglesia las abandonó largo tiempo atrás.

Por muchos que fueran los sacos de ceniza volcados en la cabeza de un hombre, no se podía doblegar su voluntad al arrepentimiento. Los habitantes de Bad Quellenberg deploraban el crimen; no cabía dudarlo. El tropiezo era que no querían asumir la culpa del asesino ni la responsabilidad de darle caza. Moralmente -y el sentido moral de Hanlon era fino- tenían razón. El hombre responde de sus propios pecados, pero no de los del prójimo.

Y eso le llevaba al corazón de una manzana muy ácida. Hacía tiempo que se había despojado de la sotana. Sus manos nunca fueron ungidas para discriminar en el tribunal del espíritu. Ahora vestía un nuevo uniforme. Tenía el cargo de administrar un legalismo nuevo y siniestro; la culpabilidad colectiva.

«No hay un criminal -decían los juristas del Nuevo Orden-, hay muchos. No sólo existe el hombre que está detrás del fusil, sino los que le precedieron y le siguen: el padre que lo engendró, la madre que lo amamantó, la mujer que fue su esposa, el sacerdote que lo bautizó. Todos ellos tuvieron parte en su formación; todos ellos deben compartir su culpa y su castigo.»

Y así llegó el comandante Hanlon a una muralla ciega de frustración y a la puerta iluminada del último hotel grande de la avenida.

En contraste con los hoteles de las tierras altas, éste se hallaba retirado del camino y su acceso era una calle de gravilla, en arco. Lo flanqueaban plazoletas de estacionamiento, ocupadas por tres ambulancias viejas, grises y destartaladas; la nieve cubría sus toldos y radiadores y formaba pequeños ventisqueros en los tapacubos de las ruedas.

El estuco se descascaraba del tímpano y el orgulloso rótulo en letras góticas Hotel Kaiserdorf estaba semioculto por una tabla de pino blanco que tenía la siguiente inscripción: 121 Allgemeines Feldlazarett. Una pálida luz amarillenta se filtraba por las puertas de cristales, y Hanlon vio un viejo cabo, con la casaca desabrochada y escarbándose los dientes, que atendía el mesón de entrada.

Más lejos se movían contadas personas: un ordenanza empujando un carro con comida; una enfermera de uniforme pardusco; un convaleciente que arrastraba los pies y vestía casaca militar y pantalones rayados de pijama; una mujer maciza de abrigo largo verde y, a su lado, una chica de largas trenzas.

De súbito se dio cuenta de que ese sitio y sus ocupantes, también formaban parte de su cargo. El cargo, como el nombre, tenía un sonido siniestro. Lazarett, la casa de los mendigos, la morada de los estropeados, de los vencidos, la habitación de todos los pobres diablos que lucharon por causas perdidas y por credos desesperados, y que ahora se lamían las llagas a las puertas de los Nuevos Príncipes.

Tenía que visitarlos, revisar su instalación, examinar los problemas para rehabilitarlos para una vida normal. Se le erizó la piel ante la idea de la vergüenza que significaría para ellos y para él recorrer las filas de camas con el uniforme del vencedor. ¿Qué pensarían? ¿Cómo se sentirían? ¿Qué palabras podría encontrar para restaurar su dignidad destrozada?

Cada combatiente conservaba al menos ese derecho; de todos los otros lo despojaban cuando reyes le el uniforme, hasta del derecho a dudar de la causa por la que moría. Pero, ¿cómo hacerle sentir que se le comprendía y se le respetaba, ostentando coronas y botones lustrosos mientras él estaba sentado en la chata o yacía con drenajes en el vientre o con un muñón descarnado donde debiera tener la mano?

Recordó entonces que no llevaba uniforme. Vestía como cualquier montañés, traje de esquí y parka con capuchón. Era el momento para salir de eso de una vez por todas. Empujó la puerta y entró en el vestíbulo.

El viejo cabo levantó la vista y lo interrogó con indiferencia hostil. – ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Hanlon reprimió su irritación y repuso, con bastante suavidad:

–Quiero ver al Médico Jefe. – ¿Está citado?

–No lo necesito. – ¿Cómo se llama usted? Deme su nombre.

–No lo escribiría correctamente si se lo dijera -repuso Hanlon acremente burlón-. Vamos, sea buena persona y dígame dónde lo puedo encontrar.

El cabo movió la cabeza con terquedad.

–Hay reglamentos, amigo. Inscribimos a todos los visitantes al entrar y al salir. No molestamos al personal médico salvo en casos de urgencia. Tienen exceso de trabajo; así dicen. ¿Me da su nombre?

–Hanlon, H-A-N-L-O-N -deletreó lentamente, al estilo alemán, mientras el cabo remojaba el trocito de lápiz y copiaba a pausas en el formulario. – ¿Asunto?

–Privado.

El lápiz se detuvo a medio camino y el cabo gruñó impaciente: -¡No volvemos a lo mismo! Vienen de todos los tipos y a todas horas. Quieren saber cómo sigue el dolor de barriga de Heinz o si Gerhardt le va a servir de algo a su mujer cuando lo den de alta. Usted tiene que hacerlo mejor. Vamos, ¿para qué quiere ver al Jefe?

«Vete al diablo -pensó airado Hanlon-. Trato de ser bondadoso y pretendes hacerme saltar a través de los aros como un mono amaestrado.»

En voz alta dijo:

—Mi asunto es privado con el Médico Jefe. No tiene relación con ningún paciente determinado.

Le ruego le dé mi nombre por teléfono y le pida que me reciba.

—Lo siento, amigo. La regla es ésta y yo estoy aquí para que se cumpla. Usted me dice su asunto y yo veré lo que se pueda hacer.

—Ya tiene mi nombre -gruñó Hanlon-. Mi grado es comandante. Soy el Comandante Británico de Ocupación para el área de Quellenberg. Ahora, ¿veo o no veo al Médico Jefe?

El cabo saltó como si le hubieran clavado un alfiler. Se cuadró rígidamente y tartamudeó excusándose. Hanlon lo interrumpió en mitad de una frase. — ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Arriba, comandante. Primer piso, sala veinte. Yo... yo lo conduciré. — Se abotonó de prisa la casaca y salió de detrás de la mesa de recepción. Hanlon lo siguió por la escalera desnuda de alfombra hasta la sala veinte.

El hombre que se incorporó a saludarlo tenía un aspecto algo sorprendido. Medía más de seis pies, era grueso como un tronco de árbol, tenía cabellos rubios, mejillas rubicundas, ojos azul de hielo y puños como perniles. Su sonrisa era pronta y su voz ronca retenía aún indicios de entonación tirolesa. Según informó a Hanlon, se llamaba Reinhardt Huber. Su grado era de coronel y se había doctorado en Viena y Padua.

Su franco buen humor y su astuto ingenio campesino fueron un tónico para la depresión de Hanlon. Terminadas las primeras cortesías, se lanzó directamente al tema.

—De modo que los dos tenemos problemas, comandante. Ayúdeme a resolver los míos y es posible que le indique en cambio algunas respuestas.

—Oigamos primero los suyos, Herr Doktor.

—Se los paso en un paquete, amigo. Tengo cuatrocientos hombres en este sitio, doscientos casos graves, todo lo que queda incluido entre

amputación y paraplejía. ¿Cómo los curo con raciones de hambre, equipo insuficiente, carencia de medicamentos y los últimos litros de anestésico? ¿Con fe?

Ni eso sirve cuando se ha perdido la fe en el pasado y no se divisa esperanza para el futuro.

—Creo que puedo mejorar las raciones -dijo Hanlon sin alterarse-. Podemos coordinar los abastecimientos locales con despachos de otras provincias. Podemos organizar el mercado para que usted tenga una participación mejor para los enfermos. ¿Medicamentos? Lo dudo. Todas las existencias disponibles se están yendo apresuradamente a las víctimas de los campos de concentración. Podríamos tener mejor suerte con anestésicos quirúrgicos.

A Huber se le nubló el rostro y exclamó: -¡La época de las hecatombes! ¡El día de los genocidios! El mundo los recordará por mil años.

—Lo dudo -replicó Hanlon secamente-. Un muerto es una tragedia, un millón es un montón de mantillo. Plante pinos en los cementerios y éstos desaparecerán en veinte años. Dele rienda suelta a los periodistas durante el mismo tiempo, y enterrarán la verdad bajo una montaña de papel de diario. Por eso es que nadie aprende lecciones de la historia. No queda historia; sólo columnas rotas y fragmentos diseminados. El resto son comentarios y opiniones de prejuicios.

Huber alzó bruscamente la vista, estudiando el expresivo rostro celta en busca de cualquier indicio de burla. Después sorprendentemente, se rió entre dientes. — ¡Dios mío! ¿Es posible que por fin contemos con un hombre honrado que tiene sentido de las proporciones? Necesitamos las dos cosas. De modo que no habrá medicamentos, posiblemente algo de anestésicos, y mejor alimentación. Es un comienzo. — ¿Qué más necesita?

—Ropa personal y de cama, e instrumentos quirúrgicos.

Hanlon movió la cabeza.

—No hay esperanza hasta que se satisfagan todas las prioridades, lo que durará largo tiempo. ¿Qué más?

—Informaciones. ¿Qué sucederá a los muchachos que yo dé de alta?

—Usted me los enviará con sus antecedentes y yo dispondré pases de ferrocarril, salvoconductos interzonales y raciones suficientes hasta sus ciudades nativas. Después estarán bajo la jurisdicción de las autoridades

locales. Si hay casos especialmente dolorosos, hágamelo saber y los trataré del mejor modo posible.

El gigante tirolés asintió. Se echó atrás en la silla, estiró sus largas piernas y cruzó los dedos detrás de la cabeza.

—Estarnos mejor de lo que esperábamos, comandante. Se lo agradezco. Ahora dígame, ¿puedo hacer algo por usted?

—Puede darme algunos consejos -dijo tranquilamente Hanlon.

Huber echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada. Hanlon lo miró ligeramente fastidiado. — ¿Algo lo divierte, Herr Doktor? — ¡No, no! Es algo inesperado y bastante asombroso. Un hombre que se sienta donde usted se sienta y que le pide consejos al vencido. Lo más que puedo prometerle es una respuesta honrada.

—No quiero otra cosa.

Entonces, sin saber bien por qué, a menos que fuera por ese acto súbito de fe que a veces impulsa a un hombre a confiar en otro, le dijo todo lo sucedido desde su llegada a Quellenberg y todos los interrogantes que se alzaban en su propia mente. Huber lo escuchó con expresión cada vez más seria, y al terminarse el relato se inclinó hacia delante a través del escritorio, accionando con sus manos grandes y fuertes.

—No veo cómo podría situarse en otro punto de vista ni seguir otra línea de acción que la que ha adoptado. Se trata de un crimen que exige persecución y proceso legal. Usted tiene derecho a exigir la cooperación de las autoridades locales. Si éstas no cooperan, tendrán que aceptar las consecuencias. Pero usted debe recordar otras cosas. ¡Compréndame bien! — movió una mano disculpándose—. Yo no tengo lealtades locales. No pertenezco a este lugar. Soy cirujano, lo que da al hombre cierto desapego y un respeto por el bisturí. En primer lugar, usted tiene que pensar en el asesinato, en la razón de ese asesinato inmotivado.

—Ése es el punto. — Hanlon se inclinó hacia delante con expresión intensa—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Lo adivino -dijo Huber con su voz grave y profunda-, pero es una intuición que se basa en mi experiencia diaria en este sitio. Hay un límite para lo que puede resistir el cuerpo y la mente del hombre. Uno puede morir de choque operatorio. Otro puede enloquecer de terror, o de pena, o por el súbito impacto del mal en el mundo. Ésos son los casos extremos. Pero hay miles de peldaños en la bajada al valle de la muerte o a las cavernas de la

locura. La herida más pequeña deja una cicatriz en los tejidos. El menor choque produce una estría en la memoria. A veces las facultades quedan permanentemente dañadas. Yo puedo remendar a un inválido, pero no puedo hacer que camine erguido. Menos aún puedo hacer que una mente enferma piense rectamente. Usted ha sido soldado.

Sabe lo que puede hacer la guerra en el hombre más normal. Uno corre dando alaridos por el estruendo de la cortina de fuego; otro se queda sentado babeando y mudo como un cataléptico. Uno se pone en celo como una bestia con el olor de la sangre, y otro suda de terror en un carro cerrado...

Hanlon asintió meditabundo. Era una idea nueva y vagamente consoladora. Huber prosiguió:

—Por lo que usted me dice de este crimen, su carácter repentino, su absoluta sinrazón, adivino que lo cometió un hombre que está temporalmente o definitivamente trastornado.

—Mayor motivo para detenerlo -dijo Hanlon en tono cortante- antes de que reincida.

—Convengo en ello.

—Entonces, ¿por qué cierran así las filas? ¿Por qué tratan de convertirme en verdugo y a ese hombre en un héroe perseguido?

—Es un asunto completamente distinto. — Huber se rió y volvió a relajarse-. Si... si usted me ofrece un cigarrillo, comandante, no se lo rechazaría.

—Por supuesto. Perdóneme -sacó la pitillera y encendió los cigarrillos de los dos. El Doktor se echó atrás y, agradecido, aspiró el humo profundamente. En seguida reanudó su explicación.

—Primero usted tiene que tratar de comprender a esta gente, su manera de vivir, su modo de pensar.

—Yo creía entenderlos -dijo Hanlon haciendo una mueca-. He vivido bastante tiempo entre ellos. — ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Hace años... antes de la guerra. Fui novicio jesuita en Graz. Cuatro años.

—Eso lo explica. — ¿Qué cosa?

—El acento perfecto. El... el hecho de que usted sea sympathisch, y más liberal de lo que yo esperaba.

—Para usted, quizá. No para ellos.

—Deles tiempo, amigo mío, deles tiempo. Ellos también están sufriendo con el choque -alzó su gran osamenta del asiento y se puso a recorrer la sala, eligiendo sus ideas con lentitud al principio, y luego con elocuencia más enfática-. Esta gente... mi propia gente del Tirol... están a siglos de distancia de los habitantes del llano y de la ciudad. Es efecto de las montañas. Forman una barrera contra el cambio, una frontera tras la cual se retrae lo mejor y lo peor de las antiguas costumbres.

Cruce usted una nueva cordillera y tendrá que aprender un nuevo idioma. Llegue a los valles más remotos y volverá a encontrar a las tribus..., alemanni, cimbrós, godos y vándalos. Examine sus creencias y descubrirá que adoran a Cristo a la sombra de los viejos dioses. Son suspicaces y de humor cambiante. El hombre del valle contiguo es un extranjero. Un Ausländer como usted pertenece a otro planeta. Yo podría quedarme en Quellenberg hasta el fin de mis días y me seguirían llamando inmigrante... como lo hacen con los hoteleros y tenderos. Contemple su tierra y aprenderá algo más sobre ellos, quizá lo más importante de todo. Los prados cuelgan precariamente de las faldas de las montañas, pequeños y escasos a pesar de su verdor estival. La última siega tiene que mantener al ganado todo el invierno. Por eso hay pocas bestias y cada una es preciosa. Si cortan demasiados pinos llegan los aludes y barren con todo hasta el valle. Cuando matan un cerdo, es un gran acontecimiento, y viven de pan negro, puerco salado y la leche de una vaca. Si pescan mucho en los ríos no tienen comida para los viernes. Cuando muere un hijo es una mano menos para el hacha y la siega. Cuando nace un niño es una boca más que alimentar, pero una prenda de continuidad. Su vida es dura, ya lo ve usted, y no pueden cogerla con firmeza, de modo que la atesoran en todas sus formas: el hijo vigoroso, el novillo lechón, la mujer que tiene buenos partos y leche abundante. En Carintia y el Tirol hay una vieja broma de que las mozas no pueden decir no, y que la mitad de las criaturas son concebidas en el revés de las frazadas. Y hasta eso es una especie de homenaje a la vida. Una niña estéril es un fardo para su marido. Una pareja sin hijos pasa hambre en la vejez. Es mejor entonces que conciban antes de casarse -se interrumpió y miró a Hanlon con una mueca de excusa-. No sé si esto tiene sentido para usted, pero...

—Lo tiene. Pero no facilita en nada mi tarea.

–De acuerdo. Pero podría ahorrarle malos ratos. Hanlon se incorporó y le tendió la mano.

–Lo recordaré, Doktor. Y gracias.

El gran puño de Huber se cerró sobre el suyo.

–No es nada. Espero que le sirva de algo. Usted ya me ayuda muchísimo. ¿Quiere ver el resto del lugar?

–No, gracias. Otra vez. El día ha sido largo.

–Bajaré con usted.

Al salir de la puerta, Hanlon se estrelló contra una chica que se apresuraba por el corredor.

Murmuró cusas y se hizo a un lado, pero Huber asió a la chica de un brazo y la hizo volver.

–No tan rápido, Fräulein. Aquí hay alguien a quien conviene que usted conozca. – Los presentó con cortesía exagerada y humorística-: Fräulein Anna Kunzli, comandante Hanlon, Comandante Británico de Ocupación. Fräulein Kunzli es una de nuestras ayudantes voluntarias. Ayuda a ejercitar a los amputados sus nuevos miembros.

–Celebro conocerla, Fräulein. En... ¿usted dijo Kunzli?

–Eso es. – Huber le dio una mirada rápida y penetrante-. Herr Doktor Kunzli es uno de nuestros ciudadanos prominentes.

–Estuve con él esta tarde -dijo Hanlon cuidadosamente.

–Esta señorita es su sobrina.

–Oh.

Huber se apresuró a romper la molesta pausa. – ¿Cómo estaban sus pacientes esta tarde, Anna?

–Bien..., muy bien. Sólo necesitan un poco de aliento para esforzarse al máximo. Pero se cansan pronto.

–Gracias al comandante Hanlon, pronto se les podrá alimentar mejor. Entonces no se cansarán tan fácilmente.

–Eso sería maravilloso, realmente maravilloso -su placer era tan sincero, tan franca su sonrisa, que Hanlon la miró ligeramente asombrado.

Había vivido bastante para tener un sano cinismo sobre las mujeres, y la fresca inocencia de la niña era por lo mismo más sorprendente. Sonriendo le dijo:

–Necesitaremos un poco de tiempo, pero conseguiremos que las cosas se muevan. – ¿Dónde va ahora, Anna? – preguntó Huber.

—A la iglesia. Estamos ensayando el réquiem de mañana. Esa... esa cosa terrible, comandante.

Todos estamos consternados. Por eso haremos un esfuerzo especial. Todo el coro estará presente, y... —¿Me permite acompañarla? Voy en la misma dirección —las palabras se le escaparon involuntariamente y de prisa, como si lo avergonzara un poco, pero la muchacha aceptó con sencillez.

—Gracias. Me agradaría mucho.

Se despidieron, y Huber se quedó en la puerta observándolos mientras recorrían juntos el corredor. Ociosamente se preguntó qué conexión habría entre Hanlon y Sepp Kunzli y qué se derivaría del encuentro casual con su sobrina. La chica llevaba su inocencia como una armadura y Hanlon estaba preocupado con la manipulación tortuosa del poder. Pero dándoles tiempo llegarían a la cama, juntos o con otros, poco importaba, siempre que fluyera sangre nueva en esa tierra vieja cuyos reproductores jóvenes habían muerto o yacían, desasosegados e impotentes, en cada sala del 121 Allgemeines Feldlazarett.

Los pensamientos de Hanlon nunca estuvieron más alejados del lecho o de la procreación de nuevos quellenbergueses.

Cuando salió con la joven del hospital se enfadó de pronto contra sí mismo. Su pequeña cortesía impulsiva era un error diplomático. Establecía un elemento personal en una relación que debía permanecer impersonal.

La chica era un enlace, aunque tenue, entre él y Sepp Kunzli. A través de ella podía quedar sujeto a las exigencias livianas de la urbanidad. Su inocencia podía fijar un límite a su trato con un hombre como él, que distaba de ser inocente. Evidentemente, él podía prescindir de la urbanidad y demoler las barreras, pero eso involucraría cierta culpabilidad, y no quería cargar con ello.

Se bajó el capuchón alrededor del rostro esperando que nadie lo reconociera cuando pasaran frente a las fachadas iluminadas de las tiendas de más abajo. Eso provocaría comentarios en la ciudad. Lo clasificarían con el inmigrante y el explotador, cosa que no podía permitir.

Inconscientemente aceleró su marcha y la joven tuvo que duplicar sus pasos para mantenerse junto a él. No se quejó, pero de pronto resbaló en un retazo de nieve suelta y habría caído si él no la hubiera sujetado con un brazo. En el breve tiempo que la mantuvo oprimida y sintió su calor joven, se dio cuenta de que estaba procediendo como un necio. Simplemente era

amable con una chica diez años menor. Al diablo con los chismes. Al diablo con la diplomacia. Entre dientes le pidió que le disculpara.

—Gracias. — ¡Cuánto lo siento! No me fijé que caminaba tan pido. ¿Se quiere coger de mi brazo?

Igualaron el paso y caminaron sin prisa por los portales con letreros arcaicos y vidrieras vacías y desvencijadas. Hacía mucho tiempo que no llegaba mercadería nueva a Quellenberg, y los comerciantes atesoraban sus últimas existencias bajo los mostradores. Dejaron atrás a un hombre que colocaba persianas en las ventanas, a una mujer canosa y agachada que hacía trotar un dachshund con una trailla gastada, a un par de labradores que conversaban en un recodo oscuro.

Nadie se fijó en ellos. Pasado un rato, la joven dijo con su voz clara, despreocupada:

—Esta ciudad es triste ahora.

—La guerra es cosa triste -observó Mark Hanlon.

—No es la guerra. Es su terminación. Parece como si de pronto nada tuviera objetivo. — ¿Para usted también?

—Oh, no. Para mí, no. — ¿Cuál es la diferencia? — la franqueza de la chica lo desarmaba y picaba su curiosidad.

—Supongo que será porque no tengo nada que perder -lo dijo con tanta sencillez que lo dejó sin aliento-. Mataron a mi padre... volando sobre Inglaterra. Mi madre murió en Viena. Por eso vivo con mi tío Sepp. Lo quiero, pero él no me tiene un gran cariño. De modo que no me asusta perderlo. Soy joven y al parecer mis necesidades son pocas..., así es que soy afortunada, supongo.

—Más de lo que usted imagina -pero en su fuero interno se preguntó cuánto le duraría esa suerte, y qué sucedería cuando se le despertara el deseo y el hambre por lo inaccesible.

Su interrogación siguiente lo dejó momentáneamente sin habla. — ¿Usted es católico, comandante?

—Bueno..., sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—El padre Albertus dijo que sería una suerte siuviéramos un católico. Dijo que los católicos de todo el mundo tienen la misma fe, y por eso pueden comprenderse mejor unos a otros... y ser bondadosos unos con otros.

Hanlon se alegró de llevar el rostro cubierto con la capucha para que ella no viera la ironía de su sonrisa. Con suavidad le dijo:

—Ésa no es una conclusión obligada. Una cosa es creer y otra completamente distinta es poner en práctica la creencia. Los católicos pueden ser tan brutales unos con otros como los budistas o los luteranos. Pueden mentir y engañar lo mismo que los de otros credos. Fue un católico el que quebró las manos al padre Albertus.

—Nunca he podido comprender eso.

—Se necesita tiempo -dijo Hanlon, con voz queda. Hicieron el resto del camino en silencio, y llegados a la puerta del cementerio, Hanlon se detuvo. La joven titubeó un momento, después le dio las gracias y le tendió una mano.

—Espero que... que nos visite alguna vez, comandante. Sé que mi tío se alegrará de verlo.

—Más adelante, quizá. Cuando estemos más instalados.

—Auf Wiedersehn, comandante.

—Auf Wiedersehn, Fräulein.

Se quedó mirándola caminar por el sendero que atravesaba el bosque de tablas recordatorias, y momentos después oyó las primeras notas retumbantes del órgano y el sonido de voces jóvenes, claras como campanitas en el aire montaños. Permaneció largo rato escuchando, mientras la cabeza y los hombros se le cubrían de copos de nieve y el frío invadía su sangre como una muerte lenta.

CAPÍTULO QUINTO

Cuando la Mädchen terminó de retirar la vajilla, el Bürgermeister Max Holzinger estalló en dispéptica furia: -¡Ese hombre es un intrigante; la peor elección que pudo hacerse! Con su atractivo es capaz de engañar a uno a confiar en él, y al final se ríe y retuerce el puñal entre las costillas. ¡Nunca he tenido una desilusión más grande ni he sido tan humillado!

Su mujer y su hija lo observaron recorrer de un lado a otro la alfombra con su paso vacilante, mientras vaciaba en ellas la vergüenza y el desconcierto que le produjera su primer encuentro con la Fuerza de Ocupación. Había llegado a la casa silencioso y deprimido. Probó la comida con expresión adusta y bebió el doble de vino que lo acostumbrado. Gruñó a la sirvienta y la despidió de la sala, presurosa y llorando, apenas

terminaron de comer. Ligeramente borracho y sintiéndose por fin en familia, desbordó su ira impotente. – ...Su actitud respecto de la ceremonia fúnebre fue fría. Nada más que una representación teatral destinada, no a honrar al muerto, sino para dejar al pueblo avergonzado y hacerle sentir el nuevo poder que manda en el país. Está organizando una cacería humana, ¡como si no hubiéramos tenido ya bastante en los últimos años! Me extraña que no emplee sabuesos. Tuve una larga conversación con Fischer y los dos hemos resuelto no prestarle cooperación. Le enseñaremos que... -¡Eres un necio, Max! – lijó Liesl Holzinger, y el veneno de su voz detuvo al Bürgermeister como lo habría hecho un proyectil. La miró con la boca abierta. – ¿Qué... qué dijiste?

–Que eres un necio uniéndote con Fischer, y más necio aún en oponerte al Engländer. Él puede aplastarte de un golpe.

Holzinger sintió un temor vago a la mujer nueva que asomaba a los ojos de Liesl. Como todos sus compatriotas estaba habituado a la sumisión femenina y a que sus mujeres fueran el auditorio que calmaba sus estallidos. Ásperamente le replicó: -¡Tú no comprendes, Liesl! Se trata de política. Ése es asunto de hombres. Si no mostramos energía al comienzo terminaremos cargando en el cuello un yugo más pesado todavía. Te digo, Liesl... -¡Y yo te digo, Max! – ella se incorporó con los ojos centelleantes y los labios comprimidos con expresión iracunda, enfrentándose con él. Su hija vio con sorpresa que su figura alta y llena empujaba a su marido, y que éste vacilaba ante el ataque-. Hubo un tiempo en que podías decirme qué cosas me incumbían y cuáles no. Ahora es distinto. Soy yo quien se lo dice. ¿Por qué?

Porque está en juego mi vida, la de Traudl y la de todas las mujeres como nosotras. Si combates a este hombre te destruirá... y a nosotras contigo. Ya lo has hecho, tú y tus soñadores. Mataste a mi hijo...

–Te suplico, Liesl... -¡No, Max! Es demasiado tarde. Terminó la guerra. La perdiste. Ahora tenemos paz, y no dejaremos que también la pierdas.

–Liesl, tú no entiendes lo que él quiere. Pretende que le entreguemos un muchacho, como vulgares delatores, como... como... -¡Entrégaselo entonces! – dijo ella furiosa-. Entrégaselo y que haya un poco de tranquilidad en nuestras vidas. Entregaste a nuestro hijo, ¿no fue así? No inspiraste con Fischer para mantenerlo fuera del «cito. ¿Por qué lo harías con éste?

—Porque... -Holzinger titubeó, sabiendo cuánto había de orgullo en su decisión y cuán poco de argumentación lógica-. Es difícil de explicar, pero...

—Entonces deja que yo te explique, Max -la voz de Liesl se había aplacado, pero era fría y sin amor-. Si persistes en lo que pretendes, te abandonaré. Las dos nos iremos. Acudiremos donde el Engländer para explicarle nuestra posición. Le diremos lo que hiciste con esta casa; que nos resistimos a participar en conspiraciones o en política..., que sólo queremos tranquilidad para rehacer nuestras vidas. Creo que nos escuchará. No me parece que nos dejará morir de hambre. — ¡No te atreverías!

—Sí. Y también Traudl.

Holzinger miró a su hija, repantigada como siempre en la butaca, fumando plácidamente y observándolos con la ironía de la juventud decepcionada. — ¿Es verdad, Traudl?

—Completamente cierto, padre -dijo ella sonriendo-. La vida ha sido por mucho tiempo un negocio unilateral. Pienso como mi madre. Ya es tiempo de que eso cambie.

Holzinger estaba derrotado y lo sabía. Un hombre puede pelear contra todos los enemigos exteriores, pero no contra los de su casa. Largo rato miró de una a otra; después se le relajaron los músculos de la cara, se abatieron sus hombros y pareció envejecer súbitamente. Dio media vuelta y se dirigió a la ventana, permaneciendo allí con las manos atrás, cruzando y descruzando nerviosamente los dedos. Cuando se decidió a hablar, su voz era apagada y vacilante:

—Yo... no sé lo que ustedes esperan de mí.

Tuvo un sacudimiento al oír que le respondía su hija, deliberadamente y sin piedad.

—Hágase amigo de él, padre. Coopere. Si quiere, juegue con Fischer, pero recordando siempre dónde está el poder verdadero. En un tiempo más el inglés se sentirá solo. Todos los hombres sienten la soledad cuando están lejos de su patria y de sus mujeres. Sea amable con él. Si el momento se presenta, invítelo a venir aquí. — ¿Y entonces?

—Mi madre y yo haremos el resto.

Holzinger guardó silencio medio minuto, y sólo entonces pareció captar el alcance de las palabras de Traudl. Se dio la vuelta para mirarla. Su voz era casi un murmullo. — ¿Sabes lo que estás diciendo? Es... es casi obsceno.

– ¿Así lo considera, padre? – los labios gruesos de Traudl se torcieron con una sonrisa amarga-. La vida entera me parece una especie de obscenidad. Cómo se procrea a los hijos, cómo nacen, cómo mueren, desparramando por el suelo los sesos, con los vientres reventados por las balas; cómo vuelven a dar a luz las mujeres, porque sus maridos regresan y quieren calentarse y sentirse hombres. Así rueda el mundo. No sé de qué se queja.

–No toleraré que mi hija se convierta en una prostituta.

–Es el riesgo que se corre... con las esposas y las hijas -dijo fríamente Liesl Holzinger-. Pero con un poco de suerte podríamos casarla con el inglés. Él las observó, comparando la rubia fuerza teutónica de la madre con la belleza morena y foránea de la hija, y una vieja duda comenzó a perturbarlo como el dolor de un diente. Y se preguntó si no estaría repitiéndose la historia en la casa montañesa de Bad Quellenberg.

Karl Adalbert Fischer tenía preocupaciones de otra índole.

Las líneas telefónicas que unían a Quellenberg con las aldeas de la montaña se abatían bajo la carga del hielo y las conversaciones se desarrollaban en medio de un continuo restallar de cargas estáticas que parecían una fritanga de tocino. Tenía que gritar para hacerse oír, y su cuñado Franz Wikivill era un hombre obstinado que necesitaba repeticiones constantes para entrar en razón.

–Escucha, Franz, por amor de Dios! No quiero argumentos, necesito hechos. ¿Está todavía en la casa el muchacho?

–Sí, aquí está. Pero... -¿Cómo se siente? ¿Sabes lo que hizo?

–No se consigue de él nada coordinado. Cuando legó estaba delirando. Ahora se ha tendido en la cama mirando al cielo raso. – ¿Le quitaste las armas? – ¿Qué dices?

–Si le quitaste las armas. – ¿Cómo quieres que lo haga? No permite que estén fuera de su alcance.

–Gott in Himmel! ¿Estoy tratando con mocosos? Muy bien. Escúchame con atención. Tienes que sacarlo inmediatamente de casa y llevarlo al refugio del Gamsfeld.

–Es tarde, Max. Sigue nevando. Tú sabes que el trayecto es difícil aun de día. – ¡Llévalo ahí esta noche si no quieres que mañana esté en la cárcel! – poco faltaba para que Fischer sollozara de rabia y frustración-. El inglés registrará los cerros, y el Gamsfeld es el lugar más seguro por un tiempo. Yo trataré de subir a verlo mañana.

—Pero no entiendes, Karl. No se quedará ahí. No se queda en ninguna parte. Por un tiempo está completamente normal, y después le viene ese humor negro y no podemos nada con él. La única que consigue impresionarlo es su hermana. Aun ella...

—Entonces, por amor de Dios, envíalo con ella al refugio. Ella es joven y sana. Puede hacer el viaje. Haz que lleven comida y vino. Hay combustible suficiente para que se mantengan.

—No podemos continuar así, Karl -a pesar de la distancia la estática voz del cuñado acusaba impaciencia y pánico-. ¿Por qué no lo trasladas a otra zona? — ¿A qué zona, por Dios santo? Los franceses y norteamericanos serán notificados de que se le busca. Si lo detienen lo devolverán custodiado. Si lo cogen los rusos lo enviarán a Siberia, a menos que lo fusilen sin más trámites. Nuestra única esperanza es mantenerlo en movimiento por los cerros.

—Pero, ¿no puedes darle nuevos documentos?

—Sí. Pero ¿puedo darle otra cara? Si lo pudiera, todo se... - interrumpióse y se quedó mirando el auricular. Se le había ocurrido una idea nueva. La vio florecer, rápida y súbita como el árbol de un prestidigitador. Si podía hacerla fructificar conseguiría el mejor de sus triunfos. La voz débil chasqueó impaciente en su oído. — ¡Karl...! ¡Karl...! ¿Estás ahí?

—Sí, pero voy a cortar. Se me ha ocurrido una idea.

—No te oigo.

—No importa. Lleva esta noche a Gamsfeld al muchacho. Sin falta.

—Te repito, Karl... -¡Llévalo! Si no lo haces me lavo las manos de todo el asunto y lo ahorcarán. Auf Wiedersehn, Franz.

Dejó el auricular de un golpe y permaneció de pie, con una sonrisita de triunfo esbozándose en sus labios. ¡Un rostro nuevo! Si daban al muchacho un rostro nuevo tendrían un hombre nuevo, libre de persecución y de castigo. La descripción que Hanlon hizo del asesino formaba parte del proceso: un individuo flaco, con cara de lobo y una cicatriz en la mejilla derecha. Si suprimían la cicatriz, si un cirujano plástico reconstruía la cara, el caso se derrumbaba en los preliminares: la identificación.

Con un rostro nuevo y nuevos documentos podría trasladar discretamente a su sobrino a la zona norteamericana y abandonarlo a su propia iniciativa. Contaba con amigos en Salzburgo que serían felices

facilitándole un comienzo. Mientras más pensaba en el asunto, más le gustaba.

Se fue al archivador metálico, le quitó el cerrojo y sacó el libro con tapas de piel. Lo llevó a la mesa, lo abrió y principió a hojear con cuidado las últimas páginas hasta que llegó al nombre que necesitaba. Luego, lentamente, pero con íntima satisfacción, leyó la historia sumamente privada de Rudi Winkler.

El bávaro regordete con hoyuelos en las mejillas, manos fofas y humor de charlatán había sido un visitante asiduo en los días pretéritos de florecimiento de Quellenberg. Compró un sitio pequeño en una de las avenidas menos frecuentadas y construyó un chalé de troncos, decorado en estilo rústico y cuidado por una viuda de boca hermética y lengua viperina.

En las vacaciones de verano llenaba la casa con muchachos rubios que practicaban alpinismo fácil, nadaban desnudos en las pozas de las montañas, bebían vino y cantaban Lieder sentimentales hasta entrada la noche.

Los círculos más encumbrados de la sociedad visitante ignoraban todo sobre él y poco más sabían los pobladores locales, porque él era un hombre amable, discreto para sus placeres, y porque su ama de llaves se guardaba para sí sus observaciones y su desaprobación. Los datos que proporcionaban sus documentos eran escasos. Al parecer, era médico militar en una unidad oscura de SS, en Baviera. Bastaban para un visitante, pero una vez que Winkler fue propietario en Quellenberg, Fischer no quedó contento hasta que hozó más hondo en su pasado y compuso un historial más satisfactorio.

Necesitó tiempo y paciencia, pero al fin lo consiguió.

Winkler había sido, en Munich, un cirujano de porvenir en la nueva cirugía plástica. Su clientela era selecta. Las mujeres querían alisarse las arrugas, levantarse los senos y recortarse la nariz de acuerdo con el tipo de belleza nórdico de moda. Hubo un escándalo: uno de los muchachos de Winkler con el hijo de un miembro destacado del Partido. El muchacho fue golpeado después de una orgía y murió por efecto de las contusiones. Se acalló rápidamente el escándalo y Winkler consideró más prudente cerrar su consulta y buscar trabajo nuevo. La unidad de SS resultó ser un campo de concentración donde se dedicó a realizar experimentos plásticos en los detenidos.

Todo: nombres, fechas, sitios, estaba anotado cuidadosamente en el libro con tapas de piel.

Inmediatamente después de la penetración aliada, Winkler reapareció, y esta vez en definitiva.

Austria era todavía el Tercer Reich, él vivía en casa propia, exhibía un documento de cese de servicios con aspecto válido; su posición legal era incuestionable. Fischer fue dichoso dejando que lo conservara. Más feliz estaba ahora que le iba a sacar provecho.

Cerró el recio volumen, lo envolvió cuidadosamente en papel grueso, lo guardó en el destartado archivador y echó el cerrojo. Paseó una última mirada por la oficina en desorden y cubierta de polvo, apagó las luces y salió, cerrando tras de sí la puerta.

Era tarde y no había comido, pero confiaba en que, para Rudi Winkler sería un placer invitarle a comer.

Descubrió con sorpresa que el pequeño bávaro era un anfitrión simpático y su ama de llaves, de labios herméticos, una cocinera excelente. Como buenos camaradas se sirvieron truchas con mantequilla y una ensalada bien aliñada. Abordaron la proposición con la frialdad con que se trata un asunto comercial, como en realidad lo era.

Bebieron un litro de Gumpoldskirchner y terminaron con un Apfelstrudel, liviano como el ala de un ángel. Fischer se limpiaba las últimas migas de la boca cuando Winkler, sonriendo plácidamente, le dijo con tono amable: -¿Sabe usted, amigo mío, que la idea me gusta muchísimo?

Fischer lo miró embobado e incrédulo. El gordinflón no tenía miedo. Trataba el asunto como si fuera una humorada. Desde un punto de vista eso era alentador, pero desde otro era extraño y levemente siniestro. Fischer lo llamó al terreno en términos autoritarios.

-No es una broma, Winkler, créame. Si usted resbala, sucumbe -el policía sé pasó el borde de la mano por el cuello con gesto de verdugo-. Kaputt! Simplemente así.

-Kaputt para los dos -cloqueó Rudi Winkler.

-No esté tan seguro -gruñó Fischer-. Yo tengo atenuantes. El muchacho es mi pariente.

Usted no tiene ninguno... y, además, su historia es sucia. Winkler continuó riendo. Sus ojos tenían la inocencia de un niño y su voz alta,

afeminada, parecía repetir chismes de boudoir.

—Esta noche enterraremos mi pasado. No pensaremos más en él ni volveremos a referirnos a él.

Usted arrancará mi historia de su libro; me dará documentos nuevos; un nuevo pasado y un nuevo futuro. Y yo le daré a su sobrino un nuevo rostro.

— ¿Cree que podrá hacerlo?

—Estoy seguro, hombre. Que sea mejor o peor que el de antes es un punto debatible; depende de mis nervios y de mi poder creador. Pero será nuevo. Eso sí. — ¿Dónde hará el trabajo?

—Aquí, por supuesto; en privado y cómodamente. Confío en que su sobrino sea una persona agradable. Me siento solo. Deseo intensamente una compañía. — Cuando está normal es muy correcto -dijo Fisher irritado-. Es médico, lo mismo que usted. Muy inteligente, lo que es asombroso considerando el estúpido con que se casó mi hermana. Pero cuando tiene esas crisis de violencia... -lo acometió una idea nueva que lo desvió por una tangente-. ¿Cómo podrá manejarlo usted?

—Con sedantes -dijo alegremente Winkler-, que, por supuesto, usted tendrá que procurarme.

Yo le dé una lista de los anestésicos, medicamentos y los materiales que necesitaré. Dios sabe dónde podrá conseguirlos, pero mientras no disponga de ellos no podré comenzar.

—Yo los conseguiré. ¿Hay algo más?

—Necesitaré un ayudante para las operaciones. Sería ideal una enfermera preparada o un ordenanza médico. Si no es posible, alguien inteligente y digno de confianza.

—Lo pensaré. No me gusta confiar en nadie en estos días.

—Tiene miedo, ¿verdad? — Winkler rió con femenina malicia.

—Lo tengo -confesó Fischer- sin inmutarse-. Eso ayuda a ser cuidadoso.

—Yo no.

—Me he estado preguntando ¿por qué?

La cara de buñuelo se arrugó con una sonrisa de buen humor.

Chispearon los ojos infantiles. Las manos fofas se agitaron como mariposas blancas en un ademán delicado.

—Soy sibarita, querido Fischer. He probado todos los placeres, hasta el más sutil, que es observar cómo muere un hombre, lentamente, bajo mis manos meticulosas. Gracias a usted, espero prolongar mi goce en un marco

de modesto bienestar. Pero si tengo que abreviarlo, no me sentiré muy desgraciado porque su término lo fijaré yo -introdujo una mano en el bolsillo del pecho y sacó una pequeña cápsula de gelatina que mantuvo a la luz-. Ahí la tiene, amigo. La muerte entre mis dos dedos. Puedo aceptarla ó rechazarla a mi capricho. ¿Qué razón tengo para temerle a usted o a nadie? Estoy fuera del alcance de los hombres, y hasta mi partida será una especie de placer. ¿Contesto así su pregunta?

Fischer asintió en silencio. Involuntariamente se estremeció, como si hubiera pasado un ganso sobre su tumba. También había escuchado su cuota de historias sobre los campos de concentración, encogiéndose de hombros lo mismo que podría rechazar un inglés algún cuento de manicomios provincianos, o como podría desentenderse un norteamericano de los rumores sobre interrogatorios de tercer grado en los sótanos de su distrito.

Todos los países tenían sus inmundicias y necesitaban un sitio donde ocultarlas. Ése era el sistema. Era preciso administrarlo. No se le podía discutir. En un sitio como Quellenberg resultaba posible olvidarlo. En ese momento vio por primera vez la clase de individuo que medraba en el montón de basuras y cuán poca semejanza guardaba con un hombre. Con un choque de horror se dio cuenta de que acababa de pactar con él.

En el tibio confort de la «Casa de la Araña», Sepp Kunzli saboreaba su coñac y escuchaba con cuidadosa indiferencia el relato de su sobrina sobre su encuentro con Mark Hanlon. Anna se iba excitando al hablar; un hombre nuevo, un Ausländer, un oficial de las Fuerzas de Ocupación, había invadido sin que lo invitara, el pequeño ámbito de su vida. Recordaba todos los detalles: su traje, su voz, su rostro. Reprodujo textualmente sus frases lacónicas y escasas.

Kunzli asentía, sonriendo con su manera distante, pero detrás de sus ojos muertos, metálicos, barajaba cada aspecto, catalogándolo y archivándolo para futura consulta, agregando la suma de hechos triviales a su propia experiencia. La cuenta final era perturbadora. Kunzli, a fuer de sutil, era rápido para captar el talento ajeno, y más rápido aún para descubrir el peligro que encerraba.

Con laboriosa despreocupación interrogó a su sobrina:

–Me pregunto qué haría en el hospital.

–Se lo dije, tío. Fue a visitar al Doktor Huber. Ha prometido mejor alimentación para los pacientes.

—Precipitado de su parte -dijo suavemente Kunzli-, si se considera que es invierno y los abastecimientos alimenticios han bajado mucho y el mercado negro arrebató casi todo antes de que salga de las ciudades.

—Pero él debe saberlo, ¿no cree usted? Si no pudiera cumplir no prometería.

—Es probable que no. Me dio la impresión de ser hombre cuidadoso. ¿Dices que se separaron en la iglesia?

—Sí. ¿Por qué?

—Pienso por qué no entraría. Dices que es católico. Parece raro.

—Yo... yo iba a invitarlo... a escuchar el canto. Y de pronto no quise hacerlo. — Y comenzó con inocencia-. Los hombres en general no se interesan por esas cosas, ¿verdad?

—En general, no -dijo secamente el tío-. Tengo que decirte... -¿Qué, tío?

—No te había informado, pero el comandante Hanlon me ha pedido que haga un breve viaje a Suiza. — ¡Qué bueno! ¿Para qué?

—Quiere que busque ciertas informaciones sobre las propiedades de víctimas de campos de concentración... y de otras personas. Me ausentaré alrededor de una semana. Si quieres invitar al comandante a la casa en esos días estoy seguro de que él se alegraría. — ¿Lo cree, tío? Considera que yo podría... sin que esté usted. — ¿Por qué no? Tienes a Marta como persona de respeto y para los preparativos. El comandante te lo agradecerá; no te quepa duda. Un hombre recién llegado a una ciudad extranjera... sería una simple cortesía. — ¿Cómo... en qué forma debo invitarlo?

—Con tarjeta, por supuesto. Corta y protocolaria. Fräulein Anna Kunzli tiene el agrado de invitar al comandante Hanlon y a sus oficiales, no lo olvides, convida también a sus oficiales. No es más que una atención. El mejor convite es a comer. Da tiempo para relajarse y conocerse.

—Bueno, tío. Dígame... -Arma tartamudeó y se sonrojó al hacer la pregunta-. ¿Qué piensa del comandante?

—Es muy simpático -dijo suavemente Kunzli-. Un hombre extraordinariamente inteligente.

—Debe tener mucha estimación por usted, tío. De otro modo no le pediría que fuera a Suiza.

—No me ha dicho lo que piensa, querida. Yo daría mucho por saberlo.

Sonrió al decirlo, sabiendo que en ella perdía su ironía. Pero su sonrisa se desvaneció al mirarla y ver en sus ojos una luz que no esperaba

encontrar.

«Clorosis», se dijo irritado. Su brote sería breve y moriría con la misma rapidez. Pero, ¿si no moría? Lo acosó una nueva duda, una ironía nueva de la que él era la víctima. La desechó con un ademán. ¿Qué podía producirse entre esa inocente y un hombre que le doblaba la edad y que se sentaba a la sombra de las águilas y el hacha del vencedor?

En el elegante departamento del «Sonnblick», que una vez albergó la ornamentada masa del Reichsmarschall Göring, el comandante Mark Hanlon se preparaba para acostarse. Había comido tarde con el capitán Johnson y mientras bebían vino y coñac repasaron los hechos del día, el programa del funeral, la línea de conducta que seguirían en las primeras semanas de la Ocupación.

De súbito lo venció la fatiga. Le ardieron los ojos, sintió la cabeza como si la tuviera rellena con algodón, y los miembros pesados y lánguidos.

Dijo a Johnson que terminara su bebida con los sargentos, y llamó a la sirvienta para que le preparara un baño y la ropa de noche.

Ahora estaba sumergido en la gran tina de mármol, sintiendo que con el vapor se le escapaba el cansancio de los huesos, mientras el agua fresca de la montaña tonificaba su piel y relajaba sus músculos. El baño era un lujo histórico, y los años de vida de campaña le daban un nuevo atractivo.

Un bautismo diario de agua caliente da al hombre la ilusión, si no de la inocencia restaurada, al menos da una renovada competencia para tratar con el mundo. El genio estropajoso es siempre menospreciado. Las mejores piezas en la caza son para los hombres con cuellos frescos y manos limpias.

El agua y el jabón obran milagros en la propia estimación del hombre, y las nubes olorosas de vapor ablandan los perfiles ásperos de la realidad. Ésa fue probablemente la razón de que los viejos patricios se instalaran cómodamente en la sala de vapor mientras los hunos derribaban las puertas del Imperio, y de que Hanlon olvidara por un tiempo al muerto que encajonaban en el sótano, y al asesino con la cicatriz en el rostro que se ocultaba en algún punto entre los pinos y los picachos blancos.

Acogió con una mueca la segunda parte de la idea salió del baño a pesar suyo. La toalla lo esperaba aliente y rizada en el colgador, y mientras se frotaba vigorosamente le vino una idea nueva.

Toda esa profusión de vino y comida y servicios eran emolumentos del conquistador. Los niños gemían de hambre en los subterráneos de Berlín.

Las muchachas se vendían en Viena por una lata de café norteamericano. Las familias tiritaban alrededor de fogoncillo de varillas carbonizadas en cientos de ruinas. Y en toda Europa hombres como él se sentaban como Césares, con los estómagos llenos, los cuerpos calientes, y mozos que les sirvieran, y mujeres que los solazaran al simple chasquido de un dedo.

Algunos acogían ávidamente el lujo y se hartaban hasta enfermar el cuerpo y el alma. Algunos lo recibían con arrogancia irreflexiva como si fuera la moneda propia del tributo. Otros, como él, tenían el pudor de avergonzarse de sí mismos. Pero todos lo disfrutaban y nadie tenía el valor de privarse por conservar la dignidad entre los desposeídos. Era el principio de la corrupción lenta de la conquista, que terminaría haciendo que vencedores y vencidos yacieran juntos en el hedor de la común derrota, en la repetición desesperada de los pecados antiguos.

Terminó de lavarse, se puso pijama y trepó a la cama enorme, bajo la montaña airosa de plumones.

Era el momento que esperaba siempre con temor, la última hora solitaria del día en que se agitaba su memoria y le escocía la conciencia y despertaba el deseo cálido y estéril. Tenía mucho que recordar, mucho que deseaba olvidar, mucho más que ansiaba poseer, pero sabía que nunca sería suyo.

Lo que más lo importunaba era la inevitabilidad de todo.

No existía ni la ilusión de elegir, ni la ilusión de determinar el propio camino. Otros trazaban las líneas, y cuando se llegaba a una encrucijada, la decisión ya estaba lista para cada cual. Dando una mirada retrospectiva se pensaba: «Si yo hubiera hecho esto..., si yo hubiera elegido eso o aquello...»

Pero eso era visión tardía y falacia histórica. A pesar de los letreros señalizadores sólo existía un camino... y se estaba predispuesto a recorrerlo.

El padre Albertus predicaba que la gracia es suficiente para cada momento. Pero hasta él agregaba la glosa de que algunos momentos necesitan una gracia extraordinaria, y que el hombre debe pedirla con oraciones y ayuno, si no quiere quedar vacío.

«¡Déjalo, hombre! ¡Déjalo! Olvida por esta noche que eres un sacerdote fracasado y un marido a quien su mujer no ama y un célibe por circunstancias temporales pero no por elección. »Eres la Fuerza de ocupación, el cónsul tendido en su lecho, con guardias a la puerta y

servidores al alcance de la voz. Mañana enterrarás al muerto y comenzarás a gobernar a los vivos. ¿Quién puede saber lo que sucederá? La Historia narra extraños relatos. Reyes que han sido felices uniéndose con doncellas de servicio. Prefectos que han saboreado el buen vino. Y algunos Césares que han dormido tranquilos, al menos por un tiempo.»

Alargó la mano, apagó la luz y se tendió sobre un costado. Cinco minutos después dormía y esa noche no soñó.

CAPÍTULO SEXTO

OceanofPDF.com

El funeral es la pieza de teatro más antigua del hombre. La única vez en que se le ve de tamaño aumentado es cuando está muerto. Todas sus deudas se cancelan. No tiene detractores; sólo amigos.

Hasta los menos amados se ganan la pantomima del afecto junto al sepulcro. El rústico más humilde inspira respeto cuando yace bajo el paño fúnebre.

El sepelio del sargento Willis fue una obra de teatro muy bien montada.

A las ocho de la mañana subieron el ataúd del sótano y lo colocaron sobre caballetes en el vestíbulo del «Sonnblick». Lo cubrieron con una bandera británica y un sargento con cuatro soldados montaron guardia en torno al féretro.

A las ocho y media llegó el Bürgermeister con los cinco miembros más importantes del consejo de Bad Quellenberg. Vestían el traje de la provincia: pantalón y chaqueta gris claro, con vueltas y galones verde montaña, y las solapas doradas con adornos tallados en hueso: cabezas de venado, edelweiss, fauces de lobo. Llevaban largas capas y sombreros verdes, con un mechón de piel de gamo a modo de cresta.

Después llegó el padre Albertus, con estola y sobrepelliz, acompañado de un cruciferario y de acólitos.

Cerca de media hora conversaron incómodos, restregando los pies, porque el comandante Hanlon estaba ocupado dando las últimas instrucciones a las patrullas de esquidores que harían la primera investigación en las fincas montañosas. Observaron al capitán Johnson reunir a la guardia que formaría el cortejo, y los que entendían inglés oyeron que les indicaba la manera de mantener el paso y la formación en la cuesta helada y abrupta.

A las nueve bajó Hanlon, en traje de campaña y capote, llevando los guantes y el bastón de campaña como símbolo de investidura. Los saludó con indiferencia y ordenó que partiera la comitiva.

Las tropas se formaron en el camino, los acólitos se colocaron de dos en dos con el cruciferario a la cabeza y detrás el padre Albertus. Los concejales subieron el cajón a sus viejos hombros y a una orden del capitán Johnson, partieron con Johnson y Hanlon a retaguardia.

Ya no nevaba, pero el cielo seguía borrascoso y las llamas de los cirios oscilaban inciertas en el aire helado. No se oían otros sonidos fuera del paso

apagado de los que marchaban, y la voz del padre Albertus recitando la antífona, y el coro agudo de los niños contestando.

Las cadencias latinas familiares trajeron a Hanlon una oleada de recuerdos, y por un momento pensó que se hallaba de nuevo en la serenidad monástica de Graz, tomando parte en las ceremonias consoladoras de la despedida cuando uno de los hermanos más viejos moría. El espectáculo de Johnson que caminaba afectadamente a su lado, lo trajo a la realidad.

Vio entonces que la población formaba fila a los dos lados de la calle.

Todos se hallaban presentes, hundidos en la nieve hasta los tobillos: los muy jóvenes, los muy ancianos, los inválidos del Lazarett que podían andar, los guardabosques grises y nudosos que aún conservaban la dignidad de las montañas en sus espaldas encorvadas. Las madres aldeanas de rostros limpios y brillantes cogían de los hombros a los niños que buscaban refugio entre sus faldas.

Los tenderos se mantenían erguidos junto a sus vitrinas con los postigos colocados. Las enfermeras y el personal médico están formados fuera del pórtico del hospital, y en las ventanas de los altos los pacientes se agrupaban limpiando la humedad de los vidrios para ver mejor.

Los espectadores guardaban silencio y los rostros parecían petrificados, pero, cuando pasó el cortejo, algunas mujeres inclinaron la cabeza y lloraron en silencio, recordando a sus propios muertos. Los maridos rodeaban con sus brazos los hombros de sus esposas en gesto protector. Los padres manifestaban su simpatía a las hijas con golpecitos afectados. Hanlon dio una mirada rápida y después mantuvo la vista fija adelante, marchando lentamente y con cuidado por la traidora superficie.

Cuando llegaron al terreno llano contiguo a la iglesia, las campanas principiaron a tañer, fúnebres y lentas. Las montañas cogieron el sonido y pronto el valle y la ciudad se llenaron con los ecos del treno.

Movida por un común instinto, la ciudadanía avanzó al camino y se incorporó en largo y desordenado desfile detrás del féretro. Hanlon oía los pasos arrastrados como un contrapunto a la melodía de las campanas.

La procesión se detuvo en la puerta del cementerio. Las tropas formaron guardia de honor para que los acólitos, el sacerdote y el público que los seguía pasaran entre ellos a la iglesia. Johnson se quedó fuera, pero Hanlon entró y un sacristán lo condujo a un banco de primera fila. Los que llevaban el ataúd lo dejaron en una gran plataforma de bronce en el presbiterio, y vio

con sorpresa que los sacristanes lo rodeaban con guirnaldas de pino, acebo, y flores y de invernadero; ciclámenes, orquídeas, lirios y azaleas.

Sintió un nudo en la garganta y escondió el rostro en actitud orante. Cuando alzó la cabeza llenaba la iglesia el murmullo de la concurrencia, la guardia estaba apostada junto al féretro y el padre Albertus se revestía con los ornamentos negros para comenzar la misa. El sacerdote se aproximó al altar y las primeras notas del órgano retumbaron sombríamente bajo las aristas encumbradas de la techumbre.

«Requiem aeternam dona eis, Domine.» Cantaron en súplica ferviente las voces jóvenes del coro. «Et Lux perpetua luceat eis.»

«A Ti, oh Dios, son debidos los himnos de alabanza en Sión; a Ti se ofrecerán votos en Jerusalén. Escucha mi oración. A Ti acudirán todos los mortales...»

El canto se elevó en ondas retumbantes mientras la figura frágil del sacerdote se movía inflexible en los pesados ornamentos góticos a través de los rituales preparatorios del sacrificio.

La oración por los que se han ido: «Oh Señor, Dios de la misericordia y el perdón, concede al alma de tu siervo...»

La epístola de Pablo a los Corintios: «Ved aquí un misterio que voy a declararos: todos, en verdad, resucitaremos... Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad...»

El coro entonó el himno largo y amenazador del Dies Irae. Nunca lo había oído en esa forma, con la primera línea de cada estrofa como un solo, y los dos versos siguientes cantados por el coro a plena voz:

Dies Irae, dies illa,
Solvat saeculum in favila,
Teste David cum Sybilla...

La voz clara y emotiva de la solista le era familiar; pertenecía a Anna Kunzli, la muchacha que vivía sin amor en la «Casa de la Araña».

Terminado el himno, el padre Albertus cruzó al otro lado del altar y comenzó a leer con su voz vibrante y profunda el Evangelio para el día de la muerte:

«...Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá; y todo aquél que vive y cree en mí, no morirá para siempre...»

Hanlon estaba familiarizado con cada línea y cada cadencia, pero, involuntariamente, se compenetró de su perenne majestad y tuvo una visión retrospectiva del paraíso perdido, antes de comer la fruta del árbol de la ciencia y de iniciar su larga peregrinación como ciudadano del mundo.

Como todos los otros, él pertenecía a ese sitio. Había nacido en la Iglesia como en una familia.

La necesitaba, como necesita una planta el contacto con la tierra de que ha brotado, como necesita una rama la savia de su propia raíz. No obstante, por una serie de decisiones, de repetidas concesiones a las circunstancias, estaba separado de ella, interrumpiendo la fuente de vida y el flujo de la savia. El hambre que sentía era profunda, pero aún no podía doblegarse a confesarlo. Todavía era el hijo pródigo, bien venido si quería volver, pero sin participación en la vida íntima, vigorizante, junto a la piedra del hogar.

Eso querían decir los teólogos al hablar del pecado como de una amputación y una especie de muerte. Ése era el significado de la misericordiosa y de la necesidad que de ella tiene el hombre... una luz en la oscuridad, una mano tendida para conducir al vagabundo por nuevos senderos, insospechados, nunca soñados en tanta perplejidad.

Las campanillas de plata sonaron para la Consagración y la Elevación y él inclinó la cabeza, aunque no pudo doblegar su voluntad.

Terminada, por fin, la Misa, el padre Albertus se quitó la casulla y conservando sólo la estola negra alrededor del cuello bajó a bendecir el féretro. Se formaron los acólitos, los que transportaban el ataúd volvieron a acercarse y el sargento Willis fue llevado al cementerio, al hoyo negro que abría sus fauces en la nieve a los pies del Cristo.

Las tropas estaban alineadas frente a la tumba, y sus armas y uniformes de campaña resaltaban incongruentes entre las austeras tablas recordatorias y la figura abatida del Crucificado. Retiraron la bandera del cajón y lo bajaron lentamente a la fosa mientras el padre Albertus recitaba las oraciones de liberación y las respuestas corrían por el auditorio como una pequeña oleada de viento.

Después de la última advocación, el sepulturero pasó a Hanlon un puñado de tierra, duro y congelado como una piedra. Lo tomó con cuidado, lo lanzó a la fosa y lo oyó golpear con sonido hueco en la tapa del féretro. Sollozó una mujer y un murmullo de lástima sacudió a todos los presentes.

El sepulturero comenzó a echar paladas de tierra; el padre Albertus rezó en voz alta el rosario, y Hanlon escuchó su propia voz en la respuesta reiterada: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

La tierra formó un montículo, el sepulturero lo cubrió con nieve limpia, y los hombres se acercaron para colocar encima las guirnaldas y las flores. El sargento emitió una serie de órdenes breves y resonó la andanada, rebotando de cerro en cerro.

Era el fin. El sargento Willis quedaba en tierra extraña. Las tropas se alejaron marchando y el pueblo se hizo a un lado para darles paso, y después se alejó también, silencioso y constreñido, mientras Hanlon permanecía inclinado e insensible junto al Cristo de madera.

Una anciana se le acercó llevando a un niño. Le mostró un ramo de rosas de nieve y le dijo con voz temblona:

–Für den Toten. Para el muerto.

Hanlon aceptó las flores y se inclinó para dejarlas junto a las otras. La tristeza y la vergüenza de la ceremonia lo dominaron y por primera vez en muchos años descubrió que estaba llorando. Los quellenbergeses retrasados volvieron discretamente la cabeza y pasado un rato sintió en el hombro la mano del padre Albertus y oyó su voz, suave y extrañamente consoladora:

–Cuando un hombre puede llorar, queda esperanza para él. Vete a casa, hijo, y rogaré por ti.

Anna Kunzli, de pie bajo los pinos, alimentando a los pájaros que bajaban revoloteando a comer migas en sus manos, lo vio salir del cementerio. Pasó frente a ella sin decir palabra, pero los ojos de Anna, llenos de compasión, juventud e inocencia, lo siguieron.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Uno de los pocos quellenbergeses que no asistieron al funeral fue Karl Adalbert Fischer. Esa mañana tenía que preocuparse de asuntos propios y, estando la ciudad paralizada y los pobladores ocupados en la prolongada ceremonia, contaba con el secreto necesario para atenderlos.

Se levantó temprano, se afeitó, se puso ropa de esquí y una capa larga, para que nadie observara el curioso aspecto del jefe de Policía. Cuando su ama de llaves le ofreció café, rehusó brevemente y dijo que desayunaría

más tarde en su oficina. Salió en seguida, apresurándose en llegar a la ciudad antes que la gente se pusiera en movimiento.

Su primera visita fue para Frau Gretl Metzger, la matrona joven y rolliza, con silueta de paloma buchona, que tenía la concesión del estanco. Mucho tiempo atrás mantuvieron relaciones plácidas pero agradables, que terminaron amistosamente cuando él se ganó la amistad de una muchacha más joven. Ella se casó con el jefe de obras de una gran construcción, hueco, locuaz y que bebía más de lo que ganaba. Cuando fue llamado a filas, Gretl acudió a pedir consejo a Fischer y éste la recomendó para que se le diera la patente de tabacos bajo el monopolio del Estado. Desde entonces no le faltaron cigarros, ni cama en los entre actos de su vida amorosa.

Pero la visita de esa mañana no tenía relación alguna con el amor. El marido de Gretl había regresado, en parte al menos. Era uno de los pacientes del Feldlazarett. En la retirada de Rusia lo alcanzó un estallido de granada. Lo llevaron, en estado lamentable pero vivo, al purgatorio sin objetivo del Lazarett. Gretl lo visitaba puntualmente todas las tardes, y día por medio volvía a su casa con un joven y vigoroso ordenanza del hospital. Este hecho, como todos, se hallaba inscrito en el libro de Fischer. Ahora proyectaba utilizarlo.

Gretl lo recibió en la puerta con los rizadores puestos y el cuerpo regordete envuelto en una bata suelta que entreabrió un poco al saludarlo. Fischer sonrió satisfecho y le dio unas palmaditas en las curvas más próximas al pasar junto a ella para entrar en el apartamento.

Ella rió de placer, lo besó con entusiasmo y lo llevó a su saloncito, sentándose junto a él en el cómodo sofá. – ¡Karl! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Qué te trae tan temprano? – con mimos de muchacha insinuó: No me digas que...

–No, Liebchen -repuso Fischer de buen humor-. Aunque me gustaría mucho. Soy hombre ocupado y tengo un día duro por delante. Hay que economizar fuerzas. Necesito que hagas algo para mí.

–Lo que quieras, Karl, ya lo sabes -se cerró la bata. No tenía objeto resfriarse si al final no habría placer.

–Bien. Este amiguito tuyo, Gretl...

Ella hizo una mueca de coquetería y agitó los rizadores. – ¡Ése! No es nada. Habla demasiado y hace poco. A veces pienso que es medio... ya sabes qué.

Pero, ¿qué puede hacer una muchacha? Los que valen la pena están muertos o estropeados.

–El mundo es duro -comentó Karl Adalbert. Fischer-. ¿Te quiere?

–Está loco por mí -dijo Gretl con énfasis-. Nunca ha existido otra mujer como yo. Si mi marido se muriera se casaría conmigo. Probablemente porque le recuerdo a su madre.

–Eso también es bueno. Necesito que lo induzcas a hacer algo por mí, en privado, ¿entiendes?

Ni nombres ni preguntas. – ¿De qué se trata, Karl?

Él le entregó la lista de medicamentos que había compuesto Rudi Winkler.

–Esto. Todas ellas deben hallarse en el hospital. Tu amiguito puede sacarlas fácilmente. Haz que las traiga, poco a poco si es necesario. Pero tengo que reunirlos pronto.

Ella le miró consternada. – ¿Quieres decir que las robe?

–Que las adquiera -dijo Fischer con sonrisa suave-. Si hace preguntas dile que el negocio producirá dinero. Yo pagaré. – ¿Y si se niega?

–Me dijiste que está loco por ti, Liebchen. Si rehúsa... -se encogió de hombros-. Puede serme difícil recomendar tu patente de estanco cuando haya que renovarla. – ¡No harías eso, Karl!

Él le dio palmaditas tranquilizadoras en el pecho.

–Por cierto que no, Gretl. Sólo quiero que comprendas la importancia del negocio. Eso es todo.

–Te... te entiendo, Karl. – Ella se inclinó de modo que se le entreabrió de nuevo la bata-. ¿No puedes quedarte un rato... un ratito?

–El tiempo de servirme una taza de café -dijo Fischer con animación-. Después tengo que irme. Para otra vez será.

Media hora más tarde golpeaba en la puerta de la cabaña ubicada al pie del Gondelbahn, el largo cable aéreo del que oscilaban las brillantes cabinas que subían hasta la cumbre del Grauglockner. Le abrió la puerta el maquinista que hacía funcionar el mecanismo y lo mantenía en la estación. Las instrucciones de Fischer fueron concisas y perentorias.

–Se trata de un asunto policial. Nadie debe saber que he estado aquí. Deme esquís y un par de bastones. Después ponga en marcha la maquinaria y súbame hasta la cumbre. Si alguien pregunta por qué está funcionando el Gondel, diga que está probando los motores. Necesito un par de horas.

Cuando esté listo para bajar le telefonearé desde arriba. Usted me dirá si el terreno está despejado antes de hacerme bajar. ¿Está claro?

Lo estaba. El maquinista era perspicaz y sabía de dónde soplaban el viento. Tomó sus propios esquís y cambió las fijaciones con un destornillador para que ajustaran bien en las botas pequeñas del policía. En seguida lo condujo a una de las cabinas de aluminio y lo encerró en ella.

Tres minutos después, Fischer se columpiaba sobre las copas de los pinos en la primera etapa de su viaje al refugio de Gamsfeld.

Bajó de la cabina arrastrando los esquís y los bastones, y recibió un golpe de viento helado que le batió la cara y le quemó los ojos y las narices. Lanzando una maldición, luchó para entrar en la pequeña cabaña de troncos. Había cometido una imprudencia. Ya estaba viejo para esas cosas. Se quitó la capa, la dejó cuidadosamente doblada sobre el banco de madera y encima colocó su gorra de uniforme.

Se puso el gorro de esquiador, se lo ató bajo la barbilla y se lo cubrió con la capucha de la chaqueta. En seguida se agachó para fijar las botas en los esquís y arrastrando los pies salió a la nieve, junto al abrigo de la pared de troncos. Paseó la mirada a su alrededor.

Estaba circulando por montañas que parecían olas tumultuosas de un mar petrificado. Las fajas de pinos y las aldeas anidadas oscurecían las depresiones. Las cumbres brillaban con espuma de nieve que bajaba en un flujo continuo, roto sólo por tornos negros y espuelas afiladas como cuchillos, dentadas y siniestras. La desolación lo hizo sentirse enano. El viento helado sacudió los soportes de su escaso valor. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para dejar el refugio y partir hacia el Gamsfeld.

Su meta era una choza de troncos, a unos quinientos pies del portezuelo en el lado opuesto del cordón que partía de Bad Quellenberg. En tiempos pasados era el primer alto en una carrera de mediodía para novatos: bajada al Gamsfeld, dos millas más descendiendo por el valle Hunge, subida por el andarivel, y por último una larga carrera ininterrumpida hasta llegar a casa, en Quellenberg. Fischer lo había hecho cien veces en la juventud, pero en la edad madura era una insensatez impuesta por los lazos de la sangre y la familia. Tendría que rehacer la subida al portezuelo y tomar el Gondel.

Desde el punto de partida veía claramente la choza: una construcción baja de piedra, agazapada como un gran animal bajo su techo nevado. Una espiral de humo tenue salía por la chimenea rechoncha y el viento

impetuoso la soplabla valle abajo. Estaban allí; su viaje no era perdido. Se dio impulso, al principio con inseguridad, pero cuando sintió que los cantos mordían el hielo y el viento le azotó las mejillas, comenzó a relajarse. Sus músculos flojos respondieron a viejos recuerdos, y por primera vez en muchos años Karl Fischer comenzó a gozar. Como la mayoría de los placeres, éste acabó demasiado pronto.

La puerta de la cabaña estaba orientada hacia el valle. Él llegó por el lado ciego de la estructura.

Se quitó los esquís y dio vuelta cuidadosamente alrededor de la casa, agachándose al pasar bajo la ventana. Si el sobrino se hallaba en una de sus crisis de locura, no se podía prever su recepción.

Al llegar a la puerta se detuvo a un lado, apretándose contra la muralla. En seguida estiró una mano y dio un golpe fuerte. No respondieron; pero se oyó dentro de la cabaña un débil murmullo.

En voz alta llamó: ¡Martha! ¡Johann! Soy yo, el tío Karl. ¡Abran! Hubo una pausa; después lo amenazó una voz de hombre, dura y tensa:

—Si no es, le volaré la cabeza. — ¡Tonterías, niño! Mira, voy a dar un paso atrás para que puedas verme desde la ventana. ¡Martha! Por amor de Dios, hazlo entrar en razón.

Oyó que ella reprendía duramente a su hermano: -No seas estúpido, Johann. Yo iré. Nadie me hará daño. Además, ésa es la voz del tío.

Fischer retrocedió hasta la nieve y, un momento después se recogió la cortina en la ventana y asomó la cara de su sobrino. En seguida se abrió la puerta, y Martha, entre risueña y llorosa, lo hizo. entrar.

Lo primero que vio fue a su sobrino acurrucado en un rincón del camarote, con la pistola apuntada hacia la puerta. Fischer le dirigió una sonrisa de buen humor. — ¡Por favor, bájala, niño! Puedes herir a alguien.

Johann lo miró un rato con desconfianza esquiva, después bajó lentamente la pistola y la dejó sobre la cama, a su alcance. Fischer se quitó los guantes y el gorro y se acercó a la vieja estufa redonda para calentarse. La niña lo siguió, interrogándolo ansiosa: -¿Qué sucede, tío? ¿Qué está pasando? ¿Qué será de Johann y de todos nosotros?

—Nada -dijo él con optimismo-, nada en absoluto. El tío Karl tiene todo arreglado. Más adelante les diré cómo. Tengo hambre y frío. ¿Puedes prepararme algo?

—Claro que sí. Oh, tío, no podía traernos una noticia mejor.

Le echó los brazos al cuello y lo besó; en seguida se afanó, buscando pan y queso en las mochilas y echando cucharadas de café negro ersatz en un recipiente con agua de nieve. Fischer sacó su cigarrera y la ofreció a su sobrino. – ¿Quieres uno?

–Tíramelo.

–Como gustes.

Sacó un cigarrillo, lo encendió y lanzó después a su sobrino el encendedor y la cigarrera, de la que éste sacó tres cigarrillos. Se llevó uno a los labios y dejó los otros en la consola junto al camarote. Encendió y principió a fumar con avidez.

–Puedes quedártelos todos, si quieres -dijo con suavidad Fischer.

–Gracias.

Vació la cigarrera y junto con el encendedor se los lanzó a Fischer. El encendedor cayó al suelo.

Fischer avanzó a recogerlo y Johann levantó la pistola apuntando hacia él hasta que recuperó el aparato y volvió junto a la estufa. Fischer guardó silencio, siguió fumando sin alterarse y observándolo a través del humo.

«Como un lobo -pensó-. Con cicatrices, hambriento, con las costillas al aire, pero dispuesto a saltar al cuello antes de que uno alcance a implorar la misericordia divina. No hace mucho que era un niño, de carita fresca y sonrosada, con los ojos de su madre. Yo lo hacía cabalgar en mis rodillas y le daba ciruelas confitadas. Después fue estudiante, flojo como la mayoría, pero simpático. Y después la gran cosa -Universität- cuando volvía a la casa morigerado y serio al final del semestre, con la boca llena de palabras altisonantes y la cabeza repleta de sueños para salvar al mundo con un bisturí y una botella de agua destilada. Miradlo ahora. ¿Qué le hizo la guerra que nos haya callado? ¿O es sólo que si persiguen a un hombre por un tiempo suficiente y lo mantienen huyendo la distancia necesaria, se le convierte en lobo? ¿Qué haremos ahora contigo, niño? ¿Cómo hacerte salir de tu rincón y tratar de volverte hombre de nuevo?»

De pronto su Sobrino comenzó a hablar, y Fischer sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

La voz le había cambiado por completo, aunque seguía tenso y agazapado, con los ojos fijos inyectados en sangre, y los dedos de su mano libre apoyados en la culata de la pistola. Era una voz tranquila, mesurada,

casi académica en su parquedad, como si otro hombre estuviera hablando tras el rostro desfigurado de lobo. Decía la voz:

—Lamento ser una preocupación para usted, pero trate de comprender. Esta perturbación mía tiene un nombre, los médicos lo conocen, es un trauma. Es como si yo estuviera partido en dos, con lo mejor de mí a un lado y lo peor al otro, y con el bien fuera de mi alcance. Si usted tratara de quitarme la pistola yo lo mataría. Sé que no debo hacerlo, pero no me puedo dominar. Instinto en vez de razón. El mecanismo de control no funciona. La familia me ha dicho que maté a un hombre.

Yo... yo lo recuerdo vagamente. Los vi subir en el jeep por el camino. Pensé que eran Russkis que volvían a perseguirme. Estoy cansado de huir. Quise bajar y pelear con ellos de una vez por todas.

Sé que debería entregarme, pero no puedo. Me pondría a gritar, completamente loco, sin esperanza de recuperación. Soy bastante buen médico para saberlo. Es posible que si descansara un tiempo, si dejara de huir, si me ayudara un doctor competente yo mejorara. Pero se perdió la oportunidad, ¿no es cierto?

A medida que hablaba iba desapareciendo lentamente la mirada extraviada de sus ojos, que se tornaron vidriosos y muertos, y cuando terminó dos gruesas lágrimas escaparon de los conductos inflamados y rodaron por sus mejillas flacas, mal rasuradas.

Su hermana lo observaba como hechizada, con el recipiente suspendido en el aire, pero Fischer siguió fumando con aire indiferente. Después de un rato dijo, muy tranquilo:

—Sobre eso vine a conversar contigo. Te he encontrado un médico, y un sitio donde pueda tratarte con quietud y seguridad.

—No iré. No puedo. — Volvió a sus ojos la luz de la locura. Sus dedos se cerraron convulsivamente alrededor de la pistola.

—Tú tienes que decidirlo -dijo-, sin alterarse, el pequeño policía-. Los ingleses han movilizado patrullas para registrar los valles y las cumbres. Seguirán haciéndolo durante meses si es necesario. Eso significa que tendré que cambiarte de cabaña en cabaña. Unas pocas semanas de eso y habrás muerto. La única alternativa es la que te he propuesto. Elige. — ¿Dónde está ese sitio? ¿Quién es el médico?

—Se llama Winkler. Es fugitivo como tú. Le he ofrecido nuevos documentos de identidad si se hace cargo de ti, si te cuida por un tiempo, y

si te hace en la cara una operación plástica para poder llevarte a la zona norteamericana, donde estarás bien. – ¿Dónde vive?

–En Quellenberg. Tiene un chalé disimulado entre árboles en el extremo menos elegante de la Avenida Mozart -Fischer rió entre dientes-. Su ama de llaves tiene cara de hacha, pero cocina como un ángel. Comí con ellos anoche. Winkler también tiene una buena bodega. Ahí podrías vivir como un rey y mofarte del mundo. Piénsalo mientras bebemos el café.

La niña captó la indirecta y volvió a sus preparativos. Fischer se sentó en el lado opuesto del camarote y comenzó a hojear un ejemplar, de hacía cuatro años, del Wiener Zeitung, repleto de miembros sonrientes del Partido y de héroes marchando. Tuvo deseos de lanzarlo a la estufa, pero le permitía hacer algo mientras ordenaba sus turbados pensamientos. Después de un rato, Johann volvió a hablar y por primera vez tuvo un tono de incertidumbre. – ¿Cómo... cómo me bajará usted a la ciudad sin que me vean?

Su tío alzó la vista del periódico y le contestó con naturalidad:

–Eso me preocupó al principio, pero creo tener la solución. – ¿Cuál es?

–Tienes que estar aquí uno o dos días más. Pero eso no es nada pudiendo desorientar a los ingleses. Yo echaré a correr un rumor que los lleve al otro lado del valle. Tírame otro cigarrillo, ¿quieres? – sin reflexionar, su sobrino estiró el brazo y le lanzó un cigarrillo del montón que tenía a su lado. Fischer sintió un aleteo leve de esperanza. Encendió el cigarrillo y continuó:- El seis de diciembre es el día de San Nicolás. El santo visitará todas las casas con su paje, seguido del Krampus para asustar a los niños malos. Veinte o treinta Krampuses acudirán, esa noche a la ciudad. Si te vestimos con pieles de cabra y te ponemos en la cabeza una máscara de Krampus, ¿quién podrá identificarte? – ¡Tío! – la chica giró en redondo y casi volcó la cafetera en su excitación-. ¡Qué idea brillante! No puede fallar. Tú recuerdas, Johann, que nunca has podido adivinar quién llevaba la máscara de cabra. Di que consientes; dilo, por favor.

Se acercó rápidamente a él y se sentó a su lado en el camarote, y por primera vez las manos de Johann buscaron a su hermana en vez de estirarse hacia la pistola. Recostó la cabeza en el hombro de Martha y dijo con cansancio:

–Quisiera creerlo.

Fischer se concentró en el diario mientras la muchacha lo alentaba y le suplicaba, hasta que se derramó el café en la estufa y tuvo que saltar a retirarlo. Sólo tenían dos tazas; dio una a cada hombre, junto con una rebanada de pan negro y una gran tajada de queso. El alimento era parco y Fischer se atragantó al tragarlo, pero Johann comió y bebió con avidez, como si temiera que se lo arrebataran.

Cuando no quedó nada, dejó la taza y se enjugó la boca con el dorso de la mano. En seguida encendió un cigarrillo y se tendió en el camarote, fumando y contemplando las vigas del techo. Sin volver la cabeza preguntó cauteloso. – ¿Estás seguro de poder hacerlo, tío?

–Arriesgo mi propia cabeza -dijo Fischer un tanto amoscado-. Si me sorprenden lo pasaré peor que tú. Cualquiera abogado puede conseguirte un atenuante. Un buen abogado puede obtenerte la absolución. Yo no tengo defensa. Ni siquiera eres hijo mío.

–Entonces, lo haré -y su voz fue tan parecida a la normal que los otros dos se quedaron mirándolo. Fischer le habló francamente:

–Hay una condición. – ¿Cuál?

Su sobrino se dio vuelta bruscamente para mirarlo.

–Que me entregues tus armas. – ¡No! – instantáneamente se transformó en bestia, tenso, con la mirada fija y los labios retraídos en un rictus de terror.

–Cuando vayas a la ciudad -dijo tranquilamente Fischer, tendrás miedo. Si llevas armas, matarás otro hombre como mataste al inglés. Ya tienes que saberlo. Si no me las entregas ahora, me desentiendo de ti. Puedes seguir tu propio camino, huyendo y huyendo hasta que mueras en tus propias huellas o hasta que alguien te meta una bala en la cabeza. Estoy arriesgando por ti toda mi carrera, muchacho. Lo único que no arriesgaré es otro asesinato. Ésa es mi última palabra.

Hubo un silencio largo. La chica y su tío miraban con desconfianza el rostro demacrado y los ojos de loco, esperando descubrir un signo de que la razón había penetrado en esa inteligencia que aún funcionaba. Vieron que de nuevo se vidriaban los ojos y que la boca se relajaba después del primer impacto de pánico. En seguida Johann les lanzó otra pregunta:

–Yo... confío en usted, tío. Pero ¿qué me dice de los otros? Usted sabe lo bueno que es el pueblo para hablar. Tarde o temprano se sabrá dónde estoy y quién soy. ¿Qué sucederá entonces?

—La pregunta se justifica. Te daré una respuesta sincera. — Fischer metió los pulgares en su cinturón y se columpió sobre los tacos, sonriendo con optimismo—. Conozco mejor que tú a la gente. Primero, les sobran preocupaciones propias para meter las narices en mis asuntos. Segundo, saben que no sacarían provecho alguno si lo hicieran, porque conozco demasiado sobre ellos.

Tercero, aunque te sorprenda, esto es verdad, no quieren que te cojan. Te necesitan sano y salvo.

Son tantos los muchachos desaparecidos, que los restantes son doblemente preciosos. Una vez que te hayamos remendado tendrás tantas proposiciones matrimoniales que tendrás que ahuyentarlas a palos. — ¡Matrimonio! — la palabra escapó con un grito de risa salvaje—. ¡Matrimonio! ¡Eso sí que es bueno! Es la broma más graciosa que he oído en años. Ríase. ¿Por qué no se ríe?

—Porque no me divierte -dijo Fischer. — ¿Que no? — Johann sacó medio cuerpo del camarote y gritó como un loco-. Ensaye esto entonces, tío. Dos veces me cogieron los rusos y escapé dos veces. Los Chetniks también me apresaron en Yugoslavia, pero me dejaron libre. ¿Sabes por qué? Porque dijeron que ya no les servía. ¡Ya no le serviría a nadie... nunca!

Su voz se elevó en un alarido y se cortó de súbito al caer al suelo sin conocimiento. La chica corrió a su lado, se arrodilló y le acunó la cabeza en la falda, canturreándole, desesperada. Fischer se quedó mirándolo como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

—Pobre infeliz -dijo con voz queda-. Pobre, pobre desventurado.

Caminó hasta el camarote, recogió la pistola y el rifle y se dirigió a la puerta. La voz de la muchacha lo detuvo. — ¿Nos deja, tío?

—Es mejor -dijo Fischer con expresión sombría-. Cuando vuelva en sí hazlo acostarse y mantenlo caliente. Mañana enviaré a tu padre con el traje y con instrucciones para bajarlo a la ciudad. ¿Podrás dominarlo hasta entonces?

La chica miró la figura andrajosa y encogida que yacía en el suelo, y de nuevo a su tío.

—No queda mucho que controlar, ¿verdad?

—No queda nada -dijo Karl Adalbert Fischer.

Y salió cerrando la puerta suavemente.

CAPÍTULO OCTAVO

Media hora después del funeral Mark Hanlon estaba de vuelta en su escritorio en el «Sonnblick».

La crisis de emoción pasó rápidamente, dejándolo, como lo hacen la pasión y las lágrimas, libre por un tiempo de ira, compunción e incertidumbre, y listo para el trabajo que tenía entre manos.

Lo esperaba una montaña de labor: disposiciones para el abastecimiento de las tropas y de la ciudad; una inspección de los recursos económicos locales: un control de seguridad para descubrir criminales de guerra y fanáticos del Partido; un examen de los registros de la ciudad para situar los documentos pertinentes; una investigación de las propiedades incautadas; la repatriación de tropas austríacas; enlace de frontera con la zona norteamericana; control de caminos y vías férreas; reforma democrática de la educación en la localidad; búsqueda de armas ocultas y de las que estuvieran en poder de particulares...

Johnson y él atacaron el montón de memorandums hasta que les zumbaron las cabezas y los tipos mimeografiados les danzaron ante los ojos. Su almuerzo consistió en un plato de emparedados y café, y a las tres de la tarde continuaban debatiéndose con el problema principal: cómo implantar un sistema completo de gobierno local con un puñado de tropas cansadas y un grupo de funcionarios que, por un motivo u otro, eran todos sospechosos.

—Es imposible hacerlo -dijo exhausto Johnson. Incluyó la silla en un ángulo peligroso, subió los pies a la mesa y encendió un cigarrillo-. Diez no se contiene en uno. No hay más que hacer.

—Trate de decírselo a Klagenfurt, muchacho. Se ganará una mosca en el oído y una destitución rápida... Sus servicios no son necesarios.

—La idea no es tan mala. Esta guerra ha sido condenadamente larga.

—Todo se malgastaría si estropeamos la paz.

—Ya está estropeada -dijo Johnson con juvenil sabiduría-. Siempre lo ha estado. Siempre lo estará. En el mismo momento en que callen los fusiles comienzan los políticos a beneficiar los cadáveres. Mire a Yalta. Entramos, en la guerra para salvar, a Polonia. Así se dijo. Ahora la hemos entregado en una bandeja a los Russkis... y además, la mitad de Europa. ¡Para qué nos preocupamos de esto! — señaló con una mano impaciente los escritos

apilados-. ¿Por qué no los echa al retrete y deja que los políticos se las compongan y hagan de las suyas? Al final da lo mismo.

–Porque no hay políticos en Quellenberg -dijo Hanlon sin alterarse.

–Hierven en este lugar -replicó enfático Johnson-. Los hemos tenido en esta sala: Holzinger, Kunzli, el policía chiquito, y los que aún no conocemos.

–Por el momento carecen de autoridad. Nosotros la tenemos. Quiero ver si podemos usarla para construir algo permanente. – ¿Qué, por ejemplo? – ¡Lea todo esto! – dijo Hanlon con una mueca humorística, y lanzó a las piernas de Johnson un legajo de papeles que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo.

–Usted no ha contestado mi pregunta -insistió Johnson levantándose y amontonando a puntapiés los papeles diseminados-, y no creo que pueda.

–Existe una respuesta, Johnny -dijo Hanlon con gravedad súbita-. Y es mucho más sencilla que todas las tonterías contenidas en estos memos. Tenemos que organizar las cosas de modo que los hombres principien a trabajar y los niños principien a comer bien y que todos tengan una participación equitativa. Tenemos que arrancar como malezas a los asesinos y violadores y verdugos profesionales que se hayan escondido en Quellenberg para vivir como honrados ciudadanos. Tenemos que devolver las propiedades robadas a sus dueños legítimos... si viven y si podemos descubrirlos. Tenemos que desalojar a los explotadores oficiales y encontrar hombres honestos que los remplacen para que el pueblo tenga condiciones limpias en los negocios y justicia en los tribunales.

–Es mejor que se compre un farol y viva en un barril -dijo Johnson con vivacidad-. Ni siquiera ha podido conseguir que su sargento del rancho sea honrado.

Hanlon se encogió de hombros.

–Ésa es la naturaleza de la bestia. – ¿Cambia por el hecho de hablar en alemán? Hanlon enmudeció un rato, rumiando la pregunta; en seguida se inclinó sobre la mesa, accionando mientras se explicaba cuidadosamente.

–Aclaremos un punto, Johnny, desde la partida. Yo soy bastante mayor que usted y he tenido más razones para dudar del bien que hay en la gente. Pero he aprendido algo que considero importante. El bien que hay en este mundo bizco fue pequeño al comienzo y permaneció pequeño por mucho tiempo. Cuando creció, lo hizo lentamente, como un árbol, de modo que la

gente casi no se dio cuenta, hasta que un día fue grande y sus ramas abrigaron a muchos pobres diablos como usted y yo. Eso espero de esta tarea: iniciar el crecimiento de un bien pequeño. Si no lo creyera posible sería feliz entregándome al libertinaje y llenando al mismo tiempo mis bolsillos..., o destapándome los sesos... No sé muy bien lo que haría.

—Más vale que se resuelva, comandante -dijo Johnson con una mueca-. Puede encontrarse abocado a eso antes de lo que piensa. — ¡Váyase al diablo, Johnny! — replicó Hanlon amostazado-. Pongámonos de nuevo al trabajo.

Juntos se inclinaron sobre una instrucción difusa cerca de la «Condición de los Dependientes de Perbnas Bajo Reiteración como Presuntos Criminales Guerra».

Entrada la tarde, cuando la primera oscuridad ya había bajado a las montañas, los jefes de las patrullas esquadoras llegaron a dar sus informaciones. Todos se ajustaban a la que presentó el cabo de rostro enjuto. Éste había sido maestro de escuela y su alemán era bueno, aunque pedante. Su inteligencia era muy superior a la opinión que tenía del Ejército y de los que lo mandaban.

Profesaba a Hanlon un respeto involuntario, que manifestaba con franqueza enfática de expresión.

—Está cerca, comandante. Todos tenemos la misma sensación. Los aldeanos están disimulando.

La Policía sabe y también disimula. — ¿Por qué dice eso?

—Primero, dicen que no entienden nuestro alemán, lo que es una mentira. La Policía lo comprende y ellos también. Se niegan a hablar a menos que sea en dialecto. Eso también es una actitud afectada. Prodigan el dialecto como el irlandés de las tablas.

Hanlon asintió pensativo. La trepa era vieja para poner al visitante en situaciones embarazosas.

Cuando les convenía se hacían los mudos, pero si les tocaban el bolsillo gritaban fuerte. ¡Y también en Hochdeutsch! — ¿Qué más, cabo?

—El ambiente, mi comandante. Es lo mismo que los chicos en una sala de clase. Uno sabe que hay maldad de por medio, pero lo miran a uno de tal manera, adoptan una inocencia tan elaborada, que no se puede descubrir la verdad, aunque uno estrellé contra la pared a esas cabezas tontas.

—Si nos cargamos con fuerza en ellos se trizarán -dijo Hanlon.

—No, mi comandante. — ¿Por qué no?

—Porque están avisados contra nosotros. Nos ven llegar desde millas de distancia en esas fincas montañosas. Aunque supiéramos en cuál de ellas se oculta el hombre, nos llevaría una ventaja de dos millas antes que llegáramos al sitio. Recuerde que tenemos que subir en esquís. Usted sabe lo lento que es eso. Para llegar a los valles de atrás tenemos que subir primero y bajar después, a menos que caminemos por la nieve suelta de los portezuelos. Aun así cualquier centinela nos descubriría. Les bastará enviar a su visitante a la faja de pinos para que se nos escape. — ¿Coopera la Policía?

—Mucho -dijo secamente el cabo-. Se quedan a nuestro alrededor y aguardan a que les indiquemos lo que deben hacer. Olvidan dónde están las huellas y tienen dificultad para interpretar un mapa de referencias; se mueven con lentitud hasta en los mejores declives..., pero es imposible culparlos de nada concreto. Así no cogeremos nunca a nuestro hombre. Lo apostaría.

—A pesar de todo mantendremos la búsqueda -dijo Hanlon sonriendo. — ¿Puedo preguntarle por qué, mi comandante? — ¿Cómo se siente usted, cabo?

La respuesta fue una palabra expresiva. — ¡Magnífico! Ahora póngase en la situación del asesino. Si cada día salen patrullas y cada una a un sector diferente, ¿qué sucede? Tendrá que cambiar constantemente de sitio. Si, como sospecho, es un hombre enfermo, tarde o temprano tendrá que detenerse. Entonces, ¿qué pasará?

—Lo esconderán. — ¿Dónde? Usted conoce las fincas de la montaña. Tienen una construcción grande que alberga a la familia, al ganado y al heno del invierno. En media hora se las puede dar vuelta patas arriba.

—Lo bajarán a la ciudad.

—Entonces lo cogeremos -dijo Mark Hanlon poniendo punto final a la discusión. Y hasta el cabo incrédulo quedó semiconvencido de que lo harían.

Terminada la conferencia, Johnson le presentó la cuestión de los documentos de salida para Sepp Kunzli.

—No descubrí qué se propone usted con éste, Mark. Nos han dado buenos informes de él. Sin embargo, usted le está haciendo guerra de nervios. ¿Por qué?

—Por propiedades robadas, Johnny. Kunzli es un pillo redomado. Sería intolerable que escapara con bien, aunque probablemente será lo que suceda. — ¿Cómo concuerda eso con el informe?

—De Londres dijeron que durante la guerra fue m buen agente. Eso significa más que fue un buen jugador que eludía los riesgos.

—Entonces, ¿cómo lo deja salir del país?

—Tengo que hacerlo -dijo Hanlon con un visaje-. da la forma en que operan los Bancos suizos, no y forma de ver sus títulos si él mismo no los trae. — ¿Cree usted que lo hará?

—Algunos de ellos. — ¿Cómo sabe que no se escapará?

—Tiene demasiadas propiedades en Austria... y también una sobrina. Adivino que se aguantará y recurrirá a tretas de abogado para conservar intacta la mayor parte de su fortuna. Pero algo le quitaremos, y obtendremos también otras informaciones.

El capitán Johnson guiñó un ojo a su superior:

—Sus métodos son tortuosos.

Hanlon hizo un gesto de, hastío y desagrado. — ¿De qué otro modo se puede tratar con el que actúa en forma torcida? Kunzli se propuso vengar a su mujer desollando a los miembros del partido, pero en algún punto de la línea el placer de la venganza se le trocó en afición al dinero. Sigue autojustificándose como una especie de Montecristo. Mas no es eso en absoluto. Es un explotador que aprovecha los bienes expoliados.

—Y su sobrina canta en el coro -dijo Johnson con aparente inconsecuencia-. La muchacha es linda..., de un tipo virginal.

—No lo he observado -repuso fríamente Hanlon.

—Está envejecido, Mark -Johnson rió con cierta crueldad-. Yo me fijo en todas las muchachas siempre.

Hanlon se dio vuelta enfurecido. — ¡Guarde sus manos en su dinero y su mente en su trabajo... y su libertinaje lejos de la oficina! ¿Está claro?

Johnson se quedó embobado con el estallido.

—Lo siento. Hablé en broma. Al diablo con todo... Golpearon en la puerta y, respondiendo a la orden de Hanlon, entró el sargento Jennings y le entregó un gran sobre con sellos rojos.

—Acaba de llegar, mi comandante. Por un mensajero desde Klagenfurt.

—Gracias, Jennings.

El sargento se cuadró y salió. Hanlon rompió los sellos y encontró dentro dos sobres igualmente marcados. El tercero contenía un largo memorándum. Lo leyó de carrerilla y echó la cabeza atrás riéndose hasta que le corrieron lágrimas por el rostro. Johnson lo miraba con perplejidad creciente hasta que la curiosidad lo venció. – ¿De qué se trata? ¿Qué hay tan divertido?

Hanlon consiguió dominarse y le dijo con sarcasmo:

–Las pequeñas ironías de la vida, Johnny. Justo cuando empezamos a organizarnos nos vacían esto en la falda. Por convenio con el Mando de Estados Unidos en Salzburgo, trescientas personas desplazadas de tres campos de concentración llegarán aquí por Navidad y se quedarán por un tiempo indefinido. La Cruz Roja Internacional correrá con los servicios y abastecimientos médicos.

El hospedaje y todo lo demás será de cuenta nuestra. Llegan dentro de una semana. – ¡Santo Dios! – dijo Johnson entre dientes-. Disturbios en un paquete.

–Mayores de lo que piensa. – Hanlon volvió a reír, sin alegría-. Me pregunto qué dirá Holzinger cuando se lo diga.

Terminada la cena, Hanlon se hastió de su propia compañía y de la de su subalterno. La culpa no era del muchacho. Era agradable e inteligente; su ingenio era mordaz y tenía sentido del humor. Si no tomaba en serio al mundo ni a sí mismo era digno de envidia y no de crítica. Los dolores de estómago de su comandante no tenían por qué agriarle su vino.

Pero esa noche Hanlon estaba desasosegado. La sala ornamentada lo asfixiaba. Lo abrumaba la montaña de trabajo que había sobre el escritorio. La charla de la mesa le sabía a rancio: cuentos viejos, familiares y aburridos; nuevas especulaciones, inútiles e impertinentes. Quería liberarse por un tiempo. ¿Dónde ir? No había clubs. Las cantinas estaban cerradas por falta de parroquianos. En esa ciudad ajena no tenía amigos. Sería imprudente beber con los suboficiales o con los soldados. Le disgustaba beber solo.

Huber se alegraría de verlo en el hospital, pero esa noche le repugnaba la atmósfera de éter y antisépticos, la incómoda evidencia del sufrimiento y la mortalidad. El padre Albertus también lo recibiría con gusto, pero, ¿de qué podían hablar sino de recuerdos o metafísica? Temas incómodos los dos.

Entonces pensó en Holzinger. Tenían que tratar sobre negocios y no existía una razón válida que le impidiera hacerlo cómodamente. La representación dirigida por Holzinger en el funeral fue buena; merecía felicitaciones. ¿Por qué no visitarlo, agradecerle oficialmente y dejar que dirigiera a solas el nuevo trago amargo? Si era necesaria una excusa, la tenía a mano. Allá iría.

Situó en el plano de la ciudad la situación de la casa de Holzinger y partió.

Las nubes se habían disipado. El cielo estaba claro y brillante con puntos diamantinos.

Comenzaba a helar y el frío cortaba como una navaja. La nieve relucía, espectral bajo la luz de las estrellas, y los cristales crujían bajo sus pies mientras caminaba ágilmente por la ciudad y tomaba la avenida que llevaba a la casa del Bürgermeister.

Planeó su entrada como un actor, eligiendo las palabras, ensayando los gestos. «Diré esto, y él me contestará aquello. Sonreiré para mostrarle que no tengo enemistad. Le pediré excusas por mi intromisión para que comprenda que respeto su retiro. Después abordaré las felicitaciones para darle confianza. Tengo que mantener su dignidad en presencia de su familia. Y antes de que termine la velada debo reafirmar mi autoridad, suavemente, para que no crea que su hospitalidad le da derechos sobre mí.»

Era una debilidad y lo sabía. Necesitaba compañía, distracción, defensa contra la desolada soledad del poder. Pero su caída era pequeña y fácil de remediar. El hombre más casto busca consuelo en la mujer, aunque no intente acostarse con ella. Se burló de sí mismo con acritud por su cuidadosa justificación de un acto tan sencillo. Era un hábito adquirido en el convento, que nunca perdió aunque a menudo conseguía olvidarlo.

Una sirvienta de vestido negro y delantal blanco almidonado le abrió la puerta. Al ver su uniforme se quedó con la boca abierta, tartamudeó después una disculpa y lo dejó parado en el vestíbulo mientras iba en busca de Holzinger. Era evidente que el Bürgermeister estaba malhumorado, pero se sobrepuso y lo saludó con la mano tendida.

—Buenas noches, comandante. ¡Qué agradable sorpresa!

Hanlon estrechó sonriendo la mano estirada.

—Espero no ser un intruso.

—De ningún modo. En casa sólo está mi familia. Se alegrarán de verlo.

Venía ahora la alabanza, cuidadosamente expresada, prolijamente ensayada.

—Su organización del funeral me emocionó. Quise manifestárselo personalmente... sin formalidades. Holzinger se inclinó con tiesura y una sonrisa de gratitud le suavizó el rostro.

—Usted es muy amable, comandante.

—Cortesía elemental -murmuró Hanlon-. Tenemos que tratar en el día bastantes asuntos desagradables para dormir también con ellos.

Con orden y decencia ya había cumplido: la excusa, la felicitación, la sutil advertencia. Por los dos lados quedaba asegurada la dignidad. Holzinger le cogió por un brazo y lo condujo al salón.

Lo primero que vio fue a las dos mujeres, tensas en sus asientos y mirándolo con fijeza. La expresión de los ojos de la madre era una mezcla extraña de sorpresa, desconcierto y miedo. Los de la hija eran fríos y calculadores, y luego, súbitamente interesados.

Holzinger hizo las presentaciones y las dos quedaron sorprendidas al verlo inclinarse sobre sus manos, a la usanza continental, y saludarlas en alemán puro. Holzinger le indicó un sillón.

—Siéntese, comandante. Instálese con comodidad. ¿Quiere servirse algo? Schnapps? Sliwowitz?

—Lo que tenga.

En la pequeña pausa que se produjo mientras Holzinger servía las copas y las dos mujeres buscaban una frase inicial, Hanlon echó una mirada por la sala: sólido confort Biedermeier, buenos cuadros, alfombra gruesa, cortinas de brocado, porcelana vienesa, caballos de Lipizzaner, un piano de concierto, arañas de cristal centelleante, un cofre matrimonial antiguo, tallado de Land Salzburg.

Sobre la repisa de la chinela la fotografía de un joven con uniforme Alpenjäger, probablemente el hijo... —¿Dónde aprendió alemán, comandante? — como todos los forasteros, se sorprendió con la voz profunda y tersa de Liesl Holzinger.

—Hace años fui estudiante en Graz.

—Entonces conoce bien a nuestro país y comprende a sus habitantes.

—Me complace creerlo -dijo Hanlon con una sonrisa de excusa-. Pero han cambiado muchas cosas desde entonces.

—En general los ingleses no consiguen hablar tan bien como usted.

–Soy medio irlandés; la explicación puede ser ésa.

–Es posible.

Tuvo la sensación de que ella lo pesaba, que medía sus reacciones, escuchaba los subtonos de su voz, alerta a cualquier significación de sus gestos. Llegó a la conclusión de que las mujeres representaban la fuerza de esa casa, y también la astucia. Pensó vagamente si Holzinger sería feliz con su hija de ojos negros y esa valquiria rubia por mujer.

Llegaron las bebidas y brindaron.

–Prost! – dijo Hanlon.

–Prost! – dijo Holzinger.

–Por la paz -dijo su esposa.

La muchacha morena bebió en silencio.

Holzinger dejó la copa y comenzó a hablar.

–Me decía el comandante, Liesl, que se conmovió con nuestro servicio fúnebre de esta mañana -lo dijo con entusiasmo y casi a la defensiva, como si estuviera ansioso por recalcar sus buenas relaciones con la Fuerza de Ocupación.

–Es lo menos que podíamos hacer -dijo Liesl enfáticamente-. Una cosa así nos compromete a todos, aun a los que antes no estaban complicados. ¿Ha descubierto al asesino, comandante?

–No. Se necesita tiempo.

–Mientras más pronto, mejor será -dijo Traudl, como restándole importancia-. Entonces podremos principiar a vivir normalmente.

Holzinger y Liesl la miraron sorprendidos, pero sus ojos y su sonrisa parecían estar libres de malevolencia. Hanlon le repuso con suavidad:

–No hay razón para que usted no principie, desde luego, Fräulein. La guerra terminó. En un tiempo más el ritmo de la vida comenzará a restablecerse. Siempre sucede así, usted lo sabe.

–Es fácil de decir... para el que triunfa -replicó atrevidamente la chica.

–Traudl! – exclamó Liesl en tono airado.

–Está bien -dijo sonriendo Hanlon-. El comentario es justo. Son los jóvenes los que heredan el caos -volvió a dirigirse a la chica-. No se forme una idea errónea de nosotros, Fräulein. El único motivo que me retiene aquí es mantener el orden y tratar de que la vida se reactive. Después me marcharé a mi casa... donde ya quisiera estar.

–Entonces, ¿por qué todos le tienen miedo? – ¿Así es?

–Usted lo sabe. – Traudl sonrió desafiante-. Todos, incluso mi padre.

Holzinger se sonrojó e inició una protesta, pero Hanlon se la cortó con un gesto amable y dijo sobriamente a la muchacha:

–Todos sentimos un poco de miedo a los extranjeros. A nadie le agrada tener policías apostados en su umbral. A la larga, uno se acostumbra a verlos, después los olvida... y más tarde ellos se vuelven a casa.

Se levantó, se dirigió al piano y se acomodó en el taburete. Mientras los otros lo observaban, curiosos y vagamente preocupados, comenzó a tocar, fríamente al principio, después con fluida gracia, el Kärtzter Heimatlied, que es el más tierno de todos los cantos de la provincia madre de Austria.

La música pareció apoderarse de él, alisando las arrugas de su rostro, relajando su rigidez, hasta que el uniforme gris aparentó ajustarse mal a sus hombros. La melodía escapó áurea y ágil de sus manos, cantando del picacho nevado y la cascada, de árboles en flor y prados verdes, de pájaros trinando y destellos de luciérnagas, y hambre de un exiliado por la buena tierra que lo alimentó. La emoción hizo vibrar cuerdas íntimas en sus corazones; dejaron sus asientos y se le acercaron sin ruido para no romper el tenue hechizo. Hanlon no los vio ni los oyó... Estaba entregado a los recuerdos que fluían de la punta de sus dedos: antiguas canciones populares, trozos de Schubertlieder, compases de Mozart y Haydn, una cantata monástica, un yodel tirolés, hilas y retazos de dicha olvidada reunidos en un tapiz brillante de melodía. En algún punto entre el monje y el soldado había existido un músico, un hombre que tenía un unto en el corazón y talento en las manos, y que emergía de la oscuridad en ese momento inverosímil.

Holzinger se quedó atrás, luchando por dominar una oleada de emoción, pero las mujeres se acercaron a Hanlon y lo alcanzó el calor de los cuerpos y lo rodeó su perfume, arrebatador como la música. Si al tocar vacilaba, ellas le ayudaban, tomando la melodía con voces suaves, inclinando hacia él los rostros, marcando el compás con sus manos blancas. Cerró los ojos y siguió tocando, vencido por las notas, el perfume y el ritmo acelerado de su sangre.

Luego, lentamente, se apagó el placer y se extinguió la música en una cadencia baja que perduró largo rato en la habitación silenciosa. Las mujeres se apartaron con desgana, y Hanlon hizo girar el taburete para

mirarlas. Contraía sus labios una sonrisa avergonzada y se excusó con un gesto.

–Eso es todo.

–Wunderschön! – comentó suavemente Liesl.

–Muy amable -agregó Holzinger cohibido-. Todos se lo agradecemos.

La chica no dijo nada. Fumaba de nuevo, pero su cuerpo estaba encendido con la música y el deseo del hombre que la había ejecutado. – ¿Ve usted? – dijo livianamente Hanlon-. No todos somos monstruos, Fräulein. Algunos somos muy sympathisch cuando llegan a conocernos.

Pero mientras lo decía recordó que Franck interpretó a Chopin en la carnicería de Varsovia, y que Brahms fue ejecutado por violinistas junto a las puertas de las cámaras de gas. Irmtraud Holzinger no captaba esas ironías. Levantó la cabeza y él vio la pasión de sus ojos y su invitación desembozada.

–Ahora lo recordaré, comandante. Espero que nos dé otro concierto.

–Aguardaré a que me lo pida -murmuró Hanlon, y se maldijo por su galantería fácil.

–Será bien venido en todo momento -le dijo Holzinger con formal cortesía.

–El comandante es un hombre ocupado. No podemos quitarle tiempo - insinuó Liesl, que aún era la más prudente de los tres.

Un rato después, Hanlon se despidió. Las mujeres se quedaron en el pórtico, pero Holzinger bajó con él la escalera y lo acompañó hasta la puerta del jardín. Le dio la mano y dijo en tono inquieto pero sincero:

–Celebro que haya venido, comandante. Espero que éste sea el comienzo de la comprensión entre nosotros.

–Yo también lo espero -repuso cortésmente Hanlon-. Me agradaría verlo por la mañana. Hay mucho que discutir. – ¿No serán nuevas complicaciones? – preguntó Holzinger pesaroso.

–No más que de costumbre. No quiero estropear su descanso, Herr Bürgermeister. Buenas noches, y gracias por su hospitalidad.

–Buenas noches comandante. Que llegue bien a su casa.

Permaneció largo rato en la puerta contemplando la figura esfumada que recorría la avenida; después entró en la casa, donde sus mujeres discutían una cuestión importante: si Mark Hanlon era casado o soltero.

CAPÍTULO NOVENO

Cuando Holzinger se presentó en el «Sonnblick» a las nueve y media de la mañana siguiente, tuvo la sorpresa de encontrar a Fischer y al padre Albertus. Los tres se sentían incómodos en la gran sala, bajo los ojos hostiles del capitán Johnson, pensando uno por qué habían llamado a los otros. Al parecer, Hanlon estaba ocupado en dar instrucciones a las patrullas exploradoras y Johnson se limitó a dejarlos esperar manteniendo su incertidumbre.

Veinte minutos después llegó Hanlon, se disculpó brevemente y abordó de inmediato el asunto.

Frío e indiferente, se sentó tras el gran escritorio con sus montañas de papel y les leyó las indicaciones oficiales sobre la llegada y el recibimiento de personas desplazadas de campos de concentración. Cuando terminó dejó el escrito en la mesa y miró a los tres rostros que tenía al frente.

Tranquilamente dijo:

–Ya lo saben, señores. Me agradecería oír sus comentarios. Pueden hablar con toda libertad.

Hubo una pausa larga. Los tres hombres se miraron, y después estudiaron la máscara funcionaria del que ocupaba el escritorio.

–Es... es sorprendente -dijo cautelosamente Holzinger-. No puedo pretender que sea agradable.

–Tendremos complicaciones -manifestó Fischer con franqueza-. Como las han tenido en otras partes. Desórdenes, tentativas de violación y asesinato. El personal de que dispongo es insuficiente para manejarlos. La Fuerza de Ocupación tendrá que asumir la responsabilidad.

Hanlon calló. Se miró los dorsos de las manos y aguardó. Habló entonces el padre Albertus. Su voz profunda acusaba convicción.

–Tenemos una deuda con esta gente. Todo lo que hagamos será poco para pagarla. Ninguna perturbación que se produzca será excesiva.

Hanlon levantó la vista. Sus labios se crisparon con sonrisa mordaz. – ¿Bien, señores?

Holzinger hizo un gesto de impotencia.

–No podemos discutir el principio. Se hará lo que se pueda.

–Yo lo discuto -dijo Fischer con terquedad. Hanlon se expresó con bastante suavidad:

–Me gustaría mucho conocer su punto de vista, Fischer.

La pequeña cabeza dio un estirón en el largo cuello. Los ojos de pájaro relampaguearon de ira.

Las manos hicieron gestos violentos y enfáticos.

–Existe una deuda... lo reconocemos. Hay un problema de rehabilitación... también lo aceptamos. Pero el problema no se resuelve lanzando a esa gente en medio de una comunidad como ésta que no tiene protección contra... -¿Contra qué? – Hanlon le disparó la pregunta a boca de jarro.

–El odio -dijo Fischer sin rodeos-. Y la venganza. No me diga que no la desean. Usted sabe lo que sucedió cuando abrieron los campos. Hubo asesinatos sangrientos, no sólo de los guardianes y los verdugos, sino de los aldeanos del lugar. Esa gente se sabe protegida. Ponga en el banquillo a una persona desplazada contra un alemán o un austríaco. ¿Quién gana? ¿Quién tiene que ganar? ¿Cómo se puede mantener el orden en una situación así? No me interprete mal. Sé lo que sucedió en los campos. Sé lo que pasa cuando se atormenta de tal manera a un hombre que se le convierte en bestia. Pero no todos fueron mártires. Hubo violadores y perversos tanto como judíos y políticos. ¿Y dejan a éstos sueltos entre nosotros, nuestras mujeres y nuestros niños? No soy capaz de enfocar las grandes proyecciones. He vivido y trabajado aquí toda mi vida. ¿Porqué vacían toda esta... esta corrupción sobre nosotros?

–Porque todos tuvimos parte en ella, Karl -dijo el padre Albertus con expresión sombría-.

Todos cooperamos con el silencio, con la cobardía, comiendo los frutos abonados por millones de muertos. Dices que sabes lo que sucedió. No puedes saberlo sin haber estado ahí y soportado el horror en tu propio cuerpo. Hablas de venganza, asesinato, violación. Espera hasta que veas a esta gente. No les queda corazón para odiar... ni para amar tampoco. En muchos ha muerto hasta la voluntad de vivir. ¿Dices que les temes? ¿Qué se puede temer de un esqueleto? Temes por nuestras mujeres. ¿Hay lujuria en un cuerpo extenuado, cuya fuerza se consume con el más ligero movimiento? Yo te diré cuál es tu temor... cuál es el de todos nosotros... nuestra propia culpa mirándonos desde esos ojos muertos, nuestra propia vergüenza caminando a la luz del sol en esta ciudad.

Hubo un silencio largo en la sala ornamentada, y cada hombre tuvo conciencia de sus propias pulsaciones, del ruido crepitante de la ropa contra el cuerpo. El mismo Hanlon, que citó al anciano sacerdote precisamente para eso, quedó consternado ante su elocuente condenación. Después de un rato dijo muy bajo:

–Parece que hay acuerdo sobre las líneas principales, señores. Quedan asuntos prácticos que me gustaría discutir con ustedes: Primero está la requisa de un edificio adecuado. Sobre esto quiero tener sus recomendaciones, Holzinger. Después lo inspeccionaremos juntos.

–Mañana por la mañana las tendrá, comandante.

–Bien. En seguida viene la cuestión empleados. La Cruz Roja Internacional proporcionará el núcleo médico: doctores, enfermeras, ordenanzas preparados. Necesitaremos sirvientes para las salas, el aseo, personal para la lavandería, la cocina, la sala de calderas, oficinistas... ¿De dónde los sacaremos?

–Tendrá que reclutarlos -dijo acremente Fischer-. Ninguno en su sano juicio se presentará como voluntario para trabajar en un sitio de esa clase.

–Usted juzga mal a nuestra gente, Karl -replicó el sacerdote sin alterarse-. En el fondo tienen conciencia cristiana. Si se les presenta la proposición en debida forma, responderán... muchos por lo menos. Yo predicaré sobre eso el domingo. Si los que están colocados en alto dan el ejemplo... -dio a Holzinger una mirada rápida y zumbona-, si sus familias ofrecen sus servicios voluntariamente, los otros seguirán. Tenemos tiempo de prepararlos. Hay que aprovecharlo bien.

–Si puede hacerlo -dijo Hanlon, sin énfasis- usted me facilitará la . tarea y será más fácil para ustedes.

Holzinger asintió sin decir nada. Estaba preguntándose qué dirían Liesl y su hija, cuando les pidiera que tomaran la iniciativa, como un ejemplo para los habitantes.

Conquistado ya el primer paso, Hanlon los guió cuidadosamente a través de una discusión de los detalles: tasas de pago, transporte desde la estación al hospital, distracciones, métodos de reclutamiento. La tensión aflojó poco a poco, y después de una hora pidió café y ofreció cigarrillos.

La mañana estaba desarrollándose en buena forma y tenía que aprovecharla.

La pregunta siguiente era espinosa: situación de los miembros del Partido y enajenación de sus propiedades. Al proponerla observó una tensión súbita en Holzinger y Fischer.

—Compréndanme, señores. En esta materia tengo cierta latitud sobre el tiempo y la acción.

Estoy tan ansioso como ustedes de evitar injusticias, que a nadie aprovechan. El fiel de la balanza sólo se alcanzará cuando se realicen las primeras elecciones libres y se den a conocer los deseos de la gente. No obstante, deben darse cuenta de que estoy sometido a la presión general de la política.

Tengo que colocarme en condiciones de justificar mi acción en las autoridades superiores... o mi demora en actuar. ¿Me expreso con claridad?

Holzinger y Fischer asintieron. El sacerdote lo miró con ojos mansos y comprensivos. Hanlon continuó:

—Lo primero que propongo es la incautación de documentos... registros de la ciudad, listas del Partido, archivos policiales, inscripciones electorales, registros de nacimientos, muertes, matrimonios, todos los títulos relacionados con propiedades en el área de Quellenberg. El capitán Johnson y sus hombres tomarán inmediatamente posesión de ellos entregando recibos adecuados.

Los documentos serán devueltos después de examinarlos y compararlos.

Holzinger se movió incómodo, haciendo crujir su silla. Se sonrojó y se enjugó la cara. Fischer se enderezó en su asiento, con los ojos nublados, sin pestañear, inescrutables como los de un pájaro.

—Tendré que lanzar una proclama, que ya he preparado en borrador -dijo Hanlon indicando el archivador de cartulina que tenía a su lado-, manifestando a todos los ciudadanos que pueden traerme cualquier información sobre malos manejos pasados o apropiación indebida por funcionarios del Partido. La información se presentará en forma de acusación o como simple solicitud de pesquisa. Su fuente se mantendrá secreta y antes de adoptar medidas legales se efectuará una investigación total. Estoy seguro de que ustedes comprenden esta necesidad de libre acceso. Muchos han vivido con miedo largo tiempo. El curso de la justicia ha estado corrompido por muchos años. Seguramente ustedes están ansiosos de enderezar la balanza.

–De ese modo no lo hará -dijo Fischer con su modo franco y enfático-. La mayoría de nosotros estamos condenados a priori.

–Por la opinión, puede ser -gruñó Hanlon-, pero no por la ley. En este momento yo soy la ley. El hecho de que usted permanezca en su cargo es una prueba de mi imparcialidad.

El padre Albertus se permitió una sonrisa, que disimuló tras su mano quebrada. Su antiguo alumno estaba haciendo un buen papel. Holzinger dijo con embarazo:

–Muchos registros fueron destruidos antes de la capitulación.

–Lo esperábamos -dijo tranquilamente Hanlon-. Nos contentaremos con lo que quede. Los registros militares, especialmente los que se refieren a depósitos de armas y proyectiles, tienen gran importancia. Su tarea se facilitará, Fischer, si se les encuentra.

Fischer asintió y repuso, amostazado:

–Más vale que dé una nueva orden sobre la entrega de armas de fuego. Conseguirlas ahora cuesta más que sacar un diente.

–Lo haré -dijo Hanlon. Aflojó los músculos y se apoyó en el respaldo de su asiento, sonriendo amablemente-. Basta por hoy, señores. Hemos cubierto mucho tiempo. A su tiempo veremos el resto. ¿Tienen alguna pregunta que hacer antes de separarnos?

–Una -dijo Fischer-. Es intrascendente, pero al pueblo le gustaría saberlo. Se acercan las fiestas: San Nicolás pasado mañana; Navidad, Año Nuevo, los Reyes Magos. Existen costumbres antiguas: San Nicolás y Krampus visitan a los niños. Usted lo sabe. ¿Quiere que se suspenda o se permita?

–Déjelos hacer. Queremos interferir lo menos posible en la vida corriente. Hemos pensado... si le gusta al pueblo... invitar a los niños al «Sonnblick» para una fiesta de Navidad. La comida y los regalos correrían por cuenta nuestra.

–Sería una buena idea -dijo el padre Albertus-. Hace mucho tiempo que no se alimentan bien. – Yo me encargo de eso, entonces. – Hanlon se levantó-. Gracias, señores. El capitán Johnson los acompañará para arreglar lo de los documentos. Yo los citaré por teléfono para nuestra próxima reunión.

Se incorporaron, saludaron con tiesura y salieron de la sala, primero Johnson, después Holzinger y Fischer, y el padre Albertus a retaguardia. El

anciano se detuvo en la puerta y miró hacia atrás.

Una sonrisa suave iluminaba su rostro trasparente.

–Te queda bien la autoridad, hermano Mark. Creo que serás bueno para nosotros.

Se cerró la puerta tras él y Mark Hanlon quedó solo rumiando una idea nueva perturbadora...

Fischer la había iniciado... la pequeña duda furtiva que espiaba tras una declaración sencilla e inocua en apariencia.

«Se acercan las fiestas... al pueblo le gustaría saberlo.» Fischer no era hombre que se interesara por fiestas ni por el pueblo. El asunto era inconexo pero se entremetía de un modo extraño en las situaciones de mayor importancia que habían tratado. ¿Quién se preocupaba ahora del Viejo Pascuero o de su acompañante satánico? La respuesta era simple. Le interesaba a Fischer. Pero, ¿por qué?

Se lo preguntó durante una hora antes de encontrar la respuesta.

El seis de diciembre los hombres-cabras bajaban de las montañas. Se ponían máscaras enormes y grotescas de madera, talladas por artistas olvidados. Éstas tenían seis cuernos, dientes mellados bocas torcidas y ojos lascivos, iluminados a veces por linternas de batería, de manera que parpadeaban horriblemente en la oscuridad. Se cubrían con pieles de cabra desde el cuello hasta los tobillos. Como cinturones usaban cadenas ruidosas y en la espalda cargaban grandes bolsas huecas de hierro que se entrechocaban y tamborileaban al andar. Bajaban gritando y aullando una salmodia curiosa y retumbante que llenaba los valles y rebotaba con eco apagado en los flancos de las montañas.

Al llegar a la ciudad se dividían en grupos de tres y cuatro para acompañar a las diversas personificaciones de San Nicolás, que iban de casa en casa con regalos para los niños. El pueblo los llamaba «Krampus», que es el nombre del servidor satánico de san Nicolás, encargado de asustar a los ladrones y de fustigar con su varilla a los niños malos. Pero eran mucho más antiguos que Krampus; en realidad eran una de las caras de Freya, la esposa de Votam, rey de la vieja Valhalla sangrienta.

Mientras el santo entraba en las casas para distribuir sus obsequios, ellos se quedaban afuera, tamborileando y gruñendo y atisbando por las ventanas, porque los niños les temían y a menudo lloraban. También inspiraba miedo en los adultos, porque su recuerdo era antiguo en la sangre,

un recuerdo de monstruos contorsionados bailando a la luz de las hogueras entre las rocas y en los claros del bosque de pinos.

Después de la distribución de obsequios, los Krampuses dejaban al santo y bajaban a la ciudad, borrachos con el vino que les daban en cada puerta. Desfilaban por las calles y después se detenían en los zaguanes y en las callejuelas para sujetar a las muchachas, atarlas con las cadenas y exigirles un rescate por su libertad.

Intimidaban a las niñas, pero también las excitaban, porque ése era otro recuerdo: el olor a transpiración y cuero sin curtir, los besos duros tras la máscara alzada y el ávido encuentro de los cuerpos.

Hanlon recordó todo aquello mientras recorría la sala, buscando el término significativo que le daría la clave del interés de Fischer. Por fin lo encontró.

Todos los trajes de cabra pertenecían a las viejas familias montañesas, que mantenían viva la costumbre. A un hombre vestido con la máscara y el cuero no lo reconocería ni su propia madre.

La respuesta se le presentó clara y definitiva.

El día de San Nicolás llevarían al asesino a la ciudad para ocultarlo, y el hombre que lo había planeado era Karl Adalbert Fischer. – ¡Lo cogeremos, Johnny! – dijo Hanlon con vehemencia-, Con un poco de suerte, lo cogeremos.

Era de noche, las cortinas estaban corridas y la brillante luz amarilla de los candelabros bañaba la habitación. Se inclinaron sobre el plano, trazando en su cubierta plástica los caminos por los que los hombres-cabras podían converger a la ciudad. Johnson manifestó su aprobación. Cosas de ese tipo eran las que mejor captaba: una operación estratégica, dirigida contra un objetivo limitado. Sus preguntas fueron concisas y pertinentes: -¿Usted quiere que esperemos, Mark? ¿Por qué no detenerlos a medida que van llegando?

–Porque llegan separados -dijo Hanlon-. Vienen de una docena de puntos diferentes de todos los cerros. Usan senderos perdidos y pistas en las montañas. Diseminaríamos nuestras fuerzas reduciendo las posibilidades de un control completo.

–Es verdad. Usted quiere que todos bajen a la ciudad. ¿No es así?

–Eso es. En seguida sellaremos todos los accesos y haremos que las tropas operen en un área central. Hay otra ventaja: a esa hora la mayoría de

los Krampuses estarán borrachos. En cada casa les dan un vaso de vino.

–Eso facilita las cosas -dijo Johnson con sonrisa torcida-. Pero podrían producirse una o dos peleas.

–Lo dudo. – ¿Cuál es el momento de hacerlo, Mark?

–Después que oscurezca. Principian su ronda pasadas las cinco y media. En cada casa hay una pequeña ceremonia, de manera que empezarán a llegar aquí alrededor de las ocho. Digamos las nueve, para mayor seguridad. Las sirvientas y las enfermeras quedarán libres después de esa hora, de modo que no corremos el riesgo de perderlas.

Johnson le dio una mirada admirativa.

–Lo tiene bien estudiado, Mark.

–Recuerde que ya he estado aquí -dijo Hanlon con picardía-. Pero el plan no es tan seguro como usted cree. La primera eventualidad es que no traigan directamente a nuestro hombre. Pueden llevarlo una casa de los suburbios y dejarlo ahí, antes de que principie la función de la tarde. – ¿Y cómo se aboca a esa contingencia?

–Lo dejo a la suerte. Se paga y se acepta lo que resulte. La gran operación de la tarde se la encargo a usted, Johnny. Yo me pondré ropa de aquí y merodearé por las afueras desde que anochezca. Es posible que pierda mi tiempo, pero también puedo tener éxito. – ¿Cuál es el problema siguiente?

–La sorpresa en el pueblo -dijo Hanlon-. ¿Cómo introducir la mayor parte de una compañía en la ciudad, todos armados, sin delatarnos?

–No podemos -repuso Johnson pensativo-. Pero podríamos amortiguar la sorpresa. – ¿Cómo?

–El acontecimiento se realizará pasado mañana, ¿no es así?

–Eso es.

–Contamos con esta noche y la siguiente. ¿Por qué no llama al sargento Jennings y habla con él? Cuénteles la historia y dígame que saque a las tropas a tomar aire, las dos noches. Los borrachos se quedan en casa y que los, otros tomen uno o dos tragos en los Stüberls. Que lleven armas blancas, para que los habitantes se acostumbren a verlas. Un par de noches de esa exhibición y estarán semiacondicionados para vernos circular.

–Bien -dijo Hanlon meditabundo-. Podría dar resultado. Hagamos subir a Jennings para darles instrucciones.

–Antes de eso, Mark... -¿Qué hay? – ¿Qué hacemos con Fischer?

–Fischer corre de mi cuenta. – El tono de Hanlon fue cruel-. Por ahora lo necesito donde está; por eso le he soltado cuerda. Después lo colgaré con ella.

En su oficina sucia, bajo el mapa de la derrota salpicado de vino, Karl Adalbert Fischer planeaba su campaña.

Lo hacía en forma característica, con los pies sobre la mesa, una botella de schnapps al lado, el auricular en una mano y uno de los cigarros de Gretl Metzger en la otra. Hablaba con Rudi Winkler.

–Le tengo un obsequio, amigo. – ¡Encantado! ¡Encantado! – la risa aguda de Winkler restalló en la línea-. Adoro los regalos. ¿Cuándo lo recibiré?

–Pasado mañana. San Nicolás lo visitará y también Krampus, por supuesto. – ¿Para azotarme? ¿Sabe que me agradaría? – rió sin moderación ante la idea y Fischer, cejijunto, aguardó a que Winkler se calmara.

–Usted conoce la ceremonia, por supuesto. Tiene que dar una bebida y un pequeño obsequio al santo y sus acompañantes, y después los despide. Uno de los Krampuses se quedará. – ¡Qué hábil! – dijo suavemente Winkler-. Me gusta. ¿Consiguió los, eh, dulces que le encargué?

–Están en camino. Coloqué la orden. – ¡Bien...! – acentuó intencionalmente las palabras que siguieron-. Y usted iba a remplazar algunos documentos que me atañen.

–Ya lo hice -dijo Fischer riéndose interiormente-. Se los llevaré el día siguiente de San Nicolás. – ¡Qué hombre más cuidadoso! – comentó molesto Winkler.

Ahora era Fischer el que podía reír.

–Vivimos en una época tempestuosa, amigo. No se puede tener demasiado cuidado, Auf Wiedersehn.

–Auf Wiedersehn.

Fischer bajó el auricular, lo levantó de nuevo y formó otro número. Esta vez le contestó la viuda Metzger, con voz tensa y desentonada. Rápidamente la interrogó:

–Gretl, habla Karl. ¿Estás sola?

–No. – ¿El amigo?

–Sí. – ¿Te llevó el material?

–En parte. – ¿Y el resto?

–Más adelante. – ¿Tienes seguridad?

–Sí -¿Sabe él para quién es? – ¡Por supuesto que no! – ella bajó el tono a un murmullo-. Quiere saber cuánto habrá para él.

–Fijaré el precio cuando tenga la mercancía -dijo incisamente Fischer-. Mantenlo contento, Liebchen, conservarás tu licencia. Servus, chiquita. – Servus -dijo Gretl con la voz entrecortada.

Fischer dejó nuevamente el auricular y se sirvió un vaso de schnapps. Se lo bebió de un trago y sintió que le bajaba como un carbón ardiendo hasta el estómago.

Sentarse allí en la habitación desordenada y tirar las cuerdas que hacían bailar a los muñecos era una de las satisfacciones más sólidas de su vida. Gozaba con el buen vino, pero no lo molestaba la sobriedad. Más lo fastidiaba la abstinencia de mujeres, pero ésa nunca fue prolongada. Ahora que estaba envejeciendo, la necesidad era menor y el momento requería cierta preparación. Pero el ejercicio del poder era un goce ininterrumpido. La edad lo agudizaba y la repetición nunca lo disminuía. Sólo una cosa podía restringirlo: la Fuerza de Ocupación.

Existían riesgos, y los habría por largo tiempo. No le quedaba más que prepararse para lo peor y esperar lo que sucediera. Entretanto, la batalla para embaucar a Hanlon y salvar a ese pobre diablo mutilado que era hijo de su hermana le producía un placer agudo. Si lograba triunfar sería cómo escupir en el ojo al comandante y un suave ungüento para su orgullo.

Fumó lentamente el resto del cigarro, después dejó la silla y cogió una valija grande que estaba en un rincón. La colocó sobre la mesa, le quitó la llave y la vació de su contenido: un traje completo de Krampus, que dos horas antes dormía, olvidado y polvoriento, en una caja de vidrio en el museo municipal.

De acuerdo con los registros, era el traje más antiguo que se conocía en la provincia; databa de cuatrocientos años atrás. La piel estaba seca y pelada en muchos sitios. Las cadenas y los cascabeles de hierro habían sido forjados a mano en alguna vieja fragua de la montaña. Los cuernos estaban agrietados y quebradizos, pero la máscara de madera era una obra maestra de tallado, una caricatura malévol, con su pátina suave como seda al tacto.

Fischer la cogió de los cuernos y contempló los ojos de ágata y la boca desdentada. Despertaron sus recuerdos de infancia y lo recorrió un escalofrío de miedo. Ése era el demonio viejo que seguía acechando en los montes y en los negros bosques. El injerto de bestia y hombre que rondó las

pesadillas de sus antepasados y que volvió a pasearse y reproducirse en el último decenio de Europa.

Se preguntó si era ésa la cara que el padre Albertus había visto en las cámaras de tortura de Mauthausen, la que él podría ver pronto, atormentada y terrible, a la luz fría del sol de Bad Quellenberg.

Metió apresuradamente la máscara en la valija, la cubrió con las pieles de cabra y amontonó encima las cadenas. Echó llave a la caja y la llevó a su automóvil.

Cinco minutos después salía lentamente de la ciudad para trasladarse a la aldea montañesa donde vivían su hermana y su cuñado. Brillaba la nieve a la luz de las estrellas, pero la noche era negra entre las columnatas de pinos. Cada sombra era un demonio que saltaba y cada tronco de árbol escondía un monstruo que reía con ojos petrificados y malévolos.

CAPÍTULO DÉCIMO

A las cinco y media, en el día de San Nicolás, todos los niños de Bad Quellenberg estaban restregados y vestidos con sus trajes domingueros. Inquietos y excitados, se sentaban en las cocinas y los salones, hablando en murmullos, escuchando los aullidos y tamborileos que anunciaban la llegada del santo, con un saco de obsequios. Los padres se agitaban de un lado a otro, colocando en la mesa el vino, las tortas y las monedas con que debían agasajar a los visitantes, y si los niños alborotaban demasiado les advertían: «Repasen sus oraciones. El santo les pedirá que las recen. Si se equivocan, Krampus se apoderará de ustedes, los golpeará con las cadenas y los dejará atados en la nieve.»

Todos, padres e hijos, sentían el terror vago que inspiraban los hombres-cabras. Ese día era el símbolo de sus vidas. Había obsequios, pero tenían que ganárselos. Detrás del dador sonriente, coronado de flores, estaban los demonios contorsionados, listos para coger a los desmemoriados y delincuentes.

Las casas estaban iluminadas, mas eran islotes de refugio en la oscuridad de las montañas. Las velas de Adviento ardían en las guirnaldas de pinos, pero afuera, los ojos funestos de los Krampuses guiñaban de un modo horrible mientras oprimían sus rostros contra los vidrios de las ventanas.

Voces infantiles se elevaban recitando el Pater y el Ave que exigía el santo, sin que logran dominar el terror a los antiguos dioses.

Mark Hanlon también lo sintió, al salir, embozado y encapuchado, a recorrer los accesos exteriores, mientras Johnson y sus suboficiales elaboraban los planes definitivos para distribuir en la ciudad los piquetes de vigilancia.

Entre los árboles brillaba una que otra luz; las avenidas estaban desiertas y el eco ululante de los hombres-cabras le llegaba débil, mezclado con el sonido del agua corriente y el crujido de los pinos que se doblaban bajo su carga de nieve.

Metió sus manos en los bolsillos de la parka y sintió, dura y reconfortante, la culata de su pistola.

El aire estaba quieto. Podía escuchar los latidos de su corazón y el ruido arrastrado de sus pies en el hielo. Una rama se abatió sobre él y le cayó nieve en la capucha y los hombros. Escapó un murciélago, sobresaltándolo, y prosiguió su vuelo inclinado e incierto, hacia las sombras del bosque.

Llegado a la parte alta, miró hacia atrás y contempló la ciudad anidada en la garganta del valle, empequeñecida como una aldea de muñecas por los picachos, con sus luces pálidas y vacilantes contra el resplandor de las estrellas y el campo encumbrado de nieve brillante. La primera excitación de su aventura pasó pronto. No encontraba dignidad en una cacería humana, no existía triunfo en ahorcar un hombre.

La cantilena de los hombres-cabras se acercaba y, al mirar hacia arriba por el sendero, vio aproximarse a través de los árboles al primer grupito: dos niños vestidos de pajes, con sendos sacos al hombro, el santo, con un gran aderezo de flores de papel en la cabeza, y detrás, tres Krampuses brincando y aullando.

Se ocultó entre las sombras aguardando su llegada.

Sacó del bolsillo la pistola y le quitó el seguro. Se echó atrás la capucha y el frío le azotó el rostro y el cuello. Ya habían salido de los árboles y avanzaban a su encuentro por el tramo recto del sendero. Cuando los tuvo al frente se adelantó y autoritariamente -les dijo: -¡Deténganse! Los rostros suaves de los niños, una cariña de niña incongruente bajo las barbas de algodón del santo, los rostros deformes de los demonios acompañantes se quedaron inmóviles.

Todos observaban la pistola en su mano.

—Soy Hanlon, Comandante de Ocupación. Éste es un control de identidad. Quítense las máscaras.

Vacilaron, mirándose unos a otros con duda y desconcierto. Lentamente las figuras de Krampus levantaron las manos y alzaron de sus cabezas las máscaras de madera. El cambio fue tan cómico que Hanlon casi lanzó una carcajada. Tres caras estúpidas lo miraban, asustadas y boquiabiertas.

Tenían los ojos vacuos y hostiles; las mejillas mal rasuradas pero libres de cicatrices. Ninguno era el hombre que buscaba.

—Basta. Pueden volver a colocárselas.

Se acomodaron las máscaras y continuaron impasibles, sin comprender lo que esperaba de ellos.

Hanlon sonrió y les hizo un gesto de despedida con la pistola.

—Pueden continuar. No es más que una formalidad. Güte Reise.

Ninguno le contestó el saludo. La niña que personificaba al Santo empujó disimuladamente a los pajes y echaron a andar. No aparentaban más de lo que eran, un puñado de míseros actores representando una comedia antigua, primitiva y absurda.

Hanlon volvió la pistola al bolsillo y se apoyó de nuevo en la corteza rugosa de un pino. Sacó cigarrillos y encendió uno, pero el aire agudo de la montaña lo hizo toser y disparó el cigarrillo, hundiéndolo con el pie en un montón de nieve blanda. Se sentía ligeramente ridículo. Pensó cuántas veces se repetiría la escena antes que pasara la tarde.

Fueron cuatro, y en cada ocasión creció su fastidio y su molestia por haberse impuesto una aventura tan incierta. El frío principiaba a invadirlo y los fracasos repetidos no le daban calor. Miró el reloj. Siete y media. Faltaba una hora y media para que Johnson y sus hombres iniciaran sus operaciones en la ciudad. Resolvió dirigirse al otro lado del valle por el camino ancho que atravesaba el portezuelo enlazando las dos partes contrapuestas de las montañas.

Caminó con vigor, gacha la cabeza, levantados los hombros y las manos hundidas en los bolsillos. Llevaba unos diez minutos de marcha cuando vio algo que lo detuvo. Veinte metros más adelante se alzaba una muralla de piedra, interrumpida por una gran puerta de hierro. Detrás, y altas entre los árboles, brillaban las luces de una gran casa.

Fuera de la puerta se hallaban tres Krampuses; le daban las espaldas y hablaban absortos entre sí, de modo que no lo vieron ni lo sintieron. Lo

extraño del caso era que estaban solos. No había señales de santo ni de pajes escoltándolo. A menos que hubieran terminado su ronda y se prepararan a bajar a la ciudad.

En todo caso, tenía que identificarlos.

Sacó la pistola y se adelantó rápidamente hacia ellos. Al ruido de sus pasos se volvieron, pero ya los había alcanzado, y a la vista del arma retrocedieron temblando contra la pared. Los observó un momento y notó con un destello de interés que uno de los trajes era más antiguo que los otros: el cuero estaba gastado y sucio; la máscara era más fantástica y complicada. Como a los grupos anteriores, les ordenó:

—Control de identidad. Quítense las máscaras. Una voz ruda le replicó en dialecto: —¿Por qué tenemos que quitárnoslas? ¿Ni siquiera nuestras fiestas pueden ser privadas?

—Es una orden —dijo suavemente Hanlon—. Cúmplanla y podrán seguir. A quitárselas.

Ninguna de las figuras se movió. Los ojos de ágata lo miraron inexpresivos. Las bocas con dientes mellados sonreían socarronas. «Están borrachos —pensó Hanlon—. Borrachos y obcecados.» Trató de convencerlos con diplomacia.

—Ni ustedes ni yo queremos peleas. Pero yo puedo dársela si se conducen como necios.

Sáquense esas máscaras. Déjenme mirarlos. Después podrán marcharse a terminar de beber en la ciudad. — ¿Y si no lo hacemos?

—Un hombre prudente no discute contra una pistola —dijo ásperamente Hanlon.

Entonces se alzó otra voz, que salía de la máscara más antigua. Una voz educada, libre del rudo acento aldeano.

—Obedezcan. No queremos dificultades.

—Pero escucha...

—Hagan lo que él dice.

Lentamente, el primer hombre alzó las manos y principió a levantar su máscara. Hanlon se distrajo un momento y no advirtió el gesto rápido del segundo que echó atrás su cingulo de cadena descargándoselo contra una sien.

Hubo un crujido como de madera rota y Hanlon cayó con los brazos extendidos en el camino, enterrando el rostro en un montón de nieve suelta.

Lentamente se esparció una mancha de sangre que se coaguló pronto. Los hombres-cabras lo pisotearon sin piedad al huir hacia la oscuridad de los árboles.

Su despertar fue una pesadilla lenta de dolor y ceguera y náuseas y perplejidad desconcertante.

Estaba sumido en la oscuridad y la oscuridad era un techo de piedra contra el cual se estrellaba hasta que la cabeza parecía estallarle. Era un líquido negro que torturadores sin rostro le obligaban a tragar. Era un fuego que le quemaba el rostro y las manos. Era un horror que lo envolvía como la hediondez de un matadero. Era un mar en el que flotaba un cenagal donde boqueaba indefenso para no ahogarse.

Sentía pesos de plomo en los ojos, y al tratar de quitárselos se dio cuenta de que tenía las manos envueltas en hules y el rostro fajado como el de una momia. Lo ahogaban los vómitos; cuando trataba de gritar la lengua le obstruía el esófago. Oía voces que balbuceaban sin sentido y nombres que en otro tiempo conocía pero que ahora parecían símbolos hostiles. Vivía en un mundo demasiado pequeño para moverse. Derivaba en un espacio ilimitado.

Después se alejó la pesadilla y se apoderó de él una muerte reconfortante. La resurrección fue lenta. Comprendió que se hallaba en una cama. Que vivía y estaba caliente. Que si se movía sentía dolor.

Lo primero que vio fue el rostro ancho y rubicundo del Doktor Huber. Al principio borroso y oscilante. Después lentamente en foco. Tenía alrededor de la frente una banda con un espejo en el centro. Mantenía una linternita junto a los ojos de Hanlon y sus grandes dedos levantaban un párpado forzando hacia abajo las conjuntivas inferiores.

Hanlon pestañeó y los dedos aflojaron. Huber dio una pequeña exclamación satisfecha y se hizo atrás. Entonces pudo ver Hanlon el rostro tenso y pálido del capitán Johnson y la cabeza rubia de Anna Kunzli. Trató de volver la cabeza para examinar los detalles de la habitación, pero lo detuvo una cuchillada de dolor. Cerró los ojos y luchó por conservar el sentido.

Cuando volvió a abrirlos, el Doktor Huber le sonreía. Quiso hablar, pero su voz parecía venir de otro hombre, débil y lejana. – ¿Qué hace aquí, Huber? ¿Dónde estoy? ¿Qué sucedió?

Huber movió la cabeza con expresión grave.

–La respuesta es larga, comandante. Dejémosla estar por un tiempo. Quiero examinarle de nuevo los ojos. ¿Me ve claramente?

–Sí.

–Bien.

Huber se inclinó de nuevo sobre él, observando sus pupilas con la luz, que proyectaba con cuidadoso ángulo en los cristalinos oscuros, buscando cualquier signo de hemorragia o coágulo en la intrincada red de vasos sanguíneos. En seguida se enderezó y guardó la linterna en el bolsillo.

–Usted es un hombre muy afortunado, comandante. Habrían podido matarlo. Habría podido quedar ciego o sordo. – ¿Qué pasó? – preguntó débilmente Hanlon.

–Deme un espejo. – Huber se dirigió a la chica, que salió y volvió en seguida con un pequeño espejo de mano. Huber lo mantuvo frente al rostro de Hanlon, y éste contempló la imagen reflejada.

Tenía la cabeza envuelta en vendajes, que en el lado izquierdo estaban manchados con sangre.

Le cubrían el rostro gasas fijadas con tela adhesiva. Cuando trató de levantar las manos para tocárselo, vio que también las tenía vendadas. Miró el rostro serio de Huber.

–No... no entiendo.

–El ama de llaves de Herr Kunzli lo encontró en la nieve fuera de la puerta. Usted estaba con la cabeza abierta por un golpe fortísimo. No me explico cómo no le fracturó el cráneo ni le produjo una hemorragia cerebral. Tenía la cara y las manos en grave estado de congelación. Si hubiera permanecido mucho más así habría muerto. Ella llamó a Herr Kunzli y Anna, que está aquí; lo entraron en la casa y enviaron a buscarme. Yo avisé al capitán Johnson. – ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

–Treinta y seis horas -dijo Huber parcamente-. e ha tenido muy preocupado. – ¿Treinta y seis horas? – sintió que le volvían las náuseas y que el mundo se le escapaba.

Luchó para decirles-: Me... me encontré con el Krampus... nuestro hombre... me golpeó con... con... cadena -la oscuridad volvió a cerrarse, sus párpados cayeron y la cabeza le rodó floja en la almohada.

Huber se quedó un momento contemplándolo; en seguida se dirigió a Johnson. – ¿Eso tiene algún significado para usted, capitán?

–Tentativa de asesinato -dijo Johnson brevemente. Huber asintió.

–Comprendo. Él me habló de este asunto. Fácilmente habría podido ser asesinato. Podría serlo aún... Johnson lo miró espantado.

–Creí entenderle que...

–No descubro ningún síntoma de hemorragia. A pesar de ello, puede haberla. No nos queda más que esperar a ver cómo progresa en los próximos días. – ¿No sería mejor llevarlo al «Sonnblick»? – ¡No! – dijo enfáticamente Huber-. No puedo permitir que lo muevan por ningún motivo.

Fräulein Anna sabe cómo cuidarlo. Usted puede venir cuando quiera. Yo lo visitaré dos veces por día hasta que esté seguro de que no hay complicaciones.

–Le... le estoy muy agradecido -dijo Johnson torpemente en alemán.

Entonces habló por primera vez la muchacha:

–Somos felices de hacer lo que podamos, capitán. Le prometo cuidarlo en la mejor forma posible. ¿Qué debo esperar, Doktor? ¿Qué tengo que hacer?

–Seguirá así un día o dos, fluctuando entre la consciencia y la inconsciencia. Los períodos conscientes se alargarán a medida que progrese. Dele un poco de caldo cuando pueda ingerirlo.

Usted sabe tomar el pulso y la temperatura. Si hay cualquier lentitud notoria, o fiebre, llámeme.

Hoy puede vomitar. Si es serio, avíseme, o si dura demasiado la inconsciencia. Nada de visitas, exceptuando al capitán. Aun usted, capitán, nada de conversaciones largas mientras la mejoría no se confirme.

–Comprendo, Doktor. – ¿Fräulein?

–También entiendo.

–Sí, se necesitan medicinas, analgésicos... -dijo Johnson vacilando.

–Se las pediré -le interrumpió Huber con un esbozo de sonrisa. Pero una idea nueva lo sorprendió y su rostro ancho volvió a nublarse-. En esta ciudad hay un asesino, capitán. ¿Qué se propone hacer usted sobre eso?

Johnson le replicó furioso:

–Desmembraré la ciudad, casa por casa. ¿Por qué me lo pregunta?

–Para darle un consejo de amigo -dijo lentamente Huber-. Aguarde uno o dos días, hasta que el comandante pueda hablarnos. Usted no perderá nada, se lo prometo. En cambio puede ganar mucho.

–Lo pensaré.

—Hágalo así, capitán. Venga, Anna, tengo más instrucciones que darle - se dio vuelta y condujo a la muchacha fuera de la habitación.

Johnson permaneció un rato largo mirando la figura laxa en la cama; las manos quemadas, el rostro desfigurado, la cabeza envuelta que descansaba floja en la almohada blanca.

Cada vez que despertaba, veía a la joven. A veces había luz de sol detrás de ella, y el cabello le brillaba como una diadema de oro. Cuando balbucía en la oscuridad o se quejaba del dolor en su cara y sus manos quemadas, ella se inclinaba sobre él, con los cabellos trenzados y el cuerpo etéreo en un camisón blanco que tenía encajes en el cuello y los puños. Sus manos lo aquietaban y su voz lo calmaba y su perfume permanecía con él. Si volvía a dormirse le parecía que ella lo acompañaba más allá de los límites del sueño, hasta la oscuridad exterior.

Luchaba por salir de sus pesadillas gritando su nombre: ¡Anna! Anna!, y la tenía a su lado antes de darse cuenta. Sin sentir humillación se sometía a que ella lo lavara y lo curara, y cuando le quitaba las vendas y él pugnaba por ahogar sus quejidos, ella lo sostenía entre sus brazos. Lo alimentaba como a un niño, introduciendo cucharadas de sopa entre sus labios con ampollas y tumefactos.

Ya comprendía que estaba ocupando la habitación el lecho de Anna, y que ella se había trasladado a una especie de cubil en el lado opuesto del vestíbulo, poder oírlo de día y de noche.

Todo el día estaba sentada junto a él, leyendo, tejiendo, remendando, dormitando cuando su noche había sido interrumpida. Si él trataba de hablar ella le contestaba una o dos veces; después lo hacía callar, y él se relajaba en una somnolencia liviana y sedante hasta que lo acometían nuevos dolores y ella se apresuraba a su lado.

Como ya había sido decepcionado por una mujer, le sorprendía doblemente la solicitud de esta otra. La aceptaba sin protestas porque estaba enfermo, pero la gratitud crecía en él a medida que iba robusteciéndose su conciencia.

Las primeras cuarenta y ocho horas se debatió quieto entre las breves cumbres de vigilia y las simas prolongadas de oscuridad. Después cambió lentamente el ritmo. Tuvo más día que noche; menos sueño y más dolor; encontró mayor bienestar en las manos y la voz y el joven rostro atento bajo la diadema de cabellos dorados como el maíz.

Una mañana, luego de lavarlo y estirarle las sábanas, ella se sentó al borde del lecho. Hanlon alargó sus manos vendadas y cubrió las de ella. Le dijo con languidez:

–Usted es muy bondadosa conmigo, Anna.

–Me gusta serlo, Mark -repuso ella con gravedad suave. El nombre de pila le resultaba natural después de las noches en vela y de la lucha que habían librado juntos. – ¿Por qué? La enfermedad nunca es agradable, y menos para la enfermera.

–Toda mi vida han cuidado de mí -dijo ella con sencillez-. Ahora, por primera vez, puedo cuidar a alguien; me gusta hacerlo.

Él manifestó su acuerdo con un gesto. Eso era algo que podía creer; algo en que creyó en otro tiempo, antes de revestirse de cinismo como de una armadura contra los desengaños de la pasión.

Ahora estaba enfermo y privado de armadura... ¿y quién podía desconfiar de una inocencia tan auténtica? Siguió preguntando: -¿Le he dado mucho quehacer?

Ella sonrió.

–En realidad, no. A veces usted tenía miedo... y yo también. Otras veces, mientras dormía, usted lanzaba imprecaciones y juramentos. Pero los hombres acostumbran hacerlo cuando están heridos, ¿no es así?

Él trató de sonreír, pero tenía los labios agrietados y doloridos, de modo que sólo sonrió con los ojos.

–Así debe ser. ¿Eran muy subidos de color?

–En su mayor parte eran ingleses, de manera que no los entendí. Los alemanes eran bastante fuertes -guardó silencio un momento, estudiando el rostro de Hanlon, la barba crecida alrededor de las curaciones, la piel azulosa y hundida bajo los ojos, las mandíbulas prominentes y las líneas que el dolor y la experiencia habían trazado alrededor de su boca. Se inclinó hacia él con un gesto curiosamente íntimo y le alejó de los labios una mota de algodón. En seguida le preguntó en voz baja:

–Mark, ¿quién es Lynn?

La sonrisa desapareció de los ojos de Hanlon. Su voz ya no fue lánguida, sino tensa y forzada. – ¿Dónde oyó ese nombre?

–Usted lo repetía en sus pesadillas. – ¿Qué dije?

–No comprendí. Usted hablaba en inglés. – ¡Ah!

Volvió a relajarse; cerró los ojos y sintió el cuerpo flácido bajo la sábana. La voz de Anna pareció llegarle de muy lejos.

—Discúlpeme. No debí preguntárselo. No... no traté de espiarlo. Parecía que eso lo perturbaba; fue sólo por eso.

—A veces me perturba.

Abrió los ojos y trató de sonreír de nuevo, pero cuando vio la turbación de Anna, la hizo acercarse con sus manos laceradas y le dijo suavemente:

—Es una historia antigua. Antigua y triste. Lynn es mi mujer.

Ella no lo miró; tenía la vista fija en las manos informes bajo los vendajes, y las suyas entrelazadas con las de Mark. .

—No tiene para qué hablar de ello, a menos que lo desee.

Por primera vez en años quiso hablar. Ahí, en el retiro de su cuarto de enfermo, en la intimidad asexual del primer día de curación, podía hacerlo sin avergonzarse. El paciente no tiene rubor cuando la enfermera lo desnuda y lo baña como si fuera una criatura. ¿Por qué habría de tenerlo cuando ella le interroga sobre sus pesadillas y él siente la necesidad de expurgarlas del alma? Así, pues, le dijo:

—Yo era muy joven y tenía hambre de amar. Había estado en un convento, donde la pasión se suprime con disciplina y se supone que el amor se transfigura en un amor de Dios, que los teólogos llaman Caridad. A veces se consigue, cuando el hombre envejece y los ímpetus juveniles se han apagado. A veces, también, cuando el hombre está joven..., pero sólo por una intervención especial del Todopoderoso, que en cada siglo quiere tener uno o dos santos. ¿Yo? En primer lugar nunca, debí entrar allí; estaba, pues, excluido de las dos clases. — ¿Cómo llegó al convento?

—Por accidente -sonrió ingenuamente-. Mi padre murió cuando yo era niño. Él era un irlandés de Liverpool y se quedó de guarnición en Hamburgo después de la primera guerra europea.

—Lo mismo que usted, Mark.

—Lo mismo. En la semana anterior a su regreso a casa, fue muerto por un automóvil que huía.

Quedamos en mala situación. Yo era el menor y una carga para la familia. Además, me sentía solo, sin saber adónde me dirigía ni por qué; por eso cuando llegó el buen padre con su sermón sobre las vocaciones y un manojo de hojitas impresas, yo me entregué en cuerpo y alma. — ¿Y fue desgraciado? — los grandes ojos inocentes estaban fijos en su rostro.

—Al principio, no. Por mucho tiempo, no. Pero tampoco era feliz. Y ésta es una gran verdad, Anna -hizo hincapié en su idea con expresión sombría-. Somos hechos para la felicidad, en el monasterio, en el matrimonio, hasta Cristo en la cruz. Si no lo somos es que algo nos falta o les falta a las personas con quienes vivimos; la falla está generalmente en las dos partes. Y así fue cómo después de algunos años me marché. El padre Albertus me dio unos golpecitos en la cabeza y su bendición, y me devolvió al mundo ancho y grande y entonces me di cuenta de que en él existían muchachas, y esperé que algún día una de ellas me amara... -¡El padre Albertus! — ella lo miró con incredulidad-. ¿Usted estuvo con él aquí, en Austria?

Él asintió, divertido, ante su sorpresa.

—En Graz. Entonces él era Maestro de Novicios. Ella movió la cabeza lentamente como tratando de aclarar una confusión. Sus ojos miraron más allá de Hanlon, alguna especulación propia y secreta.

—Es extraño, Mark..., sumamente extraño. — ¿Qué cosa?

—Que los dos estén aquí y que usted sea... lo que es.

—No es tan raro, Anna. — ¿Por qué?

—Yo quería volver. Moví todos los resortes a mi alcance para conseguirlo. — ¿Y por qué lo deseaba tanto?

—Ése es el final de la historia -dijo Hanlon livianamente-. La adivinanza que se acierta cuando se tiene la clave. Tres meses después de salir del convento encontré a Lynn. Me enamoré de ella y tres meses más tarde nos casamos. — ¿Usted la amaba de veras?

—Desesperadamente. — ¿Y qué sucedió?

—Nada.

—No lo comprendo, Mark.

—No sucedió nada, Liebchen, nada en absoluto. Nos casamos. Tuvimos dos hijos, que a veces me escriben. Después no hubo más hijos, porque Lynn se negó a tenerlos... y también me excluyó.

Necesité mucho tiempo para comprender que no me amaba. Yo le era necesario, pero no como amante, no como marido. Pensé que el tiempo traería amor consigo, o paciencia y ternura, pero me equivoqué. Creí que la pasión podría despertarlo, pero en ella no había pasión..., para mí no la había. Y un día comprendí algo más. El amor también puede morir. Se enferma como una planta y se marchita lentamente, y un día muere. Nada puede revivirlo... Nada. — ¿Sigue casado?

–Sí. – ¿Por qué?

–Por los niños..., por motivos religiosos. Pero no queda nada. Yo estoy aquí, ella en Inglaterra, y ninguno le hace falta al otro.

–Sin embargo, a veces usted la llama a gritos en sus sueños.

–A ella no, Anna; al amor, sí. Al amor que gasté sin que se me correspondiera. Al amor que mendigué pero que nunca tuve.

–No hay que mendigar amor -dijo gravemente la muchacha- Yo lo descubrí con el tío Sepp.

El amor está o no está. Si no está, nadie puede despertarlo.

–Ésa es una lección que el padre Albertus nunca me enseñó. Alguna vez se lo haré presente.

Se había desahogado y la confidencia pareció arrancarle la última brizna de fuerza. Cerró los ojos y se reclinó en la almohada, sintiendo que lo invadía la somnolencia en ondas suaves y bienhechoras. Le pareció que Anna Kunzli se le acercaba, se inclinaba sobre él y sus labios le rozaban la frente. ¿Ilusión? ¿Una dulce e inconsecuente realidad? No lo supo, y estaba demasiado fatigado para darle importancia.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Tan pronto como Hanlon pudo sostener una conversación coherente, Johnson le presentó su lista de problemas. El joven capitán aceptaba de buena gana la responsabilidad, pero se daba cuenta de sus limitaciones. El consejo de Huber lo hizo vacilar sobre la adopción de medidas precipitadas y sabía que Hanlon desaprobaría una consulta prematura a Klagenfurt. Quedó un tanto sorprendido al descubrir que Hanlon discrepaba con Huber.

–Movámonos, Johnny, de todos modos. No descubriremos a nuestro hombre, pero mantendremos nervioso a Fischer. – ¿Qué debo hacer, Mark?

–Lo primero, Johnny, es un registro domiciliario simultáneo en toda la ciudad. Mantenga los sectores lo más separados que se pueda y escalone los tiempos y los sitios para que no se observe ninguna norma. Cuatro hombres por grupo: uno en la puerta falsa, otro en la delantera, dos para recorrer el lugar desde el techo hasta el sótano. – ¿Lo quiere vivo o muerto? – preguntó sonriendo burlonamente Johnson. Estaba recuperando su buen humor al ver cómo Hanlon se reponía.

–Vivo -dijo terminantemente Hanlon-. Pero sin exponerse a riesgos necios. – ¿Como usted, por ejemplo?

–Como yo. – ¿Tiene otras ideas?

–Me gustaría interceptar el teléfono de Fischer y hacerlo seguir las veinticuatro horas del día.

Pero la ciudad es demasiado chica y no tenemos hombres para eso. En diez minutos se daría cuenta. – ¿Qué hará con él?

–Dejar que sude. Apostaría que ya está sudando. Creo que muy pronto resolverá visitarme.

Veremos qué explicaciones trae. – ¿Cuál es la conexión de Fischer con el asesino, Mark?

Hanlon frunció el ceño y movió la cabeza. Principiaba a fatigarse y le dolían las sienes.

–Me ha faltado tiempo para pensarlo, Johnny. Pero hay un eslabón que luego entrará en su sitio.

Yo me encargo de ello.

–Me alegro muchísimo -dijo Johnson burlándose-. ¿Cuánto tiempo más tendrá que permanecer usted aquí?

–Me marcharé apenas me autorice Huber, si no puedo antes. – ¿Para qué se apura? – dijo Johnson con quejumbrosa envidia-. Allá nunca ha sido como esto -miró con aprobación la habitación, olfateando en el aire indicios de perfume-. ¿No podríamos trabajar los dos desde aquí?

–Váyase al diablo, Johnny. – Hanlon no pudo menos que reír.

–Antes de irme tengo que hacerle otra pregunta. – ¿Cuál? – ¿Qué digo a Klagenfurt de lo sucedido?

–Nada -dijo rotundamente Hanlon-. A su debido tiempo yo escribiré mi propio informe. Si me creen fuera de combate enviarán un nuevo comandante y media docena de inquisidores entremetidos antes de veinticuatro horas.

Johnson demostró alivio.

–Pensé que tendría que mencionarlo para los registros. Y hablando de registros... -¿Qué pasa?

–Dada la forma en que llegan papeles necesitaremos un ejército de dactilógrafas para manipularlos. No sólo es lo que envían, sino lo que esperan de vuelta..., resmas por la mañana y por la tarde.

–Déjelos a un lado -dijo Hanlon con hastío-. Salga de lo urgente y el resto lo amontona en un rincón. Yo me ocuparé del asunto cuando salga de esta cama.

–Al menos escójalas bonitas -suplicó burlonamente Johnson-. Soy muy joven para esta vida de celibato.

–Haga caminatas largas por la nieve, muchacho. Dese una hora. La cabeza me zumba como una colmena y las quemaduras me duelen como el infierno.

–Todo tiene su precio -dijo Johnson riendo-. Hasta las enfermeras buenas mozas. Hasta más tarde, Mark.

Cuando se marchó, Hanlon cerró los ojos y se recostó en las almohadas, esperando que pasara el dolor para pensar con claridad. Podía descansar en Johnson para el control de la situación, al menos por un tiempo; lo importante era recuperar sus fuerzas antes de que Klagenfurt husmeara el conflicto y enviara otro comandante con un nuevo equipo. La búsqueda del hombre tras el fusil había asumido un sentido personal. Quería terminarla solo.

En la tarde volvió Huber para el ritual penoso de la curación de sus heridas. Los primeros momentos eran los peores, pero Anna lo acompañaba con sus manos suaves y su voz reconfortante.

Después de quitarle las vendas, Huber le pasó un espejo para que viera por primera vez la extensión de sus quemaduras.

La visión de las manchas y costras que le cubrían más de la mitad de la cara lo dejó consternado, pero Huber lo tranquilizó.

–Eso sanará rápidamente. Hemos detenido la infección y ya está creciendo el cutis nuevo. Esto -e indicó la herida abierta que partía desde arriba de una oreja, atravesaba la sien y llegaba al pómulo-, esto es asunto aparte. La cadena lo partió como a un melón. La cicatriz será fea.

–Entonces formaremos un par -dijo pensativo Hanlon-. Él también tiene una cicatriz. Las cuentas se equiparan.

Huber no se impresionó. Examinaba los bordes de la herida, limpiándolos cuidadosamente con un hisopo.

–Más adelante, lo mejoraremos un poco. Una ligera operación plástica reparará lo peor del daño. Pero usted siempre quedará... -¡Repítalo! – ¿Qué cosa?

–Una pequeña operación plástica... ¿Eso fue? Huber y la muchacha lo miraron sorprendidos.

–Sí -dijo Huber-. ¿Por qué lo pregunta? Hanlon miró del uno al otro, deliberando si confiar en ellos. Le brillaban los ojos con nuevo interés y

sentía la cabeza libre de dolor y desconcierto.

Pasado un momento dijo con lentitud:

–Quiero pedir a los dos una promesa. Lo que tengo que decir debe ser un secreto para nosotros tres. – Como usted quiera -dijo seriamente Huber. Anna Kunzli hizo un gesto de asentimiento y agregó: -Por supuesto, Mark.

Entonces les dijo:

–El hombre que mató a Willis y me hirió, también tiene una cicatriz. Sabemos que lo han traído a la ciudad. Sé, o por lo menos creo, que Fischer está implicado. – ¡Fischer! – exclamaron ellos a dúo con la misma inflexión ascendente de asombro.

Hanlon asintió.

–La historia es larga. Por ahora no tiene importancia. Lo que interesa es esto: Fischer tiene bastante experiencia para saber que es imposible mantener aquí indefinidamente a un hombre. Por lo tanto tiene que proponerse otra cosa. Usted me ha dado una idea factible. Cirugía plástica..., un rostro nuevo. Eso significará perder la identificación. Eso querría decir que el asesino, quienquiera que sea, podrá quedarse aquí o ser trasladado a la zona norteamericana sin temor de ser descubierto.

Huber meditó un momento. En seguida dijo cavilando:

–Es posible. Pero se necesita tiempo. – ¿Cuánto?

–No se puede decir sin ver al hombre. Si el caso es fácil, si el cirujano tiene el mínimo necesario de habilidad, y algo de suerte, tres meses. Puede ser mucho más.

–Tome primero al cirujano -le dijo Hanlon a boca de jarro-. ¿Quién lo puede hacer en Quellenberg? – Yo podría -repuso Huber-. Y uno de mi personal. – ¿Es posible que ése tenga conexión con Fischer? Huber negó con la cabeza.

–Lo dudo. Es forastero como yo, vienés. Tiene mujer e hijos en el sector británico. No creo que se arriesgue a participar en una cosa así. En todo caso sería fácil controlar sus movimientos y sus contactos personales. – ¿Conoce a otro... residente?

–A nadie. El que podría informarle sería Holzinger, y, por supuesto, el mismo Fischer.

Los labios hinchados de Hanlon se crisparon con sonrisa dolorosa.

–La información que me dieran no sería de fiar.

–Los registros de la ciudad pueden ayudarlo.

—Los revisaremos línea por línea.

Huber movió la cabeza con expresión grave y volvió a inclinarse para la tarea de limpiar la carne viva y colocar una nueva cura. Anna Kunzli lo ayudó con destreza.

Inesperadamente dijo: —¿Por qué no le pregunta al padre Albertus? Él conoce a todos en Bad Quellenberg.

Huber alzó la vista de su trabajo y comentó con su voz profunda y serena:

—No daría resultado, pequeña. Un sacerdote es como un médico: tiene que guardar los secretos de su rebaño. Preguntarle sería una indiscreción.

Hanlon trató de asentir con la cabeza, pero el nuevo antiséptico le ardía y le hizo dar un respingo.

La chica estiró la mano instintivamente para aquietarlo. Huber sorprendió el movimiento pero no hizo comentarios.

Terminadas las curaciones y acomodado en la cama, Hanlon se dirigió a la muchacha en tono suave: —¿Quiere darle un cigarrillo al doctor, Anna, y dejamos solos un momento?

—Por supuesto.

Ella abrió el cajón del velador, sacó los cigarrillos, ofreció uno a Huber y colocó otro en los labios de Hanlon. En seguida salió, cerrando la puerta. Huber encendió los dos cigarrillos y fumaron un rato en silencio. Huber dijo fríamente:

—Enseñándole sería una enfermera excelente. Tiene manos suaves y corazón tierno.

Hanlon dejó pasar la insinuación y dijo con sencillez:

—Me encuentro en una situación molesta, Huber. — ¿En qué sentido?

—Con Sepp Kunzli. Es posible que tenga que pasarlo por la exprimidora, y soy huésped en su casa. Huber lo escudriñó a través de las volutas de humo. — ¿Le ha dicho algo él?

—No lo he visto. Me saluda por intermedio de Anna, y pregunta si necesito algo, pero eso es todo.

—Es discreto -dijo plácidamente Huber-. Comprende la situación tan bien como usted.

Prefiere mantenerla impersonal. Si usted la complica la culpa será suya. — ¿Qué me quiere decir?

Huber señaló la puerta significativamente con el cigarrillo.

–La joven. Se está enamorando de usted. – ¡Qué tontería! – dijo secamente Hanlon. Huber se encogió de hombros y extendió las manos con gesto elocuente.

–Principia como una tontería. Después... se pone serio. – ¿Cuándo podré irme?

Huber continuó fumando mientras meditaba la respuesta.

–Me gustaría mantenerlo aquí otra semana, para mayor seguridad. Pero, en el estado actual de las cosas... -hizo una pausa-. Mañana enviaré una ambulancia con dos ordenanzas para que lo lleven al hospital. Tendrá que guardar cama, eso sí, y seguir estrictamente su tratamiento. De otro modo tendrá molestias.

–Con esas puedo entendérmelas -dijo irónicamente Hanlon.

–Es preferible evitarlas -replicó Huber-. ¿De qué otra cosa quería hablarme?

–Del asesino. – ¿Qué pasa con él?

–Ya hemos tenido un encuentro -dijo Hanlon-. Creo que debemos rectificar nuestra opinión. – ¿Por qué?

–Su primera idea fue que estaba trastornado. Un caso de choque... algo por el estilo. – ¿Sí?

–Cuando nos encontramos le acompañaban dos hombres. Al hablar su voz era educada: llena de autoridad. Le obedecían. Actuó con rapidez y decisión.

–Algunos de los asesinos más locos de la historia han sido los de apariencia más normal -observó Huber con frialdad-. Además, su lógica tiene una falla. – ¿Cuál?

–El hombre que le dio el golpe puede no haber sido el asesino. Puede haber sido cualquier hombre entre veinte que tengan un rencor o que estén impregnados de alcohol. Pudo ser hasta el propio Fischer. Hay más de un cincuenta por ciento de probabilidades de que usted no se equivoque, pero hasta ahora es sólo intuición.

–Tal como estamos situados, sólo puedo adivinar. Y eliminar uno por uno a los improbables.

–Me intriga su actitud en este asunto, comandante. Hanlon alzó la vista, sorprendido por el franco emplazamiento de Huber. – ¿Qué le intriga, doktor?

—La importancia que usted le atribuye; la intensidad de su incorporación personal.

Hanlon le dirigió una sonrisa irónica y se llevó una mano vendada a la frente. — ¿Esto no lo explica?

Huber movió la cabeza.

—No, usted es demasiado inteligente para eso. Es demasiado sutil para la venganza bruta. No le produciría placer. Sabe mejor que yo cuánto hay que hacer aquí y cuán secundario es este asunto de la captura. Al fin lo encontrará. Si Fischer está implicado, hará cuanto pueda por mantenerlo oculto para que no ponga a nadie en peligro. Pero usted tiene esta... esta obsesión psicótica de encontrarlo.

—Llámela símbolo -dijo livianamente Hanlon. — ¿De qué?

—De que las cosas que combatimos, de las cosas que vinimos a extirpar: violencia, ilegalidad, asesinato protegido.

—Lo malo con los símbolos -dijo Huber sin alterarse-, es que significan cosas diferentes para distintas personas. Lo que un hombre adora, otro lo dibuja en las murallas de los retretes.

—Tenemos un interés común -dijo Hanlon irritado-. Si la gente no lo comprende, ninguno de los dos lados obtendrá provecho.

—Descubra entonces un símbolo común -replicó Hubert con una sonrisa grave y lenta. — ¿Cuál, por ejemplo?

—Se acerca. Navidad -dijo el corpulento tirolés, con estudiada inconsecuencia-. Hay un niño recostado en las pajas, y una pareja sin hogar que se alberga con las vacas. Este año serán millones los que se encuentren así en toda Europa. ¡Piénselo, comandante... en bien suyo y nuestro!

Dos horas después del regreso de Hanlon al «Sonnblick», Karl Adalbert Fischer llegó a visitarlo.

Llevaba una valija grande y lo acompañaba un individuo rechoncho de rostro fofo a quien presentó como Herr Rudolf Winkler, ex librero en Munich.

Los dos se manifestaron cortésmente impresionados ante el espectáculo de Hanlon vendado hasta los ojos y tendido en el ornamentado lecho. Éste los escuchó en un silencio sarcástico, y el capitán Johnson los estudió con mirada hostil.

Fischer tenía una historia que contar y llevaba a Winkler para que la corroborara. La relató cuidadosamente y bien.

—Al parecer, los dos tuvimos la misma idea, comandante: que intentarían traer al asesino a la ciudad en la noche de San Nicolás. Usted recordará que aludí al punto en nuestra última reunión.

—Recuerdo que usted hizo una referencia vaga.

—Yo... no ahondé en ella, porque para quien ignora nuestras costumbres podría parecer risible.

Le ruego disculparme por no haber estimado su experiencia en lo que vale.

—Eso es siempre un error -repuso secamente Hanlon.

—Lo comprendí apenas supe de su accidente y vi los preparativos que usted ordenó en la ciudad.

La jugada era inteligente, comandante. Casi tuvo éxito.

—Continúe.

—Cuando la noticia corrió por la ciudad Herr Winkler, aquí presente, me telefoneó cierta información a la que atribuía alguna importancia. Creo que él mismo debe dársela. Después agregaré mis comentarios.

El individuo rechoncho infló las mejillas y partió con su historia. Tenía voz alta, ligeramente afeminada, y con manos suaves hacía pequeños gestos enfáticos en el aire.

Calculaba el tiempo alrededor de las nueve de la noche de San Nicolás, un poco antes, un poco después, no estaba seguro. En el momento del suceso no tenía importancia. Él estaba en su pequeña casa al final de la Mozartstrasse, tranquila, retirada de la agitación ciudadana. No era rico. Sus compras eran modestas y vivía sin ruido. Bien. Aproximadamente a la hora indicada oyó voces que discutían afuera de su puerta: voces masculinas que hablaban en el dialecto montañés. Él era bávaro y le costaba comprender: más aún porque los hombres parecían estar ebrios. Se asomó a la puerta y miró. Vio a tres individuos vestidos con trajes de Krampus. Dos parecían pelear con el tercero. Él les gritó que se callaran y se fueran. Uno le lanzó un insulto soez. En seguida se dividieron: dos se encaminaron trastabillando a la ciudad, y el tercero trepó apresuradamente por uno de los senderos que atravesaban los bosques de pinos. Eso era todo. Sólo después de enterarse del ataque contra el comandante había atribuido importancia al incidente. El comandante lo comprendería. Él era un poco forastero. Siempre se bebía en las fiestas provincianas...

Fischer continuó la narración:

—Después de la llamada telefónica de Herr Winkler, fui inmediatamente a entrevistarlo. Seguí el sendero que tomó el tercer hombre. Cerca de media milla cuesta arriba hay una choza de leñadores: una bodega de cuñas y herramientas. Adentro, escondida detrás de algunos cajones, encontré esta...

Abrió la valija y sacó el traje de Krampus que Hanlon había visto en su asaltante. Johnson y él se miraron asombrados. — ¿Lo reconoce, comandante?

—Sí.

Fischer asintió con gravedad profesional.

—Este traje tiene un interés especial. Es el ejemplar más antiguo que se conoce en la comarca.

Fue robado de una vitrina de nuestro museo.

Johnson y Hanlon cambiaron miradas. La historia era tan circunstanciada que podía ser verdadera. Y si no lo era, Fischer tenía que estar muy seguro de su invulnerabilidad. El pequeño policía continuó:

—Las huellas digitales han sido limpiadas de la máscara, la vitrina y el metal. Eso nos indica que se trata de personas inteligentes, que además están muy familiarizadas con la ciudad.

—Yo también lo he pensado -dijo Hanlon.

—En consecuencia, he considerado prudente que cooperemos en una investigación inmediata del área, partiendo de la casa de Herr Winkler y ampliándola en un sector circular hacia los cerros.

—La ordenaremos al momento -dijo Hanlon-... capitán Johnson, ¿quiere alistar un destacamento que se movilice en diez minutos?

Fischer hizo un gesto de aprobación.

—Quiero que comprenda, comandante, cuánto deploramos este asunto y su desgracia personal.

Le prometo nuestra cooperación más eficaz.

—Gracias, Fischer. Y a usted también, Herr Winkler. El capitán Johnson los acompañará y se mantendrá en contacto permanente con usted mientras yo no pueda levantarme. Auf Wiedersehn.

—Güten Tag, comandante.

Salieron. Johnson los acompañó hasta el corredor y los traspasó al sargento Jennings, volviendo a la Habitación de Hanlon.

—Y bien, Mark, ¿qué piensa de eso?

—Fischer es un policía. Sabe conocer una buena coartada cuando la consigue. Habrá que investigar, indudablemente. Pero apostaría a que nuestro hombre se encuentra a kilómetros de distancia de donde Fischer quiere que lo busquemos.

—Tengo la misma sensación. ¿Y qué me dice de Winkler?

—O es un espectador inocente o un cómplice. Revisaremos sus documentos, pero, conociendo a Fischer, los tendrá en regla. Siga la pista, Johnny, pero no espere demasiado. — ¿Quiere que parta inmediatamente?

—Sí. Deje a Jennings a cargo de la oficina.

—Lo haré. ¿Cómo se siente?

—Pésimo -dijo Hanlon con aire melancólico-. Fischer me ha dejado como un necio y retarda el momento de desquitarme en su pellejo.

Pero no podía adivinar la magnitud de su sandez. Cuarenta minutos más tarde, Johnson y sus suboficiales se hallaban en la sala de recibo de Winkler, y el hombre que buscaban estaba drogado y amordazado en el cajón del camarote del dormitorio ocupado por el ama de llaves de boca hermética.

Tan pronto llegó el sargento Jennings, Hanlon dictó una carta de agradecimiento para Sepp adjuntándola al juego de documentos para el viaje y a una lista detallada de instrucciones sobre su visita a Zürich.

Dictó también una carta para Anna, más larga, más personal, que el mensajero debía entregar en sus manos.

El resto de la tarde trabajó asiduamente en el cúmulo de directrices y memorandums acumuladas durante su ausencia.

La cantidad y complejidad del trabajo escrito le produjeron consternación en un comienzo.

Después fue comprendiendo lentamente que ésa era más de la mitad de la función gubernativa. El mundo moderno no está fundado en papel. Sin éste, retornaría el caos.

Primero venía el plan de acción, la declaración amplia, engañosamente simple de los fines y los medios; un documento; un manifiesto: papel.

Seguía después la legislación, cuyo preludio es el debate registrado en resmas y resmas de papel, anaqueles de libros, millones de palabras, cuyo fin era más papel. La ley: un exhorto de autoridad, una definición de términos, una sucesión de cláusulas, una lista de instrucciones, y sanciones a los transgresores, una firma y un sello.

La ley era el documento más corto, pero a su vez comenzaba a devorar más palabras, más páginas, más volúmenes: anotaciones, glosas, concordancia e interpretación.

Tras de la ley y la interpretación venían los mandatos que bajaban de escalón en escalón de funcionarios administrativos por mano de oficinistas y dactilógrafos, hasta llegar finalmente al hombre que las aplicaba: el funcionario local.

Éste no tenía para qué hacer consultas. Todo se encontraba escrito... sobre papel. No importaba que tuviera que gastar una vida para descubrir la hoja pertinente; ahí estaba, escrita. La ignorancia no servía de excusa. Cada caso se hallaba considerado. Cada variante analizada, en alguna parte.

Después comenzó Hanlon a comprender también otras cosas: cómo la maquinaria del Gobierno se atascaba con papel; cómo la bellaquería se ocultaba bajo una urdimbre de palabras; cómo los administradores se escondían tras de baluartes de libros y los jefes se aislaban de la verdad con pilas de papel de oficio; cómo las voces de los reformistas quedaban ahogadas bajo un vasto desperdicio de papel impreso.

Eso podía sucederle. Si se sentaba doce horas diarias a leer cada palabra que aterrizaba en su escritorio, respondiéndola con otras palabras, sus superiores lo clasificarían como un hombre cuidadoso que mantenía en orden los registros, aunque hubiera gente sin trabajo y niños hambrientos y la esperanza de una vida mejor se postergara de año en año.

Sólo existía una respuesta: volver al plan de acción; ver primero los hechos; aplicar al instante los remedios. En Bad Quellenberg se podía hacer algo de eso aunque con riesgo.

El hombre que prescindía del papel realizaba cosas. También renunciaba a la protección, y si se equivocaba, perdía la cabeza...

A las cinco y media su propia cabeza giraba y le volvieron las náuseas. Despidió a Jennings. Se arrastró al lavabo, volvió a arrebujarse en las sábanas y dormitó.

Cuando despertó, el capitán Johnson estaba de vuelta con un informe negativo y la noticia de que Max Holzinger aguardaba para verlo.

El Bürgermeister quedó consternado ante el aspecto de Hanlon, y en sus excusas y en su preocupación manifiesta hubo una nota de sinceridad. Hanlon se conmovió y procuró aminorar su bochorno. No podía saber, ni Holzinger podía decirle, que éste había tenido una discusión larga y

acalorada con Fischer, hasta llegar a un punto muerto, porque ni Fischer consentía en entregar a su sobrino ni Holzinger se atrevía a revelar su propia complicidad.

Los dos hombres se alegraron de terminar con los preliminares embarazosos y abordar el tema de los preparativos para recibir a los desplazados.

El edificio que recomendó Holzinger fue el «Bella Vista» un hotel grande, bastante moderno, a mitad de camino entre la estación ferroviaria y la iglesia. Pertenecía a un vienés acaudalado del que nada se sabía desde la ocupación de Viena. Lo alquilaba un sindicato suizo, y la hipoteca estaba en manos de Sepp Kunzli. La rutina de la expropiación los entretuvo media hora.

Discutieron la dotación de personal, alimento, combustibles, ropa interior, sábanas y frazadas, vajilla; la petición de coches particulares para el transporte de los viajeros desde la estación. Al terminar, Holzinger le dijo con vehemencia:

–Puede encargármelo todo, comandante. Créame que seré dichoso aliviándole un poco el peso, como reparación de este... ultraje.

–Olvidelo -repuso Hanlon sonriendo-. Fue un riesgo profesional. Tuve suerte de que no resultara peor.

–Suerte para todos -murmuró Holzinger con fervor.

Se movió incómodo en la silla, tosió y tartamudeó:

–Mi... mi esposa y mi hija están abajo... -¡Pero, hombre! – exclamó Hanlon sorprendido-. ¿Por qué no me lo dijo antes? Han esperado un siglo.

–No es nada -dijo con turbación Holzinger-. Insistieron en venir. Nosotros... es decir, yo... conversé con el Doktor Huber. Me dijo que usted todavía necesita atención. Ahora lo veo con mis propios ojos. Mi familia desea encargarse de su cuidado. Huber tiene poco tiempo y esto, al fin y al cabo, es asunto de mujeres.

Hanlon se sonrojó de vergüenza. El ofrecimiento era sincero, indudablemente, y mucho más agradable que las burdas atenciones de un ordenanza militar. Pero subsistía el mismo problema.

Imponía una obligación, un vínculo personal, que más adelante podía tornarse molesto. Resolvió ser franco.

–Se lo agradezco mucho, Herr Bürgermeister. Créalo. Nada me agradaría tanto como aceptarlo -sonrió ingenuamente-. Me gustan las

comodidades y estoy muy lejos de mi casa. Pero podría ser embarazoso para los dos. Vea usted: en mi situación puedo verme obligado a pelear con usted.

No me interprete mal, pero hasta puedo tener que retirarlo de su cargo. Si contraigo obligaciones con usted o su familia...

Se interrumpió dejando la frase en el aire. Holzinger asintió sonriendo y le dijo con vehemencia:

—Yo le agradezco su sinceridad, comandante. Aunque lo hubiera callado yo lo habría comprendido. Aclaremos ante todo un punto: no hay deudas de gratitud. Los negocios son los negocios. Eso lo sabemos los dos. Pero nosotros también somos humanitarios. Nos gusta sentir que podemos ayudar y reparar un daño. Necesitamos sentirlo aunque sólo sea por salvar nuestra dignidad.

Usted nos haría un favor aceptando.

Hanlon estaba derrotado y lo sabía. El hombre no puede representar todo el tiempo el papel de cínico. Si cree en la bondad humana le es imposible ahogar sistemáticamente sus impulsos hacia los demás. Con eso no aprovecha ninguno de los dos lados. ¿Para qué privarse de comodidades que también complacían al dador? Su posición quedaba sentada. No engañaba a Holzinger aunque pudiera engañarse a sí mismo. ¡De nuevo la antigua disquisición monástica! La desechó con impaciencia. Un hombre podía rascarse hasta quedar en carne viva sin sentir al final ningún placer.

Holzinger lo observaba inquieto, tratando de interpretar su vacilación. En los labios agrietados de Hanlon se dibujó una sonrisa. Levantó sus manos vendadas.

—Usted me encuentra indefenso, Herr Bürgermeister. Siempre que nos entendamos, estaré encantado de aceptar.

Algunos minutos después, Liesl Holzinger y su hija subieron a bañarlo y cambiarle las curas. La primera brecha estaba abierta. Las mujeres entraban en la ciudadela del conquistador.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

OceanofPDF.com

Tres días más tarde llegó a Bad Quellenberg el primer tren cargado con víctimas de campos de concentración. Se dejó oír a distancia, porque el ruido de la locomotora parecía un trueno entre los cerros, y el silbido agudo del pito saltaba de picacho en picacho a lo largo del desfiladero serpenteante.

Los quellenbergueses se miraban, vacilando y algo intimidados. Recordaban el sermón del padre Albertus en las misas del domingo. Veían sus manos deformes extendidas y escuchaban el grave tañido de su voz, exhortándoles a penitencia por un pecado común, a reparación por una injusticia común, a piedad por un dolor demasiado tiempo ignorado.

Recordaban y sentían vergüenza. Desviaron las miradas unos de otros y cogieron sus abrigos y sombreros. Lentamente y con desgana se encaminaron a la estación.

Pronto se llenaron los accesos y los patios, y las tropas tuvieron que despejar para abrir paso a las ambulancias y automóviles y a los variados medios de transporte que llevarían a los enfermos al Hospital. En el andén se reunieron los ciudadanos más connotados: el Bürgermeister, los concejales, Karl Adalbert Fischer, el padre Albertus. Sepp Kunzli no estaba con ellos. Atravesaba el Alberg camino de Zürich.

Las tropas se formaron junto a la vía férrea, sin armas y a discreción, y detrás se situaron los camilleros y los conductores de vehículos. Hanlon y el capitán Johnson, ligeramente apartados, vigilaban los preparativos finales, golpeando los pies en la nieve pulverizada y con las caras vueltas hacia el desfiladero, donde el silbato y el trueno se intensificaban con el paso de los minutos.

Hanlon continuaba vendado. Tenía el rostro envuelto en una bufanda gruesa y las manos metidas en un manguito de piel que le daba un aspecto ligeramente cómico. Pero nadie reía con la comedia.

Ése era el último acto de una larga tragedia. El momento final purificante de piedad y terror.

Entró el convoy, arrastrado por una locomotora verde, rechoncha, con antenas grotescas, cuyas ruedas lanzaban nubecitas de nieve. Se detuvo con sacudidas y ruido de carraca y los espectadores avanzaron para mirar a los pasajeros, pero los vidrios estaban empañados y no vieron nada.

Se abrió la puerta del primer vagón y bajó un individuo alto. Su rostro era delgado y aguileño, flaco su cuello, su barbilla prominente y sus

cabellos grises. Vestía botas alpinas, pantalón bombacho y una casaca rompeviento de modelo norteamericano, con el brazalete de la Cruz Roja cosido en una manga. Cuando Hanlon se acercó a saludarlo se presentó con acento del CentroOeste:

–Soy Miller, Médico Jefe Militar.

–Hanlon, Comandante de Ocupación. Celebramos tenerlo entre nosotros.

–Gracias, comandante. – Miller dio una ojeada rápida a la multitud y al grupo reducido del andén-. ¡Vaya una recepción!

–Es mejor que se los presente -dijo Hanlon-. Han tratado de ayudar.

Condujo a Miller al andén e hizo las presentaciones: Primero Holzinger, después Fischer y los concejales. Miller no les tendió la mano, contentándose con una inclinación breve. Molesto Hanlon por su evidente frialdad se dio vuelta y le presentó al sacerdote.

–Éste es el padre Albertus, el cura párroco. También es una víctima del campo de concentración. El rostro arrugado de Miller se iluminó súbitamente, y le alargó la mano.

–Me alegro de conocerlo, padre. Usted podrá ayudarnos mucho.

–No juzgue mal a nuestra gente, doctor Miller -dijo el sacerdote con su modo suave y franco-. Están ansiosos por ayudar en lo que puedan.

–Me pregunto si seguirán tan ansiosos cuando vean lo que les traigo. – Miller señaló significativamente el tren con el pulgar-. Trescientos hombres, mujeres y niños. En los próximos dos meses habrán enterrado a la mitad.

El padre Albertus lo escuchó con gravedad pero guardó silencio. Miller se dio vuelta.

–Venga, comandante, trabajemos.

Se dirigieron al tren y, a una señal de Johnson, las tropas y los camilleros los siguieron, y un momento después todos habían desaparecido en los vagones. Los de fuera aguardaban, tensos y expectantes, preguntándose qué monstruos se ocultaban detrás de las ventanas empañadas.

Cuando sacaron a los ocupantes de las primeras camillas, un gemido sordo de horror estremeció a la multitud. Iban envueltos en frazadas, con las cabezas cubiertas por gorros de lana, de manera que sólo quedaban visibles los rostros amarillos como pergamino y enflaquecidos hasta los huesos.

Los ojos se hundían en cuencas oscuras, los labios delgados y exangües se retraían en un rictus de dolor; más semejaban cadáveres que seres vivientes. Los camilleros los transportaban sin esfuerzo, porque sus cuerpos eran livianos. Colocaron las camillas una sobre otra en las cremalleras de las ambulancias, cerraron las puertas y los vehículos partieron, describiendo vaivenes en la nieve, mientras las cadenas de las ruedas hacían un ruido extraño de matracas en el silencio.

Cuando se terminaron las camillas y salieron los faquines, llevando en sus brazos cuerpos inertes, el pueblo vio miembros esqueléticos y cuellos tan débiles que no podían sostener las cabezas huesudas y oscilantes.

Sentados en los automóviles, caían unos contra otros como muñecos de trapo, y los ordenanzas que ocupaban los asientos delanteros tenían que volverse hacia atrás para sostenerlos.

Siguieron los que podían andar, hombres y mujeres envueltos en ropas que les colgaban como a espantapájaros. Al caminar lo hacían con los movimientos bamboleantes y desarticulados propios de la senilidad. Algunos resbalaban y caían en el piso helado, y cuando los espectadores acudían a socorrerlos, veían rostros con cicatrices, manos nudosas, cabezas rapadas y ojos opacos y muertos.

Los últimos en salir fueron los niños, bultos lamentables con cara de monos viejos, dentaduras incompletas y miembros torcidos y raquíuticos.

La gente lloró al verlos. Las mujeres ocultaron los rostros en las manos y los hombres, mudos y presos de horror, no podían contener sus lágrimas. Cuando Hanlon y Miller partieron en el jeep, seguidos por las tropas silenciosas, como petrificadas, la multitud se apartó agachando las cabezas, para esconder su vergüenza. Pasado un rato volvieron a sus casas, lentamente y en silencio, como quienes han presenciado una visión del infierno.

En la oficina del administrador del «Bella Vista», Hanlon y Miller conversaban mientras bebían su café. La tensión del norteamericano había cedido. Se repantigó en el sillón, sujetando entre los dientes una pipa vieja y mascullando su aprobación por los preparativos para recibir a sus pacientes.

—Ha realizado un buen trabajo, comandante. Le estoy agradecido. Lo diré en mi primer informe.

Hanlon se encogió de hombros.

—No hace falta.

–De todos modos lo haré -el rostro arrugado se contrajo en una sonrisa-. Fue un espectáculo impresionante, ¿eh?

–Achicando la verdad.

–La verdad se achica de todos modos -dijo Miller lacónicamente-. Esto no es nada comparado con lo que encontramos en los campos. Éstos son los afortunados.

–Usted dijo que la mitad moriría. ¿Lo piensa en realidad?

Miller asintió y se quitó la pipa de la boca.

–Es un cálculo moderado. Tienen T.B., corazones lesionados, perforación de riñones y una lista de enfermedades más larga que su brazo. Hace tanto tiempo que tienen hambre y los golpean que ya no les quedan fuerzas para pelear. Hasta los sobrevivientes serán lisiados toda la vida. No obstante... hay que hacer lo que se pueda.

Volvió a llevarse la pipa a la boca y chupó con aire pensativo. Hanlon terminó el café y encendió un cigarrillo. Luego -Si necesita algo, si puedo hacer cualquier cosa, indíquemelo.

–Lo primero de todo, comandante, es hablar con el personal.

Hanlon lo miró sorprendido.

–No comprendo.

–Ellos tampoco entenderán -dijo Miller con su modo lento-. Tenemos que enseñarles verdades de la vida. – ¿Cuáles, por ejemplo?

Miller afirmó la pipa en el borde del cenicero y se inclinó hacia delante gesticulando con sus manos largas y huesudas.

–En veinticuatro horas, comandante, este sitio se parecerá más a un manicomio que a un Hospital. Recuerde que la mayoría de los pacientes llevan años en campos de concentración. Han vivido como animales; peleándose por la comida, durmiendo con muertos, envidiando a los moribundos. La vida normal les resulta extraña. Ya no la comprenden. Algunos siguen comiendo con las manos, taconeándose la boca por si les arrebatan el alimento. Orinan en los corredores, duermen revolcándose en sus inmundicias, gritan y forcejean cuando les quitan la ropa para lavarla, pelean con los ordenanzas que tratan de colocarles inyecciones porque en esa forma vieron matar a otros. Tratamos con mentes y cuerpos lacerados. Necesitamos paciencia y mucha comprensión.

Hasta para mi personal es difícil. Para los de aquí... -se interrumpió y se apoyó en el respaldo, observando a Hanlon con ojos interrogativos e

irónicos. – ¿Quién les hablará, comandante... usted o yo? – Prefiero que sea usted -dijo Mark con franquea-. Usted los contrató. Los conoce más que yo. Aunque hay un hombre que podría hacerlo mejor que nosotros. – ¿Quién?

–El padre Albertus.

–Pongámonos en contacto -dijo lacónicamente Millar.

Hanlon usó el teléfono.

Veinte minutos después estaban sentados en la parte de atrás de la gran sala del «Bella Vista», donde filas de aldeanas y hombres maduros escuchaban en silencio al sacerdote que les explicaba sus deberes en el servicio de los enfermos y los problemas que tendrían para su diaria ejecución.

Hablaba con sencillez, persuasivamente, y Hanlon se sorprendió una vez más por su piedad y su comprensión de los que formaban su grey. Les habló de su propia vida como prisionero, de los golpes recibidos, el hambre continua, las fracturas de sus manos, la manera como las torturas reiteradas lo redujeron al mismo estado subhumano de los otros; cómo después de una sesión de tormento perdió el control de sus esfínteres, permaneciendo durante horas incapacitado e inmundo, hasta que una mano esquelética se alargó para ayudarlo; cómo la dignidad de un hombre podía deteriorarse tanto que sólo una caridad paciente podía restaurarlo; cómo los enfermos se asemejaban a los niños, caprichosos, ingratos, obstinados; cómo Cristo mismo se rebajó hasta depender de sus criaturas para que le enjugaran la sangre y los escupitajos del rostro, y le limpiaran para la sepultura. Les dijo de qué modo debían actuar cuando los maldijeran y golpearan; cómo los inválidos y los degradados eran imágenes de Cristo, de manera que servirlos era servir al Creador.

La elocuencia del anciano los mantuvo en suspenso, y el propio Miller, mordiendo meditabundo su pipa apagada, tenía fijos los ojos en el rostro luminoso bajo la corona de cabellos blancos.

De pronto se desvió la atención de Hanlon.

En medio de la sala, incrustada entre dos aldeanas gruesas, estaba Anna Kunzli.

Podía ver desde su puesto sus cabellos dorados y el perfil de su rostro inclinado en actitud atenta.

La vista le produjo desagrado ¡Una muchacha como ella en semejante galera! ¿Qué parte podía tener en esa miseria? ¿Qué la llevaba, y quién

había permitido que fuera?

Se le despertó un agudo resentimiento contra el padre Albertus, y comenzó a irritarle la voz profunda y compasiva. Nadie tenía derecho a colocar esas cargas en hombres jóvenes. Que las llevaran los viejos. Ellos habían tenido su juventud y su risa. La chica ignoraba la una y la otra. No era una religiosa para que la ataran a esa servidumbre; no tenía pecados que exigieran tal penitencia.

Que otros pagaran primero sus deudas; los que comieron los frutos del antiguo triunfo... la mujer de Holzinger, Traudl...

Entonces recordó, y sintió vergüenza por la facilidad con que lo habían engañado. Las mujeres de Holzinger lo aguardaban en el «Sonnblick». Estaban al margen de la crítica. Ya prestaban servicios, limpios, confortables y dignos al amigo de César. Podía prescindir de ellas, indudablemente. Podía decirles, con ligero pesar, que debían marcharse, que otros las necesitaban más.

Y aun mientras lo pensaba comprendió que no lo haría. Nadie se despoja voluntariamente de la panoplia del poder. El que se sienta bajo las águilas necesita bienestar en sus habitaciones privadas.

Cuando el padre Albertus terminó de hablar, Miller fue a darle gracias y lo invitó a ver el Hospital. El grupo se dispersó en sus diversas ocupaciones, y Hanlon siguió a Anna al corredor y dentro de un cuartito atestado de baldes y escobas. Al oír su voz ella se dio vuelta y lo vio de pie en el dintel, bloqueándole la salida. El rostro de la joven se iluminó de placer. – ¡Mark! No esperaba verlo aquí.

–Yo tampoco creí encontrarla, Anna -repuso él sin sonreír-. ¿Qué está haciendo? ¿A qué vino?

La dureza de su voz le alarmó y quedó mirándolo. – ¿Por qué no, Mark? Usted vio a esos pobres. Sabe cuánta ayuda necesitan.

–Hay otros que se la den, Anna -la inocencia de la chica lo molestaba ahora-. Usted... usted es demasiado joven para esto. Usted no comprende... -¿Vio a los niños?

–Sí, pero...

–Necesitan una persona joven. ¿No se ha dado cuenta de eso? Tienen que aprender de nuevo a sonreír. Yo no sirvo mucho para restregar pisos, pero los niños me gustan y ellos gustan de mí. ¿Por qué está enojado?

El hecho de que no podía contestarle le irritó más aún. Ásperamente le dijo:

—No pienso lo mismo; eso es todo. Cuando su tío regrese le diré que la guarde en la casa. — ¡Mark! — la voz y los ojos de Anna revelaron tanta pena que él se ablandó inmediatamente y estiró manos vendadas para tocarla.

Perdóneme, Anna. No quise ser duro. Pero usted comprende lo que se echa encima. ¿Por qué cree trajimos aquí al padre Albertus sino para preguntar a la gente para algo más bien terrible? Yo preferiría que usted no tuviera parte en ello.

Anna guardó silencio un rato largo, pero mantuvo entre sus manos las de Hanlon, mirando la carne viva y descolorida que asomaba al borde de las vendas. Dijo luego suavemente:

—Si fuera usted el que me necesita, Mark, vendría dichosa. Pero a usted no le hago falta, ¿verdad? Lo que le dije la noche pasada era cierto. Necesito alguien a quien cuidar. Sin eso estoy vacía. Si no es usted, entonces son los niños. No me lo prohíba. Le ruego me diga que lo comprende.

Su ira se apaciguó con la misma rapidez con que había despertado. La miró con amor y compasión, sonriendo irónicamente por la sencillez de su derrota. Le dijo con suavidad:

—Muy bien, Liebchen. Haga lo que quiera. Los niños serán afortunados de tenerla.

Se volvió después rápidamente, caminó por el corredor resonante y salió a la tarde helada.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

El sol salió de los cuernos de Capricornio y avanzó hacia el Norte, hacia las pinzas de Cáncer.

Los vientos del Norte cesaron con un último revuelo de nieve, un último golpeteo de cellisca. El aire fue más tibio y los cielos más opacos y los días más largos. Los primeros aludes cayeron atronantes de los picachos, lanzándose en espuma de nieve contra las barreras de pinos.

Llegó detrás el viento Sur, ululando por los desfiladeros, y el hielo se desprendió de las faldas bajas, como una piel, revelando el verde esplendor del pasto nuevo. Las zarzas desnudas a lo largo del río retoñaron a la vida,

fluyó la savia de los pinos y los valles se llenaron con el ruido del agua que bajaba a inundar las tierras llanas.

El ganado salió de sus establos invernales y trepó a los pastos, haciendo música con sus badajos entre las rocas donde se apilaba la nieve tardía en montones brillantes. Los pobladores de la ciudad se quitaban las ropas grises de invierno; las mujeres salían de compras con vestidos de colores vivos y delantales almidonados, y los hombres se ponían Lederhosen, calcetines blancos y sombreros con airosas cocardas de colas de faisán o piel de gamo.

Sombras de nubes manchaban los prados. Las muchachas caminaban orgullosas, columpiando sus faldas, y los inválidos que se asoleaban en las avenidas silbaban al verlas pasar.

La primavera bajaba de las montañas y la gente abría los corazones y las ventanas para darle la más cordial bienvenida.

Desde su alto balcón en el «Sonnblick», Mark Hanlon contempló su pequeño imperio y lo encontró bueno.

Ahora podía ver el progreso, como veía los primeros brotes verdes que se burlaban del largo invierno muerto. Los hombres tenían trabajo, los niños alimento. Principiaban a formarse los primeros bosquejos del comercio.

En los montes cortaban leña. Resonaban los hachazos a distancia. Los troncos bajaban rodando por los deslizaderos, y en las afueras de la ciudad aserraban tres plantas. Aunque verde y sin preparar, arrebataban el pino beneficiado antes de cortarlo, para reconstruir el área bombardeada de una docena de ciudades. Con un sistema de trueque interzonal, ideado por Hanlon, la mitad del producto de las ventas tenía que entregarse en mercaderías: alimentos, telas, calzado, medicinas. La otra mitad la pagaban en créditos de Ocupación, que quedaban bloqueados para reconstrucción futura. El schilling tenía un descuento en el mercado y Hanlon se negaba a vender buena madera contra papel desvalorizado.

Con los créditos adquirió dos trituradoras anticuadas, que resonaban en las canteras, de modo que la ciudad podía vender ripio para la reparación de los caminos en la primavera. Llegaban de Viena y Roma los primeros lapidadores para comprar hematites y cristal de roca que estaban arrancando de los antiguos laboreos.

De acuerdo con un sistema de cooperativa, se importó ganado nuevo para revitalizar el de la región. Uno de los soldados de Hanlon era granjero

en el Oeste, y Hanlon le dio galones de sargento y dejó a su cargo las empresas agrícolas.

Se presentaron los primeros especuladores con ofertas serias por los hoteles y hospederías vacíos. Hanlon bloqueó todas las ventas mientras los títulos no estuvieran limpios, exigiendo un depósito de opción. Estos depósitos incrementaban un fondo de fideicomiso cuyos intereses le permitían ampliar el crédito a los industriales locales.

El Hospital para desplazados, de Miller, funcionaba por fin normalmente. Cuando murieron los primeros casos graves, enviaron otros en reemplazo, y los que sanaban principiaban ya a circular por la ciudad, remotos, un poco espectrales, pero vivos al menos, lo que no era pequeño triunfo en los años de hecatombes.

Huber contaba con una cuota de medicinas nuevas, y esta victoria formó un vínculo de amistad entre los dos hombres. Un miembro de la Cruz Roja trabajaba en la ciudad, tratando de situar a los cientos de soldados desaparecidos del Regimiento de Quellenberg.

El personal de Hanlon había aumentado. Un grupo del servicio secreto llegó para investigar afiliaciones al Partido y títulos de propiedad, y con el aumento hubo ascensos para Hanlon y Johnson.

Contrató baterías de máquinas de escribir y reclutó a muchachas de la localidad para atacar las montañas de papel.

Un recién llegado a Bad Quellenberg no habría notado ni la décima parte del progreso. Habría visto un balneario empobrecido, poblado por montañeses, por enfermos y por una pequeña colonia de tropas, con hoteles vacíos y mercaderías racionadas, y en el mejor de los casos un mediano bien pasar.

Pero, de pie en el balcón, ante la ciudad que se desarrollaba en círculo y el valle parcelado, el teniente coronel Hanlon vio la verdad. Había adelantos. Había vida. Había esperanza para acoger en términos de igualdad a la primavera que llegaba.

Una cosa seguía molestándolo. Aún no había descubierto al hombre del fusil. A pesar de las cejas alzadas en expresión interrogativa de Johnson, él insistía en los registros domiciliarios.

Cuando llegaron los grupos de servicio secreto, se los confió como parte de su tarea. Pero no encontraba al hombre. Corrían rumores, vagas

insinuaciones y murmullos, lo que confirmaba que el asesino continuaba allí. Pero tu identidad constituía un misterio.

Ése era el único resabio amargo del dulce vino del éxito. Una herida en su orgullo. Si no lograba que los quellenbergueses sometieran el caso a un proceso justo, habría fracasado. Se quebrantaba el principio de la justicia.

Eso era lo que él se decía.

La verdad se hallaba más hondo de lo que se atrevía a sondear. Huber se la mostró al desnudo en una de sus frecuentes charlas. El enorme tirolés sonrió y le dijo con su acento provinciano:

—Usted hace mucho, amigo. Es muy inteligente. No obstante, en este asunto es un ciego. — ¿De qué modo?

—No se contenta con ser cónsul, gobernador amistoso. Quiere casarse con esta gente. — ¿Y qué hay de malo en ello?

Huber hizo un gesto amplio y enfático.

—Los matrimonios mixtos nunca tienen buen resultado. Siempre queda la reserva... el área de... comprensión. Los países son como las familias. Tienen su propia intimidad. Sus bromas propias, sobre las locuras de la tía Matilde y el libertinaje del tío George. El forastero no puede participar de ellas, nunca. Tienen sus medidas para juzgar, que no guardan relación alguna con la justicia absoluta... o que posiblemente se le acercan más que la que usted dispensa. Nunca logrará llevarlos a esta capitulación definitiva. Primero le romperán la cabeza.

Era sentido común, pero Hanlon no podía aceptarlo. El recuerdo de su juventud en Graz continuaba fuerte, rosáceo con el resplandor póstumo del paraíso perdido. Los años intermedios estaban vacíos de consuelo. Él no poseía una vara para medir la esperanza o la ilusión.

Se abrió la puerta a su espalda y Traudl Holzinger salió al balcón.

Vestía a la usanza primaveral, falda volante recogida en la cintura por una faja de piel labrada, y una blusa delgada que le modelaba los pechos firmes. El cutis de su rostro, cuello y brazos tenía el brillo opaco de la juventud y el vigor. Su perfume le recordó aquella primera noche en que tocó el piano en la casa del Bürgermeister.

Ella ocupaba ahora el cargo de secretaria, y aunque no habían llegado ni a rozarse las manos ni a besarse, existía entre ellos un vínculo, un sentido de participación y compañerismo. La sensualidad franca de Traudl lo provocaba, pero era demasiado cauteloso para complicarse con relaciones

amorosas. Se daba cuenta de que ella lo cortejaba, lentamente y con cuidado, y ese conocimiento era un consuelo vago, un bálsamo diario para su orgullo herido. Cuando ella lo acompañaba a trabajar se sentía cómodo y de buen humor. Cuando se ausentaba descubría que estaba molesto e irritable. Continuaban tratándose con formalidad. Él le decía Fräulein y ella le daba su título, pero él siempre la saludaba con una sonrisa y ella manejaba la oficina con eficiencia y se preocupaba de su bienestar.

Ahora le llevaba un recado. El Doktor Huber estaba en el teléfono. Se lo agradeció, entró en la sala y cogió el auricular. La voz de Huber manifestaba vivo interés:

–Creo tener algo para usted, amigo.

–Eso suena bien. ¿De qué se trata?

–De robos -dijo Huber sin preámbulos-. Hace tiempo que se están produciendo.

Hanlon frunció el ceño intrigado.

–Eso es asunto de Fischer. No puedo atropellar su autoridad en asuntos locales.

–Considero que usted debe saberlo antes que Fischer. – ¿Por qué?

–Prefiero no tratarlo por teléfono -dijo Huber con precaución-. ¿A qué hora es lo más temprano que puede venir? – ¿Qué importancia tiene el asunto?

–Podría tenerla muy grande... para usted.

–Deme veinte minutos -dijo Hanlon-. Auf Wiedersehn.

–Auf Wiedersehn.

La comunicación se interrumpió, pero Hanlon siguió con el auricular en la mano, mientras Traudl Holzinger le observaba pensativa. No le hizo preguntas. Cuando él estuviera dispuesto se lo diría, como comunicaba ahora casi todas las cosas.

En su jardincito al extremo de la Mozartstrasse, Rudi Winkler tomaba el sol. Su único ropaje lo construía un pantalón de gimnasia, y sus ojos brillantes inquietos se ocultaban tras un par de lentes para sol. Su cuerpo gordo y sonrosado estaba tendido re una alfombra, apoyaba la cabeza en un cojín de goma y miraba soñoliento el paso perezoso de las nubes sobre las copas de los pinos. El calor era sedante, y el aroma de la savia y el pasto verde halagaba su olfato. Los pájaros le daban un concierto privado, y a fuerza de auténtico hedonista se contentaba con el goce del momento.

No le faltaban motivos de satisfacción. En la casa dormía anestesiado su paciente. La operación final que suprimió los últimos tejidos de la cicatriz estaba hecha, injertada la última piel nueva y, si la suerte persistía, habría un hombre nuevo dentro del mes. Quizá no un hombre completo, pero sí un facsímil aceptable. Ahora que la cicatriz estaba borrada, que él se alimentaba, descansaba y se había calmado por efecto de la seguridad, su rostro no tenía la expresión lupina, y el tinte azul de los injertos era la única señal de los antiguos estragos.

Sus ojos también habían cambiado. Desapareció de ellos el terror, el destello hosco de bestia.

Ahora eran sombríos, pero serenos. No revelaban ansiedad ni esperanza... mas no podía exigirse demasiado a un hombre que había eludido al verdugo. Ni siquiera un cirujano como Rudi Winkler podía convertir a un eunuco en amante o en padre de familia.

La idea lo hizo sonreír y se volvió boca abajo para que el sol le diera en los hombros y en los músculos laxos de la espalda.

En un mes más se libraría de esa molestia. Johann Wikivill se marcharía y Rudi Winkler también sería un hombre nuevo. Fischer había cumplido su promesa: documentos nuevos, nueva identidad.

Su pasado estaba bien enterrado, su futuro asegurado confortablemente.

No obstante, la perspectiva lo apesadumbraba un poco. Cuando su paciente se fuera, él quedaría solo. Le había cobrado afecto, como el de un artista por su creación que es lo mejor de sí mismo. Y, a su manera peculiar, Rudi Winkler era un artista.

En eso también hallaba sensualidad. Winkler era un sensual inclinado a las refinadas perversiones del placer, porque la pasión normal quedaba fuera de su alcance. Se satisfacía curando ese cuerpo lacerado. Lo trataba con atención y ternura, refrenando los agudos impulsos de crueldad que lo acometían, del mismo modo que se enciende la pasión en un hombre normal. Y esa negativa era en sí misma un placer, porque confirmaba su dignidad y parecía absolverlo de los excesos del pasado.

No le preocupaba la ausencia de reciprocidad a su ternura y de gratitud en los ojos sombríos del enfermo. Sus placeres eran siempre solitarios. Exigían compañía pero no participación.

De pronto se sintió inquieto. Bajo su piel rosada se despertaba el desasosiego primaveral. La discreción y las exigencias de su paciente lo

habían recluso en su casa esos últimos meses. Sus caminatas se limitaban a los valles de atrás y a los senderos menos frecuentados. Ahora necesitaba algo más: el movimiento de una ciudad, la vista de rostros nuevos, la búsqueda de un amigo que pudiera complacerlo.

Pensó en eso un rato, perezosamente, masticando un tallo de hierba. Después se levantó, dobló la alfombra y volvió a la casa.

Encontró a Johann Wikivill despierto, acostado de espaldas, mirando las vigas oscuras del techo.

Tenía la parte superior de una mejilla cubierta con gasa sujeta con tela adhesiva. Volvió penosamente la cabeza para mirar a Winkler, y le preguntó con voz opaca: -¿Cómo resultó esta vez?

Winkler se inclinó sobre él sonriendo y tocó la piel nueva, tirante a los lados del vendaje.

-Perfecto. Sin ninguna dificultad. A menos que sobrevenga una infección secundaria, que no espero, hemos terminado.

-Usted es un buen cirujano -fue la declaración le un hecho, no era expresión de gratitud.

Winkler lanzó una de sus agudas carcajadas.

-Usted es un hombre afortunado. Yo acostumbrara cobrar una suma fuerte por un trabajo así.

-Entiendo que éste se lo han pagado bien.

-Suficientemente. - Winkler continuó sonriendo, era difícil desconcertarlo-. Usted podrá iniciar planes para el futuro. - ¿Qué especie de planes?

-Dónde ir, qué tipo de trabajo realizar. A menos que... -dejó un momento inconclusa la frase-. A menos que prefiera quedarse conmigo. Nos entendemos bien. Nos comprendemos...

Le sorprendió que Johann no rechazara la proposición. Éste asintió lentamente y dijo con la misma voz apagada:

-Yo también lo he pensado. He meditado en las que pueden quedarme para volver a ser hombre. Hasta en eso. Pero no me queda nada.

Winkler se le acercó demostrando interés.

-Pueden existir. Hay tantas cosas...

-No hay nada -dijo Johann Wikivill-. A no ser que uno tenga fe... -¿En qué?

-En Dios quizás. En el alma.

Los labios rojos de Winkler ondularon despreciativos. Su voz tuvo un matiz sarcástico.

—He tenido a muchos bajo el bisturí, amigo mío. He explorado hasta el extremo límite su capacidad de sensación... y de sufrimiento. Jamás he encontrado la manifestación de un alma. Los he oído clamar a Dios pero nunca he sabido que Él responda. Hay una sola realidad: ¡Ésta! — se sentó en el borde del lecho y pasó la punta de sus dedos a lo largo de la piel nueva y lisa de la mejilla de Wikivill-. Este cuerpo con sus millones de nervios, cada uno susceptible a su propio deleite. Cuando el cuerpo muere no queda nada. Mientras vive, siempre se le puede arrancar un goce. ¿Por qué rechaza lo que le queda, aun ahora?

Johann Wikivill no se movió. Por su falta de respuesta bien podía haber sido de piedra. Dijo simplemente:

—Porque para mí no queda nada. Nada.

Winkler retiró la mano bruscamente como si se hubiera quemado. Se incorporó.

—Entonces he perdido mi tiempo -dijo en voz alta y dura-. Debí dejar que lo colgaran.

Se volvió rápido y salió de la habitación. Johann se recostó de espalda y cerró los ojos. Cinco minutos después, Rudi Winkler salía, con ropas livianas de primavera, a tomar aire en Bad Quellenberg.

En la terraza vasta y pavimentada de la «Casa de la Arañar, Sepp Kunzli también tomaba aire.

Caminaba lentamente de un extremo al otro, con las manos cruzadas a la espalda, la cabeza inclinada hacia delante, preocupado por un pensamiento largo y complejo. A sus pies el jardín descendía en bancadas de césped y matorrales hasta la cortina de árboles que lo recataba del camino. Junto a él se hallaban las grandes puertas de vidrio de su estudio, donde un inglés anciano con dos ayudantes austríacos trabajaban con un ingente montón de documentos.

Llevaban varias semanas en eso, desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, clasificando, componiendo un índice, formando cuidadosamente una lista de los activos de Sepp Kunzli y de los hombres, vivos y muertos, por quienes habían actuado. Eran abogados como él, hombres secos y meticulosos designados por las Autoridades de Ocupación

para ubicar las propiedades expropiadas y devolverlas a sus dueños legítimos siempre que estuvieran vivos.

De vez en cuando le dirigían la palabra, con respeto y deferencia, como a un colega honorable.

Si necesitaban consejos él se los daba. Llenaba las lagunas de la documentación con su memoria de catálogo. Y todo el tiempo sabía que esa lista que formaban sería el texto de su propio sumario.

No obstante, estaba sereno; casi contento.

Era como si hubiera llegado a una crisis, la hubiera resistido y viviera después en un estado de síncope, en una suspensión de todo esfuerzo y emoción.

Le sobrevino la crisis en el viaje a Zürich. Partió con bastante optimismo, convencido de que en una semana podría arreglar sus asuntos en forma de quedar confortablemente rico y mantener su posición con las autoridades aliadas. Era una jugada que tenía prevista desde mucho tiempo atrás y, en el peor de los casos, lo que pudiera salvar sería considerable.

En Zürich encontró una mujer. Era encantadora, ingeniosa, bien dispuesta, y recientemente divorciada de un rico exportador. Kunzli era un libertino frío y el asunto fue fácil al comienzo. Su final lo dejó consternado.

Ella se retiró después de la primera noche, amargada y con los ojos secos. Las últimas palabras seguían resonando en sus oídos:

—Fue como abrazarse con un cadáver. Lo odio y me dio por ello.

Anteriormente, el miedo que inspiraba a las mujeres de miembros del Partido y a las hijas de los generales le producía placer. Pero con esta mujer fue diferente. No necesitaba vengarse con ella.

Hasta la consideró como el principio de una nueva vida de libertad, como los primeros frutos de los años de espera.

Y de pronto, lo comprendió. Nunca tendría frutos. El árbol era estéril. La raíz nutricia estaba cortada. No volvería a correr la savia de la pasión. Sólo quedaba la ficción de vida, el símbolo muerto, rígido y sin hojas, al que era preferible abatir antes de que se convirtiera en motivo de burla.

La desesperación es un pecado extraño, que se comete de extraño modo. Sepp Kunzli sucumbió a él en las tristes horas vacías de la pasión de su segunda mañana en Zürich. Vio con claridad cuál sería su fin, y, como hombre ordenado, se dedicó a prepararse.

Tuvo entrevistas con sus banqueros, dispuso la liquidación de sus activos más seguros y su depósito en una cuenta a nombre de Anna Kunzli. Reunió en seguida sus demás papeles y los llevó de vuelta a Bad Quellenberg. Cuando llegaron los inquisidores, él los orientó en su investigación y aguardó tranquilo el resultado.

Presentó a su sobrina la máscara habitual de cortés indiferencia. Ni le prohibió ni le fomentó el trabajo con los desplazados. Se contentó con dejarse llevar por los días vacíos hacia el futuro hosco e inevitable.

Lo que ahora le intrigaba era la forma en que había llegado a ese estado vacuo. Otros hombres a quienes conocía, mentían, estafaban, se entregaban a la lujuria, mataban e intrigaban, reteniendo a pesar de todo el gusto por vivir. Siempre tenían metas que alcanzar, deseos que satisfacer. Algunos llegaban al amor... o a una copia pasable del amor. Aún sentían temores. Hasta tenían momentos de exaltación.

Él, no obstante, el más cuerdo y sobrio de todos, perdió en algún punto del camino la clave de la vida: Posiblemente no la poseyó nunca. Quizá se le cayó de las manos el día en que murió su esposa. Acaso ésa fue la razón de su muerte..., que ella supiera que él estaba muerto. Todo era ahora muy lejano, muy difícil y estéril de recordar.

Sintió que en la parte trasera de la casa sonaba la campana que anunciaba a un visitante en la puerta de reja. Detuvo el paseo y miró al camino. Poco después entró el Bürgermeister Max Holzinger subiendo apresuradamente el sendero empinado.

Kunzli le indicó que pasara a la terraza y lo saludó con una sonrisa distante.

—Grüss Gott, Herr Bürgermeister! ¡Qué agradable sorpresa! ¿En qué puedo servirlo?

Holzinger dirigió una mirada nerviosa al estudio.

—Una palabra en privado, Herr Doktor. Una cuestión personal.

Kunzli lo cogió de un brazo y lo hizo pasar por el balcón a un prado soleado donde había sillas rústicas alrededor de una mesa de hierro.

—Siéntese, Herr Bürgermeister. Instalémonos cómodamente. ¿Qué quiere decirme?

Holzinger tosió y se movió incómodo. Nunca fue elocuente, pero ahora sentía la lengua paralizada por el embarazo. Kunzli le dio ánimos, ligeramente irónico: —¡Vamos, amigo! Diga lo que le preocupa. Los tiempos

son malos para todos. No hay razón para que nos sintamos incómodos unos con otros.

–Bien, entonces... -el Bürgermeister inhaló profundamente y se lanzó de cabeza-. ¿Usted..., usted conoce las investigaciones que se están efectuando... sobre propiedades, sobre afiliaciones al Partido?

–Nadie mejor que yo -dijo secamente Kunzli.

–Usted sabe que mi historia es bastante limpia.

–Más limpia que muchas -asintió Kunzli. Después sonrió con un dejo de su antigua malevolencia-. Con suerte usted podría conservar su cargo.

–Me... me preocupa eso menos que mi reputación. Usted comprende que mi posición es delicada. Las Autoridades de Ocupación confían en mí. El coronel Hanlon ha sido huésped en mi casa.

–Y su hija trabaja para él.

–Así es.

–Afortunadamente para usted... y para ella.

–Es verdad. Pero... -Holzinger se estiró el cuello. – Pero un tanto indiscreto de parte de Hanlon. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

–En absoluto, en absoluto -se apresuró a negar Holzinger-. No hay cuestión de amoríos.

Todo es correctísimo y oficial. – ¿Hay esperanzas de matrimonio?

–No se ha tocado el tema. Quizá más adelante se podría esperar...

–Entonces, ¿por qué está triste, Herr Bürgermeister? – preguntó brutalmente Kunzli-. Usted tiene más motivos para alegrarse que cualquiera de nosotros.

Holzinger se lo dijo, tartamudeando.

–Hay... hay la cuestión de mi casa. El título, como usted recordará, fue transferido a mi mujer con una escritura de fecha pasada. Si llegara a saberse...

Kunzli lo miró. – ¿Cómo podría saberse, amigo mío, si sólo usted y yo lo conocemos... y los testigos ignoraban el contenido?

–Yo... yo pensé que usted podía darme seguridades...

Holzinger sudaba. Estaba planteado el asunto, pero le había fallado la diplomacia. Kunzli le presentaba el cebo. Después fijaría su precio. La pregunta siguiente lo dejó aún más sorprendido. – ¿Para qué lo traicionaría yo, Herr Bürgermeister? – ¡Por favor! – Holzinger levantó una mano temblorosa con gesto de excusa-. Yo no quise decir eso.

–Sí lo quiso -replicó suavemente Kunzli-. Y no debe avergonzarse de reconocerlo. En otro tiempo eso podría haberme halagado.

Holzinger guardó silencio. Estaba tratando de leer los pensamientos que se desarrollaban detrás de los ojos metálicos de araña. Kunzli lo dejó sudar otro rato, y después pareció acometerlo una idea nueva. Dijo con animación:

–Le propongo un trato, Holzinger.

Holzinger dio un respingo. Ése era el momento que temía. Vacilando preguntó: –¿Qué especie de trato?

–Le daré mi promesa solemne de guardar el secreto, a cambio de un pequeño favor..., un favor personal.

–No comprendo.

–Es muy sencillo. Le agradecería que invitara a comer a mi sobrina, pronto... y que la hospedara por la noche. – ¿Eso es todo? Quiero decir... en cualquier circunstancia sería un placer, pero...

–En las circunstancias actuales sería el mayor favor que usted pudiera hacerme. – ¿Puedo preguntar por qué?

–Es preferible que no pregunte, Herr Bürgermeister.

Y por primera vez en los años que se conocían, Holzinger supo que arrancaba la verdad a Sepp Kunzli. En secreto y con vergüenza, se alegró de ello.

La primavera trajo al padre Albertus una labor nueva, la visita a su rebaño. El invierno le impedía ver a muchos. Estaba demasiado viejo y frágil para hacer las rondas de las fincas lejanas y de los pueblos aislados en los valles más remotos.

Pero cuando brillaba el sol y se secaban los caminos, y su corazón cansado latía con más fuerza, podía moverse con más libertad, a veces a pie, otras en un carricoche.

Tenía mucho quehacer: bautizar niños, escuchar confesiones, confortar a los enfermos con los sacramentos, regularizar parejas. Se hospedaba en las granjas más lejanas y celebraba misa en la gran sala familiar, de cuyas vigas ennegrecidas colgaban cebollas, jamones ahumados y salchichas oscuras.

Ésa era su interpretación de la alegoría primaveral: la savia de la gracia fluía de nuevo, de la raíz que es Cristo, a través del tronco que es su Iglesia, a las ramas extendidas que son la comunidad diseminada de los fieles.

Algunas ramas parecían estar muertas, lo que era una tristeza para él. Pero

nunca desesperaba ni cesaba de rogar. La primavera obraba milagros cada año. De las varillas más secas brotaban retoños. Los troncos más viejos estallaban en ramas nuevas. Y en las cuevas abruptas las gencianas encontraban sitios donde crecer.

En esa tarde alegre, mientras Rudi Winkler salía a ver la ciudad y Mark Hanlon bajaba apresuradamente a conferenciar con Reinhardt Huber, el anciano sacerdote volvía a su casa después de una gira de dos días por el sector sur de su parroquia. Los leñadores lo habían transportado hasta la cumbre. Ahora descendía lentamente por la huella angosta que empalmaba con la Mozartstrasse. A ratos se detenía para alimentar a los pájaros con un puñado de migas que llevaba en el bolsillo, o a invitar a las pequeñas ardillas grises que se cogían de los troncos y miraban con sus ojitos astutos y brillantes. Lo rodeaba el sonido del agua, y el murmullo tamizado del viento a través del follaje nuevo. Se impregnó de la luz radiante y el calor reanimó su vieja sangre. Se renovaba la vida y también la esperanza. En las bocas de los muertos brotarían flores. Los niños jugarían sobre cadáveres amontonados sin saber que estaban allí.

Cuando llegó a la Mozartstrasse se detuvo y contempló el pequeño chalet de pino amarillo con la bien cuidada terraza de césped al frente. Sacó de su bolsillo una libreta, en que mantenía el registro de sus fieles. La anotación que correspondía a esa casa decía solamente: «R. Winkler. Visitante. Se ignora su religión.» Volvió a mirar la casa y vio que la puerta de entrada estaba abierta y las cortinas de las ventanas descorridas. Guardó la libreta en su bolsillo, y subió los peldaños de piedra.

Golpeó ligeramente la puerta de la casa. No tuvo respuesta. Repitió los golpes y aguardó un momento; en seguida entró.

Lo primero que se le presentó fue el ama de llaves, asustada y con la boca abierta, en el marco de la puerta de la cocina. Después vio al hombre acostado en la cama. Estaba durmiendo, con el rostro vuelto hacia la pared, de modo que el padre Albertus vio las curaciones en su mejilla y la piel nueva que crecía alrededor.

Volviéndose al ama de llaves le preguntó en voz baja: -¿Cuánto tiempo lleva aquí?

La mujer tenía demasiado miedo para mentir y le dijo:

-Desde el día de San Nicolás. El Herr Doktor lo ha cuidado. Yo no tengo nada que ver con esto, padre. Aquí soy sólo una sirvienta y...

Él la hizo callar con autoridad. – ¡Silencio, mujer! De mí no temas nada. Déjanos.

–Pero el Herr Doktor...

–Déjanos.

Ella salió, cerrando detrás la puerta, y el padre Albertus se sentó a esperar que el durmiente despertara. En silencio principió a rezar: «Abre, Señor, mis labios, y pon sabiduría en mi lengua...»

Rudi Winkler se apoyó en el parapeto del puente y contempló la cascada que se precipitaba de los despeñaderos y atravesaba la ciudad por el centro. Ahora estaba hinchada con el deshielo y su ruido ensordecedor llenaba las calles y el rocío saltaba como una neblina suave entre las paredes ciegas de los edificios.

Este tumulto de agua tenía algo de hipnótico y Winkler permaneció ahí largo tiempo, observando los dibujos de la espuma y su jugueteo en la superficie de las rocas. De pronto experimentó la sensación molesta de que alguien lo observaba.

Levantó la vista y vio, a media docena de pasos, a otro hombre que de espaldas al agua lo miraba con atención.

Era enjuto como un rodrigón y la ropa le colgaba floja. Su rostro era largo y huesudo, hundidos sus ojos y sus cabellos erizados como una escoba de ramas de abeto.

Winkler trató de dominarlo con la mirada, pero el otro la sostuvo. El pequeño bávaro hizo un gesto de molestia, dio media vuelta y caminó calle arriba en sentido opuesto, consciente de los ojos hostiles fijos en su espalda en retirada.

Después de un rato el hombre de los cabellos hirsutos también se fue. Y cuando llegó al «Bella Vista» reunió a sus amigos y les dijo:

–El Carnicero está en la ciudad. Lo he visto con mis propios ojos.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

En la oficina raída del 121 Feldlazarett, Mark Hanlon conferenciaba con Reinhardt Huber. El Doktor estaba furioso. Su rostro ancho, de ordinario bien humorado, aparecía sombrío y tenía los labios apretados. Al hablar jugueteaba nerviosamente con un cortapapeles de acero, ora rayando el secante, ora apuntándolo como un bisturí al rostro atento y serio de Hanlon.

–Se lo dije en otra ocasión, amigo mío; yo no tengo lealtades locales. No pertenezco a esta ciudad. Mi mundo se contiene en las murallas de este hospital. Por eso no me incumbe convertirme en delator en favor suyo o de nadie. Si este robo fuera de otra índole, yo procedería como si se tratara de un asunto militar o se lo entregaría a Fischer. Pero se trata de algo muy vil. Usted sabe cómo escasean aquí las cosas; cómo despiertan los hombres bajo el bisturí porque tengo que racionar el anestésico; cómo tengo que reservar las sulfamidas y la penicilina para los casos extremos y dejar que los otros aguanten sus dolores por semanas y meses. Cuando roban lo poco que tenemos, considero al ladrón como un asesino. Lo llamo a usted. ¿Me entiende?

–En parte -dijo Hanlon rehuendo comprometerse-. Sigo pensando que en ausencia de otras circunstancias, Fischer es el hombre que tiene jurisdicción. – ¡Al diablo con Fischer! – explotó Huber-. Fischer está metido en esto hasta las orejas.

–Si puede probarlo -dijo Hanlon con sonrisa torva- estaré contentísimo de intervenir. – ¡Muy bien! – Huber dejó caer ruidosamente el cortapapeles y se levantó de la silla, dominando a Hanlon con su alta estatura. Dio rienda suelta a su furia, su herida y su vergüenza-.

Aquí están las pruebas. Primera: los robos se están produciendo hace mucho tiempo. – ¿Desde cuándo?

–Se notaron las primeras desapariciones después de San Nicolás. – ¿Por qué no tomó medidas entonces?

Huber se encogió de hombros con aire apesadumbrado.

–Era la primera vez. No estábamos seguros de que fueran robos. Las cantidades eran muy pequeñas: un cuarto de litro de éter, solución antiséptica, un poquito de polvos de sulfamida. Podían explicarse con un inventario descuidado. Después, como usted sabe, fue mucho más difícil conseguir cosas. Usted nos ayudó en el tiempo peor. Pero seguían las pequeñas pérdidas inexplicables, y todos de la misma clase. Anestésicos, antisépticos, vendas. Ahora -su dedo grueso apuntó enfáticamente a Hanlon-, segunda: comienza el ataque contra el artículo final y más precioso de todos. Desaparecieron del refrigerador dos cápsulas de penicilina. Sobre esto no cabe duda; créame. – ¿Usted sabe quién las tomó?

Huber hizo un signo de asentimiento.

–Esta vez, sí. Una veladora de la sala lo vio salir del dispensario en un momento en que no tenía por qué encontrarse ahí. – ¿Lo ha interrogado?

–Aún no. Prefiero que usted se halle presente para hacerlo.

Hanlon frunció el ceño y movió la cabeza.

–Sin un motivo, no. ¿Por qué quiere que lo haga yo? Huber lo explicó brevemente.

–Nuestro ladrón tiene una querida en la ciudad. El marido es uno de nuestros pacientes... incurable, el pobre diablo. Ella viene a visitarlo y se vuelve con su compañero de las noches... -¿Cómo se llama ella?

–Gretl Metzger. Regenta uno de los estancos.

–No hay nada contra ella en nuestros archivos.

–No creo que nadie tenga nada -dijo Huber con cansancio-. Pero la relación es significativa.

Más aún si se sabe que Gretl Metzger es un antiguo amor de Karl Adalbert Fischer. – ¿Puede probarlo? – preguntó Hanlon con súbito interés.

–No sería difícil. La ciudad es chica. Todos conocen las pequeñas suciedades ajenas. Ya tenemos el cuadro completo: nuestro ladrón, su amiguita, Karl Fischer, y un puñado de drogas de tres categorías. ¿Qué indica todo eso?

–Mi primera intuición -dijo Hanlon concisamente-: Fischer está escudando a un asesino y alguien trata de hacerle cirugía plástica en la cara. En el mercado no hay abastecimientos médicos.

Éste es el único modo de obtenerlos. Fischer ha usado a la Metzger para seducir a su personal. – ¡Correcto, amigo! – Huber volvió a sentarse-. Ahora, ¿se encarga del caso?

–Me hago cargo.

–Bien -dijo Huber-. ¿Y también me paga la información que le he dado?

Hanlon lo miró sorprendido. La petición era descarada y, no obstante, completamente ajena al carácter del hombre. La boca de Huber se relajó en una sonrisa melancólica.

–Usted repondrá mis medicamentos, Hanlon, y aumentará mi cuota. El papel que estoy desempeñando no me enorgullece, ¿sabe usted? Estoy vendiendo compatriotas míos a la Fuerza de Ocupación. Quiero que eso me produzca algo... para mis pacientes al menos:

–Tendrá su provisión -dijo Hanlon, tranquilizado-. Y no creo que deba hacerse reproches. ¿Con qué derecho se salvaría un asesino cuando veinte

hombres mueren de choque o de septicemia porque les han robado sus remedios?

—No hay derecho ninguno -repuso Huber con expresión desolada-. Pero yo soy médico; no soy juez.

—Le guste o no -observó Hanlon ceñudo-, todos somos jueces. Usted ha salido mejor librado que yo. Yo soy verdugo además...

—Es el precio de la victoria -comentó Huber, sarcástico.

—Que sólo compra un dolor de cabeza -replicó agriamente Hanlon.

—Y la hija del alcalde.

Lo dijo sonriendo, pero Hanlon lo recibió como un puñetazo en la boca. Se sonrojó, se incorporó violentamente y miró a Huber. Su ira estalló en una andanada de invectivas. — ¡Miserable! Cruel, sucio y miserable. Yo confiaba en usted, Huber. He tratado de ayudarlo, y me lanza al rostro ese fango. ¡Váyase al diablo! Traiga a su hombre para interrogarlo y después maneje su hospital sin mi ayuda.

El gran tirolés no se movió. Permaneció abatido en la silla contemplándose las manos. Pasó mucho tiempo antes de que levantara la cabeza. Cuando lo hizo, Hanlon vio que tenía los ojos llorosos y que su rostro había envejecido súbitamente. Sus palabras salieron, entrecortadas y sorprendentemente contritas:

—He dicho algo imperdonable..., una broma malévola. Estoy humillado por lo que ha sucedido aquí, con mi propia gente. Me avergüenza el papel que me ha correspondido, y por eso trato de humillarlo. Destruyo de un solo, golpe una amistad que me es preciosa. Lo deploro... ¡Sólo Dios sabe cuánto lo deploro!

Con un gesto súbito de cansancio apoyó la cabeza en sus brazos y se desplomó sobre el escritorio. Hanlon lo contempló con expresión fría y amargada. Sus palabras indignadas restallaron como un látigo sobre la cabeza bamboleante.

—Vine como amigo, Huber. Vine a edificar, no a destruir, a cooperar y no a gobernar. ¿Qué he obtenido? Asesinato, engaños, mentiras, insultos. Estoy cansado de todo. Ya he tenido lo suficiente.

Huber alzó lentamente el rostro desfigurado y lo miró. Su voz fue inexpresiva y fatigada.

—Ésa es la dificultad, Hanlon. Todos estamos cansados. Ya no pensamos rectamente. Yo estoy hastiado de vivir en esta miseria, enfermo de muerte

por mi incapacidad para combatirla. Estoy cansado de parchear cuerpos que están arruinados sin remedio; cansado de predicar una esperanza en la que no creo; armado de mendigar medicinas e instrumentos; cansado de la carnicería que tengo que hacer en ausencia de ellos. No puedo desdecirme de lo dicho, pero créame que lo siento.

Se puso de pie y miró de frente a Hanlon, con el escritorio de por medio. En seguida le tendió la mano.

Hanlon tuvo una vacilación momentánea, se la estrechó, se miraron, avergonzados como colegiales, hasta que en el rostro demudado de Huber apareció una sonrisa lenta.

—Nadie cree que ella sea su querida, y les ofende que no lo sea. Temen a los santos, y los célibes son hombres peligrosos. Aquí somos primitivos; nos agrada que nuestros gobernantes se embriaguen a su gusto y sean felices en la cama. Así son más fáciles de manejar.

—Yo soy un romántico -dijo Hanlon con una sonrisa de muchacho-. Sigo clamando por alcanzar la luna. Necesito una mujer que me ame; no una querida.

Las grandes manos de Huber barrieron con un gesto esa locura celta.

—La luna es fría, mi amigo. Pero si una mujer le da calor en la cama, ya está a mitad de camino del amor.

Y con la frase picaresca reanudaron su amistad y se dedicaron al asunto entre manos: localizar las drogas robadas y buscar al hombre del fusil.

Karl Adalbert Fischer estaba sentado bajo el mapa salpicado de vino, con sus banderitas melancólicas y marchitas, considerando su propio futuro dudoso. La primavera estallaba en las montañas, pero él seguía sumido en un invierno ceñudo de inquietud y desilusión.

Tenía los ojos inyectados, la boca amarga por el licor, y el cuerpo agotado por la pasión de la noche precedente. Ya estaba viejo para la lujuria, pero el impulso del hábito continuaba fuerte, y la esperanza tardaba más en morir que el éxtasis vacío de amor. Había pasado la noche anterior con Gretl Metzger. Ella le telefoneó en la tarde la noticia de que no habría más suministros del hospital, y que su amigo corría peligro diario de ser descubierto.

Fischer fue a visitarla. Gretl lloró, gritó y lo amenazó, hasta que, vencido por el cansancio, tuvo que acostarse con ella. La mujer sollozó en su pecho jurando que nunca lo traicionaría, pero cuando ella sucumbió al

sueño, Fischer permaneció varias horas despierto mirando la oscuridad y convencido de que cuando llegaran los inquisidores ella confesaría todo.

No dudaba que llegarían. Con la misma claridad veía lo que él tendría que hacer. Sonreír, someterse y guardarse de contestar preguntas mientras no lo sometieran a juicio; entonces, con suerte y un buen abogado, podía asumir el papel de mártir, del hombre arrastrado a raterías por lealtad a su familia y su país. Sería un buen caso. La Prensa podría convertirlo en famoso.

Las Fuerzas de Ocupación se encontraban ante un dilema difícil. Predicaban la democracia y el derecho a procesos judiciales equitativos. En la práctica ejercitaban la autocracia y una dudosa legalidad en los trámites.

Más preocupado estaba por su sobrino que por sí mismo. El muchacho iba a terminar su tratamiento. La libertad estaba a la vuelta de la esquina. Alejarlo ahora sería una burla exquisita. El tiempo militaba en su contra, y también las circunstancias. Pero de algún modo encontraría un camino.

Se columpió en las patas traseras de la silla, subió los pies a la mesa y encendió otro cigarrillo.

Antes de que consumiera la mitad oyó un golpe en la puerta y vio entrar al padre Albertus.

Bajó los pies de la mesa y se levantó a saludarlo. El anciano suprimió las formalidades del saludo con un gesto de la mano y llegó directamente a su objetivo.

—Esta tarde vi a su sobrino, Karl. — ¡Qué me dice! — Fischer lo miró, irritado y sin comprender-. Yo le ordené a ese estúpido que se mantuviera dentro de la casa.

—Así lo hizo, Karl. Lo descubrí por casualidad. Hice las visitas parroquiales y llegué a casa de Winkler. — ¡Ah! — Fischer exhaló un largo suspiro de alivio-. Me tuvo asustado un momento, padre.

Ahora sonreía, pero el rostro del sacerdote siguió severo. Dijo a Fischer con resolución:

—Winkler no puede hacer nada más por él. Me lo llevaré de ahí. — ¿Qué? El padre Albertus lo miró con digna entereza.

—El muchacho tiene el cuerpo casi sano, pero su mente está enferma, próxima a la desesperación. Winkler no puede ayudarlo, porque él mismo se halla muy cerca de la condenación.

Me propongo llevar a Johann a mi casa y cuidarlo.

Fischer lo miró con expresión estúpida, buscando torpemente las palabras.

–Usted quiere decir que se atrevería...

–Por una alma extraviada -dijo con sencillez el padre Albertus-, Un sacerdote debe atreverse a todo. Además la iglesia puede protegerlo mejor que usted o Winkler.

Fischer sacudió la cabeza y sonrió con pena.

–La Iglesia ya no es un refugio, padre. Estamos en el siglo XX, en la era del Estado secular. La Iglesia no tiene inmunidades.

–Es posible que Dios dé lo que el Estado niega -dijo mansamente el anciano-. En todo caso, me lo llevaré. Esta noche, después que oscurezca, lo haré bajar a mi casa. Puede quedarse ahí hasta que sane, de cuerpo y de espíritu. – ¿Y después...?

–Entonces resolverá lo que debe hacer.

Fischer se deslizó lentamente a su asiento y de pronto se echó a reír. El anciano lo miró ceñudo.

–Sería mejor que me dijera dónde está la gracia, Karl.

Karl Adalbert Fischer dejó de reírse y le indicó, molesto, que tomara asiento. En seguida, sin emoción, se lo dijo.

El anciano escuchó atentamente la historia hasta el final; después se apoyó en el respaldo de la silla, juntó las puntas de sus dedos y miró meditabundo al policía. Sus primeras palabras fueron características.

–Aún queda esperanza para usted, amigo.

Fischer se encogió de hombros y movió la cabeza negativamente.

–No tengo esperanza, créamelo. Esta tarde me detendrán.

–No pensaba en eso -dijo el padre Albertus-. Estaba pensando que, por primera vez en muchos años, usted ha realizado un acto de abnegación, a un costo considerable para usted. Ésa es la verdadera esperanza.

Fischer guiñó sardónicamente un ojo al sacerdote. – ¿Cree que va a llevarme al confesionario, padre?

–Querría llevarlo al cielo -dijo el padre Albertus con una sonrisa súbita-. Eso podría costar menos.

–Ponga a salvo al muchacho -replicó acremente Fischer-. Eso es lo que importa.

–No, Karl. Lo importante es darle esperanza y un objetivo. El resto es intrascendente.

Los ojos de Fischer mostraron fría admiración.

–Ustedes, los curas, no aprenderán nunca.

–Depende de la lección, Karl.

–Y qué quiere usted que yo aprenda, padre. Soy perro viejo. Las gracias nuevas no me gustan.

–Es la lección más antigua del libro. – El sacerdote se levantó, pronto para marcharse. Se detuvo un momento y citó con voz suave-: «Vanitas vanitatum...» Vanidad de vanidades, Karl.

Todo es vanidad fuera del amor de Dios y el amor a sus criaturas.

El pensamiento era oportuno, pero amargo. Karl Adalbert Fischer seguía rumiándolo cuando llegó el capitán Johnson con dos soldados a prenderlo.

Rudi Winkler regresaba de su caminata. Había dado la vuelta completa a la ciudad y las avenidas bajas, y retornaba pensando alegremente en la perspectiva de una cerveza en el «Goldener Hirsch», y de un baño caliente al llegar a su casa.

Estaba cansado pero con sus nervios laxos, y caminaba lentamente, silbando una canción de taberna e inhalando el último calor del día, perfumado a pino. Se alargaban las sombras y los tenderos colocaban los postigos, pero la calle larga y sinuosa presentaba una extraña actividad.

Pequeños grupos de paseantes recorrían los senderos angostos que desembocaban en el camino.

Otros se detenían en las puertas de las tiendas hablando en voz baja.

Al principio no reparó mucho en ellos, envuelto como estaba en un cansancio agradable y en la contemplación habitual de sí mismo. Después le sorprendió la rareza del espectáculo. La hora era tardía para paseantes. Éstos no eran de la ciudad. Tenían distinto aspecto, rostros angulosos y extraños, ojos hostiles, tez amarillenta y enfermiza. Sus voces también eran extrañas, bajas y secretas, con acentuación foránea. No caminaban libremente como los montañeses, sino que oscilaban, casi furtivos, con los hombros bajos y las cabezas avanzadas.

Winkler principió a inquietarse. Apuró el paso, dando zancadas largas, sin mirar a derecha ni a izquierda.

Los paseantes reaccionaron inmediatamente a su cambio de velocidad. Los que estaban en las puertas salieron al sendero y caminaron en la misma

dirección, manteniéndose en línea con Winkler, de modo que formaban una cortina humana entre él y el refugio de los zaguanes.

Los que iban detrás formaron fila a lo ancho del camino, cortándole la retirada. Él no se atrevía a volver la cabeza, pero oía el ruido mesurado de sus pasos. Después comenzaron a canturrear y el compás seguía el ritmo acompasado del golpe de sus botas: ¡Carnicero! ¡Carnicero! ¡Carnicero!

Lo dominó el pánico y comenzó a correr, jadeando y tropezando en el camino empedrado de subida. Los otros también corrieron sin tratar de alcanzarlo, pero siguiendo sus pisadas, manteniéndose a sus flancos. Seguían con su cantinela, jadeando pero con insistencia, y el sonido retumbó en sus oídos en un crescendo de terror.

Corrió más y más rápido, por la cuesta que llevaba a la plaza pública donde generalmente había un policía apostado. Entonces advirtió que antes de llegar a la plaza tendría que cruzar el puente sobre la cascada hirviente. Al doblar la esquina miró.

Cada parapeto estaba bordeado por figuras de espantapájaros, y una fila doble bloqueaba la salida. La esperanza murió en él y se detuvo. Sus perseguidores también se detuvieron. Él se quedó inmóvil en un vasto cuadrilátero de seres con rostros de esqueletos, miembros de espantapájaros, ojos muertos, llenos de odio.

Lo observaron en silencio mientras él volvía la cabeza de un lado a otro para descubrir una vía de escape. Lo vieron abrir la boca y oyeron su alarido. Luego, sin premura, comenzaron a cercarlo.

Cinco minutos después un bulto desgarrado y sangriento se elevó sobre las cabezas de la turba y fue lanzado por encima del parapeto. Lo vieron dar botes y saltar en el torrente; después se alejaron; arrastrando los pies, en dirección del «Bella Vista».

La Policía se negó a desempeñar funciones después del arresto de Karl Adalbert Fischer, y las tropas de Mark Hanlon aún no llegaban a patrullar la ciudad.

A las siete de la tarde llegó la noticia del asesinato de Winkler al Cuartel General. Más de una docena de personas lo presenciaron, desde las fachadas de las tiendas y las ventanas de los pisos altos. Algunas telefonearon a la Policía, pero la autoridad se había derrumbado y nadie estaba dispuesto a recurrir a la Fuerza de Ocupación.

El norteamericano Miller fue el primero en descubrir la verdad. Cuando sus pacientes regresaron, exhibiendo un goce bestial mezclado con miedo, la nueva se difundió rápidamente por las salas, y una enfermera con el rostro pálido acudió presurosa a la oficina del director para comunicársela.

Miller actuó con rapidez. Todos los pacientes fueron confinados en el hospital y se encargó a un destacamento de las tropas la vigilancia de los accesos. En seguida fue en auto al «Sonnblick» a informar lo sucedido.

Hanlon le escuchó en silencio, aprobó sus prontas medidas y lo interrogó:

–Primero el nombre. ¿Usted está seguro de que es Winkler?

–Sin duda alguna -confirmó Miller con su voz inexpresiva-. Media docena de testigos me lo han dicho. Le llamaban Carnicero Winkler. Sirvió en dos campos de concentración, Dachau y Mauthausen. De todos modos usted podrá identificarlo cuando encuentre el cuerpo.

–Lo dudo -dijo Hanlon con repugnancia-. Por lo que me dicen lo hicieron jirones. ¿Cuántos de los suyos están implicados?

–Más de cincuenta. – ¿Se puede identificar un cabecilla?

Miller movió la cabeza con gesto de duda.

–No. No creo que sea prudente hacerlo. – ¿Por qué lo dice?

–Porque fue un acto colectivo. Una cabeza de turco le daría otro carácter. Es más fácil manejarlo de este modo, más fácil acallarlo.

Hanlon le dio una mirada rápida y penetrante. – ¿Por qué piensa que yo quiero acallarlo? – Usted no tiene elección -dijo Miller-. Se han hecho justicia a su modo, justicia primitiva si usted quiere, pero ni sus jefes ni los míos querrán que se divulgue.

–No se puede proceder de dos modos -replicó terminantemente Hanlon-. No se puede usar tribunales algunos y la ley de Lynch para los demás. Sería negación de todo lo que tratamos de hacer aquí.

–De acuerdo -dijo Miller sonriendo con acritud-, pero hablo por experiencia: éste no es el primer caso que he visto. Ha habido otros muchos peores. Todos han sido silenciados discretamente. También lo harán con éste.

–Ésta es una área de jurisdicción británica -repuso Hanlon secamente-. Creo que mis compatriotas procederán de otro modo.

–Yo no lo aseguraría. Hay una política de Cuarto Poder involucrada. Además, existe un punto práctico. ¿Qué haría usted con cincuenta

desplazados? ¿Entablarles un sumario y aplicarles una sentencia colectiva? ¿Entregar a los rusos y a la Guardia Vieja un colosal instrumento de propaganda? Es mejor enterrar a Winkler y al caso.

–Tendré que informar sobre él -dijo inflexible Hanlon-, y pedir instrucciones a Klagenfurt.

Enviaré al «Bella Vista» alguien que tome declaraciones y haga una lista de los participantes. Le agradeceré que me facilite las cosas,

–Tendré sumo placer en ayudarle -repuso Miller sin molestarse. En seguida estiró su cuello largo y su rostro arrugado revistió una expresión severa-. No me interprete mal, Hanlon. Conozco su manera de pensar y la situación de aquí. Sólo trato de evitarle complicaciones.

Hanlon sonrió de mala gana e hizo un gesto de incapacidad.

–Ya las tengo. Acabo de hacer detener a Fischer la Policía está en huelga. – ¡No me diga! – Miller echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada-. ¿Cuál es el cargo?

–Receptor de mercaderías robadas. Encubridor de criminal. Cómplice después del hecho en un caso asesinato. – ¿Y podrá probarlos?

–No todos. Mi grupo de servicio secreto lo está haciendo sudar en estos momentos. El asunto de Winkler los ayudará, y también a mí. – ¿Cuál es la conexión?

–Eso es lo que espero descubrir. He despachado a Johnson para que registre la casa de Winkler y detenga a su ama de llaves. Si ella habla, como probablemente lo hará, carearé a Fischer con ella y veremos lo que sacamos.

Miller se levantó y le tendió la mano.

–Que la suerte lo acompañe, Hanlon. Y que no tenga tropiezos en Klagenfurt. – ¡Al diablo con Klagenfurt!

–Al diablo con toda esta porquería piojosa... Quisiera volver a mi casa.

–Todos lo deseamos.

Éste era uno de los lugares comunes del Servicio, y Hanlon lo repitió con fluidez. Pero la verdad era muy distinta. Él no tenía una casa donde ir y, en todo caso, el triunfo estaba muy próximo para que lo deseara.

Karl Adalbert Fischer sudaba a la luz de las bombillas eléctricas.

Se hallaba sujeto a una silla en uno de los sótanos del «Sonnblick», las luces le daban en la cara y a un pie de su espalda tenía la caldera de la

calefacción abierta al tope, mientras tres inquisidores de rostros herméticos lo acosaban a preguntas, hora tras hora.

La técnica era familiar y Fischer contaba con sus años de experiencia para convertirla en un ritual inofensivo aunque tedioso. Resistió muy bien las dos primeras horas. Salvó con rodeos los armadijos y evitó los garlitos con el desprecio fácil de un hombre que los conoce de memoria.

Pero, lentamente, se dejó sentir el esfuerzo. La ropa se le empapó en transpiración, se le secó la boca, los dedos le temblaron, le ardieron los ojos y la cabeza comenzó a zumbarle dolorosamente bajo el golpeteo sordo y reiterado de las voces. Trató de comprimir los labios para no gritar. En vano procuró cerrar los oídos y retraerse en un estado de hipnosis autoinducida, pero las luces lo cegaban y las voces continuaban resonando, hasta que, a pesar suyo, deseó confesar todo y terminar.

De pronto, sorprendentemente, cesaron de interrogarlo. Se apagaron las luces, le sirvieron café y un plato de emparedados y, mientras él comía, conversaron animadamente de materias sin trascendencia. Después le dieron un cigarrillo y dejaron que lo fumara hasta el fin, mientras charlaban con él como con un igual.

Sonó el teléfono y lo atendió uno de los hombres. Fischer aguzó el oído, pero sólo pudo oír los chasquidos confusos del receptor y una serie de respuestas inconexas. El inquisidor dejó el auricular y se le cercó sonriendo.

—Tiene suerte, Fischer. Era el teniente coronel Hanlon. Lo dejaremos en libertad.

Fischer lo miró atónito. — ¿Qué dijo?

—Lo dejaremos libre. No hay cargos.

Una oleada tibia, reconfortante, pasó por el cuerpo de Fischer. Ganaba la partida. No había dicho nada. Emergía de ese trance breve con más prestigio y más poder. Pidió otro cigarrillo y se lo dieron sin vacilar. Quiso encenderlo pero las manos le temblaban con violencia, y uno de los inquisidores le acercó amablemente su encendedor. Le sirvieron otra taza de café y principiaron a reunir sus papeles en la actitud avergonzada de hombres que terminan con una tarea desagradable.

Entonces se abrió la puerta y entró Mark Hanlon con el ama de llaves de Rudi Winkler.

En una habitación larga y desnuda del último piso de la Pfarrhaus, el padre Albertus cenaba en compañía de Johann Wikivill.

Hacía muchos años que la mesa de la parroquia no ostentaba una comida semejante: Rindsuppe, una trucha recién cogida y rellena con callampas, un pollo asado, Apfelstrudel y crema fresca batida. Bebieron Nussberger con las carnes y un moscatel con el postre, y acompañaron el café con largos cigarros holandeses. El anciano había conseguido tales elementos de los tenderos y los entregó a su gruñona ama de llaves, confiando en que su destreza no se hubiera atrofiado con los años de cocina ascética. No le disimuló la identidad del huésped, pero le impuso silencio y la devolvió a sus obligaciones.

Cuando llegó Wikivill, huraño y aterrado, hizo que se bañara, se mudara de ropa y se acomodara en un pequeño dormitorio con vista a la ciudad y el valle. A la hora de la cena ya estaba tranquilo el visitante y comieron en calma, con luz de velas, como hombres ajenos a las calamidades.

El padre Albertus dirigió la conversación por canales inofensivos, y su huésped respondió con gratitud a ese placer olvidado. Hablaba bien, pero con indiferencia, como si él, lo mismo que el sacerdote, ya no perteneciera al mundo que comentaban. Tenía las manos firmes y los ojos limpios, pero sombríos como los de un hombre habituado a la contemplación de inmensas distancias, infecundas y desnudas de árboles.

Sólo cuando apuraron el último sorbo de vino y las últimas gotas de café, y encendieron los cigarros, hizo la pregunta crítica:

—Usted me ha traído aquí, padre. Le estoy agradecido. Pero, ¿qué intentará hacer conmigo?

Los ojos mansos y profundos lo miraron desde el rostro luminoso. La voz grave le repuso:

—Has llegado, como lo hace todo hombre tarde o temprano, al final de un camino. Detrás de ti hay ruinas. Al frente, lo ignoro. Es el comienzo de la desesperación.

—Es la desesperación.

—No -la voz del sacerdote fue suave pero firme-. La desesperación es la pérdida de la esperanza.

—Yo no tengo esperanza.

—Trataré de darte una. — ¿Podrá hacerlo?

Era un reto definido, pero, cosa extraña, el anciano no lo recogió. Después de una corta pausa, le dijo con sencillez:

–Si te lo prometiera, hijo, te mentiría. La esperanza nace de la fe. Por ahora no tienes fe. No crees en Dios. No puedes creer en ti mismo. Yo no puedo darte fe. La fe es un don del Todopoderoso. Lo más que puedo hacer es inducirte a desearla, ayudarte a que te prepares para recibirla.

–Yo lo deseo -dijo Johann Wikivill con desaliento-. La necesito, como necesito amor y pasión y un cuerpo entero... todo lo que no podré tener.

–Necesitas más que eso, hijo, porque el alma subsiste, aun después que el cuerpo se destruye.

–Si hay alma.

–Si el alma existe, y si puedes creer en ella, ¿soportarías mejor la mutilación y la pérdida?

–Creo que... sí.

–Por ahí comenzaremos -pareció como si saltara fuego tras el rostro transparente-.

Razonemos juntos. Meditemos juntos. Oremos juntos.

–No puedo orar. ¿Cómo lo haría sin creer?

–Rezarás como lo hacía un gran inglés, el que pasó de la fe a la incredulidad para volver a la fe, y que por último fue investido con la dignidad de príncipe de la Iglesia: «¡Oh Dios -si hay un Dios-, dame luz!»

Johann Wikivill mantuvo sus ojos sombríos fijos en la mesa. Las llamas de las velas proyectaron sombras extrañas en su rostro flaco y vendado.

Después de un rato dijo en voz baja:

–El viaje es largo, padre. Dudo de mi valor para emprenderlo.

–Al final hay luz. Y no lo harás solo. Yo te acompañaré todo el trayecto.

–Pueden impedirselo. El inglés quiere mi cabeza.

–No la conseguirá, a menos que tú quieras dársela.

La voz del anciano revelaba tanta fuerza y convicción, que su huésped lo miró con viva sorpresa.

–Usted no puede prometérmelo, padre.

–Puedo y lo hago.

–No puede. Tras el inglés está un país entero... ¡Cuatro países! Usted no puede pelear contra todos.

–Yo no, hijo mío -el padre Albertus alzó sus manos nudosas y quebradas-. Pero Dios Todopoderoso que ensalza al humilde y derriba a los fuertes de sus sitios...

Lo interrumpió el sonido agudo e incongruente del teléfono en la sala desnuda. El padre Albertus se levantó para atenderlo y su huésped escuchó, tenso y rígido. Sólo oyó las respuestas dislocadas del sacerdote. – ...No... no he sabido... es horrible... sí... comprendo... No. Preferiría dejarlo para mañana... Me presentaré sin falta... Sí, se lo aseguro... Auf Wiedersehn. Colocó el auricular cuidadosamente en el soporte y se volvió a su huésped. En voz baja le dijo:

–Era el teniente coronel Hanlon, Comandante de Ocupación. Winkler fue asesinado esta tarde.

Arrestaron a tu tío. Hanlon sabe que estás conmigo. – ¡No...! – el sonido escapó como una larga exhalación de horror. Johann echó atrás la silla pugnando a salir y quebró una copa-. ¡Tengo que irme! ¡Tengo que salir de aquí! – ¡No! – la voz profunda estalló como un trueno. Del anciano saltó fuego cual si fuera un rayo.

Su cuerpo frágil pareció aumentar en estatura, dominan la habitación y la figura tensa y agazapada de su huésped-. Yo te hice una promesa y la cumpliré. Ellos no te apresarán, hijo mío. Confía en mí... en nombre de Dios.

–No creo en Dios.

–Entonces cree en mí.

Lentos e inexorables se desgranaron los segundos, temblaron las llamas de las velas, y el silencio crepitó con la tensión de los dos. Repentinamente se relajó la rigidez de Wikivill, y apoyando las manos temblorosas en el borde de la mesa volvió a sentarse. Una sonrisa extraña, en la que luchaba la resignación con la desesperanza, crispó sus labios. Su voz fue casi un murmullo.

–Creo en usted, padre. No sé por qué, pero creo. Me quedaré.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

–¡Por Dios, Mark! ¿Se ha vuelto loco?

No bien terminó Hanlon su conversación con el padre Albertus, Johnson estalló en furiosa indignación.

–Usted está tratando hace meses de atrapar a ese individuo. Ha revuelto la ciudad para cogerlo, y ahora, cuando lo tiene en las manos, ¡lo deja libre para que pase la noche con el condenado cura! ¿Qué espera de él, que se confiese? ¿Que llegue mañana aquí por sus pies, tendiéndole los brazos

para que lo esposen? ¡Santo Dios! Mañana habrá traspuesto los cerros y estará lejos. ¿Qué explicación dará usted a Klagenfurt? – ¿Terminó, Johnny? – Hanlon dirigió a su subordinado una mirada hosca, inamistosa.

–Sí, he terminado. Y también usted si continúa con esta comedia absurda. Sé que usted es católico. Sé que existe alguna conexión entre usted y el sacerdote. ¡Espléndido! No es asunto mío.

Pero éste sí lo es y no me gusta. Quémese los dedos si quiere, pero no queme los míos. – ¿Terminó esta vez?

–Sí, ¡y váyase al diablo!

–Entonces tome asiento y escuche.

Johnson vaciló un momento, en seguida ocupó una silla y fulminó con la mirada a Hanlon a través del escritorio. Hanlon estiró una mano para coger un cigarrillo, lo encendió y lanzó la cigarrera a Johnson. Éste la cogió al vuelo y volvió a dejarla sobre el escritorio, sin abrirla. Hanlon fumó un rato cavilando, y principió a hablar en forma concisa e irritada:

–Apartado uno, Johnny. Aquí soy yo el que manda. Sí hay órdenes, usted las obedece. Si hay puntapiés, los recibo yo. ¿Correcto?

–Correcto -admitió Johnson de mal humor.

–Apartado dos. Esta tarde hubo un segundo asesinato. Fue cometido por personas que se hallan bajo nuestra protección, por los desplazados. Ignoro cómo debo conducirme mientras no reciba instrucciones claras de Klagenfurt. Se trata de alta política, de dinamita política. Lo que nos trae al apartado tres. Si detengo a Johann Wikivill esta noche tendré que interrogarlo, ¡inmediatamente!

Tendré que enjuiciar a un hombre y dejar a cincuenta libres. ¿Qué aspecto tendría eso? ¿Qué diría la gente de nuestras protestas de justicia?

–Yo... no lo había pensado.

–Apartado cuatro. El hecho de que el padre Albertus haya tomado a nuestro hombre bajo su protección significa que el caso tiene aspectos que usted y yo ignoramos. No quiero tomar medida alguna mientras no conozca todas las circunstancias.

–Entonces será demasiado tarde.

–El padre Albertus me ha empeñado su palabra de que no lo será. – ¿Por qué da tanto valor a su palabra?

–Porque lo conozco hace tiempo, Johnny. Él es un hombre más grande que lo que usted y yo seremos nunca, y mucho más sabio. Tengo confianza

en él.

Johnson se quedó un rato meditando el asunto.

Después dijo a modo de excusa:

—El único apartado que tiene peso para mí es el número dos. Veo que estamos en una encrucijada. Es posible que su manera de salir sea la correcta, aunque no me convenzo todavía. De todos modos, lamento lo dicho.

—Está bien, Johnny. Olvídelo. — ¿Qué hará con Fischer?

—Mantenerlo detenido hasta ver en qué se resuelve tojo el asunto. — ¿Y si pide un abogado?

—Aún no lo ha hecho. No creo que lo haga.

Johnson alcanzó la cigarrera y encendió un cigarrillo. A través de las volutas en espiral estudió el rostro fino e inteligente de su comandante, observando las arrugas profundizadas por las preocupaciones, los cabellos grises en aumento y la fea cicatriz que le cruzaba la sien. Con seriedad le dijo:

—Usted me intriga, Mark. — ¿Por qué motivo?

—Usted es demasiado sutil para mí. Piensa en forma descentrada. No digo que sea malo.

Probablemente es lo que se necesita en una situación como ésta. Me cuesta seguirlo; eso es todo.

Hanlon asintió con la cabeza y pensó en voz alta:

—Su comentario es justo, Johnny. Creo que se trata de una diferencia de aproximación al problema, de una diferencia de actitudes. Usted mira esta tarea de un modo y yo de otro. Pensamos sobre ella en términos distintos. Para usted es una operación militar que debe manejarse de acuerdo con ciertas reglas establecidas. Eso es bastante equitativo. Para mí es... es una empresa humana, el problema de un pueblo, más que de un pueblo, de personas. Usted está despegado del problema. Yo estoy incorporado a él. No tengo seguridad de que esto sea bueno, pero es un hecho y debo partir de ese hecho. ¿Me comprende?

—Sí, le comprendo. Pero usted no está incorporado en toda la línea. — ¿Cómo es eso?

Johnson sonrió un poco avergonzado.

—Tome el resto de los oficiales. Tome a Wilson, James, Hanneker. Estamos incorporados de distinto modo. Ellos tienen sus chicas, un sitio

donde llevarlas y un cómodo escenario doméstico.

Yo lo hago con desgana. Usted sigue en su papel de célibe. Se ha complicado con Fischer, con el sacerdote y con Holzinger, y ni Traudl consigue la aventura que tanto desea. Yo sería feliz dándosela, si creyera tener alguna posibilidad.

Hanlon hizo un gesto de indiferencia.

—No me considere un obstáculo, Johnny.

Johnson arrugó el ceño.

—Eso es lo que me intriga, Mark. Usted está más despegado que yo; no obstante arriesga mucho más de lo que yo arriesgaría.

—Es posible que sea eso, Johnny -dijo Hanlon haciendo una mueca-. Es posible que yo no quiera complicarme con una mujer. Arriesgaría más que usted y aprovecharía mucho menos. Ahora, márchese, Quiero acostarme.

Johnson no hizo ademán de moverse; se apoyó en el respaldo de la silla y sonrió a Hanlon con su antiguo descaro.

—Usted necesita un cambio, hijo mío. Necesita salir de la ciudad de vez en cuando. Yo tengo cita con una chica en el «Zigeuner Café». ¿Por qué no telefonea a Traudl y la lleva? Le haría bien.

Usted estará muerto mucho tiempo, Mark.

—Demasiado tiempo -dijo Mark Hanlon; y después de corta vacilación, cogió el auricular.

El «Zigeuner Café» no era ni café ni un sitio frecuentado por cíngaros. Era una casa de troncos de dos pisos, distante alrededor de un par de kilómetros de la ciudad, colgada de las faldas más bajas, pobladas de pinos, y con vista sobre el valle. Recibía el sol de la tarde y estaba defendida de los vientos nocturnos. Al frente tenía una terraza plantada con árboles de flor; en el piso inferior estaba la cocina, un comedor largo con un fuego de leña en un extremo y una gran estufa de porcelana en el otro, y media docena de habitaciones pequeñas para huéspedes.

Su propietario era un carintio de cara larga, con una esposa aldeana obesa y un cuarteto de hijas retozonas. La familia ocupaba el piso alto, y dejaban el inferior para entretener a las tropas y a sus acompañantes.

Cuando le presentaron la proposición, Hanlon dudó, pero Johnson la apoyó con entusiasmo. El sitio era tranquilo, distante de la ciudad. Si los soldados se embriagaban no originarían disturbios y tendrían tiempo de serenarse antes de volver al área urbana. El sitio se prestaba para disfrutar

de los tiempos libres. Tenía habitaciones de huéspedes, pesca, caminatas por las montañas...

Hanlon dio, al fin, su consentimiento. Firmó la autorización y el carintio se fue, batiendo el aire con sus tarjetas de racionamiento, mientras los habitantes más tradicionalistas de la ciudad murmuraban apesadumbrados sobre influencias y entremetidos.

Con la expansión del personal superior, Johnson propuso una reforma atrevida. Tres noches por semana el sitio estaría reservado para los oficiales. El resto del tiempo quedaba libre para la tropa.

Hanlon también lo aprobó, y el carintio adaptó velozmente sus servicios y sus precios a las distintas necesidades de las castas militares.

Desde el punto de vista oficial el arreglo era bueno. Los que presumían de caballeros gozaban de intimidad y los de grado inferior, de libertad. Las damas que acompañaban a los primeros disfrutaban cómodamente de su seducción. Las chicas de los soldados podían relajarse en un prelude más ruidoso. El líquido embriagante destinado a las tropas salía de un gran tonel que había en la cocina. El vino para los oficiales llegaba embotellado, a doble precio. Las hijas retozonas tenían orden de cerrar la boca y mantener su virginidad intacta, mientras el padre recogía fichas que canjeaba en dinero, con bonificación.

Ya era tarde cuando Hanlon y Johnson llegaron con sus compañeras. Media docena de parejas ocupaban la pista de baile, deslizándose al son de la música de un tocador de cítara, un individuo alto y rubio vestido con Lederhosen y camisa aldeana de color vivo. Hicieron una leve inclinación de cabeza y se instalaron en un rincón cerca del fuego, mientras las hijas de la casa se apresuraban a encender las velas, vaciar el vino y disponer la mesa para la cena.

Bebieron y charlaron y comieron y fumaron y rieron y callaron observando a las parejas que bailaban, mientras la música continuaba y se perdía en las vigas talladas que se esfumaban en la penumbra del techo.

Al principio estuvieron desasosegados, faltos de naturalidad, incómodos unos con otros. La conversación ocultaba los pensamientos y la risa tenía un sonido metálico. Tenían conciencia de su soledad, pero no estaban listos para la intimidad. Se cortejaban mutuamente, pero no se atrevían a pensar en la consumación. Mas, a medida que los relajó la bebida, que actuaron en ellos la fascinación de la música y los brincos hipnóticos de las llamas, se

fueron acercando, hablaron quedo, sonrieron iluminados por las velas, pero no volvieron a reír.

Ésos fueron los momentos de suavidad, preludio de la pasión sin pasión, comienzos del amor en que no se piensa en absoluto en el amor.

Hanlon cogió de la manó a Traudl y la condujo a la pista de baile. El tocador de cítara cambió su ritmo a un vals lento y quejumbroso que los hizo caer en brazos uno del otro en una entrega simbólica. Bailaron con las mejillas juntas, mecidos en una recíproca armonía de sonido y movimiento. Sus labios se rozaban a ratos, y volvían a separarse murmurando palabras acariciadoras y satisfechas.

Las otras parejas se hicieron a un lado y después se sentaron a mirarlos, mientras ellos continuaban bailando sin percatarse de su soledad, de nada que no fuera la música y la palpitación lenta y surgente del deseo.

Y abruptamente, cesó. Calló la música. Estallaron algunos aplausos. Ellos miraron sorprendidos a su alrededor, y volvieron ruborizados a la mesa en que los esperaban Johnson y su compañera.

El calor de la sala era intenso, el aire estaba cargado de olor a humo de pino, cigarrillos, comida, y vino derramado. Johnson propuso dar una vuelta por el jardín antes de retirarse. Pagaron la cuenta y salieron al aire fresco y perfumado bajo los árboles en flor. Después se apartaron, de dos en dos, internándose en la sombra bajo las ramas entrelazadas.

La luna plateaba desde lo alto el valle dormido. Los picachos parecían murallas almenadas espectrales contemplando el negro desfile de los pinos. El río describía meandros brillantes a través de los prados grises soñolientos, y su sonido era el contrapunto en sordina del tintineo nostálgico de la cítara.

Hanlon y Traudl se detuvieron junto al parapeto de piedra mirando hacia abajo el vacío reluciente y hacia arriba el delicado titilar de las estrellas en los bordes del campo iluminado por la luna. El aire estaba frío, pero lleno del aroma de las flores que los rozaban cuando se volvían para besarse y abrazarse.

Después del primer beso prolongado se apartaron y se miraron. Sus voces eran un murmullo suave.

–Du bist so schön, meine Liebe...

–Und du, Schatz... so schön...

Ambos eran apasionados, ambos estaban maduros para ese momento de luz estelar y de perfume, pero ninguno estaba listo para la primera demanda y la primera entrega. Su pasión era muy fuerte y franca, pero cada uno, por un motivo distinto, la dominaba. Para Hanlon el freno era su matrimonio y su situación consular. Para la joven, la vieja advertencia de la Hermandad: «Dadles todo; no obstante no les cedáis nada mientras no tengáis el anillo y la promesa. Recordad que aún no hemos sido conquistadas. Tenemos que hacerles pagar nuestra capitulación.»

Apesados se retiraron uno de otro, y pasado un momento dijo Hanlon con suavidad: -¿Dónde vamos ahora, morena?

Apartó la mirada de ella y contempló el valle, y Traudl vio la línea de su mandíbula, apretada y terca, y sus ojos distantes y meditabundos a la luz argentada de la luna. Repuso livianamente: -¿Dónde quiere ir, Mark?

-Quisiera retroceder diez años y comenzar de nuevo. - ¿Con su mujer?

-No. Sólo conmigo mismo... y con todo el mundo como un jardín lleno de muchachas resplandecientes como flores. - ¿Por qué no principia desde ahora?

-Algún día... quizá.

-Lo esperaré, Mark.

-Bésame otra vez.

-Ach, mein Liebster.

Un tiempo después cesó la música, se oyó ruido de motores y las risas de las parejas que volvían a sus casas. Ellos también salieron lentamente del huerto perfumado y regresaron de nuevo a Bad Quellenberg bajo las frías estrellas.

Al toque de las diez de la mañana siguiente, el padre Albertus se presentó en el Cuartel General de Ocupación. Hanlon lo recibió solo y abordó directamente el asunto.

-Usted ha cometido una indiscreción, padre. Ha creado una crisis política delicada. Me debe explicaciones.

-A dárseles he venido, teniente coronel -la respuesta fue enunciada con cuidadosa formalidad.

-Deje que primero le muestre su posición. Ayer detuvimos a tres personas: Gretl Metzger, un ordenanza del Feldlazarett y Karl Fischer. Los cargos contra los dos primeros son robo y receptación de artículos robados.

Los cargos contra Fischer son receptación de los mismos, ocultar a un criminal y complicidad después de un asesinato.

Con expresión cavilosa, el padre Albertus hizo un gesto afirmativo. Después asomó a las comisuras de sus labios una sonrisa suave.

Mansamente repuso:

—Comprendo su punto de vista, teniente coronel. Pero existen circunstancias que usted ignora.

Yo considero que usted debe conocerlas antes de adoptar una decisión definitiva.

—No soy tan ignorante como usted lo supone, padre -dijo fríamente Mark Hanlon-. Recuerde que Karl Fischer declaró. Yo estaba dispuesto a investigar las circunstancias atenuantes en el caso de su sobrino. La intervención de usted al llevarlo a su casa me lo dificulta mucho. — ¿Fischer le dijo todo? ¿Lo que le sucedió al muchacho? ¿Lo que le hicieron?

—Sí. — ¿Y usted vio esas cosas sólo como circunstancias atenuantes?

—Vi que podían constituir una fuente de defensa en el juicio. — ¡Johann no debe ir a juicio, Mark!

De los ojos mansos saltó fuego. La voz cansada retumbó con pasión y autoridad. Hanlon lo miró, sorprendido. — ¿Entiende lo que dice, padre? Ahora éste es un asunto legal. Las ruedas se han puesto en marcha. Yo no podría detenerlas aunque quisiera. — ¿Quieres escucharme, Mark? ¿Contestarás algunas preguntas y me oirás antes de tomar una decisión final? ¿Olvidarás por un momento que eres amigo de César y recordarás que... que en otro tiempo fuiste hijo mío? Te lo suplico.

Hanlon se levantó del escritorio, caminó hasta la ventana y se quedó contemplando la meseta verde de la montaña y los últimos bancos de nieve cerca de la cumbre.

—No prometo nada, pero escucharé.

—Gracias, hijo mío -el sacerdote se detuvo como si buscara la frase inicial. Luego, casi en tono de excusa, hizo la primera pregunta-: ¿Sigues siendo católico, Mark?

Hanlon se dio vuelta violentamente para mirarlo. — ¿Qué tiene que ver con eso el asunto?

—Todo, Mark. Para que podamos hablar tenemos que definir un terreno común de argumentación. De otro modo los dos perderemos el tiempo.

—Sigo siendo católico.

—No frecuentas los sacramentos.

—Dejemos las cosas en claro, padre -la voz de Hanlon fue dura e irritada-. Mi matrimonio fue desgraciado. No me dio ninguna de las cosas que el contrato involucra. Desde entonces las he buscado... fuera del contrato. Si quiere que se lo diga en términos de moral, vivo en estado de pecado. Pero sigo creyendo. Puedo rezar el símbolo de Nicea y suscribir cada uno de sus términos. ¿Es suficiente?

—Por ahora, sí. Tengo pena por ti, Mark. Quisiera verte feliz y en paz con tu conciencia. Sigues teniendo fe. Crees en Dios. Crees en el alma, en la salvación y la condenación.

—Sí. — ¿Admites que la salvación de una alma humana es una cuestión más importante que el destino de los imperios?

—En principio, sí. En la práctica, la una depende a menudo de la otra. Es una paradoja y un misterio, padre. Usted debe saberlo.

—Créeme que lo sé. Pero ahora me preocupa el principio.

—Acepto el principio. ¿Dónde nos lleva?

El anciano guardó silencio un rato. Pareció reunir sus fuerzas, orar, quizá, para presentar su argumento con sabiduría. Luego se inclinó hacia delante en su silla y comenzó a hablar con una convicción profunda y apasionada.

—Johann Wikivill cometió el asesinato en un estado de trastorno temporal inducido por el choque y por una larga acumulación de terror. Cualquiera que sea la decisión del tribunal de guerra, yo creo que moralmente no es culpable. Creo también que ahora está enteramente lúcido. Lo que me preocupa en este momento es que se halla al borde de la desesperación. Con la destrucción de su virilidad le destruyeron la esperanza. Él se considera un objeto de lástima y de burla, incapaz de dar o recibir amor porque es incapaz de su expresión física. Tú sabes mejor que nadie, lo que significa para un hombre la negación del amor. Tú al menos tienes fe en un destino espiritual, aunque falles en alcanzarlo. Él no tiene fe. Para él la vida está vacía. La inmortalidad es un mito y un escarnio. Si pudiera llegar a creer, recuperaría la esperanza. Hasta podría llegar, con la gracia de Dios, a una gran santidad, aceptando su pérdida con paciencia, doblegándose al servicio de sus semejantes.

Yo... yo quiero tratar de conducirlo por ese camino. Sé que no puedo hacerlo si él continúa en un estado de fuga y de pavor. Quiero tenerlo

conmigo, orar con él, hablarle, poner en él mi afecto y mi coraje. Si te lo llevas no podré hacerlo. Él se perderá en la noche negra de la desilusión. ¿Ves lo que está en juego, Mark? ¡No la pequeña justicia simbólica de un consejo de guerra, sino el alma de un hombre..., su salvación! ¡Dámelo, hijo mío! ¡Dámelo en nombre de Dios!

Mark Hanlon se conmovió. La elocuencia y sinceridad de su antiguo mentor lo emocionaron hondamente. Su propio dilema moral lo disponía a la compasión. Todos sus impulsos lo empujaban a la clemencia. Pero él sabía que esas eran trampas para los incautos. Sus deberes eran estrictos.

Estaba ligado con juramento para administrar un plan de acción. Si cometía un error, se comprometería a sí mismo y comprometería al hombre que trataba de salvar. Intentó buscar una transacción.

—Dígame, padre. Si, y no es más que un si, le dejo a Wikivill, ¿me garantiza que lo entregará contra demanda? Podríamos orillar la dificultad dejándolo bajo su custodia por motivos de salud.

El anciano sacerdote hizo un gesto negativo.

—No, Mark. No es suficiente. ¿No ves que es imposible principiar a ayudarlo con una mentira?

Tarde o temprano la descubriría, y se derrumbaría todo el trabajo. Yo quiero esperar que un día él se presente a ti y ofrezca expurgarse en un juicio, y que sea dichoso con el resultado por la fe y la nueva esperanza. Pero no te lo puedo asegurar. Tengo que dejarle libre para que elija entre la fuga y la entrega, entre la fe y la desesperación. ¿Lo comprendes?

—Sí -repuso Hanlon meditabundo-, pero no descubro lo que yo pueda hacer en esto. Me encuentro sometido a autoridad. Cualquier decisión que yo tome puede ser revocada al día siguiente. Si hubiera alguna fórmula aceptable para Klagenfurt, yo sería feliz ensayándola; pero no puedo prometer absolutamente nada. Lo pensaré. — ¿Y entretanto...?

—Guarde a Wikivill con usted, — ¿En qué condiciones?

Una sonrisa lenta y cansada distendió el rostro arrugado de Hanlon. Se encogió de hombros y extendió las manos con aire de resignación.

—Las dejo a su conciencia, padre. Estoy seguro de que es más delicada que la mía.

El padre Albertus contestó sin sonreír. Se incorporó, se acomodó la capa alrededor de los flacos hombros y dijo con grave reconocimiento:

—Gracias, hijo mío. Nos comprendemos. Haces más de lo que esperaba, aunque menos de lo que ansiaba. Eres un hombre bueno. Rogaré a Dios para que en un día no lejano tengas paz.

En una habitación del subsuelo del «Sonnblick», Karl Adalbert Fischer se hallaba tendido en un catre de campaña mirando al cielo raso. La habitación no era más que una caja de cemento en los cimientos del edificio, con paredes grises desnudas, una puerta sólida y una luz débil, sin pantalla, colgando del techo. Tenía un lavabo y un balde, una mesa y una silla de cocina. No existían ventanas y el único sonido que penetraba era el paso acompasado del guardián en el corredor. Su aislamiento era tan completo como si lo hubieran arrebatado a otro planeta.

Su situación no lo perturbaba en exceso. Estaba caliente y lo alimentaban bien. Los cargos que le hacían eran mera fórmula, difíciles de sostener efectivamente en la atmósfera benigna de un tribunal civil. Había perdido su empleo..., pero hasta eso le resultaba cómodo a un intrigante maduro y cansado del olor a ropa sucia de las escaleras de servicio.

Su mayor preocupación era su sobrino. El muchacho, mental y físicamente, estaba en ruinas.

Cualquier presión nueva podía precipitarlo a la locura. En esos momentos ya estaría detenido, posiblemente en poder de inquisidores, como él lo estuvo. Ya no podía ayudarlo, porque a Karl Adalbert Fischer no le quedaba ningún recurso que negociar. ¿O le quedaba alguno?

Lo acometió una idea nueva, una nueva esperanza, pequeña y débil como los primeros brotes primaverales. La estudió largo rato, cuidadosamente; luego se levantó, golpeó en la puerta y exigió que lo llevaran sin tardanza a presencia de Hanlon.

Fue saludado con burlona cortesía; le ofrecieron asiento, una taza de café y, a petición suya; lo dejaron solo con el Comandante de Ocupación.

Hanlon lo interrogó con soma:

—Bien, Fischer, ¿para qué quiere verme?

—Quiero proponerle un trato, amigo.

—No puede hacerlo -el rechazo de Hanlon fue rotundo-. Su crédito está agotado.

—Casi, pero no del todo -Fischer se apoyó en el respaldo de la silla, inclinando a un lado coquetamente su cabeza de pájaro en su cuello largo-. Usted se encuentra en una situación difícil, teniente coronel. Más difícil que

nunca ahora que mataron a Winkler. Yo, en cambio, no tengo nada que perder. Las cuentas compensan, como usted ve. – ¿Cuál es su idea?

Fischer juntó las puntas de sus dedos en un meticuloso gesto clerical y expuso su plan:

–Usted me dijo hace tiempo, teniente coronel, que pretendía convertir esta ciudad en «un ejemplo de cooperación». ¿No fue así? En «una pieza de exposición para el resto de Austria». Usted no lo ha conseguido, porque no tiene acceso a los alambres que la hacen actuar. Ahora está más lejos de ello que nunca. Sólo tiene cabezas de turco por su propio fracaso: yo y mi sobrino. Cuando usted nos lleve al tribunal el fracaso se pondrá en evidencia.

Se detuvo para que la advertencia tocara fondo, pero Hanlon permaneció callado. Después de un momento reanudó el hilo de su argumentación.

–Por mi parte, no me preocupa. Yo haré mi papel como un mono amaestrado. Al final hasta podría obtener algún beneficio. Pero mi sobrino es cuestión aparte. El pobre diablo ya ha tenido bastante. No quiero verlo crucificado de nuevo. Sé que usted tiene que entablarle juicio. Sé, también, que una recomendación de clemencia podría facilitar mucho las cosas a Johann. Eso es lo que le pido. Creo que puedo ofrecerle un buen precio. – ¿Qué me ofrece?

–Las llaves de esta ciudad. La historia privada de cada uno de sus habitantes. El conocimiento que ha mantenido en salvo en su cargo, por quince años, a m incompetente como yo. Lo conozco a usted, teniente coronel. Sé lo que usted requiere: poder. Estoy preparado a entregárselo, en un libro.

Créame que vale su precio. He necesitado quince años para escribirlo. – ¿Dónde está ese libro?

–Escondido. Pero deme su promesa en favor de mi sobrino y le diré dónde puede encontrarlo -balanceó la cabeza ridícula y los ojos le brillaron con malicia. De nuevo se estaba superando Fischer, y ése podía ser el principio de la victoria más importante. Hanlon dijo fríamente:

–Usted podría darme el libro y yo lanzar a los dos al río.

Fischer movió la cabeza sonriendo.

–Lo conozco más que eso. Una de las fallas inglesas es justificar la traición grande con la lealtad pequeña. Si usted me da su palabra, yo le

creeré. – El trato está hecho -dijo tranquilamente Hanlon. Cuando levantó la cabeza, Fischer lo vio sonreír, y la sonrisa le produjo un terror súbito. Él había dado su último manotazo. Se había despojado de su escudo. Se hallaba desnudo ante la espada del invasor.

Hanlon necesitó cinco horas para preparar su informe a Klagenfurt, pero a las siete lo tenía listo.

Era una obra maestra de información concisa y de meticoloso equilibrio de posibilidades políticas.

Terminaba con una recomendación con la que esperaba conmover la preferencia británica por una transacción factible contra una decisión dramática entre dos alternativas. ...Nos encontramos, en consecuencia, ante un dilema tajante. Si perseguimos a Johann Wikivill, forzosamente tendríamos que perseguir a los asesinos de Winkler. Citando al uno y no a los otros destruiríamos nuestra reputación de administradores imparciales. Si enjuiciamos a todos nos encontraremos en pugna con las simpatías de un gran número de personas poderosas. No cabe duda de que el veredicto del tribunal sería benigno y que las sentencias que dictara serían mínimas. Pero los propagandistas astutos aprovecharían los dos casos en la Prensa de Oriente y Occidente. Perderíamos mucho sin ganar nada.

Mi recomendación es tratar los dos asuntos calladamente, de acuerdo con el criterio del comando local. Los desplazados están ahora bajo restricción disciplinaria y Johann Wikivill se encuentra al cuidado del cura párroco, un hombre discreto con buenos antecedentes de Resistencia. Las autoridades médicas locales lo aconsejan sobre el tratamiento terapéutico de un caso mental difícil. Estoy seguro de que no se producirán nuevos incidentes.

La situación sigue favorable para nosotros. La Prensa continúa callada, y la destitución de Karl Fischer -que es un intrigante- me ha permitido reformar las fuerzas de Policía y designar un funcionario más cooperador, sin ofender al Gobierno austríaco interino. Espero que ustedes concuerden con estas recomendaciones y confirmen mi poder de discriminación en los dos casos.

Firmó con rúbrica sobre su nombre escrito a máquina, dobló la carta, la selló bajo triple sobre y la dejó en la bandeja para el despacho por correo.

Su día había sido laborioso. Se preparaba para darse un baño, fumar un cigarrillo y cenar con Traudl en el «Zigeuner Café».

Sonó el teléfono y levantó el auricular.

—Habla Hanlon.

Una voz helada y precisa le repuso: -¿Con el teniente coronel Hanlon?
Aquí habla Sepp Kunzli. — ¿En qué puedo servirle?

—Si tiene la bondad de escucharme sin interrupciones, por breves momentos, le quedaré sumamente agradecido.

—Hable.

—Mi sobrina cenará esta tarde con los Holzinger. Se alojará esta noche en su casa. Mi ama de llaves tiene permiso para visitar a su madre. Por consiguiente estoy solo...

Mark Hanlon frunció el ceño al auricular negro, pero se abstuvo de hacer comentarios. La voz tranquila y precisa continuó sin vacilar: -...Creo que usted siente afecto por mi sobrina. Por lo menos le debe cierta gratitud.

—Sí, pero no comprendo que...

—Le ruego no interrumpirme, teniente coronel. Espero, en consecuencia, que usted sea bondadoso con ella en los próximos días. Sus inquisidores han realizado una buena tarea, teniente coronel. Dentro de una semana, a lo sumo, habrán desentrañado casi todas las propiedades expropiadas que han pasado por mis manos. Entonces usted se verá obligado a tomar medidas en mi contra. Yo me propongo evitarle la molestia. En pocos momentos más me suicidaré. — ¡Por amor de Dios, hombre!

—No trate de hacer nada, Hanlon. Cuando su gente llegara yo estaría muerto de todos modos.

Procuró dejarle ordenados mis papeles. Me he preocupado de Anna y sé que usted creerá que la herencia que le dejo tiene títulos limpios. Le agradeceré que se preocupe de que se la entreguen sin dificultades.

—Lo haré. Pero escúcheme, Kunzli. Esto es una locura. Usted no puede, así como así...

—Por el contrario, teniente coronel, es lo más sensato que habré hecho en mi vida. Les estoy evitando a todos una serie de molestias, incluso a mí. Usted me lo agradecerá más tarde. Puede corresponderme siendo bueno con Anna -hubo una pequeña pausa y volvió a oírse la voz, fría y mesurada como siempre-: Acabo de tragar una cápsula de cianuro. Espero estar muerto en tres minutos. — ¡Kunzli, escúcheme!

—Adiós, Hanlon.

El receptor enmudeció y Hanlon se quedó largo rato mirando estúpidamente el auricular negro.

Luego, lentamente, lo colocó en el soporte y salió al corredor en busca de Johnson.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Sepp Kunzli fue sepultado al día siguiente en el cementerio luterano. Cuatro aldeanos llevaron el ataúd junto a la tumba y los únicos dolientes fueron Holzinger, Hanlon, el ama de llaves de Kunzli y Anna. La ceremonia fue triste y sórdida, y todos se alegraron cuando terminó.

Anna lloró un poco cuando bajaron el ataúd, y Hanlon le rodeó los hombros con un brazo para consolarla. Después salió con ella del cementerio y caminaron por la avenida soleada, donde cantaban los pájaros en el dosel de ramas y los niños jugaban en la alfombra de variados tonos que formaban las agujas de los pinos.

La calma de la muchacha era extraña. Parecía que hubiera previsto la tragedia y estuviera preparada para ella desde tiempo atrás.

—Mi tío era helado e infeliz, Mark. Su vida fue muy vacía. Creo que está mejor muerto.

Mark compadecía profundamente a la chica, admiraba su valiente esfuerzo, pero no encontraba palabras para expresárselo. Suavemente la interrogó: —¿Qué hará usted ahora? ¿Dónde piensa ir? — ¿Dónde podría ir, Mark? Ésta es mi casa. Aquí tengo trabajo. — ¿No se sentirá sola?

—Estoy habituada. En otra parte me hallaría sola. Aquí tengo amigos.

—Me gustaría ayudarla, si pudiera, Anna.

—Ya me ha ayudado, Mark. Las cosas habrían sido peores si usted no hubiera estado a cargo de la situación. Antes yo no tenía nada que hacer, nada que temer.

—Eso no es nada. Rutina oficial.

—Usted es un buen funcionario.

—Es una cuestión discutible —Mark rió a pesar suyo—. Yo me inclino a dudarlo.

—Herr Holzinger dice que usted es bueno. También lo dice Traudl. Ella trabaja todo el tiempo con usted y debe saberlo.

Anna tenía el rostro vuelto y él no pudo ver si la inocencia o los celos inspiraban sus palabras.

Encogiéndose de hombros se limitó a decir:

–Si necesita ayuda, de cualquier clase, en cualquier momento, le agradeceré que se dirija primero a mí.

–Por favor, Mark... No hablemos más de eso. Mire, quiero mostrarle una cosa.

Apoyó su mano en el brazo de Mark y lo alejó del sendero hacia un pequeño ensanche con un banco de piedra y una pajarera donde los pájaros llegaban a alimentarse en el crudo invierno. Lo hizo sentarse en el banco, y recogió granos y nueces del piso de la pajarera, alejándose unos pasos.

Con la mano extendida, llamó a los pájaros.

–Estése muy quieto -dijo a Mark-. De otro modo no vendrán.

Frunció los labios, inclinó hacia atrás la rubia cabeza y silbó un llamado bajo y trinando. Un momento después llegaron pájaros que revolotearon a su alrededor, fuera de su alcance. Se retiraron; volvieron más cerca esta vez, mientras ella permanecía inmóvil y bella en la faja de luz solar, ofreciéndoles alimento en su palma ahuecada. Por fin perdieron el miedo y llegaron a posarse en sus hombros y su muñeca, picoteando en su mano, mientras Mark Hanlon la observaba con asombro y deleite.

Anna despertaba en él una pasión más honda que Traudl, pero su inocencia era una barrera para cortejarla. Con ella no podía usar los suaves engaños del amor que otras mujeres acogen encantadas. No obstante, el amor que ella le inspiraba era mayor que todo lo que antes hubiera sentido, y ése podía ser el único recuerdo que conservara de ella: una muchacha soñadora, con el rostro vuelto al sol, pájaros que revoloteaban hasta posarse en sus manos y una aureola de alas alrededor de sus cabellos áureos.

Los pensamientos de Traudl sobre el mismo tema eran más prosaicos. Se los expuso al desnudo cuando él volvió a la oficina después de llevar a Arma en su auto hasta el «Bella Vista» para su día de trabajo con los desplazados.

–La pequeña Fräulein Kunzli ha quedado bien puesta. Es dueña de sus actos. Tiene casa y una dote suculenta. Será buena pesca para alguien.

–No se casará por mucho tiempo -dijo Hanlon molesto. Estaba cansado, de mal humor y vagamente irritado por el escrutinio penetrante de Traudl. – ¿Por qué no? Tiene edad suficiente para acarrear las vasijas con leche, y es muy alta. ¿O usted no se ha fijado?

–No.

–Está distraído, Mark -dijo suavemente Traudl, retirándole de la solapa una hilacha inexistente-. Ella está enamorada de usted. ¿O tampoco se dio cuenta de eso?

–He tenido demasiado que hacer para observar nada -gruñó Hanlon-. Un motín, un asesinato, un suicidio y tres detenciones. Todo en dos días. Estoy para interesarme por las fantasías de una chica.

–Por las mías se interesó, Mark.

–Usted es diferente. – ¿En qué sentido, Schatz?

Traudl le acarició las mejillas con sus manos suaves y lo envolvió en su perfume. Él la cogió en sus brazos y la besó, justamente cuando Johnson abría la puerta y entraba en la sala.

El capitán se quedó un momento embobado, y luego lanzó un grito de triunfo. – ¡Estupendo! Éste es el día más feliz en muchos meses. El muchacho era humano después de todo. ¿Cuándo principian las amonestaciones, Mark?

Hanlon enrojeció de ira, pero luego se dominó. La situación era pública. Mejor sería aceptarla con buen humor. Traudl se mantenía de pie junto a él, altiva, con la cabeza erguida y una mano apoyada en su brazo con gesto de posesión. Hanlon se desprendió suavemente y dijo con una mueca irónica:

–Cierre la puerta, Johnny. Sírvanos un trago. A todos nos vendrá bien.

Llenaron las copas y bebieron, sonriendo unos con otros un tanto avergonzados.

–Por el romance -dijo Johnson.

–Prost! – dijo Hanlon.

Traudl tenía su propio brindis, pero como mujer sabia se lo guardó. Johnson fue quien salvó la situación con un resumen liviano:

–Me alegro de este final, por los dos. Era bastante difícil vivir con usted, Mark. Trabajar todo el tiempo sin jugar convierte a un teniente coronel en un compañero muy aburrido.

–Es mejor que guarde el secreto, Johnny -le advirtió Hanlon.

Johnson se desentendió alegremente. – ¿Quién soy yo para chismear cuando hay un ciento que lo haga por mí? ¿Qué puede importarle a ustedes?

–Hay que considerar a Traudl...

–A mí no -dijo Traudl con firmeza-. Yo quiero gritarlo desde los cerros. Y lo haré.

—No -le dijo brutalmente Hanlon-. Yo estoy casado todavía, no lo olvide, y nos hallamos en una situación política delicada. Mientras menos se hable mejor será, hasta que se apacigüe. Lo mismo usted, Johnny. Usted está al tanto de las cosas.

—Sí, teniente coronel.

Lo dijo con tanta gazmoñería que todos se rieron y pasó el momento molesto.

No era la intención de Hanlon dejarse empujar a una aventura amorosa total, y tuvo la suerte de que Traudl no quisiera excederse de la cómoda rutina del noviazgo sin tener una promesa firme de matrimonio. Ella era tan apasionada como él y había tenido breves contactos con los jóvenes del Reichswehr; pero ahora jugaba una puesta más alta: un matrimonio que la sacara de esa tierra de derrota y la llevara a las praderas más amplias del Occidente. Se interponían barreras para el salto: el matrimonio de Hanlon, su resistencia a iniciar una nueva aventura, su posición de representante de la Fuerza de Ocupación. Ninguna era insuperable, pero ella tendría que guiarlo suavemente a los saltos para que no se negara a avanzar o los rehuyera. Continuaron, pues, un compañerismo confortable en el trabajo y el recreo, interrumpido por apasionados entre actos que los llevaba cada vez más cerca de la entrega definitiva. Se sometían de buen grado a las simpáticas conspiraciones de Johnson para acercarlos y obligarlos a salir en la intimidad espectacular de amantes confesos.

Trabajaban hasta muy tarde en los documentos acumulados sobre el asunto Kunzli. Comían y bailaban en el «Zigeuner Café». Salían en auto a la luz de la luna hasta donde lo permitían los caminos, y se acariciaban una o dos horas en el jeep. Se separaban en la puerta de la casa de los Holzinger, y Hanlon volvía a su gran cama del «Sonnblick» para continuar el estudio del volumen negro de Fischer sobre los pecados de Bad Quellenberg.

El libro lo fascinaba. El secreto de la vida de una ciudad se desplegaba ante él como una alfombra al revés, como un patrón sórdido de mentiras y trampas y adulterios e incestos y negociados políticos. Allí estaban todos los, hombres, todas las mujeres, hasta las pillerías de los niños. Los éxitos públicos se hallaban anotados junto a los fracasos personales. Al principio se avergonzó de su interés. Después principió a sucumbir a su fascinación.

Fischer le anunció que el libro contenía la esencia del poder: el conocimiento de los pecados ajenos y el precio que tenía cada cual. El libro

era un talismán, como la lámpara de Aladino. Dando vuelta una página un concejal le llenaría las manos de dinero. Dando vuelta otra, su hija acudiría a su lecho. Si mostraba tal o cual línea, una docena de seres humanos se apresurarían a prestarle los servicios más degradantes.

Ahí estaba Holzinger, el hombre bueno pero débil, realizando sus burdas transacciones entre la comodidad y la conciencia, nunca seguro de si llevaba los cuernos del marido burlado o las anteojeras del imbécil.

Fischer sí que estaba seguro. Recogió el rumor y le siguió el rastro hasta Hamburgo, probando el hecho de que Liesl Holzinger vivió con un soldado británico y posiblemente quedó embarazada de él en vísperas del regreso de su marido.

Traudl también estaba allí. Sus amoríos juveniles de tiempos de guerra se hallaban enumerados uno por uno: el teniente de la Panzer, el funcionario vienés, el piloto de la Luftwaffe que le prometió matrimonio, pero que nunca volvió. La geografía de su pasión era meticulosa: estaban indicados los refugios montañoses, las habitaciones de hotel, los claros y los valles donde se habían entregado; cada ocasión junto al hombre del que la había poseído.

Al hojear la deplorable crónica, Hanlon se horrorizó de su propia salacidad. No estaba enamorado de Traudl, pero le profesaba un compañerismo afectuoso, y su cuerpo dispuesto a la entrega tenía para él un fuerte atractivo sensual. Sin embargo, atisbaba como un voyeur la intimidad de su dormitorio..

Necesitó algún tiempo para entender por qué podía leer sin que se le despertaran celos. No existía materia para estar celoso. El pasado de Traudl le pertenecía, más aún que el presente. Ella estaba en su poder lo mismo que cualquier otro ciudadano de Bad Quellenberg.

Fischer pagó caro lo que pudo obtener gratis. Le entregó las llaves de la ciudad. Convirtió a Mark Hanlon en amo de Bad Quellenberg y de todos sus habitantes. Mas no de todos. Quedaban algunos inocentes, muchos ignorantes pero intachables. Existían los simples, en número escaso, que nacían y amaban y se casaban y engendraban y morían despreocupados de la grandeza alcanzada.

Ésos estaban fuera del alcance de la malevolencia, como el padre Albertus, a quien profesaba respeto; como Anna, a la que amaba y no podía poseer.

Éstos lo hicieron avergonzarse de sí mismo y de su nueva codicia furtiva de poder. Por ellos cerró el libro y lo guardó en el compartimiento inferior de la caja fuerte de la que él sólo tenía la llave.

Una noche, poco después de la muerte de Sepp Kunzli, bajó a la ciudad para visitar a Reinhardt Huber. Había llegado de Klagenfurt un paquetito con medicinas de reemplazo y quería darse el placer de llevarlas en persona.

El rostro ancho de Huber se iluminó ante el obsequio e insistió en que Hanlon compartiera su café y el fondo de una botella de schnapps. Hablaron, fumaron y bebieron cerca de una hora, y cuando Hanlon salió a la calle, el reloj de la torre de la iglesia daba las nueve.

La calle estaba desierta. Los habitantes cenaban en sus casas con las persianas bajas. Desde el asesinato de Winkler regía toque de queda para los desplazados. Las tropas bebían en los Stüberls o acariciaban a las mozas en las avenidas o bailaban en el «Zigeuner Café». Los pasos de E Hanlon producían una nota hueca en el empedrado, y la luz de la luna dejaba un reflejo espectral en las murallas lisas y en los bosques de pinos que dominaban toda la ciudad.

De pronto, a distancia, oyó un grito de mujer, alto, aterrorizado, bruscamente ahogado. Echó a correr, rápido y silencioso, en puntillas. El camino se estrechaba y torcía en ángulo, internándose en el barrio antiguo, donde las fachadas de las tiendas se escondían tras los portales.

Y los vio. La mujer se apoyaba sin esperanza contra una columna de piedra; el hombre la tenía sujeta apresándose el cuello con un brazo mientras le desgarraba la ropa con el otro. El hombre lo oyó venir, se apartó bruscamente y escapó calle arriba. La mujer se derrumbó al pie de la columna.

Cuando Hanlon se inclinó sobre ella vio que era Anna Kunzli.

La levantó suavemente y la llevó en brazos el resto del camino hasta la «Casa de la Araña».

Anna volvió en sí, temblando e incoherente por la impresión, pero le dio el nombre del agresor y una descripción aproximada. En la casa la entregó al ama de llaves, indicándole que le diera un baño y la acostara, mientras él, desde el escritorio de Sepp Kunzli, telefoneaba a Johnson.

—Necesito que encuentre a un hombre, Johnny. Se ama Anton Kovacs; es un desplazado del «Bella Vista». Pida a Miller por teléfono una

descripción completa. Registre la ciudad, cite a todos los soldados y, si es necesario, a la Policía, pero cácelo esta misma noche.

—Y después ¿qué hago?

—Lo arresta... y no sea suave. Incomunicación total. — ¿Cuál es el cargo?

—Tentativa de violación. — ¡Líbreme Dios! ¿Y quién es ella?

—Anna Kunzli.

El silbido de sorpresa de Johnson le destempló el lo. — ¿Quién es el testigo?

—Yo.

—Lo cogeremos, Mark. ¿Cuándo estará usted de vuelta?

—No sé. No me espere mientras no me vea. Si me necesita estoy en casa de Kunzli.

—No corte todavía. Traudl llamó y quería que...

—Al diablo con Traudl. Póngase a trabajar, Johnny.

—Ya estoy en marcha.

—Wiedersehn.

Dejó el auricular y se quedó con la cabeza entre las manos contemplando la cubierta pulida de madera nudosa del escritorio. Estaba furioso, cansado y sin ánimo. Le arrancaban las ilusiones una por una. Los cínicos tenían razón. Su idealismo ciego era un engaño y una falsedad. Fischer le anunció que los desplazados traerían consigo asesinatos, violación y disturbios. Las tres cosas se habían realizado. Huber le advirtió que un hombre no podía ser al mismo tiempo amante de un pueblo y buen administrador. La prueba estaba en cada página del volumen negro de Fischer. ¿Cómo se podía amar a las bestias en celo, gruñonas, traidoras que ahí estaban retratadas? Sólo cabía dominarlas con la fuerza y la astucia. El motivo predominante era sobrevivir. Pisotear al débil, seducir al fuerte, coger lo que se necesita, y si es posible eludir el pago, tanto mejor.

Johnson tenía razón cuando se burlaba de las transacciones que le imponía el cargo. Él estaba incorporado, pero no en demasía. Quería poder, pero no estaba dispuesto a la crueldad final.

Necesitaba amor, y se solazaba en un amorío juvenil. No era ni un célibe satisfecho ni un lujurioso alegre. Procuraba obtener lo mejor de ambos mundos y se quedaba con lo peor de cada uno.

Continuaba masticando ese cuajarón insípido, cuando se le presentó el ama de llaves diciéndole que Anna estaba lista para recibirlo.

La encontró acunada entre almohadones, en el mismo lecho que él ocupó durante su enfermedad.

Estaba pálida, tenía hinchados los párpados, y en la piel blanca de su cuello principiaban a acusarse manchas amoratadas. Mark se sentó al borde de la cama y se inclinó para besarle ligeramente. Ella le echó los brazos al cuello y se apretó contra él en un paroxismo de sollozos. – ¡Ay, Mark! ¡Mark! Tenía que ser usted. ¡No había nadie más... nadie!

Él la mantuvo oprimida, aquietándola con palabras cariñosas hasta que cesó su llanto y recuperó la serenidad. Entonces le secó las lágrimas, la acomodó en las almohadas y la miró con amor y lástima.

Suavemente le dijo:

–Fue un mal sueño, Liebchen. Ya pasó. Nunca volverá.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Fue horrible, Mark. El hombre parecía un animal. Me parece que nunca volveré a ser limpia.

–Es lo que ha sido siempre, Anna. Limpia y bonita. – ¿Me encuentra bonita, Mark?

–Muy linda, Liebchen. – ¿Quiere besarme, por favor?

Él se inclinó y la besó ligeramente en los labios.

–Así no, Mark. Yo no soy una niña. Soy mujer. Quiero sentirme mujer. ¡Y... lo amo tanto!

–Yo también la amo, Arma.

–Entonces, bésame.

Anna volvió a rodearlo con sus brazos, sus labios;e unieron y ella lo hizo, conducida por todos los filiales suaves y locos del amor, como si sólo las malos de Mark pudieran limpiarla, como si sólo su cuerpo pudiera librarla de la pesadilla.

La luz del sol que llenaba la habitación los despertó por la mañana. El ama de llaves les sonrió al servirles el desayuno en la terraza, y, cuando miraron a su alrededor, el mundo estaba nuevo y brillante como la primavera estuviera irrumpiendo por segunda vez en los flancos verdes de las montañas.

Traudl rió en la cara de Hanlon al oír las nuevas. – ¡Por amor de Dios, Mark! Creí que usted sabía más. Estas vírgenes que maúllan son todas

iguales: ancas como la leche, blandas como la mantequilla, tan terriblemente inocentes que es necesario enseñarles las palabras. Se le derriten entre los brazos y suplican que sea suave con ellas... y seis semanas después le gritan que están embarazadas. Los hombres son estúpidos.

Las cosas no son así, Traudl.

—Nunca lo son, Schatz, hasta que le sacuden en narices el contrato matrimonial. ¡Espere y verá!

Le doy dos meses para que vuelva con los resabios de una mala borrachera y con indigestión por exceso de tortas dulces.

—Perdóneme, Traudl, pero me casaré con ella.

—No lo hará, y lo sabe -dijo ella con alegre mofa. Su valor frío y brillante conmovió a Hanlon, quien le dijo gravemente:

—Johnny está bastante enamorado de usted. Ella hizo un gesto resignado.

—Johnny es un muchacho todavía, Mark. Pero es probable que yo lo haga hombre. No se preocupe por mí.

Repentinamente se inclinó y lo besó en los labios, mordiéndoselos hasta hacerle salir sangre. Él la apartó con fuerza.

—Eso es para que se acuerde. Creo que comete un gran error, Mark, pero le deseo buena suerte.

Entretanto... -de pronto se puso seria-. Supongo que ya no querrá tenerme aquí.

—Si quiere quedarse, me alegraré de tenerla -dijo secamente Hanlon-. No tiene objeto pregonarlo. Seguiré necesitando secretaria.

—Usted necesita algo más que una secretaria, Mark -replicó ella con súbita malevolencia-.

Necesita alguien que le enseñe las verdades de la vida. Probablemente yo soy la única que puede hacerlo. Me quedaré.

Y se quedó, como secretaria eficiente y sarcástica observadora de la locura de ese nuevo maridaje de mayo con setiembre.

La primera respuesta de Klagenfurt sobre los casos de asesinato, llegó al día siguiente:

Acusamos recibo y tomamos debida nota de su informe. Si es posible, mantenga la actual posición hasta después de la Conferencia del Alto Mando en Viena, fecha en que le enviaremos nuevas instrucciones...

Hanlon sonrió con acritud ante la fluidez del equívoco administrativo. Él seguía mandando, pero si cometía un error servirían su cabeza en una bandeja. Envío copias del telegrama a Miller y al padre Albertus; después, fatigado de tantas crisis, volvió a la rutina cómoda de la administración.

Se arregló para dejar libres las tardes y los fines de semana, y todo ese tiempo lo pasó con Anna Kunzli. Caminaban por los valles, pescaban truchas en los arroyos, se asoleaban en los pastos de las altas mesetas, donde florecían las gencianas, las pequeñas orquídeas silvestres y las primeras aguileñas. A menudo se alojaba en casa de Anna y volvía al cuartel general con el primer calor de la mañana, envuelto en la satisfacción suave y triste que sigue al amor.

Había estado casado con una mujer. Había dormido con muchas otras, en la vana persecución de lo que la primera le negara. Comprendía que el deleite es fácil de alcanzar, pero que el contentamiento es tan huidizo como un fuego fatuo.

En Anna encontraba las dos cosas, y por añadidura una renovación de juventud.

Estaban afinados uno para el otro, como la hoja y el viento, como el agua y los guijarros sobre los cuales fluye.

La pasión se despertaba en ellos al mismo tiempo, se calmaban juntos, se reían y besaban y callaban por común impulso.

La juventud de Hanlon transcurrió en un jardín conventual. La recordaba con una sensación de pérdida. El hombre tiene una vida para acumular sabidurías. Sólo dispone de algunos años para reunir recuerdos de la primavera.

Anna Kunzli le compensó la pérdida, y como ahora él era más sabio, podía ser agradecido, de modo que ella también quedaba contenta.: por un tiempo al menos.

Mas a medida que pasaron las semanas, en la partitura suave de su pastoral comenzó a mostrarse un elemento de desasosiego. Al principio hablaban livianamente de divorcio y nuevo matrimonio, pero mientras más insistían en el tema, mayores se presentaban las dificultades. La conciencia de Anna sobre el divorcio era católica, y temía las sanciones morales, involucradas. También lo era la de Hanlon, pero él tenía más edad, más cinismo, estaba más dispuesto a coger lo que los años le arrancarían pronto.

Anna pensaba en términos femeninos, en la suerte de los hijos, la seguridad del vínculo, la ruptura con la Iglesia.

Al principio fue fácil acallar sus dudas. La pasión Ira fuerte entre ellos y la cálida promiscuidad del lecho era toda la seguridad que necesitaban. Pero el hábito enrancia hasta los romances primaverales. Con frecuencia Anna despertaba en la noche y se asía de Mark, implorándole una seguridad que él no podía darle sin mentir, de modo que no tenía otro recurso que hacerle el amor y adormecerla en un olvido temporal. Tuvieron pequeñas discusiones, prontamente selladas con un beso, pero dejaron cicatrices, una acumulación de indecisiones, dudas y arrepentimientos tácticos.

Se amaban, pero les estaba negada la seguridad en la posesión. El polen caía de la flor, los dorados se empañaban en la casita de bizcocho. Traudl Holzinger lo veía todo, pero no decía nada.

Finalmente, una noche, Arma se enfrentó resueltamente con Mark.

Después de cenar y beber un poco se habían entregado al amor, pero por primera vez desafinaron y el acto amoroso fue breve y no los satisfizo. Se apartaron en el gran lecho en la habitación de Sepp Kunzli, convertida en cámara nupcial. Tenían la luz encendida y se veían las caras, tensas, dubitativas. Anna dijo en voz baja: -¿Mark? – ¿Sí?

-Quiero estar sola unos días.

-Como gustes.

-No te enojas conmigo, Mark. Yo te amo. Lo sabes. No existiría para mí nada mejor que ser felices siempre... siempre. Pero tengo que estar segura. – No puedes estarlo -dijo Hanlon con gravedad-. La vida no es así. No hay nada seguro. La gente cae muerta en las calles. Los gasómetros explotan. Los niños se enferman y quedan inválidos. Hay guerras, inundaciones, hambre, tumores cancerosos en los intestinos. Mañana, es la palabra más dudosa de todas. Lo mejor que puede hacerse es vivir el día presente. Gastar la moneda menuda y alegrarse de tenerla. – ¿Tú puedes hacerlo, Mark?

-Nadie puede, totalmente.

-Por eso necesito tiempo para pensar, para resolver... -¿Resolver qué? – Hanlon sintió una punzada de miedo como un puñal agudo cerca del corazón.

-Si continuar con esto. Si gastar el sencillo... o considerar el futuro.

-Es tu derecho, querida. No te lo discuto. ¿Cuánto tiempo necesitas?

–Lo ignoro. ¿Cómo podría saberlo? ¿Quieres dejarme la iniciativa de volver a tomar contacto contigo?

–Si así lo deseas...

–Así, Mark.

Sin pronunciar otra palabra él echó atrás los cobertores y principió a vestirse. La joven lo observó recostada en las almohadas.

Cuando terminó de vestirse se inclinó sobre ella y la besó suavemente; después salió de la habitación sin decir nada. La puerta se cerró tras él y Anna escondió el rostro en la almohada y rompió en sollozos.

Con los hombros bajos y la cabeza inclinada hacia delante, Mark Hanlon volvió lentamente al «Sonnblick» bajo la fría luna. Post coitum omne animal triste. El hombre es el animal más triste del mundo. El acto que mayor deleite le produce es el que más lo acerca a la muerte.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

El padre Albertus, sentado en su silla de alto respaldo, bajo una escultura de madera de San Julián, miraba el rostro hinchado y bañado en lágrimas de Anna Kunzli. Ella estaba sentada al frente, pálida y con la espalda rígida, pellizcando nerviosamente la orla de un pañuelito de encaje.

La voz cálida del anciano denotaba comprensión, y hasta su reproche tenía suavidad. – ¿Qué quieres que te diga, Anna? ¿Que lo negro es blanco, que el adulterio es una cosa buena, que se puede construir felicidad sobre una mentira y una injusticia?

–Quiero que me ayude, padre. – Toda la juventud había desaparecido de su rostro. Estaba cargada con el peso de la experiencia-. Usted habla de adulterio, de mentiras e injusticia. Para mí no son más que palabras. Lo único que conozco es el amor. Amo a Mark. Él me ama. Ésa no es una palabra sucia como las otras. Es hermosa. ¿Cómo puedo hacérselo entender?

–Créeme, hija, que lo comprendo. – ¿Cómo puede comprenderlo si usted nunca lo ha sentido? – ¿Crees que no? – la sombra de una sonrisa asomó a los ojos mansos-. Ahora soy viejo, pero una vez fui joven como tú y Mark. Los votos sacerdotales no destruyen la virilidad. Sólo la vejez lo hace. ¿Piensas que nunca sentí deseo? ¿Piensas que alguna vez tuve en mis brazos una criatura en la fuente bautismal, sin desear que fuera mía? ¿Qué crees que escucho en el confesonario? ¿Cuentos de hadas?

–Entonces, ¿por qué es tan implacable? – preguntó ella desesperada.

–No soy implacable, pero no puedo cambiar la verdad. Mira, Anna... - se inclinó hacia ella, accionando con sus manos quebradas-. Por primera vez en tu vida te enfrentas con el significado real de la religión: la cosa que ata, la cosa que limita. La gente habla de ella como si fuera algo suave, una fuente de consuelo. Así es, pero sólo en parte. El resto es un fardo, una cruz en nuestras espaldas. – ¿Quién la coloca ahí?

–Yo no, muchacha, sino Dios Todopoderoso.

–Entonces Él tampoco tiene compasión.

El rostro sabio, luminoso se nubló. La cabeza blanca se doblegó suplicante.

–Tiene piedad, Anna. También tiene amor. Formó tus labios para besar y tu cuerpo para el amor y la concepción.

–Y al final me los niega.

–Porque pertenecen a otra mujer, a la esposa de Mark.

–Ella no los quiere. Nunca los quiso. – ¿Te lo dijo Mark?

–Sí. – ¿Cómo sabes que no te mintió?

–No tiene derecho a decir eso, padre. Conozco a Mark. No me ha mentido.

El padre Albertus asintió gravemente.

–No; no creo que lo haya hecho. Perdóname, Mark es un hombre bueno pero desgraciado. Para cualquiera es difícil guardar la continencia viviendo por años lejos de su mujer. Es más duro todavía cuando no queda amor para mantener la lealtad.

–De eso se trata, ¿no lo ve usted, padre? – ella asió con ansias el final del argumento-. No queda amor; no hay injusticia. La vida será atrocemente larga para él y también para mí. ¿Por qué no gozar de ella mientras podamos?

–Eres joven, Anna; puedes gozarla con otro hombre... y con la conciencia tranquila.

Ella levantó la cabeza y lo miró de frente. Sus ojos se tornaron súbitamente fríos y su boca firme.

Dijo con deliberación:

–Entiéndame una cosa, padre. Cualquiera que sea mi decisión en este asunto, hay un solo hombre a quien yo puedo amar y a quien amaré siempre. Ese hombre es Mark Hanlon.

El padre Albertus la miró y tuvo la certeza moral de que oía la verdad. Anna Kunzli era en el sentido absoluto, una persona simple, de las que ven con claridad, eligen fríamente y se adhieren para siempre a su elección, aunque las lleve a la condenación y la ruina. Eso no era un contubernio rústico, acompañado de lágrimas y arrepentimiento para terminar en un contrato matrimonial. La muchacha había acudido a él de buena fe, en busca de ayuda para una decisión irrevocable. Si él le fallaba, el daño no tendría enmienda. Cerró los ojos y oró como lo hizo con Johann Wikivill, pidiendo luz para sus ojos y sabiduría para su lengua. Después, con dulzura, dijo:

—No tengo consuelo que ofrecerte. Sólo puedo decirte la verdad y rogar para que encuentres la fuerza de seguridad. Si tú y Mark permanecéis juntos, quizá puedas alcanzar felicidad. Te digo quizá, porque conozco a Mark mejor que tú, y ninguna mujer podrá satisfacerlo nunca plenamente.

Él es uno de los que sienten hambre del paraíso perdido. Lo buscará hasta que muera, y entonces, si Dios es bondadoso, podrá alcanzarlo. Te repito, quizá seas feliz. Si lo eres, será a expensas de tu fe, que es lo único que vale cuando muere la pasión y el cuerpo comienza a gastarse. — ¿Y si renuncio a él?

—Te quedarás sola toda tu vida. — ¿Qué sucederá con su hijo? — ¿Su hijo?

—Estoy embarazada, padre -dijo tranquilamente Anna Kunzli.

El anciano enmudeció. Se puso en pie, caminó hasta la ventana y permaneció largo rato mirando sobre los techos de las casas. Cuando se volvió finalmente hacia ella, Anna vio que tenía empañados los ojos. Su voz fue cansada y vacilante.

—De todo corazón desearía, Anna, poder decirte ahora: «Ve y sé dichosa con tu hombre.

Concibe sus hijos. Guarda su casa. Constrúyanse una vida nueva en el valle.» Os amo a los dos, ¿lo ves? Pienso en vosotros como en el hijo y la hija que nunca tuve. En vuestros hijos podría ver la continuidad que me niegan mis votos. Pero no puedo hacerlo. En el campo de concentración me golpearon, me mantuvieron hambriento y me quebraron las manos para llevarme a la traición -la voz le falló-. Sinceramente te digo que eso fue fácil comparado con esto.

Anna Kunzli se conmovió sintiendo afinidad con el anciano, pero lo miró con sus ojos claros y brillantes y lo emplazó:

–Usted dice que nos ama, padre. No obstante nos condena a muerte, a una muerte larga y lenta, solitaria y sin amor.

–No a muerte, hija, a vivir.

–Muéstreme alguien que haya podido soportarlo.

–Lo haré -dijo tranquilamente el padre Albertus-. Es posible que él te ayude más que yo. Y sin decir más salió de la habitación, volviendo momentos después con Johann Wikivill.

Dos días más tarde Mark Hanlon recibió la visita del padre Albertus; éste le llevaba una carta de Anna Kunzli. Era corta, sencilla y definitiva.

Queridísimo Mark:

Lo he resuelto. No puedo continuar así. Sé que comprenderás por qué. Sigo amándote. Te amaré hasta que muera. Pero te suplico que no vengas.

ANNA.

Hanlon la leyó en silencio; luego, deliberadamente, la rompió en trozos menudos que dejó caer en el cesto de papeles descartados. Miró después al padre Albertus y le dijo con fría urbanidad:

–Gracias, padre. ¿Hay algo más?

–Sólo decirte que lo siento profundamente por los dos.

–Si Anna puede resistir -repuso Hanlon con sarcasmo-, sin duda yo también podré hacerlo.

Tengo mucha más experiencia.

El anciano desechó el sarcasmo con un gesto y le lijo cálidamente:

–Tratas de herirme, Mark, pero en realidad te torturas. Yo no te he quitado a Anna. Le mostré los dos aminos. Ella eligió. Sabes que es la verdad, ¿no es sí?

Cayó del rostro de Hanlon la máscara sardónica, revelando debajo la herida y el desgarramiento interior. Estiró las manos en apasionada súplica.

– ¿Por qué fue ella a consultarlo, entonces? ¿Por qué no me lo dijo a mí? Yo no habría tratado de retenerla. ¿Cree usted que quiero su desgracia?

Demasiado conozco lo que eso significa. No puedo perdonarle eso, padre.

–Tenía miedo de venir, Mark. Si era preciso herirte, no quería hacerlo con un beso. Además, ella te ama demasiado para confiar en sus fuerzas estando en tus brazos.

–Lo que me convierte en un lindo tipo de libertino, ¿verdad?

–No eres un libertino, Mark -dijo el padre Albertus con suave reproche.

– ¿Qué soy entonces?

–Un hombre que busca amor -dijo tranquilamente el sacerdote-, y lo necesita tanto, que puede perderlo eternamente.

–O que pueden arrancárselo -replicó Hanlon en tono amargo-. Usted me la ha quitado, padre.

–Yo no te la quité -la voz envejecida tuvo un destello de cólera-. Ella renunció a ti libremente. Y ahora te lo digo: nunca serás feliz si no renuncias también libremente a ella.

Hanlon golpeó el escritorio con el puño. Sus ojos relampaguearon y gritó al sacerdote:

–Usted pretende demasiado dando muy poco. Lo toma todo y no entrega nada. Yo le di a Johann Wikivill. Se ha apoderado de Anna. También me quiere a mí.

–Soy cazador de almas, Mark -los ojos mansos se encendieron de súbito fuego-. Lanzo mis redes lo más lejos que puedo. – ¿Y qué da a los que se entregan, padre?

–Paz, hijo mío. – ¡Paz! – Hanlon lanzó la palabra mofándose. Se levantó de su asiento y comenzó a correr de un lado a otro la gran sala, volcando enfurecido el resentimiento y la desilusión de muchos años-¡Paz, me dice! Usted me la prometió en el huerto del convento. Nunca la encontré. Hallé orgullo, ambición, envidia y falta de amor. Usted me envió al mundo a buscarla. Tampoco la encontré.

Llegué, lo mismo que a este lugar, con amor y bondad, y me los lanzaron al rostro. Amé a una mujer y no fui amado. Amé a mis hijos, pero envenenaron su afecto por mí. Combatí en una guerra para fundar una paz. Vine a esta ciudad para establecerla. No hubo paz. Hubo asesinato, violación, suicidio y la muerte del amor. Usted me promete paz, padre. ¿Dónde se encuentra? ¿Dónde, padre?

El sacerdote guardó silencio largo rato. Sus ojos compasivos estaban fijos en el rostro demudado de su antiguo alumno. Después citó suavemente:

–«Nos hiciste para Ti, oh Dios, y nuestros corazones no tendrán reposo hasta que descansen en Ti.»

–Es demasiado tarde, padre -dijo Hanlon con voz muerta y sin inflexiones-. Es demasiado tarde y estoy muy cansado.

–Nunca es demasiado tarde, hijo mío.

–Olvidémoslo -la voz de Hanlon se reanimó. Se alisó su rostro y adoptó la máscara funcionarla-. Hay una cuestión de negocios... -¿Sí?

–Ya le dije, usted ha pedido demasiado y ha dado muy poco. Ése es un mal negocio. Usted tiene a Anna. Quiero que me devuelva a Johann Wikivill.

El padre Albertus lo miró de hito en hito durante un momento de incredulidad; después se incorporó y contestó en tono formal:

–Se lo enviaré, teniente coronel. Auf Wiedersehn.

–Auf Wiedersehn, padre.

Un poco después entró Traudl Holzinger llevándole el correo de la tarde enviado de Klagenfurt.

Lo saludó en forma impersonal y comenzó a abrir los sobres dejándole al frente la correspondencia.

Él la recorrió distraído, firmando, poniendo sus iniciales y lanzándola a las diversas bandejas. Por fin quedaron sólo dos cartas.

Cuando abrió la primera, cambió de expresión. La leyó por segunda vez, echó atrás la cabeza y prorrumpió en carcajadas. Rió hasta que le corrieron lágrimas por las mejillas, mientras la joven lo miraba desconcertada. Entonces lanzó la carta frente a ella sobre el escritorio. – ¡Eso es! ¡La última y condenada paja! ¡Léala! ¡Vamos, léala!

Poco había que leer. Un número de orden, una referencia y un memorándum categórico del Cuartel General de Ocupación G.O.C., Klagenfurt:

Sus recomendaciones sobre los sucesos recientes ocurridos en el área de Quellenberg son aceptables para este Cuartel General, y de acuerdo con recientes convenios sobre políticas de los Cuatro Poderes en Austria ocupada, se proclamará una amnistía para ciertas clases de prisioneros militares y políticos después de las próximas elecciones. Sugerimos que aproveche esta circunstancia para tratar los casos de las personas desplazadas y de Johann Wikivill. – ¿Qué tiene de gracioso? – preguntó Traudl devolviéndole la carta-. Usted ha conseguido lo que quería, ¿no es así?

—Eso es lo más exquisito de la broma, querida. Lo he conseguido cuando ya no lo deseo. — ¿Como Anna Kunzli?

Él le dio una mirada rápida y sorprendió la burla en su sonrisa.

—A ella la quiero, pero la he perdido. — ¿Y qué pasará ahora?

Hanlon cogió la última carta de la bandeja y golpeó con ella distraídamente el escritorio, mirando a Traudl con fría ironía.

—La condena es mía, querida. Yo sólo trataré con ella. ¿Por qué no consigue que Johnny la lleve a casa?

Ella lo miró largo rato, entre compasiva y resentida, después giró sobre sus tacones y salió de la habitación. Hanlon cogió el cortapapeles, abrió el último sobre y comenzó a leer:

Mi querido Mark:

He necesitado largo tiempo, quizá demasiado, para resolverme a escribir esta carta. No me queda más que rogar que comprendas mis razones y seas bondadoso.

Los niños quieren verte. Saben que se toman medidas para que las familias de los soldados de Ocupación visiten Europa y después vivan con sus familiares. Ellos te quieren, les haces falta y principian a irritarse por su separación de ti.

Yo también deseo verte. ¡Te ruego que me creas! Lo deseo más que nada en el mundo. Nuestro matrimonio fracasó hace mucho tiempo, pero sólo hace poco he comprendido que yo fui quien lo destruyó.

Tú lo sabías y me odias por ello. Tu odio fue una arma en mis manos. No tengo defensa. Quiero darte algo del amor que te negué y, si se puede, construir alguna cosa con las ruinas de nuestras vidas.

Si puedes perdonarme, no te haré cargos. Siempre fuiste gentil y sé que seguirás siéndolo por los niños. Si quieres saber lo que me ha traído a esto, es muy sencillo.

Estoy más vieja y he aprendido más, y temo al invierno sin amor. Esto también es una especie de egoísmo, pero ahora, al menos, soy honrada reconociéndolo. También soy honrada al decirte que si podemos reunirnos, sobre cualquier base, nunca más sería ella unilateral. ¿Me escribirás para decirme si podemos ir y qué deberemos hacer desde acá?

Algún día -ojalá sea pronto- me gustaría poder firmar:

Tu amante esposa,

LYNN.

Hanlon dejó la carta sobre el escritorio y la cubrió con las manos. Después se echó atrás en la silla y cerró los ojos.

Era el sarcasmo final. Ése era el amor que implorara, por el que lloró, el que trató de encender con ira y de cuidar con paciencia en los años de su desolación. Ése era el amor cuya negativa lo lanzó, vagabundo, en brazos de otras mujeres, en la persecución estéril del poder. Ahora que se lo ofrecía libremente, con humildad, no lo deseaba.

Carecía de significado para él; era un escrito en lengua olvidada, una partitura embrollada hasta una disonancia irremediable. En otro tiempo el misterio le provocó pasión, ternura, los mil dolores del amor, un sentido de culpabilidad por su propia ineptitud. Ahora comprendía que no hubo misterio. Sólo hubo un cuerpo de mujer que se estimó demasiado caro; un corazón vano; una mente replegada largo tiempo en sí misma y súbitamente aterrada por la primera visión solitaria de la realidad. ¿Los niños? Sí. Eran su otro yo. Su promesa de continuidad. Daban amor y lo tomaban, irreflexivamente. Eran el suplemento, la anotación, sin la cual sería incompleta la crónica de la vida.

Pero no eran el texto entero. Eran sólo el tercer aspecto de la trinidad humana: hombre, mujer, hijo.

Procedían de los dos; eran independientes de ambos. No podían suplantar ni aportar la relación íntima de cuerpo y espíritu que es el principio, el medio y el fin del amor.

Aún subsistía un vínculo entre él y Lynn, pero el vínculo era una fórmula legal. Nada tenía que ver con el cuerpo o el espíritu. Hacía mucho tiempo que habían cesado de ser una carne. Su cuerpo pertenecía ahora, por afinidad, si no por ley, a Anna Kunzli. Su espíritu estaría siempre inquieto si el de ella no lo acompañaba en el camino. ¿Qué se podía construir en una situación cómo esa? ¿Un hogar para los niños? Donde no hay armonía no hay hogar. ¿Afecto, respeto, confianza mutua? Imposible, a menos que los dos corazones se rindan y cada uno acepte el arrepentimiento del otro.

Recogió la carta y volvió a leerla, lentamente. Le conmovió su tono lastimero. Pero sintió rechazo por el nuevo fardo de decisión que le imponía.

Lo mismo que en Bad Quellenberg, en ese pequeño reino dividido le estaban pidiendo que dictara sentencia en una causa que incluía su propia felicidad, su propia paz. La balanza estaba cargada en contra suya, pero la conciencia seguía exigiéndole una meticulosa equidad.

Él sabía que otros hombres se desentienden de tales responsabilidades. La equidad, dicen, es muy poca cosa comparada con la necesidad fundamental de sobrevivir y encontrar un puerto seguro para realizarlo. Si no se puede vivir dentro de la ley, hay que forzar la ley, poco o mucho, para hacerse, un hueco. El matrimonio es un contrato, pero si el contrato no resulta equitativo, al diablo con él.

El tropiezo estaba en que esos individuos prácticos aciertan las más de las veces en el resultado, y los hombres como él siguen asidos a la maquiñarla chirriante de la justicia, mucho después que ésta se detiene dejándolos en el atolladero.

De nuevo se encontraba frente al problema básico de su carácter y su educación. Necesitaba amor, necesitaba paz. No era bastante cruel para destruirlos en otros a fin de asegurar su propio logro.

Una palabra, una visita, una carta podían hacer que Anna volviera a pesar del padre Albertus, pero él no la quería en esos términos. La reunión con Lynn daría a ésta seguridad y hogar a los niños. Él quedaría para siempre vacío y solitario. Sin embargo, no llegaba a resolverse por la negativa.

Largo rato permaneció con la cabeza entre las manos, pesando su situación. Después cogió pluma y papel y comenzó a escribir. La carta fue larga, sobria, gentil, bondadosa, y decía con toda sencillez:

Ven tú primero y conversaremos. Los niños pueden seguirte más tarde.

Garabateó su nombre al pie de la página y fue como si firmara su propia sentencia de muerte.

Plegó la carta, la selló y la echó a la bandeja del correo. En seguida se puso el gorro y el capote y salió a caminar en el ocaso fresco y gris que se acumulaba bajo los pinos.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

En la habitación desnuda y sombría que miraba al cielo crepuscular y a las negras jorobas de las montañas, el padre Albertus cenaba con Johann Wikivill. La comida estaba casi intacta. Bebían parcamente y por largo rato

se abstuvieron de hablar. La paz del momento les era preciosa. El vino era como un viático, una preparación sacramental para el viaje del discípulo y la vigilia solitaria del maestro.

El rostro de Wikivill quedaba en sombra, pero el del sacerdote retenía su rara cualidad luminosa y sus ojos estaban llenos de compasión. El momento era extraño para él. Tenía allí al hijo que enviaba a encontrarse con el otro hijo que lo abandonó muchos años antes para recorrer las sendas torcidas del amor y de la ambición.

Sólo podía adivinar lo que sucedería en ese encuentro. Cada uno, a su modo, había caído bajo las duras disciplinas del Todopoderoso. Cada uno reaccionó de manera distinta, el uno con rebeldía, el otro con la lenta sumisión de la voluntad. Uno llegó a la paz, el otro seguía atormentado. A los dos amaba. Lo ligaba con cada uno la misma paternidad del espíritu; no obstante, podían destruirse mutuamente a su vista. Él nada podía hacer fuera de encomendarlos a una común Misericordia y aguardar con resignación el resultado.

Por fin habló, y su voz profunda resonó en el silencio vespertino.

—Tienes que partir pronto, hijo mío.

Wikivill levantó la cabeza y el anciano observó los ojos tranquilos y el gesto de firmeza en la boca.

—Estoy listo. — ¿No te arrepientes?

—No. Siempre he sabido que esto tenía que terminar así.

—No debes odiar a ese hombre.

—Al único que he odiado alguna vez es a mí mismo.

—Tampoco debes hacerlo.

—Lo sé. Es una de las cosas que usted me ha enseñado: vivir en paz conmigo mismo. — ¿Tienes miedo?

—Sí.

El anciano se levantó, caminó hasta la ventana y se quedó largo tiempo mirando sobre el valle neblinoso hacia la meseta de la montaña y las primeras estrellas borrosas que asomaban en el cielo sereno. Después se volvió lentamente. Su silueta negra se recortó contra la ventana, y comenzó a hablar:

—Deja que te explique a Mark Hanlon. Si lo comprendes, no tendrás miedo. Si llegas a él sin temor, quizá puedas ayudarlo. — ¿Ayudarlo? — la sorpresa agudizó la voz de Wikivill-. Él quiere mi cabeza. Se la daré.

Después de eso no me queda nada.

La voz profunda le repuso con firmeza:

—Eres un hombre que, como Lázaro, ha caminado por el valle de las sombras de la muerte. Has soportado la ruina de la virilidad y la destrucción de la esperanza. Has sobrevivido y tienes una esperanza nueva. En eso eres rico. Puedes prestarle fuerza a ese hombre que, como tú, ha caminado por el lugar de los muertos, por el abismo de la desolación. En el fondo él es bueno, tiene mucho amor y nadie se pierde mientras no excluye el amor de su vida y endurece contra él su voluntad. Le han quitado a los que ha amado; por eso trata de vengarse en ti. Cree que te odia, pero no encuentra satisfacción al hacerlo. Desprecia el impulso mientras se entrega a él. Está vacío, extraviado, solitario; mas su orgullo no le permite confesar su necesidad. Ni siquiera ese orgullo es enteramente malo, porque no le permitirá desquitarse con un hombre que está indefenso entre sus manos. No lo combatas. No opongas tu propia altivez a la suya. Él es más pobre de lo que cree, y tú, a pesar de tu pérdida, eres singularmente bendecido. Recuerda eso, hijo mío. — ¿Pero qué le diré?

—Lo que tu corazón te dicte.

—Sigo asustado.

—Si no lo estuvieras, lo que haces no tendría mérito. No habría sacrificio si no existiera riesgo.

—Es que arriesgo lo único que me queda, mi libertad -la voz de Wikivill se elevó en súplica ferviente-. ¿No lo ve usted? Son las murallas las que me aterran, las piedras que me emparedarán.

Maté para escapar de ellas. Ahora tengo que volver, libremente, por mis propios pies. Tengo miedo de perder el valor a mitad de camino.

—Ya no hay murallas, hijo mío -el padre Albertus se le acercó a través de la penumbra de la habitación-. Cuando aceptaste la prisión de tu cuerpo mutilado, conquistaste la libertad de una zancada. No existen murallas que puedan contenerte. No hay barrotes que puedan separarte de los pastos que satisfacen. Cree lo que te digo, en el nombre de Dios.

—Lo creo -dijo Johann Wikivill en voz baja-. Que Dios supla mi falta de fe.

Con un gesto extraño, patético, hundió el rostro entre las manos mientras el sacerdote, dominándolo con su alta estatura, suplicaba desesperadamente una infusión de fuerza para ese momento crucial.

Wikivill alzó al fin la cabeza; sus ojos habían recuperado la calma; su rostro estaba en paz. Echó atrás la silla y se hincó a los pies del anciano.

—Bendígame, padre.

El padre Albertus alzó sus manos quebradas en el gesto ritual de la bendición: «Vade, mi filii... ¡Ve, hijo mío! En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, vete en paz.»

Calado hasta los huesos, Mark Hanlon se sentó en el banquito de piedra donde un día observó cómo Anna alimentaba a los pájaros, reflexionando en su situación.

La veía con claridad. Había alcanzado el límite de la vida. Todo cuanto amara lo había perdido.

Todo lo que construyera estaba fundado sobre arena. Sus esperanzas eran fuegos fatuos, sus realizaciones un polvo soplado por el viento en el desierto del pasado. El futuro era un vacío en acecho. No podía retroceder y ningún estímulo le impulsaba a seguir. El progreso de la vida se hallaba detenido y él estaba cogido en la síncope, en un estado de inmovilidad y desilusión desnuda, al margen del tiempo.

Incapaz de una ideación consecutiva, sólo le quedaba una serie de cuadros, un loco caleidoscopio de personas y lugares, irreales, fantásticos, extrañamente aterradores: Willis tirado en el camino; la máscara lupina del hombre del fusil; el rostro estático de Anna en el momento del amor; las manos como garras del padre Albertus; los fríos ojos de obsidiana de Sepp Kunzli; los secretos obscenos del libro negro de Fischer; Traudl entre sus brazos y el movimiento del cuerpo de ella contra el suyo; el rostro débil y hermoso de Holzinger, y detrás de todo, la fisonomía desvaída y sin rasgos de su propia mujer.

Los cuadros giraban mareadores, con rapidez cada vez mayor, hasta que gritó de miedo y escondió la cara en las manos para no verlos. Le dolía el cuerpo como si lo hubieran golpeado con varillas, contracciones nerviosas le desfiguraban el rostro, y los dientes comenzaron a castañetearle incontrolablemente. Lo invadió un frío mortal.

Se puso en pie y comenzó a caminar lentamente por la avenida en dirección a la ciudad. Los árboles se inclinaban inmóviles y negros en el aire quieto. El sonido del agua corriente le pareció una voz de pesadilla y en el cielo sólo vio la mofa despiadada de la luz estelar.

Llegando a la ciudad le pareció que había cambiado de aspecto. Las murallas eran rocas altas, las ventanas amarillas, cavernas habitadas por monstruos que se burlaban de él en silencio. Los frentes de las tiendas reflejaban su figura agachada y bamboleante reproduciéndola como la de un enano tenebroso.

Vio espectros bajo los negros portales, máscaras de cabras que fijaban la vista en él al resguardo de los cañones de las chimeneas, y el grito desesperado de Anna se sobrepuso en sus oídos al ruido de los pasos de su agresor. Anduvo más y más ligero hasta que su cuerpo se empapó en transpiración y una faja le hierro le oprimió el tórax.

En la puerta del «Sonnblick» el soldado que montaba guardia observó su rostro amarillo y desencajado y estiró una mano para sostenerlo, pero él se hizo a un lado y entró apresuradamente al ascensor, cerró de golpe la puerta metálica y apretó el botón en un esfuerzo final y frenético por llegar al asilo de su cuarto.

Entre jadeos y náuseas, se inclinó sobre el lavabo hasta que se le calmaron los vómitos; después se quitó la chaqueta, se lavó la cara y las manos y caminó a trastabillones hasta la oficina para beber algo. El alcohol fuerte lo dominó rápidamente, y empinó una copa y otra. Se sentó frente al escritorio, encendió un cigarrillo y la primera aspiración de humo le produjo un acceso de tos.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y súbito, martillante, sonó el teléfono.

Instintivamente, alargó una mano y levantó el auricular. El hábito, no la voluntad, dictó las palabras familiares.

—Habla Hanlon.

Le contestó la voz del sargento Jennings.

—Un hombre quiere verlo, mi teniente coronel. Se llama Johann Wikivill. Dice que usted lo citó.

—Que suba... solo.

—Muy bien, mi teniente coronel.

Dejó el auricular. La comedia no terminaba todavía. Faltaba el antístrofe, el epílogo acre.

Momentos después se abrió la puerta y entró Johann Wikivill.

En la imaginación caldeada de Hanlon parecía tener diez pies de estatura. Vestía el mismo uniforme que llevaba el día del primer encuentro:

gorra cuadrada de picos, casaca estrecha, pantalones amplios y la capa teatral que casi le llegaba a los tobillos. Un pico de la gorra proyectaba sombra en su frente, y en la sombra sus ojos remotos tenían un brillo extraño.

La capa le prestaba esa estatura simulada, pero el aspecto de visitante ultraterreno se lo daba el rostro. Un lado, áspero y con barba naciente, estaba oscurecido por la sombra. El otro era liso, nuevo y brillante. «Como Lázaro -pensó Hanlon inconsecuentemente- cogido entre la muerte y la renovación del resurgimiento.»

La idea lo divirtió. Siguió elaborándola y sonriendo consigo mismo, mientras Johann Wikivill lo observaba erguido e inmóvil. «En la resurrección no habrá matrimonio ni esponsales, sino que seremos como ángeles de Dios... Los eunucos, los célibes y los estériles llegarán a su patria. Todos tendrán ojos místicos y mansos, y cutis de recién nacidos como este individuo. Serán compañeros aburridos para nosotros, los pobres diablos que nos contentamos con tres comidas al día y un amorcito honesto por la noche..., si podemos conseguirlo.»

Johann Wikivill se presentó con formalidad:

—Soy Johann Wikivill, teniente coronel. Usted me necesitaba.

—Lo he necesitado largo tiempo -dijo Hanlon-. Dígame... ¿Por qué mató a Willis?

—Por qué me odiaba a mí mismo. — ¡Eso es! — la voz de Hanlon subió de tono-. ¡Bien! Siempre es así. ¿No es cierto? Yo sé lo que usted sentía, hombre. Lo estoy sintiendo ahora. Dígame, ¿qué ve usted desde donde está? ¿Qué aspecto tengo?

—Parecido al mío -en la voz de Wikivill había ahora calor y compasión-. Usted se ve cansado, perseguido, enfermo...

Hanlon le dirigió una mirada penetrante. — ¡Es claro! Usted es médico. Ahora lo recuerdo. ¿Qué receta me da?

—Hay una sola.

—Indíquemela.

—Esperanza -dijo suavemente Johann Wikivill. La boca de Hanlon se contrajo en una sonrisa sin alegría.

—El padre Albertus se lo enseñó, ¿verdad? Ya lo sé..., también me lo enseñó a mí. Pero en eso hay un garlito..., un tremendo garlito. ¿Sabe cuál

es? Para tener esperanza hay que esperar algo, una meta, un fin. ¿Qué espera usted, Wikivill?

–Ser libre un día. Volver al ejercicio de la Medicina. Emplear algo de mi habilidad y de mi compasión en infelices como yo.

–No se lo agradecerán -dijo Hanlon con frío sarcasmo-. Nunca lo agradecen.

–Pagaré una deuda. No hay cuestión de gratitud.

–Usted ha contraído una deuda conmigo. – Hanlon sonrió con amargura-. Una vida por otra.

–Aquí estoy para pagarla -dijo serenamente Wikivill.

–No puedo hacerlo. – Hanlon cogió la carta de Klagenfurt y se la entregó-. Tome. Léala.

Wikivill se adelantó y cogió la carta. La proximidad lo redujo a un tamaño humano. Cayeron las sombras de su rostro y recuperó la simetría. Leyó cuidadosamente la carta y la devolvió a Hanlon.

Había calma en sus ojos y una sonrisa de gran suavidad le entreabría los labios.

–Parece que mi deuda hacia usted es doble, teniente coronel.

Hanlon hizo un gesto denegatorio despreciativo.

–No me debe usted nada. ¡Márchese!

Wikivill no se movió. Miró largo rato a Hanlon, buscando palabras para expresar su gratitud.

Luego, dijo en voz muy queda:

–Yo cuidaré de Anna en vez suya, teniente coronel. Cuando su tiempo se cumpla, atenderé el parto, y cuidaré del niño. En mis manos estarán seguros, se lo prometo.

La cabeza de Hanlon saltó atrás como si hubiera recibido un golpe en la boca. Su voz fue un murmullo ronco. – ¿Qué está diciendo?

–Discúlpeme -repuso gravemente Johann Wikivill-. Creí que lo sabía. Anna Kunzli tendrá un hijo suyo.

Durante un momento de incredulidad Hanlon se quedó mirándolo; después de todo el dolor de años escapó de él un grito desesperado: -¡Dios del cielo! ¡No!

Y sepultando el rostro entre las manos lloró como un niño.

Johann Wikivill se quitó la gorra y la capa, y se quedó junto a él golpeándole el hombro y murmurando palabras consoladoras, como si

fueran dos hermanos unidos por un común dolor.

—Usted debe visitarla -dijo Wikivill con autoridad-. A pesar de lo que ella le dijo, vaya.

Explíquele la situación que hay entre usted y su esposa. Dígale que la ama y cuáles son sus deseos sobre ella y el niño. De ese modo no habrá amarguras, no habrá recriminaciones...

Estaban sentados juntos en la gran sala donde una vez planeó Hanlon la captura del hombre del fusil. Entre ellos había copas servidas y se desplegaban los rizos lentos y amistosos del humo de los cigarrillos. Hanlon continuaba aturdido por el golpe, pero la vida parecía reanudar su flujo desde el hombre alto y flaco, de ojos serenos y voz suave, hacia él.

Ésa no era la rendición planeada, pero si no involucraba triunfo, tampoco le producía pesar.

Ahora eran dos hombres que se acompañaban, conscientes de actos mutuos, de comunes deudas.

Entre ambos no existían rubores. La vergüenza de la victoria estaba lavada con la dignidad de la derrota. La sombra de una cruz común remplazaba a la del hacha del lictor.

Hanlon se inclinó hacia delante y dijo con timidez:

—El niño me preocupa. ¿Qué le sucederá? No tendrá nombre ni padre. ¿Cómo podrá seguir viviendo aquí Anna y...?

Wikivill le interrumpió con un gesto.

—Usted olvida cómo piensa nuestra gente. Respetan la vida, del modo que venga. El niño será bien recibido, y también amado. Además, habrá muchos como él en esta tierra nuestra, cuyos hombres han muerto y cuyas mujeres se sienten solas. Todos agradeceremos esta nueva promesa de un futuro. Usted lo verá. Las mujeres le harán ropitas y los leñadores le traerán juguetes, y tendrá flores y velas en el bautismo, de manera que se parecerá a la venida del Christkind Yo me encargo de que el parto sea bueno. Si se enferman los cuidaré.

La sencillez de esa sublimidad sobrecogió a Hanlon.

—Yo quise matarlo. Y ahora...

—Ahora usted debe comer algo, en seguida dormir, y en la mañana ir a lo de Anna.

—Me gustaría verla esta noche.

–Es tarde -dijo parcamente Wikivill-. Su día ha sido malo, y la noche es traidora para los amantes. Hanlon asintió con cansancio.

–Efectivamente. Usted tiene razón. Esperaré. Pero no se retire todavía -agregó apresurado-.

Quédese a cenar conmigo. Tengo miedo.

–Es la reacción -dijo Wikivill en tono profesional-. La mente y el cuerpo resisten hasta cierto punto; cualquier exceso lo rechazan, violentamente.

–Eso es lo que me asusta. No he hecho más que comenzar. Aquí tengo mi trabajo. Hay una docena de problemas personales que resolver. Estoy horriblemente cansado y carezco de seguridad para dedicarme a ellos.

Wikivill se inclinó y echó más licor en las copas. Sin levantar la vista dijo gravemente:

–Usted es más fuerte de lo que cree: Todos lo somos. Pero a veces se necesita un hombro en que apoyarse. Si usted me deja ayudarlo, yo sería feliz. Hanlon le dirigió una sonrisa fatigada. – ¿Para pagar una deuda?

Wikivill le contestó con una mirada rápida de soslayo:

–No con usted. – ¿Con quién, entonces?

–Con el padre Albertus -levantando la copa brindo-: Prost!

El nervio dolorido se crispó en protesta contra el agudo sondaje.

–Beba usted solo -dijo Hanlon brutalmente.

Y Johann Wikivill bebió hasta empinar la copa.

CAPÍTULO DÉCIMONONO

La encontró aguardándolo en el jardín de la «Casa de la Mañana», vívida como una flor con su falda tirolesa y su blusa aldeana. La maternidad incipiente hacía resplandecer sus mejillas, y cuando corrió a saludarlo sus ojos brillaron con lágrimas de felicidad.

Se besaron y abrazaron, y luego tomaron asiento en un banco rústico bajo las hojas anchas de una haya cobriza. Se estrecharon las manos y se miraron, silenciosos pero satisfechos con ese primer momento de comunión después de largos días de ausencia.

De nuevo impresionó a Hanlon el aire extraordinario de inocencia que rodeaba a la joven. La pasión torna vulgares a ciertas mujeres. La gravidez hace a otras inseguras y gruñonas. Pero Anna Kunzli continuaba serena, dueña de sí, intrépida. La nueva vida que alimentaba parecía aumentar su fuerza en vez de disminuirla.

Hanlon principió a hablar, y ella lo escuchó atentamente, ayudándolo si él tartamudeaba, calmándolo cuando estallaba su amargo rencor. La suavidad de Anna era un bálsamo. Su valor lo dejaba en vergüenza. Terminada su historia, ella lo rodeó con sus brazos, recostándolo en su pecho, y él pudo sentir los latidos de su corazón y percibir el perfume tibio de su cuerpo.

La voz de Anna parecía llegarle de larga distancia.

—Descansa ahora, querido. Has hablado bastante. Ya no hay mentiras entre nosotros, no hay reproches ni arrepentimientos. Cuando llegue tu hijo, y sé que será un hijo, le enseñaré a enorgullecerse de su padre. Cuando tenga la edad suficiente, te lo enviaré y tú también te sentirás orgulloso de él.

A los ojos de Hanlon asomaron lágrimas cadentes, y no se atrevió a contemplar la intolerable ternura del rostro de Anna.

Ella continuó:

—Algunas veces, cuando hayas vuelto a Inglaterra, me escribirás y yo te contestaré para contarte cosas de tu hijo. Es posible que hasta vengas a vernos, pero no muy seguido, no por largo tiempo.

No creo que pueda tenerte cerca sin amarte.

Hanlon se enderezó y la miró. Tenía el rostro demudado y le preguntó en tono de reto: —¿Cómo puedes tomarlo con tanta calma? ¿No te asusta?

Los ojos de Anna se nublaron por un momento, pero repuso con sencillez:

—Sí, Mark, me asusta. Sé que despertaré en la noche llamándote a gritos. Miraré a otras mujeres con sus hombres y lloraré por ti. Pero puedo soportarlo, Mark, porque te amo, y sé que de este modo será mejor para los dos al final.

—Quisiera pensar lo mismo, Anna.

Ella le aprisionó las manos entre las suyas.

—Sí, lo piensas, Mark. De otro modo no podrías haber tomado la decisión de reunirse con tu mujer. — Cuando lo resolví me destrocé el corazón.

—Volverá a sanar, querido -dijo ella bromeando suavemente-, y un día los dos despertaremos y nos daremos cuenta de súbito que otra vez estamos en paz -se le quebró ligeramente la voz, pero se dominó al instante-. Demos una vuelta por el jardín, Mark, como acostumbrábamos hacerlo.

Se levantaron, Hanlon le cogió un brazo y pasearon de un lado a otro por la terraza larga de césped que separaba la «Casa de la Araña» y la ringlera inferior de árboles. El sol les quemaba el rostro; el aire estaba lleno de olor a pino y de canto de pájaros. La armonía lenta del verano los invadió y su conversación adoptó el ritmo medurado de sus pasos.

—Yo también tengo miedo -dijo Mark Hanlon. — ¿De qué?

—Del encuentro con mi mujer. ¿No ves que ha sido muy largo? No recuerdo que alguna vez conversáramos sin discutir. Ahora somos extraños. Ni siquiera sé cómo comenzar.

—Con ternura, Mark -dijo Anna suavemente-. Recuerda que ella está sintiendo lo mismo. No sabe cómo la recibirás. Necesita amor, pero también ha olvidado cómo pedirlo. Sé gentil con ella, querido. — ¿Y qué le diré... sobre nosotros?

—La verdad, Mark. Pero no en forma brutal ni toda de una vez. Ella necesita tiempo para prepararse a recibirla. Tiempo para ser generosa. Dale ese tiempo, y ella la aceptará..., aunque sólo sea para mostrarte que te ama. — ¿Crees que me ama?

—Lo ignoro, Mark -por primera vez hubo en su voz un indicio de descontento-. Y... no me preguntes más, ni me digas cuando lo sepas.

—Perdóname, Anna.

—No lo lamente, Mark -ella le dirigió una pequeña sonrisa incierta-. Acuérdate sólo de que sigo siendo mujer..., y tengo celos del hombre que amo. — ¡Yo te amo, Anna!

—Por cierto que sí. Y nuestro niño será hijo del amor, y mucho más feliz por eso. Pero... -Anna vaciló un momento-. Si vives en paz con tu mujer, al final os tendréis cierto afecto. No como el nuestro quizá, pero siempre será amor. Yo... yo prefiero no pensar en eso. — ¿Y si Lynn quiere verte?

—La envías acá. Pero no vengas con ella.

—Como tú quieras. — ¿Mark?

—Sí, Anna.

—Ahora voy a pedirte que hagas algo por mí.

—Lo que sea... tú lo sabes.

Ella se desprendió con suavidad y se detuvo, con rostro alzado hacia Mark y el sol brillando en sus bellos rubios. Aguardó un momento como insegura la formulación de su ruego; en seguida se lo expuso con sencillez:

–Me gustaría que fueras amigo del padre Albertus la miró, molesto y desconcertado. – ¿Por qué? – le preguntó.

–Él es viejo, Mark. Ha sufrido mucho, y nos ama.

–No tiene el monopolio del sufrimiento ni del amor -replicó Hanlon con voz dura-. Y ya le he hecho concesiones en toda la línea. – ¿Te arrepientes de alguna, Mark? ¿Lamentas lo de Johann Wikivill?

–A ti te lamento -dijo Hanlon inmovible-. Tú has sido su mayor victoria.

Anna movió lentamente la cabeza.

–Él no me separó de ti, Mark. Sólo me indicó lo que ambos creemos, y al hacerlo se le rompió el corazón. ¿No lo ves, Mark? Nosotros sufrimos, sí. Pero él también sufre. Nos considera sus hijos; a ti más, según creo. ¿No puedes doblegarte un poco, por mí, por el niño? Recuerda que tenemos que vivir en este lugar. Dependeremos mucho de él y tú puedes hacerlo muy dichoso.

Emanaba de ella tanto fervor, tan cálida sabiduría, que Mark Hanlon se conmovió a pesar suyo.

Sus ojos se suavizaron, la línea rígida de su mandíbula se relajó. Estiró los brazos y atrajo a sí a la muchacha, manteniéndola contra su pecho y rozando con sus labios el oro de su cabellera, cobijados bajo las hojas relucientes y cobrizas de las hayas.

–Muy bien, Liebchen -le dijo-. Así sea. Me reconciliaré con él.

Entonces, por primera vez, ella perdió su entereza y se aferró a Mark, sollozando como si fuera .a rompérsele el corazón. Él trató de tranquilizarla y aquietarla con palabras en las que no creía y con esperanzas que ya eran una ilusión polvorienta.

Largo tiempo después, cuando ella se calmó y los dos se sintieron agotados, se dirigieron a la puerta de entrada y se dieron un beso de despedida. Mark Hanlon se cuadró gravemente y volvió el rostro hacia la ciudad.

Mark Hanlon vivió los diez días siguientes como un sonámbulo. Sentía pesos en los hombros y cadenas alrededor del corazón. No tenía deseos, sólo necesidades: la necesidad de comer y trabajar como un galeote, y dormir un poco después de las noches de insomnio, en que se revolvía en el lecho alargando sus manos suplicantes para alcanzar un consuelo inaccesible.

Su cuerpo funcionaba como una máquina que protesta. Una parte de su mente trabajaba con precisión y claridad, exacta en el cálculo, rápida en la decisión, pero el resto, la parte sensitiva, la parte que deseaba y tenía voliciones, se hallaba sumida en un estado cataléptico entre el horror de vivir y la merced de morir.

Trataba a sus oficiales con urbanidad cortante, de tal modo que ellos se sentían felices no estando en su despacho. Con Traudl era frío y brusco y ella, a pesar de su afecto, no lograba establecer el contacto anterior. Si Holzinger o Miller o los funcionarios locales llegaban a verlo, despachaba los asuntos con tanta rapidez que ellos se iban preguntándose en qué podían haberlo ofendido.

Ninguno de sus amigos conseguía romper su reserva. Los tímidos avances del capitán Johnson eran recibidos con una repulsa. Las invitaciones de Huber quedaban sin respuesta, y el padre Albertus no acudió a visitarlo. Vivía en un vacío estéril, autosuficiente, presa de un temor desesperado.

A pesar de su promesa a Anna Kunzli no hizo tentativa alguna por reconciliarse con el padre Albertus. El resentimiento estaba muerto en él como muerta estaba la esperanza, pero le faltaba fuerza hasta para el acto sencillo de la sumisión. La escasa energía que le quedaba tenía que reservarla para el encuentro con su mujer.

No había tenido respuesta de ella a su carta, y a medida que los días se desgranaban en penosa sucesión, se debilitaron sus propósitos y crecieron gradualmente sus temores. Se hacía preguntas que lo atormentaban como pájaros chillones. ¿Cómo la mudaría? ¿Debía besarla en los labios; podría forzar una sonrisa de bienvenida; notaría ella el rechazo que le produciría su contacto? ¿En qué forma podría hablarle de Anna? Si le provocaba celos, ¿cómo podría él dominar la cólera? ¿Le quedaba amor para compartirlo entre sus hijos legítimos y el que iba a hacer? ¿Cómo podría acallar los rumores del pueblo cuando lo vieran pasar del brazo de Lynn y recordaran a la muchacha grávida en la «Casa de la Araña»? Ninguna tenía respuesta, pero lo acosaban noche y día, socavando el andamiaje de su resolución.

Diez días de análisis implacable de sí mismo lo dejaron exhausto. Fumaba demasiado, bebía más que de costumbre y su aspecto inquietaba a todos los que tenían contacto con él.

Y en el undécimo día, dejaron sobre su escritorio una carta con matasellos de Londres. Los dedos le temblaban al abrir el sobre y desplegar el papel grueso y perfumado que usaba Lynn.

Mi querido Mark:

No puedo expresar con palabras la emoción profunda que me produjo tu carta ni la intensidad de mi gratitud. Es posible que no sea capaz de hacerlo, ni siquiera cuando te vea. Sé que al principio seré torpe, mas te ruego que seas paciente. Por supuesto, los niños están dichosísimos, aunque disgustados de no poder partir conmigo.

Las autoridades han dispuesto que yo vuele a Munich el lunes. La hora de llegada es las 3.30 de la tarde. ¿Podrás ir a esperarme? Me es imposible seguir escribiendo. Estoy demasiado excitada y temo excederme en mis esperanzas. El resto tendrá que esperar hasta que te vea.

Tu esposa que te ama,

LYNN.

Dejó la carta sobre el escritorio y se quedó largo rato mirándola, mientras Traudl lo observaba con curiosidad desde su mesa en el lado opuesto de la sala.

Tuvo la tentación de acercársele, de rodearlo con sus brazos en el antiguo gesto franco, y rechazar con un embrujo su congoja. Pero el dolor desembozado de su rostro la intimidó. Lo vio coger un cigarrillo, encenderlo con manos temblorosas y chuparlo ávidamente. Lo vio dirigirse a las puertas de cristales y salir al balconcito, apoyarse en la balaustrada y contemplar los faldeos de los cerros que se hundían en el valle verde, donde las casas se apretaban en irónica paz alrededor del campanario de la iglesia.

Volvió a la sala. Sus ojos estaban apagados y su voz era cansada y remota.

—Despache una nota a Johann Wikivill. Pídale que venga a verme apenas pueda.

Traudl garabateó la nota en su block y en seguida, haciéndose violencia, se le acercó. — ¡Mark! Usted está enfermo. ¿Qué sucede? ¿No me lo puede decir?

Él volvió la cabeza para mirarla, pero sus ojos opacos y su boca amarga la hicieron detenerse.

—Estoy perfectamente, gracias. Nada sucede. Mi mujer viene a visitarme. Debería alegrarme, ¿no es cierto?

—Pobre hombre -dijo Traudl en voz baja-. Pobre hombre desgraciado.

Más tarde recordó Mark que ésa fue la única ocasión en que la vio llorar.

El lunes por la mañana, temprano, Mark Hanlon y Johann Wikivill salieron de Bad Quellenberg para dirigirse al aeropuerto de Munich. El camino los llevaba hacia el Norte, sobre los portezuelos de Carintia a los valles de Land Salzburg, para subir de nuevo por los montes de Baviera hasta Munich.

Hanlon conducía con temeraria velocidad, girando bruscamente en las curvas cerradas y patinando en los tramos ripiados hasta que chirriaban los neumáticos, y los postes de las cercas y los terraplenes les lanzaban pequeños ecos como latigazos.

Johann Wikivill iba sentado junto a él sin inmutarse, encendiéndole tranquilamente sus cigarrillos, hablando en forma inconexa de leyendas y puntos de referencia, imperturbable en apariencia ante el peligro o el silencio hosco de Hanlon. Poseía una extraña cualidad tranquilizadora: el contentamiento desapasionado del hombre que ha visto demasiado la muerte para temerla, y muy poco de la vida para desengañarse de ella.

Recordaba a Hanlon la frase bíblica: «De él salía fuerza.» A pesar de su silencio, agradecía la compañía Wikivill, y mientras dejaban atrás el camino, se fue entregando poco a poco, al placer catártico de la velocidad y a la virtud envolvente del hombre que persiguiera.

Se detuvieron en Salzburgo para almorzar y remplazar el combustible; el cielo estaba gris y bajas las nubes. Al llegar a los montes de Baviera caía una llovizna lenta, y cuando se detuvieron finalmente en Munich, el tiempo estaba fijo, deprimente y algo siniestro después del esplendor del verano alpino.

El terminal de la línea aérea parecía una instalación militar. Un G. I. ceñudo revisó los pases indicándoles un sitio de estacionamiento, donde los coches del personal y los camiones formaban triple fila. Los conductores descansaban bajo un refugio de hojalata. Los aviones se apiñaban alrededor de los hangares. Todos tenían distintivos norteamericanos y la sala de espera era un barullo de acentos desde Maine hasta Nueva Orleans.

Para Hanlon, llegado del aislamiento de Bad Quellenberg, la escena fue un agudo recordatorio de la proximidad de la guerra y la incertidumbre de la paz en las ciudades laceradas de Europa.

Comprobó la hora de llegada en el tablero indicador, vio que el avión tenía veinte minutos de retraso y se abrió paso al bar con Wikivill para servirse café y coñac.

Ahora que la espera tocaba a su término comenzó a recuperar la calma. La vista de los uniformes y el clamoreo de las voces lo tranquilizaron dándole una sensación de comunidad y camaradería.

Esos hombres también estaban lejos de sus hogares. Habían presenciado la muerte y el desastre como él. Muchos tenían amores de tiempo de guerra y corazones destrozados por la posguerra. Eran sus hermanos, como Wikivill. El suyo no era un caso singular ni separado. Él constituía una unidad en la familia humana, y necesitaba, como todos los otros, compasión y amor, sabiduría y fuerza., Levantó la vista y encontró los ojos serenos de Wikivill fijos en él. Le sonrió sin alegría.

—Todo va bien, amigo. Ahora estoy listo.

Wikivill asintió gravemente.

—Se lo dije, ¿no es así? Usted es más fuerte de lo que cree.

Hanlon se encogió de hombros melancólicamente y se volvió a su copa. Él también se daba cuenta del pequeño núcleo sólido de coraje que le quedaba, pero sabía que debería administrarlo con parsimonia para el momento de la llegada de Lynn.

La confusión de voces principió a ordenarse en retazos de diálogos. Un cabo de Brooklyn hablaba sobre una chica vienesa; un comandante, de voz didáctica, discutía política de las cuatro potencias; un funcionario de la UNRRA revisaba una lista de abastecimientos médicos con una mujer de rostro afilado que vestía uniforme de la Cruz Roja. Un capitán francés insinuaba intimidades a la Fräulein que atendía en recepción.

Hanlon escuchaba, ora a uno, ora a otro, agradecido por la distracción, mientras el reloj eléctrico marcaba minutos sobre el tablero indicador. De pronto miró hacia arriba y vio con sorpresa que la nueva hora de llegada había pasado hacía mucho rato. Se lo dijo a Wikivill, quien movió la cabeza.

—Con este tiempo, el vuelo entre Frankfurt y Munich puede ser pésimo. Es probable que luego den noticias.

—Cuanto más pronto, mejor -dijo Hanlon irritado-. Yo no estaba preparado para esto. — ¿Quiere otro trago? — ¿Por qué no? — Hanlon hizo girar la copa y bebió de un sorbo el resto del coñac-. ¡Valor tipo holandés! Nunca habría creído en él.

—Mientras sea valor, ¿qué importa como sea? — Wikivill le hizo una mueca y empujó las copas a través del mesón para que las llenaran de nuevo. Antes que Hanlon pudiera responder, los altavoces entraron en acción y una voz impersonal, sin inflexiones, avisó: -¡Atención, por favor! Se ruega a las personas que esperan pasajeros del vuelo 123, LondresFrankfurt-Munich, que pasen inmediatamente a la oficina de Control.

La multitud que ocupaba la sala de espera enmudeció, y unos a otros se miraron inquietos mientras la voz metálica repetía el aviso. Entonces comenzaron deshacerse pequeños nudos humanos y se produjo un movimiento vacilante hacia la puerta de vidrio en un extremo de la sala.

Pocos minutos después supieron que el avión del vuelo 123 había caído unos cien kilómetros al este de Frankfurt sin que nadie sobreviviera.

Johann Wikivill, en el volante, llevaba recorrida la mitad de Baviera antes de que Hanlon se diera cuenta de lo que había ocurrido.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Era una tarde de sábado, soñolienta por el calor de pleno verano. El padre Albertus, cansado y con los miembros dormidos, se hallaba sentado en un cuarto poco más grande que un ataúd, pero no tanto como un sepulcro. Tenía al frente una cortina de terciopelo violeta, enmohecida por el tiempo y las exhalaciones humanas, y a cada lado, paredes de tablas de pino, oscurecidas con la edad y perforada cada una por una reja cubierta con un postigo deslizante. Detrás estaba la muralla de piedra de la iglesia.

Acudía allí cada semana, ahogado por el calor o congelado por el frío invernal, a esperar la llegada de los parroquianos que iban a confesarle sus pecados. Cada semana una sucesión de rostros esfumados se oprimían contra las rejas, y con murmullos entrecortados enumeraban la cuenta de actos y omisiones para el juicio y el perdón.

Voces de niños le decían los primeros pequeños deslices de la inocencia. Voces roncas y avergonzadas de jóvenes tropezaban en sus relatos de pasión bajo los pinos. Los casados hablaban de sus cóleras y sus odios y sus

ocasionales adulterios. Llegaban los pródigos y los avaros, los hombres orgullosos y las niñas humildes, los prudentes, los indiscretos, los egoístas y los afligidos; y sobre cada uno él pronunciaba las palabras de absolución y el consejo adecuado a sus necesidades.

Existían momentos -demasiado escasos- en que el cuartucho parecía crecer e iluminarse como los atrios celestiales, y él se humillaba ante las obras manifiestas de Dios en sus criaturas. En otros momentos las paredes parecían cerrarse, como las de la celda de castigo en Mauthausen, y él se sentía roto y abatido por el peso del dolor que cargaba en sus hombros.

Era sacerdote, como su Señor. Como su Señor tenía que convertirse en víctima por el pueblo. Si los pecadores no se arrepentían debía contarlos como falta propia. Si se negaban a hacer penitencia, tenía que castigar en su propia carne la locura de ellos. Ése era el significado del sacerdocio: una crucifixión de toda la vida, para merecer por otros las mercedes gratuitas de que él era canal y ministro.

A veces, como en ese día, la repetición y continuidad de la locura humana lo llevaban al borde de la desesperación. A pesar de dos mil años de redención, de crucifixión y martirio renovados, la suma de pecados parecía no disminuir. Dos mil absoluciones brotaban diez mil trasgresiones nuevas. Se mofaban de la paciencia de Dios.

Cuando en la sombra asfixiante esperaba que se presentara a la reja un nuevo penitente, le parecía que los años de celibato y disciplina eran un derroche. Si luchaba para rezar contra la tentación, sus labios sólo acertaban a formar las palabras desoladas del Cristo moribundo: «Eloi Eloi, lamma sabachthani... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Muchos años atrás, el obispo que consagró sus dedos le entregó por hijos a todos los hombres.

Pero sus hijos lo abandonaban para seguir a dioses extranjeros, y aun después de perdonarlos, ellos volvían como perros a su vómito, y él sólo podía aguardar y esperar y orar por su retorno.

La vejez le pesaba como una cruz y a menudo llamaba por su liberación como una merced. Pero a merced se postergaba, y él seguía en el cuartucho que semejava un ataúd, en espera de su próximo paciente.

Sintió crujir la puerta del confesonario y oyó el roce de la ropa contra la tablilla. Deslizó el postigo, inclinó la cabeza hacia la reja desviando la vista,

y guardó. La voz de Mark Hanlon le llegó, baja pero firme, en el preámbulo ritual:

–Bendígame, padre, porque he pecado.

El corazón le dio un vuelco, pero manteniendo el rostro desviado, alzó las manos quebradas en el gesto de la bendición.

–Benedictio te, mi fili... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última confesión?

–Mucho tiempo, padre. Cinco años, quizá seis. – ¿Sabes que eso, desde luego, es un gran pecado? El hombre se aleja de la gracia que se le ofrece diariamente.

–Lo sé.

–Dime tus pecados, hijo mío.

Entonces principió la cuenta larga de los años de cigarra, la reconstrucción lenta de la compleja relación entre el anciano y el discípulo que lo abandonara tanto tiempo atrás; la hermandad de la fe, la paternidad del Espíritu, el pecador y el juez, el sacerdote y el penitente, el amigo de César y el seguidor del Crucificado.

Para cada uno, el momento tenía su propio dolor y su propio consuelo. Las fallas del discípulo eran fallas del maestro. La penitencia del uno era la humillación del otro. Las manos que otorgarían el perdón temblaban de gratitud por la restauración del afecto humano, sencillo.

Terminado el largo recital, el padre Albertus preguntó: -¿Eso es todo, hijo?

–Todo lo que puedo recordar.

–Es suficiente.

Los dedos quebrados se alzaron y Mark Hanlon inclinó la cabeza para recibir la absolución «Deinde ego te absolvo... Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

–Gracias, padre.

–En penitencia, rezarás los Misterios dolorosos del Rosario.

Del otro lado de la reja le llegó una risita irónica.

El padre Albertus levantó la cabeza bruscamente, pero el rostro de Hanlon era una mancha borrosa contra la malla de alambre. – ¿Tan fácil como eso, padre?

–El perdón siempre es fácil, hijo -repuso sin énfasis el sacerdote-. Lo más duro es doblegar la voluntad y pedirlo. Has necesitado estos años y una

singular misericordia para traerte a este momento.

—Hay algo más duro -dijo secamente Mark Hanlon-. Vivir con el recuerdo del pasado.

La voz vieja, profunda, lo reprendió con firmeza.

—Ésa es una parte de la penitencia. Para cumplirla necesitarás valor y una nueva merced. Y no te desprecies, porque sería despreciar la grandeza de Dios y el bien que Él ha hecho florecer bajo su mano. Puedes lamentar el pasado, pero no debes guardarle rencor. No debes recordarlo con amargura, para no envenenar la dicha de los que viven contigo. Tienes que aceptarlo, humildemente, como aceptarás lo que te ofrece el futuro. Debes agradecer que el designio divino, por medio de un accidente físico, ha resuelto el dilema que tú nunca habrías podido resolver. Deja que los muertos entierren a sus muertos, pero ruega por ellos, por la Comunión de los Santos.

¿Comprendes?

—Comprendo.

—Vete en paz, hijo mío.

Mark Hanlon se incorporó y la puerta volvió a crujir. El anciano se quedó largo tiempo orando en silencio y esperando a su próximo visitante; como nadie acudiera, él también se puso en pie, estiró sus miembros adormecidos y salió a la penumbra de la nave.

La iglesia estaba vacía a excepción de Mark Hanlon, que arrodillado en el primer banco miraba al sagrario iluminado por la lucecita vacilante en su cuenco de vidrio rojo. El padre Albertus se arrodilló junto a él. En voz baja y clara comenzó a recitar el cántico de la Madre de Dios.

—«Magnificat anima mea Dominum... Mi alma glorifica al Señor.»

—«Quia deposuit potentes... -contestó el teniente coronel Mark Hanlon-. Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes.»

Juntos, maestro y discípulo, vencedor y vencido, terminaron de rezar el himno. Juntos caminaron después a través del bosque de tablas recordatorias, más allá del Cristo de madera; salieron por la puerta del cementerio y treparon la cuesta manchada de sol basa la «Casa de la Araña», donde los esperaba Anna Kunzli.

FIN

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

04/05/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com